

# TESS GERRITSEN

## El último en morir

RIZZOLI & ISLES

JENTAS


TESS
GERRITSEN
El último en morir
RIZZOLI & ISLES
JENTAS

# EL ÚLTIMO EN MORIR

Tess Gerritsen
El último en morir
Título original: Last to Die
© 2012 Tess Gerritsen. Reservados todos los derechos.

© 2023 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción: Constanza Fantin Bellocq,
© Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1267-9

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

# RIZZOLI & ISLES

*El cirujano (Rizzoli & Isles #1)*

*El aprendiz (Rizzoli & Isles #2)*

*El pecador (Rizzoli & Isles #3)*

*Hermanas de sangre (Rizzoli & Isles #4)*

*Desaparecidas (Rizzoli & Isles #5)*

*El club mefisto (Rizzoli & Isles #6)*

*Reliquia macabra (Rizzoli & Isles #7)*

*Frío glacial (Rizzoli & Isles #8)*

*La chica silenciosa (Rizzoli & Isles #9)*

*El último en morir (Rizzoli & Isles #10)*

# DEDICATORIA

*En memoria de mi madre,*
*Ruby Jui Chiung Tom.*

*Lo llamábamos Ícaro.*

*No era su verdadero nombre, por supuesto. Mi infancia en la granja me enseñó que nunca se debe poner nombre a un animal destinado al matadero. En lugar de eso, te referías a él como Cerdo Número Uno o Cerdo Número Dos, y siempre evitabas mirarlo a los ojos, para protegerte de cualquier atisbo de autoconciencia, personalidad o afecto. Cuando un animal confía en ti, te cuesta mucho más decidirte a degollarlo.*

*No teníamos ese problema con Ícaro, que ni confiaba en nosotros ni tenía idea de quiénes éramos. Pero sabíamos mucho sobre él. Sabíamos que vivía detrás de altos muros en una casona de campo en lo alto de una colina a las afueras de Roma. Que él y su mujer, Lucia, tenían dos hijos de ocho y diez años. Que, a pesar de su inmensa riqueza, tenía gustos sencillos y un restaurante local favorito, La Nonna, en el que cenaba casi todos los jueves.*

*Y que era un monstruo. Razón por la cual estábamos en Italia aquel verano.*

*La caza de monstruos no es para los débiles de corazón. Tampoco es para quienes se sienten obligados por doctrinas tan triviales como la ley o las fronteras nacionales. Al fin y al cabo, los monstruos no se rigen por reglas, por lo que nosotros tampoco podemos hacerlo. No si esperamos derrotarlos.*

*Pero, cuando abandonas las normas civilizadas de conducta, corres el riesgo de convertirte tú mismo en un monstruo. Y eso es lo que ocurrió aquel verano en Roma. No lo reconocí en ese momento; ninguno de nosotros lo hizo.*

*Hasta que fue demasiado tarde.*

# UNO

La noche en la que Claire Ward, de trece años, debería haber muerto, estaba de pie en el alféizar de la ventana de su habitación del tercer piso de Ithaca, intentando decidir si saltar o no. Siete metros más abajo había unos descuidados arbustos de forsitia, cuya floración primaveral hacía tiempo que había pasado. Amortiguarían su caída, pero lo más probable era que se rompiera algún hueso. Miró hacia el arce y observó la robusta rama que se arqueaba a pocos metros de ella. Nunca había intentado hacer ese salto, porque nunca se había visto obligada a hacerlo. Hasta esta noche había conseguido escabullirse por la puerta principal sin que nadie se diera cuenta. Pero esas noches de escapadas fáciles se habían terminado, porque Bob el Aburrido la había descubierto.

*—A partir de ahora, jovencita, ¡te quedarás en casa! Nada de merodear por la ciudad después del anochecer como un gato callejero.*

«Si me rompo el cuello en este salto —pensó—, será culpa de Bob».

Sí, esa rama de arce estaba a su alcance. Tenía lugares a donde ir, gente a la que ver, y no podía quedarse ahí para siempre, sopesando sus posibilidades.

Se agazapó, preparándose para el salto, pero se quedó inmóvil cuando los faros de un coche que se acercaba doblaron la esquina. El todoterreno se deslizó como un tiburón negro bajo su ventana y continuó subiendo despacio por la calle silenciosa, como si buscara una casa en particular. «La nuestra no», pensó Claire; nadie interesante aparecía nunca en la residencia de sus padres adoptivos, Bob el Aburrido y la igualmente aburrida Barbara Buckley. Hasta sus nombres eran aburridos, por no hablar de sus conversaciones durante la cena.

*—¿Qué tal el día, querida?*

*—¿Y el tuyo?*

*—Hace buen tiempo, ¿verdad?*

*—¿Me pasas las patatas?*

En su mundo de trajes de *tweed* y libros, Claire era la extraterrestre, la niña salvaje a la que nunca entenderían aunque lo intentaran. Realmente lo intentaban. Debería vivir con artistas, actores o músicos, gente que se quedaba despierta toda la noche y sabía cómo divertirse. *Su* tipo de gente.

El todoterreno negro había desaparecido. Era ahora o nunca.

Tomó aire y saltó. Sintió el aire nocturno en su larga cabellera mientras se elevaba en la oscuridad. Aterrizó, grácil como un gato, y la rama se estremeció bajo su peso. Pan comido. Bajó a una rama más baja y, cuando estaba a punto de saltar, el coche negro volvió a aparecer. De nuevo pasó por delante de la casa, con el motor ronroneando. Lo observó hasta que desapareció al doblar la esquina; entonces se dejó caer sobre la hierba húmeda.

Miró hacia la casa esperando que Bob saliera por la puerta principal gritándole: «*¡Vuelve dentro, jovencita!*». Pero el porche seguía a oscuras.

Ahora podía empezar la noche.

Se subió la cremallera de la sudadera y se dirigió a la zona céntrica, donde estaba la acción, si es que podía llamarse así. A esas horas, la calle estaba tranquila y la mayoría de las ventanas, oscuras. Era un barrio de casas perfectas con adornos que parecían de juguete, una calle poblada por profesores universitarios y madres a dieta vegana y sin gluten que pertenecían a grupos de lectura. «Veinticinco kilómetros cuadrados rodeados de realidad» era como Bob describía cariñosamente la localidad, pero él y Barbara pertenecían a ese lugar.

Claire no sabía a dónde pertenecía.

Cruzó la calle a grandes zancadas, esparciendo hojas muertas con sus botas desgastadas. Una manzana más adelante, un trío de adolescentes —dos chicos y una chica— fumaban cigarrillos bajo la luz de una farola.

—Hola —los saludó.

El chico más alto la saludó con la mano.

—Hola, Clara Cuchara. He oído que te han vuelto a castigar.

—Durante unos treinta segundos. —Cogió el cigarrillo encendido que él le ofrecía, aspiró una bocanada de humo y exhaló con un suspiro de felicidad—. ¿Cuál es nuestro plan para esta noche? ¿Qué vamos a hacer?

—He oído que hay una fiesta en la cascada. Pero tenemos que conseguir transporte.

—¿Y tu hermana? Ella podría llevarnos.

—No, papá le ha quitado las llaves del coche. Quedémonos por aquí a ver quién más aparece. —El chico hizo una pausa y miró por encima del hombro de Claire con el ceño fruncido—. Ay, no. Mira quién acaba de hacerlo.

Claire se volvió y soltó un gemido cuando un Saab azul oscuro se detuvo junto a ella. La ventanilla del acompañante se abrió y Barbara Buckley dijo:

—Claire, sube al coche.

—Solo estoy pasando el rato con mis amigos.

—Es casi medianoche y mañana hay colegio.

—Tampoco estoy haciendo nada ilegal.

Desde el asiento del conductor, Bob Buckley ordenó:

—¡Sube al coche *ahora*, jovencita!

—¡No sois mis padres!

—Pero *somos* responsables de ti. Es nuestro trabajo criarte bien, y eso es lo que intentamos hacer. Si no vienes a casa con nosotros ahora, habrá… Bueno, ¡habrá consecuencias!

*«Sí, estoy tan asustada que me tiemblan las piernas»*. Empezó a reírse, pero de repente se dio cuenta de que Barbara llevaba albornoz y de que Bob tenía el pelo erizado a un lado de la cabeza. Habían tenido tanta prisa en salir tras ella que ni siquiera se habían vestido. Ambos parecían más viejos y cansados, una pareja desaliñada de mediana edad a la que habían sacado de la cama y que, por culpa de ella, mañana se levantaría agotada.

Barbara soltó un suspiro cansado.

—Sé que no somos tus padres, Claire. Sé que odias vivir con nosotros, pero intentamos hacerlo lo mejor posible. Así que, por favor, súbete al coche. No es seguro para ti estar aquí fuera.

Claire lanzó una mirada exasperada a sus amigos, se subió al asiento trasero del Saab y cerró la puerta.

—¿De acuerdo? —dijo—. ¿Satisfechos?

Bob se volvió para mirarla.

—No se trata de nosotros. Se trata de ti. Les juramos a tus padres que siempre te cuidaríamos. Si Isabel viviera, se le partiría el corazón de verte ahora. Fuera de control, enfadada todo el tiempo. Claire, te dieron una segunda oportunidad, y eso es un regalo. Por favor, no la desperdicies. Ahora abróchate el cinturón, ¿vale?

Si él se hubiera enfadado, si le hubiera gritado, ella habría podido soportarlo. Pero la miraba con una expresión tan afligida que se sintió culpable. Culpable por ser una imbécil, por corresponder a su amabilidad con rebeldía. No era culpa de los Buckley que sus padres estuvieran muertos. Que su vida estuviera arruinada.

Mientras se alejaban, se cruzó de brazos en el asiento trasero, arrepentida pero demasiado orgullosa para disculparse. «Mañana seré más amable con ellos —pensó—. Ayudaré a Barbara a poner la mesa, quizá hasta lave el coche de Bob. Porque este coche lo necesita».

—Bob —dijo Barbara—. ¿Qué hace ese coche allí?

Se oyó el rugido de un motor. Unos faros se precipitaron hacia ellos.

Barbara gritó:

—*¡Bob!*

El impacto lanzó a Claire contra el cinturón de seguridad mientras la noche estallaba con terribles sonidos. Cristales rotos. Acero abollado.

Alguien lloraba y gimoteaba. Al abrir los ojos, Claire vio que el mundo estaba patas arriba y se dio cuenta de que los gemidos eran suyos.

—¿Barbara? —susurró.

Oyó un *chasquido s*ordo, luego otro. Olió a gasolina. Estaba suspendida por el cinturón de seguridad, y la correa se le clavaba tan profundamente en las costillas que apenas podía respirar. Buscó a tientas la hebilla. Se abrió con un chasquido y Claire se golpeó la cabeza; el dolor le subió por el cuello. Se las arregló para retorcerse, girar y quedar tendida, con la ventana destrozada a la vista. El olor a gasolina era más fuerte. Se movió hacia la ventana, pensando en las llamas, en el calor abrasador y en la carne cociéndose sobre sus huesos. «¡*Sal de aquí, sal de aquí mientras haya tiempo de salvar a Bob y a Barbara!*». Atravesó con un puñetazo los últimos fragmentos de cristal, que cayeron al pavimento.

Aparecieron dos pies y se detuvieron frente a ella. Claire levantó la mirada hacia el hombre que le impedía escapar. No podía verle la cara, solo su silueta. Y el arma.

Hubo un chirrido de neumáticos cuando otro coche rugió hacia ellos.

Claire volvió a meterse dentro del Saab como una tortuga que se repliega en la seguridad de su caparazón. Apartándose de la ventanilla, se cubrió la cabeza con los brazos y se preguntó si esa vez la bala le dolería. Si la sentiría estallar en su cráneo. Estaba tan acurrucada que lo único que oía era el sonido de su propia respiración, el zumbido de su propio pulso.

Casi no oyó la voz que la llamaba por su nombre.

—¿Claire Ward? —Era una mujer.

*«Debo estar muerta. Y ese es un ángel hablándome».*

—Se ha ido. Ya puedes salir, no hay peligro —dijo el ángel—. Pero debes darte prisa.

Claire abrió los ojos y miró por entre los dedos la cara que la observaba a través de la ventana rota. Un brazo delgado se acercó a ella y Claire dio un respingo.

—Volverá —dijo la mujer—. Así que date prisa.

Claire cogió la mano que le ofrecía y la mujer tiró hasta sacarla de allí. Los cristales rotos tintinearon como una lluvia torrencial cuando Claire rodó sobre la acera. Se incorporó demasiado deprisa y la noche giró a su alrededor. Alcanzó a ver el Saab volcado y tuvo que volver a bajar la cabeza.

—¿Puedes ponerte de pie?

Despacio, Claire levantó la vista. La mujer iba vestida de negro. Llevaba el pelo recogido en una coleta y los mechones rubios brillaban lo suficiente como para reflejar el tenue resplandor de la farola.

—¿Quién eres? —susurró Claire.

—Mi nombre no importa.

—Bob… Barbara… —Claire miró el Saab volcado—. ¡Tenemos que sacarlos del coche! ¡Ayúdame! —Se arrastró hasta el lado del conductor y abrió la puerta de un tirón.

Bob Buckley cayó al pavimento, con los ojos abiertos y ciegos. Claire se quedó mirando el agujero de bala que tenía en la sien.

—Bob —gimió—. *¡Bob!*

—Ya no puedes ayudarlo.

—Barbara… ¿Y Barbara?

—Es demasiado tarde. —La mujer la tomó por los hombros y la sacudió con fuerza—. Están muertos, ¿lo entiendes? Los dos están muertos.

Claire sacudió la cabeza, con la mirada fija en Bob. En el charco de sangre que ahora se extendía como un halo oscuro alrededor de su cabeza.

—Esto no puede estar pasando —susurró—. Otra vez, no.

—Ven, Claire. —La mujer la cogió de la mano y tiró para ponerla en pie—. Ven conmigo si quieres vivir.

# DOS

La noche en la que Will Yablonski, de catorce años, debería haber muerto, estaba en un campo de New Hampshire buscando extraterrestres en la oscuridad.

Había reunido todo el equipo necesario para la caza. Allí estaba su telescopio Dobson de diez pulgadas, que había pulido a mano hacía tres años, cuando solo tenía once. Le había llevado dos meses; había empezado con papel de lija grueso de grano ochenta y progresado a granos cada vez más finos para dar forma, alisar y pulir el cristal. Con la ayuda de su padre, había construido su propia montura altazimutal. El ocular Plössl de veinticinco milímetros fue un regalo de su tío Brian, quien, cuando el cielo estaba despejado, ayudaba a Will a transportar todo ese equipo al campo después de cenar. Pero el tío Brian era una alondra, no un búho, y a las diez de la noche siempre se iba a la cama.

Así que Will estaba solo en el campo detrás de la granja de sus tíos, como la mayoría de las noches en las que el cielo estaba despejado y la luna no brillaba, y buscaba en el firmamento extraña bolas difusas, también conocidas como cometas. Si alguna vez descubría un nuevo cometa, sabía qué nombre le pondría: *cometa Neil Yablonski,* en honor a su difunto padre. Los astrónomos aficionados siempre descubrían nuevos cometas, ¿por qué no iba a ser un niño de catorce años el siguiente en encontrar uno? Su padre le dijo una vez que solo hacía falta dedicación, un ojo entrenado y mucha suerte. «*Es una búsqueda del tesoro, Will. El universo es como una playa, y las estrellas son granos de arena que esconden lo que buscas*».

Para Will, la búsqueda del tesoro nunca perdía atractivo. Seguía sintiendo la misma emoción cada vez que él y el tío Brian sacaban el equipo de casa y lo instalaban bajo el cielo del anochecer, la misma sensación de anticipación de que esa podría ser la noche en que descubriera el cometa Neil Yablonski. Y entonces el esfuerzo valdría la pena, valdrían la pena las innumerables vigilias nocturnas alimentadas con chocolate caliente y golosinas. Incluso los insultos de sus antiguos compañeros de Maryland: *gordo fofo, Hombre de Malvavisco.*

La caza de cometas no era un pasatiempo que te dejaba bronceado y en forma.

Esa noche, como de costumbre, había comenzado su búsqueda poco después del anochecer, porque los cometas son más visibles justo después de la puesta de sol o antes del amanecer. Pero hacía horas que se había puesto el sol y aún no había visto ninguna bola borrosa. Había visto pasar algunos satélites y un meteoro de brillo breve, pero nada que no hubiera visto antes en ese sector del cielo. Giró el telescopio hacia otro sector y apareció la estrella inferior de Canes Venatici. Los perros de caza. Recordó la noche en la que su padre le había dicho el nombre de aquella constelación. Una noche fría en la que ambos habían permanecido despiertos hasta el amanecer, bebiendo de un termo y comiendo unas…

De repente se irguió y se volvió para mirar hacia atrás. ¿Qué era ese ruido? ¿Un animal o tan solo el viento entre los árboles? Se quedó quieto, atento a cualquier sonido, pero la noche se había vuelto extrañamente silenciosa, tanto que magnificaba su propia respiración. El tío Brian le había asegurado que no había nada peligroso en esos bosques, pero, a solas en la oscuridad, Will

se imaginaba todo tipo de cosas con dientes. Osos. Lobos. Pumas.

Inquieto, se volvió hacia el telescopio y cambió el campo de visión. Una bola borrosa apareció de pronto en el ocular. «*¡Lo he encontrado! ¡El cometa Neil Yablonski!*».

«*No. No, bobo, eso no era un cometa*». Suspiró decepcionado al darse cuenta de que estaba mirando M3, un cúmulo globular. Algo que cualquier astrónomo decente reconocería. Gracias a Dios que no había despertado al tío Brian para que lo viera, habría sido vergonzoso.

El chasquido de una ramita lo hizo girarse de nuevo. Algo se movía en el bosque. Decididamente, había algo allí.

La explosión lo lanzó hacia delante. Cayó de bruces sobre la hierba mullida, donde quedó aturdido por el impacto. Una luz parpadeó y se tornó más intensa; levantó la cabeza y vio que los árboles brillaban con un resplandor anaranjado. Sintió calor en el cuello, como el aliento de un monstruo. Se volvió.

La granja ardía en llamas que parecían dedos arañando el cielo.

—¡Tío Brian! —gritó Will—. ¡Tía Lynn!

Corrió hacia la casa, pero un muro de fuego le cerró el paso y el calor lo hizo retroceder, un calor tan intenso que le abrasó la garganta. Se tambaleó hacia atrás, ahogándose, y olió el hedor de su propio pelo chamuscado.

«*¡Busca ayuda! ¡Los vecinos!*». Se volvió hacia la carretera y corrió dos pasos antes de detenerse.

Una mujer caminaba hacia él. Una mujer vestida de negro y delgada como una pantera. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y la luz parpadeante del fuego le marcaba el rostro anguloso.

—¡Ayúdeme! —gritó—. ¡Mis tíos están en la casa!

Ella miró hacia la granja, ahora totalmente consumida por las llamas.

—Lo siento, pero es demasiado tarde para ellos.

—¡*No* es demasiado tarde! ¡Tenemos que salvarlos!

Ella sacudió la cabeza con tristeza.

—No puedo ayudarlos, Will. Pero a *ti* puedo salvarte. —Extendió la mano—. Ven conmigo si quieres vivir.

# TRES

Algunas chicas se veían guapas vestidas de rosa. Algunas chicas podían llevar lazos y encajes, podían contonearse en tafetán de seda y lucir encantadoras y femeninas.

Jane Rizzoli no era una de esas chicas.

De pie en el dormitorio de su madre, se miró en el espejo de cuerpo entero y pensó: «Dispárame. Dispárame ahora mismo».

El vestido en forma de campana era de color rosa chicle, con un volante en el escote tan ancho como el cuello de un payaso. La falda era abullonada, con una hilera tras otra de grotescos volantes. Alrededor de la cintura llevaba un fajín con un enorme lazo rosa. Hasta Scarlett O'Hara se sentiría horrorizada.

—¡Ay, Janie, mírate! —dijo Angela Rizzoli, y aplaudió con regocijo—. Estás tan guapa que me vas a robar el protagonismo. ¿No te encanta?

Jane parpadeó, demasiado aturdida para decir una palabra.

—Por supuesto, tendrás que llevar tacones altos. Tacones de aguja de satén, estoy pensando. Y un ramo con rosas rosas y gipsófilas blancas. ¿O eso está pasado de moda? ¿Crees que debería optar por algo más moderno como calas o algo así?

—Mamá…

—Tendré que arreglártelo en la cintura. ¿Por qué has adelgazado? ¿No estás comiendo bien?

—¿En serio? *¿Esto es* lo que quieres que me ponga?

—¿Qué pasa?

—Es… *rosa*.

—Y estás muy guapa con ese color.

—¿*Alguna vez* me has visto vestir de rosa?

—Estoy cosiendo un vestidito igual para Regina. ¡Estaréis tan monas juntas! ¡Madre e hija con vestidos a juego!

—Regina es guapa. Yo no.

El labio de Angela empezó a temblar. Era una señal tan sutilmente ominosa como el primer movimiento del dial de advertencia de un reactor nuclear.

—Trabajé todo el fin de semana haciendo ese vestido. Cosí cada puntada, cada volante, con mis propias manos. ¿Y no quieres ponértelo, ni siquiera para mi boda?

Jane tragó saliva.

—No he dicho eso. No exactamente.

—Puedo verlo en tu cara. Lo odias.

—No, mamá, es un vestido fantástico. *Para una maldita Barbie, tal vez.*

Angela se dejó caer sobre la cama con un suspiro digno de una heroína moribunda.

—¿Sabes? Tal vez Vince y yo deberíamos fugarnos. Eso haría más felices a todos, ¿no crees? Así no tendría que lidiar con Frankie. Ni preocuparme por quién está incluido en la lista de invitados y quién no. Y tú no tendrías que llevar un vestido que odias.

Jane se sentó en la cama a su lado y el tafetán se hinchó en su regazo como una gran bola de algodón de azúcar. La aplastó con el puño.

—Mamá, tu divorcio aún no es definitivo. Puedes tomarte todo el tiempo que quieras para planear la boda. Eso es lo divertido, ¿no crees? No tienes que precipitarte. —Levantó la vista al oír el timbre.

—Vince es impaciente. ¿Sabes lo que me dijo? Dice que quiere reclamar a su novia, ¿no es dulce? Me siento como esa canción de Madonna. Como una virgen otra vez.

Jane se levantó de un salto.

—Yo abriré la puerta.

—¡Deberíamos casarnos en Miami y ya! —gritó Angela, mientras Jane salía del dormitorio—. Sería mucho más fácil. ¡Y más barato también, porque no tendría que dar de comer a toda la familia!

Jane abrió la puerta principal. En el porche estaban los dos hombres que menos quería ver un domingo por la mañana.

Su hermano Frankie entró en la casa riendo.

—¿Y ese vestido tan feo?

Su padre, Frank, lo siguió anunciando:

—Vengo a hablar con tu madre.

—Papá, no es un buen momento —dijo Jane.

—Estoy aquí. Es un buen momento. ¿Dónde está? —preguntó, mirando alrededor de la sala de estar.

—No creo que quiera hablar contigo.

—Tiene que hablar conmigo. Debemos poner fin a esta locura.

—¿Locura? —preguntó Angela, mientras salía del dormitorio—. Mira quién habla de locura.

—Frankie dice que vas a seguir adelante con esto —dijo el padre de Jane—. ¿De verdad te vas a casar con ese hombre?

—Vince me lo ha pedido. Le he dicho que sí.

—¿Qué pasa con el hecho de que todavía estemos casados?

—Es solo cuestión de papeleo.

—No voy a firmar.

—¿Qué?

—He dicho que no voy a firmar los papeles. Y no vas a casarte con ese tipo.

Angela soltó una carcajada incrédula.

—Fuiste *tú* quien se marchó de casa.

—¡No sabía que le darías la vuelta a la situación y te casarías!

—¿Qué se supone que debía hacer, sentarme a suspirar después de que me dejases por *ella*? ¡Sigo siendo una mujer joven, Frank! Los hombres me desean. ¡Quieren acostarse conmigo!

—Jesús, mamá —gimió Frankie.

—¿Y sabes qué? —añadió Angela—. ¡El sexo nunca ha sido mejor!

Jane oyó sonar su móvil en el dormitorio. Lo ignoró y tomó a su padre del brazo.

—Creo que es mejor que te vayas, papá. Vamos, te acompaño.

—Me *alegro de* que me dejaras, Frank —dijo Angela—. Ahora he recuperado mi vida y sé lo que es sentir que te aprecien.

—Eres mi esposa. Todavía me perteneces.

El móvil de Jane, que había enmudecido brevemente, volvió a sonar, insistente, imposible de ignorar.

—Frankie —suplicó—, ¡por el amor de Dios, ayúdame! Sácalo de casa.

—Vamos, papá —dijo Frankie, y le dio una palmada en la espalda a su padre—. Vamos a tomarnos una cerveza.

—No he terminado aquí.

—Sí, has terminado —dijo Angela.

Jane regresó corriendo al dormitorio y sacó el móvil del bolso. Tratando de ignorar las voces que discutían en el pasillo, contestó:

—Rizzoli.

El detective Darren Crowe dijo:

—Te necesitamos en este caso. ¿Cuánto tardarás en llegar? —Sin preámbulos amables, sin «*Por favor*» ni «*Te importaría*». Crowe se mostraba encantador, como siempre.

Jane respondió con la misma brusquedad:

—No estoy de guardia.

—Marquette traerá tres equipos. Estoy a cargo del caso. Frost acaba de llegar, pero nos vendría bien una mujer.

—¿Te he oído bien? ¿Has dicho que *necesitas* la ayuda de una mujer?

—Mira, nuestro testigo está demasiado conmocionado para decirnos nada. Moore ya ha intentado hablar con el chico, pero cree que tú tendrás más suerte con él.

*Chico.* Esa palabra hizo que Jane se quedara inmóvil.

—¿Tu testigo es un niño?

—Parece tener unos trece o catorce años. Es el único superviviente.

—¿Qué ha sucedido?

A través del teléfono oyó otras voces de fondo, el diálogo entrecortado del personal de la escena del crimen y el eco de múltiples pasos moviéndose por una habitación de suelo duro. Podía imaginar a Crowe pavoneándose en el centro, con el pecho hinchado, los hombros musculosos y su corte de pelo hollywoodiense.

—Esto es un puto baño de sangre —dijo Crowe—. Cinco víctimas, entre ellas tres niñas. La más pequeña no puede tener más de ocho años.

«No quiero ver eso —pensó Jane—. Hoy no. Nunca». Pero se las arregló para decir:

—¿Dónde estás?

—La residencia está en Louisburg Square. Está atestado de malditas furgonetas de noticias, así que es probable que tengas que aparcar a una manzana o dos de distancia.

Jane parpadeó sorprendida.

—¿Eso ha sucedido en Beacon Hill?

—Sí. Incluso a los ricos los liquidan.

—¿Quiénes son las víctimas?

—Bernard y Cecilia Ackerman, de cincuenta y cuarenta y ocho años. Y sus tres hijas adoptadas.

—¿Y el superviviente? ¿Es uno de sus hijos?

—No. Su nombre es Teddy Clock. Vive con los Ackerman desde hace un par de años.

—¿Vive con ellos? ¿Es un familiar?

—No —dijo Crowe—. Es su hijo adoptivo.

# CUATRO

Cuando Jane entró en Louisburg Square, vio el conocido Lexus negro aparcado entre el nudo de vehículos de la policía de Boston y supo que la médica forense Maura Isles ya estaba en el lugar. A juzgar por la cantidad de furgonetas de noticias visibles, todas las cadenas de televisión de Boston estaban también allí, y no era para menos: de todos los barrios codiciados de la ciudad, pocos podían igualar esa plaza con la joya de su parque y sus frondosos árboles. En las mansiones de estilo renacentista griego que dominaban el parque residían antiguos y nuevos ricos, magnates corporativos, familias de la élite de Boston y un antiguo senador estadounidense. Incluso en ese barrio, la violencia no era desconocida. «*A los ricos también los liquidan», había* dicho el detective Crowe; pero, cuando les ocurría a ellos, todo el mundo prestaba atención. Más allá del perímetro policial, una multitud se agolpaba para obtener mejores vistas. Beacon Hill era una parada muy popular entre los grupos de turistas y hoy, sin duda, se lo estaban pasando en grande.

—¡Eh, mira! Es la detective Rizzoli.

Jane vio que la reportera de televisión y el cámara se acercaban a ella y levantó la mano para evitar que le hicieran preguntas. Por supuesto, no le hicieron caso y la persiguieron por la plaza.

—¡Detective, hemos oído que hay un testigo!

Jane se abrió paso entre la multitud murmurando:

—Policía. Déjenme pasar.

—¿Es cierto que el sistema de seguridad estaba desconectado? ¿Y que no robaron nada?

Los malditos periodistas sabían más que ella. Pasó por debajo de la cinta de la escena del crimen y dio su nombre y número de unidad al patrullero de guardia. Era una mera cuestión de protocolo; él sabía quién era ella y ya había anotado su nombre en el portapapeles.

—Debería haber visto a esa chica perseguir al detective Frost —dijo el patrullero riendo—. Parecía un conejo asustado.

—¿Está Frost dentro?

—También el teniente Marquette. El comisario está de camino y creo que su señoría también aparecerá.

Jane levantó la mirada hacia la impresionante residencia de ladrillo rojo de tres plantas y murmuró:

—Guau.

—Calculo que vale unos quince o veinte millones.

«Pero eso era antes de que llegaran los fantasmas», pensó Jane, mirando las hermosas ventanas de arco y el elaborado frontón tallado sobre la enorme puerta principal. Más allá de esa puerta había horrores a los que no tenía estómago para enfrentarse. Tres niños muertos. Esa es la maldición de la maternidad: cada niño muerto lleva el rostro del tuyo. Mientras se ponía los guantes y los cubrezapatos, también se protegía emocionalmente. Como el obrero de la construcción que se pone el casco, se puso su propia armadura y entró.

Miró hacia una escalera que se elevaba tres pisos hasta un techo abovedado de cristal, a través del cual la luz del sol se colaba en una lluvia de oro. Muchas voces, la mayoría masculinas, resonaban en la escalera desde los pisos superiores. Aunque estiró el cuello, no pudo divisar a nadie desde el vestíbulo, solo oía voces, como el rumor de fantasmas en una casa que, a lo largo de un siglo, habría dado cobijo a muchas almas.

—Un atisbo de cómo vive la otra mitad —dijo una voz masculina.

Se volvió para ver al detective Crowe de pie junto a una puerta.

—Y de cómo muere —dijo Jane.

—Hemos dejado al chico en la casa de al lado. La vecina ha tenido la amabilidad de dejarlo esperar en su casa. El chico la conoce y pensamos que se sentiría más cómodo si lo interrogábamos allí.

—Primero necesito saber qué ha pasado en *esta* casa.

—Todavía estamos intentando averiguarlo.

—¿Por qué van a venir todos los jefes? He oído que el comisario está de camino.

—Solo echa un vistazo al lugar. El dinero manda, incluso cuando estás muerto.

—¿De dónde procede el dinero de esta familia?

—Bernard Ackerman es un banquero de inversiones retirado. Su familia ha sido dueña de esta casa durante dos generaciones. Grandes filántropos. Cualquier organización benéfica que se te ocurra, seguramente han contribuido con ella.

—¿Cómo ha sucedido esto?

—¿Por qué no lo ves por tu cuenta? —Le hizo un gesto para que entrara en la habitación de la que él acababa de salir—. Dime lo que piensas.

No es que su opinión le importara mucho a Darren Crowe. Cuando ella se incorporó a la Unidad de Homicidios, sus enfrentamientos fueron amargos y el desdén de él, demasiado evidente. Aún lo percibía en su risa, en su tono de voz. El respeto que se había ganado ante él siempre sería provisional, y aquí tenía otra oportunidad más de perderlo.

Lo siguió a través de un salón cuyo techo de seis metros estaba ornamentado con querubines, enredaderas y rosetones de hojas doradas. Apenas hubo ocasión de admirar el techo o los cuadros pintados al óleo, ya que Crowe entró en la biblioteca, donde Jane vio al teniente Marquette y a la doctora Maura Isles. En ese cálido día de junio, Maura llevaba una blusa color melocotón, un color inusualmente alegre para alguien que solía preferir los negros y grises invernales. Con su corte de pelo geométrico y sus rasgos elegantes, Maura parecía una mujer que podría vivir en una mansión como esa, rodeada de óleos y alfombras persas.

A su alrededor había libros expuestos en estanterías de caoba que iban del suelo al techo. Algunos de ellos habían caído al suelo, donde un hombre de pelo plateado yacía bocabajo, con un brazo apoyado en la estantería, como si incluso muerto estuviera buscando un libro. Vestía pijama y zapatillas. La bala le había atravesado tanto la mano como la frente, y en la estantería situada por encima del cadáver un estallido de sangre en forma de estrella había salpicado los lomos encuadernados en cuero. «La víctima levantó la mano para bloquear la bala —pensó Jane —. La vio venir. Sabía que iba a morir».

—Mi estimación de la hora de la muerte coincide con lo que os ha dicho el testigo —le dijo Maura a Marquette.

—De madrugada, entonces. En algún momento después de medianoche.

—Sí.

Jane se agachó sobre el cuerpo y estudió el orificio de entrada.

—¿Un arma nueve milímetros?

—O posiblemente una Magnum 357 —dijo Maura.

—¿No lo sabes? ¿No tenemos casquillos?

—Ni uno solo en toda la casa.

Jane levantó la vista, sorprendida.

—Vaya, un asesino meticuloso. Recoge lo que ensucia.

—Meticuloso en varios sentidos —dijo Maura, pensativa, mirando al difunto Bernard Ackerman—. Fue un asesinato rápido y eficiente. Un mínimo de desorden. Igual que arriba.

«Arriba —pensó Jane—. Las niñas».

—Los demás miembros de la familia —dijo Jane, hablando con más tranquilidad que la que sentía—, ¿murieron más o menos al mismo tiempo que el señor Ackerman? ¿Hubo tiempo entre las muertes?

—Mi estimación es solo aproximada. Para ser más precisos, necesitaremos que el testigo nos dé información.

—Que la detective Rizzoli nos va a conseguir —dijo Crowe.

—¿Cómo sabes que me irá mejor con el chico? —dijo Jane—. No puedo hacer magia.

—Contamos contigo porque no tenemos mucho con lo que trabajar. Solo unas huellas en el pomo de la puerta de la cocina. No hay señales de que la entrada haya sido forzada. Y el sistema de seguridad estaba desconectado.

—¿Desconectado? —Jane miró el cuerpo—. Parece que el señor Ackerman dejó entrar a su propio asesino.

—O quizá se olvidó de activarlo. Luego oyó un ruido y bajó a asegurarse.

—¿Fue un robo? ¿Falta algo?

—El joyero de la señora Ackerman arriba parece intacto —dijo Crowe—. La cartera de Ackerman y el bolso de ella siguen en la cómoda del dormitorio.

—¿El asesino entró en su dormitorio?

—Así es. Entró en todos los dormitorios. —Ella oyó la nota ominosa en la voz de Crowe. Sabía que lo que la esperaba arriba era mucho peor que esa biblioteca salpicada de sangre.

Maura dijo en voz baja:

—Te acompañaré arriba, Jane.

Jane la siguió hasta el vestíbulo sin hablar, como si se tratara de un castigo que era mejor soportar en silencio. Mientras ascendían por la gran escalera, Jane vislumbró tesoros por todas partes. Un reloj antiguo. Un cuadro de una mujer vestida de rojo. Registró esos detalles de manera automática mientras se preparaba para lo que la esperaba en los pisos superiores. En los dormitorios.

Al final de las escaleras, Maura giró a la derecha y se dirigió a la habitación del fondo del pasillo. A través de la puerta abierta, Jane vislumbró a su compañero, el detective Barry Frost, con las manos enguantadas en escabroso látex morado. Estaba de pie con los codos apretados contra el cuerpo, la posición que todo policía adopta instintivamente en la escena de un crimen para evitar la contaminación cruzada. Vio a Jane y sacudió la cabeza con tristeza, una mirada que decía: «Yo tampoco quiero estar aquí en este día tan bonito».

Jane entró en la habitación y quedó momentáneamente encandilada por la luz del sol que entraba por los enormes ventanales. El dormitorio no necesitaba cortinas para mantener la privacidad, ya que las ventanas daban a un patio amurallado donde un arce japonés tenía las hojas de un brillante color burdeos y las rosas florecían en todo su esplendor. Pero lo que capturó la atención de Jane fue el cuerpo de la mujer. Cecilia Ackerman, vestida con un camisón *beige*, yacía de espaldas en la cama, con las sábanas subidas hasta los hombros. Parecía más joven de los cuarenta y ocho años que tenía, con el pelo artísticamente teñido con reflejos rubios. Tenía los ojos cerrados y el rostro inquietantemente sereno. La bala había entrado justo por encima de su ceja izquierda, y el anillo de pólvora en su piel mostraba que era una herida de contacto, producida por el cañón presionado contra su frente en el momento de apretar el gatillo. «Estabas dormida cuando el asesino apretó el gatillo —pensó Jane—. No gritaste ni te resististe, no representabas ninguna amenaza. Sin embargo, el invasor entró en la habitación, se acercó hasta la cama y te disparó una bala en la cabeza».

—Se pone peor —dijo Frost.

Jane miró a su compañero, que parecía demacrado bajo la dura luz de la mañana. Era algo más que mera fatiga lo que veía en sus ojos: lo que había visto lo había dejado conmocionado.

—Las habitaciones de los niños están en la segunda planta —dijo Maura; una afirmación tan práctica que podría haber sido una agente inmobiliaria describiendo las características de esa gran casa.

Jane oyó crujidos en lo alto, los pasos de otros miembros del equipo moviéndose en las habitaciones superiores, y de repente pensó en el año en el que había ayudado a planear la casa del terror de Halloween en su colegio. Habían salpicado sangre falsa y preparado escenas horripilantes, mucho más horripilantes que lo que se veía en aquel dormitorio, donde la víctima reposaba serenamente. La vida real requería poca sangre para horrorizar.

Maura salió de la habitación, indicando que ya habían visto lo importante allí y que debían continuar. Jane la siguió hasta la escalera. Una luz dorada brillaba a través de la claraboya, como si estuvieran subiendo una escalera al cielo, pero esos escalones llevaban a un destino muy distinto. A un lugar al que Jane no quería ir. La blusa veraniega de Maura parecía tan incongruente como ir vestida de rosa a un funeral. Era un detalle sin importancia, pero a Jane le molestaba, incluso le irritaba, que de todos los días que Maura podía elegir vestir colores tan alegres, lo hiciera en una mañana en la que habían muerto tres niñas.

Llegaron a la segunda planta y Maura dio un elegante paso de costado, sorteando un obstáculo del rellano con el cubrezapatos. Solo cuando Jane superó el último escalón vio la figura desgarradoramente pequeña cubierta con una sábana de plástico. Maura se agachó y levantó una

esquina de la mortaja.

La niña estaba tumbada de lado, acurrucada en posición fetal, como si intentara refugiarse en la seguridad vagamente recordada del vientre materno. Tenía la piel de color café y el pelo negro recogido en trenzas decoradas con cuentas brillantes. A diferencia de las víctimas caucásicas del piso de abajo, esa niña parecía afroamericana.

—La víctima número tres es Kimmie Ackerman, de ocho años —dijo Maura, hablando con voz clínica, una voz que a Jane, que miraba a la niña en el rellano, le resultaba cada vez más chirriante. Solo una niña. Una niña que llevaba un pijama rosa con caballitos bailando. En el suelo, cerca del cuerpo, se veía la huella de un delgado pie descalzo. Alguien había pisado la sangre de la niña, había dejado esa huella al huir de la casa. Era demasiado pequeña para ser la huella de un hombre. Era *de Teddy*.

—La bala penetró en el hueso occipital de la chica, pero no salió. El ángulo es consistente con un tirador que era más alto y disparó desde detrás de la víctima.

—Estaba en movimiento —dijo Jane en voz baja—. Trataba de huir.

—A juzgar por su posición, parece que, cuando le dispararon, huía hacia uno de los dormitorios del segundo piso.

—Le dispararon en la nuca.

—Sí.

—¿Quién coño hace algo así? ¿Matar a una niña?

Maura soltó la sábana y se incorporó.

—Puede que haya presenciado algo abajo. Que viera la cara del asesino. Ese sería un motivo.

—No te pongas lógica conmigo. Quienquiera que hizo esto entró en la casa *preparado* para matar niños. Para acabar con toda una familia.

—No puedo hablar del motivo.

—Solo de la forma en la que murió.

—Que sería un homicidio.

—¿En serio? ¡No me digas!

Maura la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué estás enfadada conmigo?

—¿Por qué esto no parece molestarte?

—¿Crees que no me molesta? ¿Crees que puedo mirar a esta niña y no sentir lo que tú sientes?

Se miraron durante un momento, con el cadáver de la niña tendido entre ellas. Era un recordatorio más del abismo que se había abierto entre ambas desde el reciente testimonio perjudicial de Maura contra un policía de Boston, testimonio que había enviado a ese policía a prisión. Aunque las traiciones a la delgada línea azul no se olvidan con rapidez, Jane había tenido toda la intención de cerrar la brecha que las separaba. Pero las disculpas no eran fáciles y habían pasado demasiadas semanas, durante las cuales su desavenencia se había endurecido hasta convertirse en hormigón.

—Es que… —Jane suspiró—. Odio cuando son niños. Me dan ganas de estrangular a alguien.

—Ya somos dos. —Aunque había dicho las palabras en voz baja, Jane vio el brillo acerado en

los ojos de Maura. Sí, la rabia estaba ahí, pero mejor enmascarada y bajo estricto control, el mismo que ejercía Maura para controlar casi todo lo demás en su vida.

—¡Rizzoli! —gritó el detective Thomas Moore desde una puerta. Al igual que Frost, parecía abatido, como si ese día hubiera envejecido una década—. ¿Has hablado ya con el chico?

—Todavía no. Quería ver primero a qué nos enfrentamos.

—He pasado una hora con él y apenas me ha dirigido la palabra. La señora Lyman, la vecina de al lado, ha dicho que, cuando se presentó en su casa sobre las ocho de la mañana, estaba casi catatónico.

—Parece que lo que de verdad necesita es un psiquiatra.

—Hemos llamado al doctor Zucker y la trabajadora social está en camino. Pero he pensado que quizá Teddy podría hablar contigo. Con alguien que es madre.

—¿Qué vio el chico? ¿Lo sabes?

Moore negó con la cabeza.

—Solo espero que no haya visto lo que hay en esta habitación.

La advertencia bastó para que Jane sintiera los dedos helados dentro de los guantes de látex. Moore era un hombre alto y sus hombros impedían que Jane viera el dormitorio, como si intentara protegerla del espectáculo que la esperaba. En silencio, él se hizo a un lado para dejarla pasar.

Dos técnicos de criminalística estaban agazapados en un rincón y levantaron la vista cuando entró Jane. Ambas eran mujeres jóvenes, parte de la nueva ola de mujeres criminalistas que ahora dominaban el campo. Ninguna parecía lo bastante mayor como para tener hijos, para saber lo que era besar con preocupación una mejilla febril o sentir pánico al ver una ventana abierta, una cuna vacía. La maternidad traía consigo toda una serie de pesadillas. En esa habitación, una de esas pesadillas se había hecho realidad.

—Creemos que estas víctimas son las hijas de los Ackerman: Cassandra, de diez años, y Sarah, de nueve. Ambas adoptadas —dijo Maura—. Como están fuera de sus camas, algo debió despertarlas.

—¿Disparos? —preguntó Jane en voz baja.

—No se oyeron disparos en el vecindario —respondió Moore—. Debieron usar silenciador.

—Pero algo alarmó a estas niñas —dijo Maura—. Algo las hizo salir de la cama.

Jane no se había movido de su sitio junto a la puerta. Por un momento nadie habló, y ella comprendió que todos estaban esperando a que se acercara a los cadáveres, que hiciera su trabajo de policía. Exactamente lo que ella no deseaba hacer. Se obligó a acercarse a los cuerpos apiñados y se arrodilló. «*Murieron abrazadas*».

—A juzgar por sus posiciones —dijo Maura—, parece que Cassandra intentó proteger a su hermana menor. Dos de las balas atravesaron primero el cuerpo de Cassandra antes de penetrar en el de Sarah. Cada una de ellas recibió un solo tiro de gracia en la cabeza. No veo ninguna alteración en su ropa que sugiera agresión sexual evidente, pero tendré que confirmarlo en la autopsia. La haré esta tarde, por si quieres observar, Jane.

—No. *No* quiero observar. Ni siquiera debería estar aquí hoy. —Se dio la vuelta con

brusquedad y salió de la habitación, haciendo crujir los cubrezapatos mientras huía del espectáculo de las dos niñas en su último abrazo. Cuando se dirigía a la escalera, volvió a ver el cuerpo de la más pequeña. Kimmie, de ocho años. «Mire donde mire, en esta casa hay dolor por todas partes», pensó.

—Jane, ¿estás bien? —preguntó Maura.

—¿Aparte de querer descuartizar a ese degenerado?

—Siento exactamente lo mismo.

*«Pues lo ocultas mejor».* Jane miró el cadáver cubierto por la sábana.

—Miro a esta niña —dijo en voz baja— y no puedo evitar ver a la mía.

—Eres madre, así que es natural. Mira, Crowe y Moore asistirán a la autopsia. No hay necesidad de que estés allí. —Maura miró su reloj—. Va a ser un día largo. Y aún no he hecho las maletas.

—¿Esta es la semana en la que vas a visitar el colegio de Julian?

—Pase lo que pase, mañana me voy a Maine. Dos semanas con un adolescente y su perro. No tengo ni idea de qué me espera.

Maura no tenía hijos, así que ¿cómo iba a saberlo? Ella y Julian Perkins, de dieciséis años, no tenían nada en común más allá de la terrible experiencia que habían compartido el invierno anterior, luchando por sobrevivir en las montañas de Wyoming. Ella le debía la vida al chico y ahora estaba decidida a ser la madre que él había perdido.

—A ver, ¿qué puedo decirte de los adolescentes? —dijo Jane, tratando de ser útil—. Mis hermanos tenían zapatos apestosos. Dormían hasta el mediodía. Y comían unas doce veces al día.

—Metabolismo puberal masculino. No pueden evitarlo.

—Vaya. *Realmente te has convertido* en madre.

Maura sonrió.

—Es una buena sensación, la verdad.

«Pero la maternidad viene acompañada de pesadillas», se recordó Jane mientras se alejaba del cuerpo de Kimmie. Se alegró de bajar las escaleras, de escapar de aquella casa de los horrores. Cuando por fin salió, respiró hondo, como para quitarse el olor a muerte de los pulmones. La horda de medios de comunicación se había vuelto aún más numerosa y las cámaras de televisión se alineaban como arietes alrededor del perímetro de la escena del crimen. Crowe estaba al frente y en el centro; el detective Hollywood jugaba con su público. Nadie se fijó en Jane cuando se escabulló y se dirigió a la casa de al lado.

Un patrullero montaba guardia en el porche, mirando sonriente cómo Crowe actuaba ante las cámaras.

—¿Quién cree que lo interpretará en la película? —preguntó—. ¿Brad Pitt es lo bastante guapo?

—Nadie es lo bastante guapo para hacer de Crowe —resopló Jane con sarcasmo—. Necesito hablar con el chico. ¿Está dentro?

—Con la agente Vasquez.

—También estamos esperando al psiquiatra. Así que, si aparece el doctor Zucker, que pase.

—Sí, detective.

De repente, Jane se dio cuenta de que aún llevaba puestos los guantes y los cubrezapatos de la escena del crimen. Se los quitó, se los metió en el bolsillo y pulsó el timbre. Un momento después, una atractiva mujer de pelo canoso apareció en la puerta.

—¿Señora Lyman? —dijo Jane—. Soy la detective Rizzoli.

La mujer asintió y le hizo señas para que entrara.

—Dese prisa. No quiero que esas horribles cámaras de televisión nos vean. Es una invasión de la privacidad.

Jane entró en la casa y la mujer cerró rápidamente la puerta.

—Me dijeron que la esperara. Aunque no veo qué más va a poder hacer con Teddy. Ese simpático detective Moore fue muy paciente con él.

—¿Dónde está Teddy?

—Está en el invernadero del jardín. El pobre apenas me ha dirigido la palabra. Apareció en mi puerta esta mañana con el pijama puesto. En cuanto lo vi, supe que había pasado algo horrible. —Se giró—. Es por aquí.

Jane siguió a la señora Lyman hasta el vestíbulo y contempló una escalera que era idéntica a la de la residencia de los Ackerman. Y, al igual que la de los Ackerman, la casa estaba decorada con arte exquisito y caro.

—¿Qué le dijo? —preguntó Jane.

—Dijo: «¡Están muertos! ¡Están todos muertos!». Y eso fue todo lo que pudo decir. Vi sangre en sus pies descalzos y enseguida llamé a la policía. —Se detuvo ante la puerta del invernadero —. Eran *buena* gente, Cecilia y Bernard. Y ella estaba muy contenta porque por fin tenía lo que quería: una casa llena de niños. Ya estaban en proceso de adoptar a Teddy. Ahora está solo otra vez. —Hizo una pausa—. ¿Sabe? No me molesta tenerlo aquí. Está familiarizado conmigo y conoce esta casa. Es lo que Cecilia hubiera querido.

—Es una oferta generosa, señora Lyman. Pero Servicios Sociales tiene familias de acogida que están especialmente capacitadas para tratar con niños traumatizados.

—Ah, bueno, era solo una idea, puesto que ya lo conozco.

—Entonces, puede contarme más sobre él. ¿Hay algo que pueda ayudarme a conectar con Teddy? ¿Cuáles son sus intereses?

—Es muy tranquilo. Le encantan sus libros. Siempre que yo los visitaba, Teddy estaba en la biblioteca de Bernard, rodeado de libros sobre la historia de Roma. Usted podría intentar romper el hielo hablando de ese tema.

*«Historia de Roma. Sí, claro, mi especialidad».*

—¿En qué más está interesado?

—En horticultura. Le encantan las plantas exóticas de mi invernadero.

—¿Y qué me dice de deportes? ¿Podríamos hablar de los Bruins? ¿De los Patriots?

—Oh, a él no le interesa eso. Es demasiado refinado.

*«Lo que me convierte en una troglodita».*

La señora Lyman estaba a punto de abrir la puerta del invernadero cuando Jane dijo:

—¿Y su familia biológica? ¿Cómo acabó con los Ackerman?

La señora Lyman se volvió hacia Jane.

—¿No sabe nada de eso?

—Me han dicho que es huérfano, sin parientes vivos.

—Por eso esto es tan traumatizante, especialmente para Teddy. Cecilia quería darle un nuevo comienzo, con una oportunidad real de ser feliz. No creo que alguna vez haya una oportunidad, ahora que ha sucedido de nuevo.

—¿De nuevo?

—Hace dos años, Teddy y su familia estaban a bordo de su velero, anclados frente a Saint Thomas. Por la noche, mientras la familia dormía, alguien subió a bordo y mató a tiros a los padres de Teddy y a sus hermanas.

En la pausa que siguió, Jane se dio cuenta de repente de lo silenciosa que estaba la casa. Tan silenciosa que ella hizo su siguiente pregunta en voz baja:

—¿Y Teddy? ¿Cómo sobrevivió?

—Cecilia me dijo que lo encontraron en el agua, flotando con su chaleco salvavidas. Y no recordaba cómo había llegado allí. —La señora Lyman miró la puerta cerrada del invernadero—. ¿Ahora entiende por qué esto es tan devastador para él? Ya es bastante horrible perder a tu familia una vez. Pero ¿que vuelva a ocurrir? —Sacudió la cabeza—. Es más de lo que cualquier niño debería tener que soportar.

# CINCO

No podrían haber elegido un lugar más tranquilo para un niño traumatizado que el invernadero de la señora Lyman. Con cerramientos de cristal, las ventanas de la estancia daban a un jardín privado amurallado. La luz del sol matutino entraba a raudales por ellas, alimentando una húmeda jungla de enredaderas, helechos y árboles en macetas. En aquella exuberante maleza, Jane no vio al chico, sino solo a la mujer policía que se levantó rápidamente de una silla de jardín de ratán.

—¿Detective Rizzoli? Soy la agente Vasquez —dijo la mujer.

—¿Cómo está Teddy? —preguntó Jane.

Vasquez miró hacia una esquina, donde las enredaderas habían crecido hasta formar un espeso dosel, y susurró:

—No me ha dicho ni una palabra. Solo se esconde y lloriquea.

Entonces Jane localizó la enjuta figura agazapada bajo el emparrado lleno de enredaderas. Estaba replegado sobre sí mismo, con los brazos se abrazaba las piernas contra el pecho. Aunque le habían dicho que tenía catorce años, parecía mucho menor; vestía un pijama azul claro y una mata de pelo castaño claro le ocultaba la cara.

Jane se arrodilló y gateó hacia él, agachándose bajo las enredaderas para adentrarse en la frondosa sombra. El chico no se movió mientras ella se acomodaba a su lado en su frondoso escondite.

—Teddy —dijo ella—. Me llamo Jane. Estoy aquí para ayudarte.

El niño levantó la vista, no respondió.

—Llevas aquí sentado un rato, ¿verdad? Debes tener hambre.

¿Era un movimiento de cabeza lo que había visto? ¿O había sido un estremecimiento, un temblor sísmico provocado por todo el dolor comprimido dentro de ese frágil cuerpo?

—¿Qué te parece un poco de leche con cacao? ¿Tal vez helado? Seguro que la señora Lyman tiene en la nevera.

El chico pareció replegarse aún más sobre sí mismo, formando un nudo tan apretado que Jane temió que nunca fueran capaces de hacerlo relajar las extremidades. Miró a través de la maraña de enredaderas a la agente Vasquez, que la observaba atenta.

—¿Puedes dejarnos solos? —dijo—. Creo que para él es demasiado estar aquí ahora mismo con las dos.

Vasquez salió del invernadero, cerrando la puerta tras de sí. Durante diez minutos, quince, Jane no dijo una palabra ni miró al chico. Permanecieron sentados uno junto al otro, compañeros en el silencio, y el único sonido era el suave chapoteo del agua en una fuente de mármol. Recostada en el emparrado, Jane contempló las ramas arqueadas que se alzaban sobre ella. En ese jardín del Edén, protegido del frío, prosperaban incluso los plátanos y los naranjos, y se imaginó entrando allí un día de invierno, cuando la nieve cayera fuera, y respirando el aroma de la tierra caliente y las plantas verdes. «Esto es lo que te compra el dinero —pensó—. La eterna primavera».

Mientras mantenía la mirada fija en la luz del sol, era consciente de la respiración del chico a su lado. Era más lenta, más tranquila que hacía unos momentos. Oyó el susurro de las hojas mientras él se acomodaba contra las enredaderas, pero resistió la tentación de mirarlo. Pensó en las estridentes rabietas que su hija de dos años había tenido la semana pasada, cuando la pequeña Regina había gritado una y otra vez: «*¡Deja de mirarme! ¡Deja de mirarme!*». Jane y su marido, Gabriel, se habían reído, lo que no hizo sino enfurecer más a Regina. Ni siquiera a los niños de dos años les gustaba que los miraran y les molestaba que invadieran su intimidad. Así que trató de no invadir la de Teddy Clock y se limitó a compartir su frondosa cueva. Incluso cuando lo oía moverse, su atención se centraba en los rayos de sol que brillaban a través de las ramas.

—¿Quién eres?

Las palabras fueron apenas un susurro. Se obligó a quedarse quieta, a dejar que una pausa se interpusiera entre ellos.

—Soy Jane —dijo en voz baja.

—Pero ¿quién eres tú?

—Soy una amiga.

—No. Ni siquiera te conozco.

Consideró sus palabras y tuvo que admitir que eran ciertas. No era su amiga. Era una policía que necesitaba algo de él y, una vez que lo hubiera conseguido, lo entregaría a una asistente social.

—Tienes razón, Teddy —admitió—. En realidad, no soy una amiga. Soy detective. Pero quiero ayudarte.

—Nadie puede ayudarme.

—Yo sí puedo. Y lo haré.

—Entonces, tú también morirás.

Esa afirmación, dicha con tanta rotundidad, hizo subir un escalofrío por la espalda de Jane. «*Tú también morirás*». Se volvió para mirar al chico. Él no la miraba, solo tenía una mirada sombría, como si viera un futuro sin esperanza. Sus ojos eran de un azul tan pálido que parecían sobrenaturales. Su pelo castaño claro era fino como la barba del maíz, y un mechón le caía sobre una frente pálida y prominente. Llevaba los pies descalzos y, mientras se balanceaba hacia delante y hacia atrás, Jane vio manchas de sangre seca bajo los dedos del pie derecho; recordó las huellas en el rellano que se alejaban del cuerpo de Kimmie, de ocho años. Teddy se había visto obligado a pisar su sangre para huir de la casa.

—¿De verdad me ayudarás? —preguntó.

—Sí. Te lo prometo.

—No veo nada. Las perdí y ahora tengo miedo de volver a buscarlas.

—¿A buscar el qué, Teddy?

—Mis gafas. Creo que están en mi habitación. Debo haberlas dejado en mi habitación, pero no puedo recordar…

—Te las buscaré.

—Por eso no puedo decirte cómo era. Porque no pude verlo.

Jane se quedó quieta, temerosa de interrumpirlo. Temerosa de que cualquier cosa que dijera, cualquier movimiento que hiciera, lo hiciera volver a su caparazón. Esperó, pero solo oyó el sonido del agua que salpicaba en la fuente.

—¿De quién estás hablando? —preguntó al final.

El chico la miró y sus ojos parecían encendidos con fuego azul desde dentro.

—El hombre que los mató. —Se le quebró la voz, su garganta ahogó las palabras hasta tornarlas agudas—. Ojalá pudiera ayudarte, pero no puedo. No puedo, no puedo…

Fue el instinto maternal el que la hizo abrir repentinamente los brazos y él cayó contra ella, con la cara apretada contra su hombro. Lo sostuvo mientras él se estremecía con sacudidas tan fuertes que Jane sintió que su cuerpo podría hacerse pedazos, que ella era la única fuerza que mantenía unido aquel tembloroso saco de huesos. Puede que no fuera su hijo, pero en aquel momento, mientras se aferraba a ella y sus lágrimas empapaban su blusa, se sentía como su madre, dispuesta a defenderlo de todos los monstruos del mundo.

—Nunca para. —Las palabras del chico estaban tan amortiguadas contra la blusa de Jane que ella casi no las oyó—. La próxima vez, me encontrará.

—No, no lo hará. —Tomándolo por los hombros, lo apartó suavemente para poder mirarlo a la cara. Las largas pestañas proyectaban sombras sobre sus mejillas, blancas como el polvo—. No te encontrará.

—Volverá. —Teddy se abrazó, refugiándose en sí mismo, en algún lugar distante y seguro donde nadie pudiera llegar—. Siempre lo hace.

—Teddy, la única forma de atraparlo, de detenerlo, es si nos ayudas. Si me dices lo que pasó anoche.

Vio que su delgado pecho se expandía, y el suspiro que siguió sonó demasiado cansado y derrotado para alguien tan joven.

—Estaba en mi habitación —susurró—. Estaba leyendo uno de los libros de Bernard.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó Jane.

Teddy enfocó sus ojos atormentados en ella.

—Y luego empezó todo.

* * *

Cuando Jane regresó a la residencia de los Ackerman, estaban sacando en camilla el último de los cadáveres: una de las niñas. Se detuvo en el vestíbulo mientras la camilla pasaba a su lado, con un chirrido de ruedas sobre el reluciente parqué, y no pudo evitar la repentina imagen de su propia hija, Regina, tendida bajo la sábana. Con un escalofrío, se volvió y vio a Moore bajando las escaleras.

—¿El chico ha hablado contigo?

—Lo suficiente para decirme que no vio nada que pueda ayudarnos.

—Entonces, has conseguido mucho más que yo. Tenía la sensación de que serías capaz de llegar a él.

—Tampoco es que yo sea tan cálida y cariñosa.

—Pero ha hablado contigo. Crowe quiere que seas el contacto principal del chico.

—¿Ahora soy la cuidadora oficial de niños?

Él se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Crowe está a cargo.

Miró hacia los pisos superiores, que ahora parecían extrañamente silenciosos.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde está todo el mundo?

—Están siguiendo una pista sobre el ama de llaves, Maria Salazar. Ella tiene las llaves y la contraseña del sistema de seguridad.

—Es lógico que las tenga.

—Resulta que también tiene un novio con algunos problemas.

—¿Quién es?

—Un extranjero indocumentado llamado Andres Zapata. Tiene antecedentes en Colombia por robo y tráfico de drogas.

—¿Historial de violencia?

—No que sepamos. Pero aun así…

Jane se fijó en el reloj antiguo que colgaba de la pared, un objeto que ningún ladrón que se preciara habría dejado pasar. Y recordó lo que había oído antes, que habían encontrado el bolso de Cecilia y la cartera de Bernard en el dormitorio, y que el joyero estaba intacto.

—Si fue un robo —dijo—, ¿qué se llevó?

—¿Una casa de este tamaño, con tantos objetos de valor para elegir? —Moore negó con la cabeza—. La única persona que podría decirnos qué falta es el ama de llaves.

Que ahora era sospechosa.

—Subiré a ver la habitación de Teddy —dijo Jane, y empezó a subir las escaleras.

Moore no la siguió. Cuando llegó a la segunda planta, se encontró sola; incluso el equipo de criminalística ya se había marchado. Antes se había limitado a echar un vistazo a la puerta; ahora entró y examinó despacio la habitación de Teddy, pulcramente ordenada. En el escritorio que daba a la ventana había una pila de libros, muchos de ellos antiguos y claramente muy queridos. Ojeó los títulos: *Técnicas antiguas de guerra, Introducción a la etnobotánica, Manual de criptozoología, Alejandro en Egipto*. No era el tipo de lectura que esperaría de un chico de catorce años, pero Teddy Clock no se parecía a ningún otro chico con el que se hubiera cruzado. No vio ningún televisor, pero había un portátil abierto junto a los libros. Pulsó una tecla y la pantalla se iluminó, mostrando el último sitio web que Teddy había visitado. Era una página de búsqueda de Google, en la que había escrito: «*¿Alejandro Magno fue asesinado?*».

A juzgar por el orden del escritorio y la pila de libros, el chico era adicto a la limpieza. Los lápices de su cajón estaban todos afilados como lanzas listas para la batalla, los clips y la grapadora ocupaban cada uno su ranura. Solo tenía catorce años y ya era un obsesivo compulsivo sin remedio. Allí era donde estaba sentado la noche anterior a medianoche, le había dicho, cuando oyó los débiles estallidos y luego los gritos de Kimmie al subir corriendo las escaleras. Su afición por la pulcritud lo obligó a cerrar el libro, *Alejandro en Egipto*, aunque estaba

aterrorizado. Sabía lo que significaban aquellos estallidos, aquellos gritos.

*«Era lo mismo que pasó antes. Los mismos sonidos que oí en el barco. Sabía que eran disparos»*.

No había ninguna ventana por la que escapar, ninguna salida fácil de ese dormitorio del tercer piso.

Así que apagó la luz. Oyó los gritos de las niñas, oyó más disparos y se escondió en el primer lugar al que recurriría un niño asustado: debajo de la cama.

Jane se volvió para mirar el edredón perfectamente estirado, las sábanas metidas tan apretadas como la litera de un soldado. ¿La pulcritud obsesivo-compulsiva de Teddy había dado como resultado esa cama perfectamente hecha? De ser así, podría haberle salvado la vida. Mientras Teddy se ocultaba debajo de la cama, el asesino encendió las luces y entró.

*«Zapatos negros. Eso es todo lo que vi. Tenía zapatos negros y estaba de pie junto a mi cama»*.

Una cama en la que, a medianoche, nadie había dormido todavía. Un intruso tendría la impresión de que el niño que vivía en esa habitación no estaba esa noche.

El asesino de los zapatos negros se marchó. Pasaron las horas, pero Teddy permaneció bajo la cama, temblando ante cada crujido. Creyó oír pasos de regreso, más silenciosos, más sigilosos, e imaginó que el asesino seguía allí en la casa, esperando.

No sabía qué hora era cuando se quedó dormido. Solo sabía que, cuando se despertó, brillaba el sol. Solo entonces salió de su escondite, rígido y dolorido por haber pasado media noche en el suelo. A través de la ventana, vio a la señora Lyman trabajando en su jardín. Allí estaría seguro; allí había alguien a quien podía acudir.

Y así lo hizo.

Jane se arrodilló y miró debajo de la cama. Había tan poco espacio debajo del somier que nunca cabría debajo de él. Pero un niño asustado se había apretujado en aquel espacio, más pequeño que un ataúd. Vislumbró algo en lo más profundo de aquellas sombras y tuvo que tumbarse bocabajo en el suelo antes de poder meter la mano lo suficiente para coger el objeto.

Eran las gafas perdidas de Teddy.

Se levantó y echó un último vistazo a la habitación. Aunque el sol brillaba a través de la ventana y fuera hacía una temperatura veraniega de veinticinco grados, entre aquellas cuatro paredes sintió un escalofrío y se estremeció. Era extraño que no hubiera sentido el mismo frío en las habitaciones donde habían muerto los miembros de la familia Ackerman. No, solo ahí parecía perdurar el horror de lo ocurrido la noche anterior.

Ahí, en la habitación del niño que había sobrevivido.

# SEIS

—Teddy Clock —dijo el detective Thomas Moore— debe de ser el chico más desafortunado del planeta. Si tenemos en cuenta todo lo que le ha pasado, no me extraña que muestre serios problemas emocionales.

—No es que sea normal, para empezar —dijo Darren Crowe—. El chico es raro.

—¿Raro en qué sentido?

—¿Tiene catorce años y no practica ningún deporte? ¿No ve la televisión? Se pasa todas las noches y los fines de semana encorvado sobre su ordenador y un montón de libros viejos y polvorientos.

—Algunas personas no lo considerarían extraño.

Crowe se volvió hacia Jane.

—Tú eres la que más tiempo ha pasado con él, Rizzoli. Tienes que admitir que el chico no está bien.

—Para *tus* estándares —dijo Jane—. Teddy es mucho más inteligente.

Un coro de murmullos recorrió la mesa mientras los otros cuatro detectives esperaban la reacción de Crowe ante el insulto nada sutil.

—Hay conocimientos que no sirven para nada —replicó Crowe—. Y luego está la inteligencia callejera.

—Solo tiene catorce años y ha sobrevivido a dos masacres —dijo Jane—. No me digas que ese chico no tiene inteligencia callejera.

Como jefe de equipo en la investigación de Ackerman, Crowe se mostraba más abrasivo de lo habitual. Llevaban casi una hora reunidos y todos estaban nerviosos. En las treinta y tantas horas transcurridas desde la masacre de la familia Ackerman, el frenesí de los medios de comunicación se había intensificado, y esa mañana Jane se había despertado con el titular de la prensa sensacionalista «Horror en Beacon Hill», acompañado de una foto del principal sospechoso, Andres Zapata, el novio desaparecido del ama de llaves de los Ackerman. Era una antigua ficha policial de una detención por tráfico de drogas en Colombia, y el hombre realmente tenía cara *de* asesino. Era un inmigrante ilegal, tenía antecedentes por robo y habían encontrado sus huellas en la puerta de la cocina de los Ackerman y en la encimera. Tenían suficiente para una orden de detención, pero… ¿una condena? Jane no estaba segura.

—No podemos contar con Teddy para que nos ayude a construir un caso contra Zapata —dijo.

—Tienes tiempo de sobra para prepararlo —dijo Crowe.

—No le vio la cara.

—Debe haber visto algo que nos ayude en el tribunal.

—Teddy es mucho más frágil de lo que crees. No podemos esperar que testifique.

—Tiene catorce años, por el amor de Dios —espetó Crowe—. Cuando yo tenía catorce…

—No me digas. Estrangulabas serpientes pitones con tus propias manos.

Crowe se inclinó hacia delante.

—No quiero que este caso se desmorone. Necesitamos tener nuestros patitos en línea.

—Teddy no es un pato —dijo Jane—. Es un niño.

—Y con cicatrices psicológicas —dijo Moore. Abrió la carpeta que había llevado a la reunión —. Volví a hablar con el detective Edmonds, de las Islas Vírgenes de Estados Unidos. Me envió por fax su expediente sobre los asesinatos de la familia Clock y…

—Los mataron hace dos años —intervino Crowe—. Otra jurisdicción, incluso otro país. ¿Dónde está la conexión con este caso?

—Probablemente no la haya —admitió Moore—. Pero esta información habla del estado emocional del chico. De por qué está tan devastado. Lo que le pasó en Saint Thomas fue tan horrible como lo que le pasó aquí.

—¿Y ese caso nunca se resolvió? —preguntó Frost.

Moore negó con la cabeza.

—Pero generó mucho interés en la prensa. Recuerdo haberlo leído en su momento. Una familia americana en un viaje de ensueño alrededor del mundo, asesinada a bordo de su yate de setenta y cinco pies. Es cierto que la tasa de homicidios de las Islas Vírgenes estadounidenses es diez veces superior a la nuestra, pero incluso allí la masacre fue espeluznante. En realidad, tuvo lugar en las islas Capella, frente a Saint Thomas. La familia Clock, Nicholas y Annabelle y sus tres hijos, vivía a bordo de su yate, *Pantomime*. Anclaron para pasar la noche en una bahía tranquila, sin otros yates alrededor. Mientras la familia dormía, el asesino, o los asesinos, abordó el barco. Hubo disparos. Gritos, alaridos. Y luego una explosión. Eso, al menos, es lo que Teddy dijo después a la policía.

—¿Cómo se las arregló para sobrevivir? —preguntó Frost.

—La explosión le hizo perder el conocimiento, así que hay vacíos en su memoria. Lo último que recuerda es la voz de su padre diciéndole que saltara. Cuando despertó, estaba en el agua, atado a un chaleco salvavidas. Un barco de buceo lo encontró a la mañana siguiente, rodeado de los restos del *Pantomime*.

—¿Y la familia?

—Se realizó una búsqueda exhaustiva en las aguas de la zona. Más tarde encontraron los cadáveres de Annabelle y de una de las chicas. Lo que quedaba, después de que los tiburones dieran cuenta de ellas. La autopsia reveló que ambas habían recibido un disparo en la cabeza. Los cuerpos de Nicholas y de la otra hija nunca se recuperaron. —Moore repartió copias del informe enviado por fax—. El teniente Edmonds dijo que era el crimen más inquietante que había investigado. Un yate de setenta y cinco pies es un objetivo tentador, así que supuso que el móvil era el robo. El asesino o los asesinos probablemente despojaron el barco de objetos de valor y luego lo volaron para destruir las pruebas y no dejar nada a la policía. Sigue sin resolverse.

—Y el chico tampoco pudo recordar nada útil en aquel caso —dijo Crowe—. ¿Le pasa algo grave al chaval?

—En aquel momento solo tenía doce años —afirmó Moore—. Y desde luego es inteligente. Llamé a su antigua vecina de Providence, donde vivían los Clock antes de partir en su velero. Me

dijo que a Teddy lo consideraban superdotado. Estaba en el programa avanzado de su colegio. Sí, tenía problemas para hacer amigos y encajar, pero su coeficiente intelectual era al menos una docena de puntos más alto que el de sus compañeros.

Jane pensó en los libros que había visto en el dormitorio de Teddy y en la amplia gama de temas que abarcaban. Historia griega. Etnobotánica. Criptozoología. Temas que dudaba que la mayoría de los niños de catorce años conocieran.

—Síndrome de Asperger —dijo.

Moore asintió.

—Eso dijo la vecina. Los Clock hicieron evaluar a Teddy y el médico les dijo que tiene alto rendimiento, pero que no capta ciertas señales emocionales. Por eso le cuesta hacer amigos.

—Y ahora se ha quedado sin nadie —dijo Jane. Pensó en cómo se había aferrado a ella en el invernadero de la vecina. Aún podía sentir su pelo sedoso en la mejilla y recordaba el olor a niño dormilón de su pijama. Se preguntó cómo se estaría adaptando a la familia de acogida de emergencia que el equipo de Servicios Sociales le había asignado. Anoche, antes de volver a casa con su hija, había conducido hasta el nuevo hogar de Teddy y le había llevado las gafas. Ahora estaba con una pareja mayor, padres de acogida experimentados que llevaban años cuidando a niños en crisis.

Pero la mirada que Teddy había dirigido a Jane cuando ella salió por la puerta después de la visita rompería el corazón de cualquier madre. Como si ella fuera la única persona que podía salvarlo y lo estuviera abandonando en manos de extraños.

Moore buscó en su carpeta y sacó una foto de una postal navideña con el siguiente texto: «¡Felices fiestas de parte de los Clock!».

—Esta es la última correspondencia que la vecina recibió de los Clock. Es una tarjeta electrónica, enviada aproximadamente un mes después de que la familia se marchase de Providence. Sacaron a sus tres hijos del colegio, pusieron su casa a la venta y toda la familia partió a navegar alrededor del mundo.

—¿En un yate de setenta y cinco pies? Tenían dinero —dijo Frost—. ¿A qué se dedicaban?

—Annabelle era ama de casa. Nicholas era asesor financiero de alguna empresa de Providence. La vecina no recordaba el nombre.

Crowe se rio.

—Sí, una profesión como *asesor financiero* suena a dinero.

—Es un paso un poco drástico, ¿no? —dijo Frost—. ¿Desarraigarse así de repente? ¿Dejarlo todo y subir a tu familia a un velero?

—La vecina lo pensó —dijo Moore—. Y fue algo repentino. Annabelle ni siquiera lo mencionó hasta el día antes de que se fueran. Da que pensar.

—¿Sobre qué? —dijo Crowe.

—¿Estarían huyendo de algo? ¿Tendrían miedo de algo? Tal vez *haya* un vínculo entre los dos ataques que ha sufrido Teddy.

—¿Con dos años de diferencia? —Crowe negó con la cabeza—. Por lo que sabemos, los Clock y los Ackerman ni siquiera se conocían. Lo único que tenían en común era el niño.

—Me preocupa. Nada más.

A Jane también le preocupaba. Miró la foto de Navidad, quizá la última que existía de la familia Clock. El pelo de Anabelle Clock estaba recogido con elegancia informal y brillaba con reflejos dorados. Su rostro, como marfil esculpido, con cejas delicadamente arqueadas, podría haber adornado el lienzo de un pintor medieval.

Nicholas era rubio y de aspecto atlético; sus impresionantes hombros rellenaban un polo color amarillo limón. Con su mandíbula cuadrada y su mirada directa, parecía un hombre hecho para proteger a su familia de cualquier amenaza. El día que se tomó la foto, cuando sonreía con un brazo musculoso alrededor de su mujer, no podía imaginar los horrores que lo esperaban. Una tumba de agua para él. El asesinato de su mujer y de dos de sus hijos. En ese instante, la cámara captó a una familia sin motivos para temer el futuro; en sus ojos y sonrisas brillaba el optimismo, al igual que en los adornos navideños que habían colgado en el árbol detrás de ellos. Incluso Teddy parecía eufórico junto a sus hermanas pequeñas, tres niñas de aspecto angelical con el mismo pelo castaño claro y grandes ojos azules. Todos ellos sonrientes y seguros dentro de la burbuja de su acogedora familia.

Jane pensó: «Teddy nunca volverá a sentirse seguro».

*Matar es fácil. Todo lo que necesitas es acceso y la herramienta adecuada, ya sea una bala, un cuchillo o explosivos. Y, si lo planeas bien, no es necesaria la limpieza. Pero capturar a un hombre como Ícaro, que está vivo y se te resiste, un hombre que se rodea de familia y guardaespaldas, es un proceso mucho más delicado.*

*Por eso dedicamos la mayor parte de ese mes de junio a la vigilancia, el reconocimiento y los simulacros. Las horas eran largas, siete días a la semana, pero nadie se quejaba. ¿Por qué íbamos a quejarnos? Nuestro hotel era cómodo, nuestros gastos estaban cubiertos. Y al final del día siempre había mucho alcohol. No solo alcohol, sino buenos vinos italianos. Para lo que se nos pedía, creíamos que nos merecíamos lo mejor.*

*Era jueves cuando recibimos la llamada de nuestro agente local. Trabajaba como camarero en el restaurante La Nonna, y esa noche se habían reservado dos mesas contiguas para cenar. Una mesa era para cuatro personas y la otra para dos. Se habían pedido botellas de Brunello di Montalcino, que se abrirían de inmediato para airearlas a la llegada de los comensales. No tenía ninguna duda de para quién estaban reservadas esas mesas.*

*Llegaron en vehículos separados, uno detrás del otro. En el BMW negro iban los dos guardaespaldas. En el Volvo gris plata, Ícaro iba al volante. Era una de sus manías: siempre insistía en conducir, en tener el control. Ambos coches aparcaron justo enfrente de La Nonna, donde estarían a la vista durante toda la cena. Yo ya estaba en posición, sentado en un café cercano al aire libre, tomando un espresso. Desde allí tenía una vista privilegiada del ballet de precisión que estaba a punto de desarrollarse.*

*Vi a los guardaespaldas salir primero de su BMW, y observar cómo Ícaro salía de su Volvo. Siempre conducía un Volvo, una elección poco emocionante para un hombre que podía permitirse una flota de Maserati. Abrió la puerta trasera y salió uno de los motivos por los que había elegido un vehículo tan seguro. El pequeño Carlo, el hijo menor, tenía ocho años, grandes ojos oscuros y el pelo rebelde como el de su madre. El cordón del zapato del niño se había soltado, e Ícaro se agachó para atárselo.*

*Fue entonces cuando Carlo se fijó en mí, sentado cerca. Sus ojos se clavaron en los míos con tanta intensidad que sentí una punzada de pánico. Pensé: «El chico lo sabe. De alguna manera, sabe lo que está a punto de ocurrir». Yo no tenía hijos; nadie en nuestro equipo los tenía, así que los niños eran un misterio para nosotros. Eran como pequeños extraterrestres, criaturas sin forma a las que se podía ignorar. Pero los ojos de Carlo eran luminosos y sabios, y me sentí despojado de toda pretensión, incapaz de justificar lo que estábamos a punto de hacerle a su padre.*

*Entonces Ícaro se levantó. Cogió la mano de Carlo y condujo a su mujer y a su hijo mayor al otro lado de la calle, a La Nonna, para cenar.*

*Volví a respirar.*

*Nuestro equipo entró en acción.*

*Una mujer joven se acercó empujando un carrito de bebé, con su hijo oculto bajo capas de ropa. El bebé emitió un llanto repentino y la mujer se detuvo para dedicarse a él. Yo era el único que estaba lo bastante cerca como para verla pinchar la rueda del vehículo de los guardaespaldas. El bebé se calló y la mujer siguió avanzando por la acera.*

*En ese momento, en el interior de La Nonna, donde se estaba sirviendo el vino, dos chiquillos daban vueltas a los espaguetis y de la cocina salían fuentes de ternera, cordero y cerdo.*

*Fuera, en la calle, las fauces de una trampa estaban a punto de cerrarse. Todo marchaba según lo previsto.*

*Pero no podía deshacerme de la imagen de la cara del pequeño Carlo, mirándome fijamente. Una mirada que me llegó al pecho y me arañó el corazón. Cuando sientes una premonición tan poderosa como esa, nunca debes ignorarla.*

*Siento haberlo hecho.*

# SIETE

Maura conducía con las ventanas abiertas; el olor a verano invadía el interior del coche. Hacía horas que había dejado atrás la costa de Maine y se dirigía hacia el noroeste, hacia suaves colinas donde el sol de la tarde teñía de oro los campos de heno. El bosque se tornó más cerrado; de pronto los árboles se volvieron tan densos que parecía que la noche había caído de un segundo al otro. Condujo durante kilómetros sin cruzarse con ningún coche y se preguntó si se habría equivocado de camino. No había casas, carreteras ni una sola señal de tráfico que le indicara si iba en la dirección correcta.

Estaba a punto de dar la vuelta cuando el camino terminó de repente en un portón. En el arco que lo coronaba había una sola palabra, escrita en letras entrelazadas con elegancia: «Evensong».

Salió de su Lexus y frunció el ceño ante los portones cerrados, flanqueados por enormes pilares de piedra. No vio ningún botón de interfono y la verja de hierro forjado se adentraba en el bosque en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Sacó el móvil para llamar al colegio, pero en lo profundo del bosque no tenía cobertura. El silencio del bosque amplificó el ominoso zumbido de un mosquito y se dio una palmada en la mejilla al sentir el repentino escozor. Miró la alarmante mancha de sangre. Otros mosquitos se acercaban a ella en una nube hambrienta y voraz. Estaba a punto de refugiarse en el coche cuando vio que se acercaba un carrito de golf desde el otro lado de la verja.

Una joven conocida salió del carrito de golf y la saludó con la mano. Con poco más de treinta años, vestida con unos vaqueros ajustados y un cortavientos verde, Lily Saul parecía mucho más sana y feliz que la última vez que Maura la había visto. El pelo castaño de Lily, recogido en una coleta floja, tenía ahora mechas rubias, y sus mejillas tenían un brillo saludable, tan diferente del rostro pálido y delgado que Maura recordaba de aquella Navidad salpicada de sangre en la que se habían conocido, durante el transcurso de una investigación por homicidio. El violento desenlace casi se había cobrado la vida de ambas. Pero Lily Saul, que había pasado años huyendo de demonios tanto reales como imaginarios, era una superviviente astuta y, a juzgar por su sonrisa feliz, por fin había superado sus pesadillas.

—La esperábamos aquí más temprano, doctora Isles —dijo Lily—. Me alegro de que haya llegado antes de que oscureciera.

—Temía tener que escalar esta valla —dijo Maura—. Aquí fuera no hay cobertura y no podía llamar a nadie.

—Oh, sabíamos que había llegado. —Lily marcó un código en el teclado de seguridad de la puerta—. Hay sensores de movimiento a lo largo de este camino. Y probablemente no las ha visto, pero también hay cámaras.

—Es mucha seguridad para un colegio.

—Se trata de mantener seguros a nuestros estudiantes. Y ya sabe cómo es Anthony con la seguridad. Nunca es suficiente. —Se encontró con la mirada de Maura a través de los barrotes—. No es de extrañar que se sienta así. Si tenemos en cuenta por lo que hemos pasado.

Al mirar a Lily a los ojos, Maura se dio cuenta de que las pesadillas de la joven no habían desaparecido del todo. Las sombras aún persistían.

—Han pasado casi dos años, Lily. ¿Ha sucedido algo más?

Lily abrió la verja y dijo en tono ominoso:

—Todavía no.

Era exactamente el tipo de declaración que haría Anthony Sansone. El crimen dejaba cicatrices permanentes en supervivientes como Sansone y Lily, ambos atormentados por violentas tragedias personales. Para ellos, el mundo siempre sería un paisaje plagado de peligros.

—Sígame —dijo Lily, mientras subía de nuevo al carrito de golf—. El castillo está unos kilómetros más arriba.

—¿No tienes que cerrar el portón?

—Se cerrará automáticamente. Si necesita salir, el código de esta semana es cuarenta y cinco noventa y seis, tanto para el portón como para la puerta principal del colegio. El número cambia cada lunes, cuando lo anunciamos en el desayuno.

—Así que los alumnos también lo saben.

—Por supuesto. La puerta no está aquí para mantenernos dentro, doctora Isles. Es para mantener al mundo *fuera*.

Maura volvió a subirse al Lexus y, cuando pasó junto a los pilares gemelos, el portón de hierro ya empezaba a cerrarse. A pesar de que Lily le había asegurado que el portón no era para encerrarla, los barrotes de hierro forjado la hacían pensar en una prisión de alta seguridad. Le traían a la memoria ruido metálico y rostros enjaulados que la miraban fijamente.

El carrito de golf de Lily la condujo por un camino de un solo carril tallado entre densos bosques. En la penumbra de los árboles destacaba un hongo de color naranja estridente, aferrado al tronco de un venerable roble. En lo alto de las copas del bosque, los pájaros revoloteaban. Una ardilla roja se posó en una rama moviendo la cola. En lo más profundo de los bosques de Maine, ¿qué otras criaturas surgirían al caer la noche?

El bosque dio paso al cielo abierto; un lago se extendía ante ella. A lo lejos, más allá de unas aguas impenetrables y oscuras, se alzaba el edificio de Evensong. Lily se había referido a él como «*el castillo*», y eso era exactamente lo que parecía, edificado sobre granito yermo. Construidas con la misma piedra gris, las paredes se alzaban como empujadas desde la misma colina.

Condujeron bajo un arco de piedra hasta el patio y Maura aparcó el Lexus junto a un muro cubierto de musgo. Hacía solo una hora el día había sido veraniego, pero, cuando Maura salió, el aire era frío y húmedo. Mirando los altos muros de granito y el tejado inclinado, imaginó murciélagos revoloteando en torno a la torre.

—No se preocupe por su maleta —dijo Lily, mientras la sacaba del maletero del Lexus—. La dejaremos aquí, en la escalera, y el señor Roman la subirá a su habitación.

—¿Dónde están los estudiantes?

—La mayoría de los alumnos y del personal se han ido de vacaciones. Solo nos quedan dos docenas de chicos y un equipo reducido que se queda todo el año. Y la semana que viene Julian y

usted estarán muy tranquilos por aquí, porque nos llevaremos al resto de los chicos de excursión a Quebec. Permítame que la acompañe a hacer un rápido recorrido, luego la llevaré a ver a Julian. Ahora está en clase.

—¿Cómo está? —preguntó Maura.

—¡Ha florecido desde que llegó! Aún no le apasiona el trabajo de clase, pero es ingenioso y nota cosas que los demás pasan por alto. Y es protector con los niños más pequeños, siempre está pendiente de ellos. Una verdadera personalidad de guardián. —Lily hizo una pausa—. Le costó un poco confiar en nosotros. Es comprensible, después de lo que pasó en Wyoming.

Sí, Maura lo entendía. Porque ella y Julian lo habían vivido juntos; los dos habían luchado por sus vidas, sin saber en quién confiar.

—¿Y tú, Lily? —preguntó—. ¿Cómo estás?

—Estoy exactamente donde debería estar. Viviendo en este hermoso lugar. Enseñando a estos niños increíbles.

—Julian me contó que construyeron una catapulta romana en clase.

—Sí, durante nuestra unidad sobre la guerra de asedio. Los alumnos se entusiasmaron con eso. Pero, por desgracia, rompieron una ventana.

Subieron los escalones de piedra y llegaron a una puerta tan alta que podría haber permitido la entrada de un gigante. Lily volvió a marcar el código de seguridad. La enorme puerta de madera se abrió de un empujón con facilidad, y tras cruzar el umbral, entraron en un vestíbulo con grandes arcos enmarcados en maderas antiguas. En lo alto colgaba una araña de hierro y en el arco superior, como un ojo multicolor, una ventana circular con cristales tintados. En esa tarde sombría, solo dejaba traslucir un tenue resplandor opaco.

Maura se detuvo al pie de una enorme escalera y admiró el tapiz que colgaba de la pared, una imagen descolorida de dos unicornios descansando en una enramada de enredaderas y árboles frutales.

—Esto sí que *es* un castillo —dijo.

—Fue construido alrededor de 1835 por un megalómano llamado Cyril Magnus. —Lily sacudió la cabeza, disgustada—. Según la mayoría de los relatos, era un barón del ferrocarril, cazador de caza mayor, coleccionista de arte y un cabrón de primera. Esto se construyó como su castillo privado. Fue diseñado en el estilo gótico que Magnus admiraba durante sus viajes a Europa. El granito se extrajo a ochenta kilómetros de aquí. La madera es de roble de Maine. Cuando Evensong compró esta propiedad hace treinta años, aún estaba en bastante buen estado, así que la mayor parte de lo que se ve aquí es original. Con el paso de los años, Cyril Magnus fue añadiendo cosas al edificio, lo que hace que sea un poco confuso recorrerlo. No se sorprenda si se pierde.

—Ese tapiz —dijo Maura, señalando el tejido de los unicornios— *parece* medieval.

—Lo es. Viene de la villa de Anthony, en Florencia.

Maura había visto el tesoro de pinturas del siglo xvi y muebles venecianos que Sansone guardaba en su residencia de Beacon Hill. No le cabía duda de que su villa de Florencia sería tan grandiosa como ese edificio y el arte, aún más impresionante. Pero esas no eran las cálidas

paredes color miel de la Toscana; ahí la piedra gris irradiaba un frío que ni siquiera un día soleado podía disipar.

—¿Ya ha estado allí? —preguntó Lily—. ¿En su casa de Florencia?

—No me han invitado —dijo Maura. «*A diferencia de ti, obviamente*».

Lily la miró pensativa.

—Estoy segura de que es solo cuestión de tiempo —dijo, y se volvió hacia lo que parecía una pared con paneles. Empujó uno de los paneles, que se abrió dejando ver una puerta—. Este es el pasadizo a la biblioteca.

—¿Intentáis esconder los libros?

—No, es solo una de las características peculiares de este edificio. Creo que al viejo Cyril Magnus le gustaban las sorpresas, porque no es la única puerta de esta casa que está disimulada como otra cosa. —Lily la condujo por un pasillo sin ventanas, en el que la penumbra se veía acentuada por los paneles de madera oscura. En el extremo opuesto, llegaron a una sala donde altas ventanas con arco dejaban pasar la última luz grisácea del día. Maura contempló, maravillada, una galería tras otra de estanterías que se alzaban tres pisos hasta un techo abovedado, en el que el yeso había sido decorado con una pintura de esponjosas nubes en un cielo azul.

—Este es el corazón palpitante de Evensong —dijo Lily—. Esta biblioteca. En cualquier momento, de día o de noche, los alumnos pueden entrar aquí y coger cualquier libro de las estanterías, siempre que prometan tratarlo con respeto. Y, si no encuentran lo que buscan en la biblioteca… —Lily se dirigió hacia una puerta y la abrió, revelando una sala con una docena de ordenadores—. Como último recurso, siempre está Google. —Volvió a cerrar la puerta con una mirada de desagrado—. Pero, en realidad, ¿quién quiere Internet cuando los verdaderos tesoros están *aquí mismo?* —Señaló los tres pisos de libros—. La sabiduría de siglos reunida bajo un mismo techo. Se me hace la boca agua de solo mirarlos.

—Hablas como una verdadera profesora de los clásicos —dijo Maura, mientras ojeaba los títulos. *Las mujeres de Napoleón. Vidas de los santos. Mitología egipcia*. Hizo una pausa cuando le llamó la atención un título, estampado en oro sobre cuero oscuro: *Lucifer*. El libro parecía llamarla, reclamando su atención. Sacó el volumen y se quedó mirando la gastada cubierta de cuero, con la ilustración labrada de un demonio agazapado.

—Creemos que ningún conocimiento está fuera de los límites —dijo Lily en voz baja.

—¿Conocimiento? —Maura volvió a colocar el libro en la estantería y miró a la joven—. ¿O superstición?

—Ayuda entender ambas cosas, ¿no cree?

Maura caminó por la sala, pasando por filas de largas mesas y sillas de madera, junto a una serie de globos terráqueos, cada uno de los cuales representaba el mundo tal y como se conocía en una época diferente.

—Siempre que no se enseñe como un hecho —dijo, deteniéndose a examinar un globo terráqueo de 1650, con los continentes deformados, vastos territorios desconocidos e inexplorados—. Es superstición. Un mito.

—En realidad, les enseñamos *su* sistema de creencias, doctora Isles.

—¿*Mi* sistema de creencias? —Maura la miró, perpleja—. ¿Cuál sería?

—Las ciencias. Química y física, biología y botánica. —Miró el antiguo reloj de pie—. Que es donde Julian está ahora mismo. Y su clase debería estar terminando.

Salieron de la biblioteca, volvieron por el pasillo de paneles oscuros hasta el vestíbulo y subieron la enorme escalera. Cuando pasaron bajo el tapiz, Maura lo vio ondear contra la pared de piedra, como si una corriente de aire acabara de entrar en el edificio; los unicornios parecieron cobrar vida y temblar bajo los frondosos árboles cargados de fruta. Los escalones se curvaban junto a una ventana, y Maura se detuvo para admirar la vista de las colinas boscosas a lo lejos. Julian le había contado que su colegio estaba rodeado de bosques, que distaba kilómetros del pueblo más cercano. Ahora se daba cuenta de lo aislado que estaba Evensong.

—Nada puede alcanzarnos aquí. —La voz, muy suave, la sobresaltó por su cercanía. Lily estaba medio escondida en la sombra del arco—. Cultivamos nuestra propia comida. Criamos gallinas para tener huevos, vacas para tener leche. Nos calentamos con nuestra propia leña. No necesitamos al mundo exterior en absoluto. Este es el primer lugar en el que me he sentido realmente segura.

—¿Aquí en el bosque, con osos y lobos?

—Ambas sabemos que hay muchas cosas más peligrosas que osos y lobos más allá del portón.

—¿No se te ha hecho más fácil, Lily?

—Todavía pienso en lo que pasó, cada día. Lo que le hizo a mi familia, a mí. Pero estar aquí me ha ayudado mucho.

—¿De verdad? ¿O este aislamiento solo refuerza tus temores?

Lily la miró a los ojos.

—Un sano temor del mundo es lo que a algunos nos mantiene vivos. Es la lección que aprendí hace dos años. —Siguió subiendo los escalones, pasando por delante de un sombrío cuadro de tres hombres vestidos con túnicas medievales, sin duda, otra contribución de la colección familiar de Anthony Sansone. Maura pensó en los estudiantes revoltosos que pasaban en estampida por delante de esa obra maestra todos los días y se preguntó cuántos milisegundos sobreviviría intacta esa pieza de arte en cualquier otro colegio. También pensó en la biblioteca, con sus valiosos volúmenes encuadernados en piel dorada. Los alumnos de Evensong debían ser un grupo poco común para que se les confiaran tales tesoros.

Llegaron al primer piso y Lily señaló hacia arriba, hacia el segundo piso.

—El sector de vivienda está en el siguiente nivel. Los dormitorios de los estudiantes están en el ala este y los de los profesores e invitados, en la oeste. Se alojará en la parte más antigua del ala oeste, donde las habitaciones tienen preciosas chimeneas de piedra. En verano, es el lugar más selecto de todo el edificio.

—¿Y en invierno?

—No es habitable. A menos que quiera quedarse despierta toda la noche echando troncos al fuego. La cerramos cuando hace frío. —Lily la guio por el pasillo del primer piso—. Veamos si el viejo Pasky ya ha terminado.

—¿Quién?

—El profesor David Pasquantonio. Enseña botánica, biología celular y química orgánica.

—Temas bastante avanzados para estudiantes de secundaria.

—¿Secundaria? —Lily rio—. Empezamos con esas asignaturas en primaria. Los niños de doce años son mucho más listos de lo que la mayoría de la gente cree.

Pasaron por delante de puertas abiertas y aulas desiertas. Maura vio un esqueleto humano colgando de un atril, una mesa de laboratorio y soportes de tubos de ensayo, y un gráfico mural con una línea cronológica de la historia del mundo.

—En plenas vacaciones de verano, me sorprende que aún tengáis clases —dijo Maura.

—La alternativa es que dos docenas de estudiantes se vuelvan locos de aburrimiento. No, intentamos que la materia gris siga funcionando.

Doblaron la esquina y se encontraron con un enorme perro negro tumbado delante de una puerta cerrada. Al ver a Maura, levantó la cabeza al instante y saltó hacia ella moviendo la cola con fuerza.

—¡Quieto! ¡Oso! —Maura se rio cuando se levantó sobre sus patas traseras. Dos patas gigantes se posaron sobre sus hombros y una lengua húmeda le lamió la cara—. Veo que tus modales no han mejorado.

—Está feliz de verla de nuevo.

—Y yo también me alegro de verte —susurró Maura, mientras abrazaba al perro. Él bajó las patas al suelo; Maura hubiera jurado que sonreía.

—La dejaré aquí, entonces —dijo Lily—. Julian ha estado esperando ansioso su llegada, así que ¿por qué no entra?

Maura se despidió con la mano y entró tan sigilosamente en el aula que nadie se percató de su llegada. Se quedó de pie en un rincón y observó al profesor calvo y con gafas que escribía el horario de la semana en la pizarra con mano fina y temblorosa.

—A las ocho en punto, nos reuniremos en el lago —dijo—. Si llegáis tarde, *os quedaréis aquí.* Y perderéis la oportunidad de ver un raro espécimen de *Amanita bisporigera* que acaba de aparecer tras la última lluvia. Traed botas y ropa impermeable. Podría haber barro.

Incluso de espaldas, Julian «Rata» Perkins era fácil de distinguir entre las dos docenas de estudiantes reunidos en torno a la mesa de demostraciones del profesor Pasquantonio. A los dieciséis años, ya tenía la constitución de un hombre, con unos hombros anchos que se habían vuelto aún más musculosos desde la última vez que Maura lo había visto. Ella se había apoyado en esos mismos hombros el invierno anterior, cuando juntos habían luchado por sobrevivir en las montañas de Wyoming, una batalla que había forjado un vínculo profundo y duradero entre ellos. Julian era lo más parecido a un hijo que jamás conocería, y vio con orgullo lo erguido que estaba, lo atento que parecía, incluso cuando el profesor Pasquantonio hablaba monótonamente con su aguda voz de mosquito.

—Quiero que entreguéis todos vuestros trabajos sobre la toxicidad de las plantas para el viernes, antes de que la mayoría os vayáis de viaje a Quebec. Y no olvidéis de que tenemos el examen de identificación de hongos el miércoles. Se acabó la clase.

Al volverse, Julian vio a Maura y se le iluminó la cara con una sonrisa. En dos pasos se acercó a ella, con los brazos ya extendidos para darle un abrazo. Pero en el último instante, consciente de que sus compañeros lo estaban mirando, pareció pensárselo mejor y ella tuvo que conformarse con un rápido beso en la mejilla y una torpe palmada en los hombros.

—¡Por fin has llegado! Te he estado esperando toda la tarde.

—Bueno, ahora estaremos juntos dos semanas enteras. —Le apartó la melena oscura de la cara y su mano se detuvo en su mejilla, donde se sorprendió al notar el primer atisbo de barba. Estaba creciendo demasiado rápido.

Él se sonrojó al sentir su contacto y ella se dio cuenta de que algunos de los alumnos no habían abandonado la sala, sino que estaban de pie, observando. La mayoría de los adolescentes ignoraban la mera existencia de los adultos, pero los compañeros de Julian parecían intrigados por la extraña visitante en su mundo. Su edad oscilaba entre los doce y los diecisiete años, y su vestimenta también era muy variada: desde una chica rubia con unos vaqueros rotos hasta un chico con pantalones de vestir y camisa Oxford. Todos miraban a Maura.

—Usted es la médica forense —dijo una chica con minifalda—. Oímos que vendría.

Maura sonrió.

—¿Julian me ha mencionado?

—Casi todo el tiempo. ¿Nos dará una clase?

—¿Una clase? —Miró a Julian—. No lo había planeado.

—Queremos oír hablar de patología forense —dijo un chico asiático—. En biología diseccionamos ranas y fetos de cerdo, pero eso es anatomía normal. No es como las cosas fascinantes que usted hace con los muertos.

Maura echó un vistazo a las caras de impaciencia. Al igual que con gran parte del público, seguramente su imaginación estaba alimentada por demasiados programas de televisión de policías y novelas de crímenes.

—No estoy segura de que ese tema sea apropiado —dijo Maura.

—¿Porque somos adolescentes?

—La patología forense es una asignatura que se suele enseñar a los estudiantes de Medicina. Incluso a la mayoría de los adultos les resulta perturbadora.

—Con nosotros no sería así —dijo el chico asiático—. Tal vez Julian no le ha contado quiénes somos.

«Lo que sois es bien *raros*», pensó Maura mientras veía salir a los compañeros de Julian, con un éxodo marcado por el arrastrar de los zapatos y el crujido del suelo. En el silencio que siguió, Oso emitió un quejido aburrido y trotó hacia Julian para lamerle la mano.

—*¿Quiénes somos?* ¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Maura.

Fue el profesor quien respondió.

—Como demasiados de sus compañeros de clase, el joven señor Chinn suele hablar antes de pensar. No tiene sentido tratar de descifrar el significado profundo de los balbuceos adolescentes. —Por encima de sus gafas, el hombre miró a Maura con expresión agria—. Soy el profesor Pasquantonio. Julian nos dijo que nos visitaría esta semana, doctora Isles. —Miró al chico y sus

labios se distendieron en una media sonrisa—. Es un buen estudiante, por cierto. Aunque necesita mejorar su escritura, es muy malo con la ortografía. Pero es el mejor a la hora de detectar especímenes botánicos inusuales en el bosque.

A pesar de la crítica, el cumplido hizo sonreír a Julian.

—Mejoraré mi ortografía, profesor.

—Disfrute de su estancia con nosotros, doctora Isles —dijo Pasquantonio, mientras recogía sus notas y especímenes de plantas de la mesa de demostraciones—. Por suerte para usted, esta época del año es tranquila. No hay tantos pies ruidosos subiendo y bajando las escaleras como elefantes.

Maura se fijó en el macizo de flores moradas que sostenía el hombre.

—Matalobos.

Pasquantonio asintió.

—*Aconitum*. Muy bien.

Maura inspeccionó las otras plantas que había sobre la mesa.

—Digitalis. Hierba mora. Ruibarbo.

—¿Y esta? —Él levantó una ramita con hojas secas—. Puntos adicionales si puede decirme de qué arbusto florido viene esto.

—Es laurel de flor.

El profesor la miró, sus ojos pálidos se iluminaron con interés.

—Que ni siquiera crece en este clima, y sin embargo la reconoce. —Hizo un gesto deferente con la calva cabeza—. Estoy impresionado.

—Crecí en California, donde el laurel de flor es común.

—Sospecho que también es jardinera.

—Aspirante. Pero soy patóloga. —Miró las muestras botánicas dispuestas sobre la mesa—. Todas son plantas venenosas.

Él asintió.

—Y algunas de ellas, muy hermosas. Aquí cultivamos matalobos y digitalis en nuestro jardín de flores. El ruibarbo crece en nuestro huerto. Y la belladona, con sus dulces florecillas y bayas, brota por todas partes como una maleza común. A nuestro alrededor, tan bellamente disfrazados, están los instrumentos de la muerte.

—¿Y se lo enseña a los chicos?

—Necesitan estos conocimientos tanto como los demás. Les recuerdan que el mundo natural es un lugar peligroso, como bien sabe. —Colocó los especímenes en un estante y recogió páginas de notas—. Un placer conocerla, doctora Isles —dijo, antes de volverse hacia Julian—. Señor Perkins, la visita de su amiga no servirá de excusa para retrasar los deberes. Que quede claro.

—Sí, señor —dijo Julian solemnemente. Mantuvo esa expresión sobria hasta que el profesor Pasquantonio estuvo al fondo del pasillo y fuera del alcance de sus oídos, entonces estalló en una carcajada—. Ahora ya sabes por qué lo llamamos Veneno Pasky.

—No parece el más amigable de los profesores.

—No lo es. Prefiere hablar con sus plantas.

—Espero que tus otros profesores no sean tan extraños.

—Aquí *todos* somos extraños. Por eso es un lugar tan interesante. Como dice la señorita Saul, lo normal es muy aburrido.

Ella le sonrió. Volvió a tocarle la cara. Esa vez él no se escabulló.

—Pareces feliz aquí, Rata. ¿Te llevas bien con todos?

—Mejor de lo que nunca me llevé en casa.

Su hogar, en Wyoming, había sido un lugar sombrío para Julian. En el colegio había sido un estudiante de notas bajas, acosado y ridiculizado, conocido no por sus logros académicos, sino por sus encontronazos con la ley y por sus peleas en el patio. A los dieciséis años, parecía destinado a una futura celda en prisión.

Así que había algo de verdad en lo que Julian acababa de decir sobre ser extraño. Él no era normal y nunca lo sería. Expulsado por su propia familia, empujado solo a las montañas, había aprendido a confiar en sí mismo. Había matado a un hombre. Aunque ese homicidio fue en defensa propia, derramar la sangre de otro te cambia para siempre, y Maura se preguntaba hasta qué punto ese recuerdo seguía atormentándolo.

Rata la tomó de la mano.

—Vamos, quiero enseñarte el lugar.

—La señorita Saul me ha enseñado la biblioteca.

—¿Has ido ya a tu habitación?

—No.

—Está en el ala vieja, donde van todos los invitados importantes. Ahí es donde el señor Sansone se queda cada vez que nos visita. Tu habitación tiene una enorme y vieja chimenea de piedra. Cuando la tía de Briana nos visitó, olvidó abrir el tiro y la habitación se llenó de humo. Tuvieron que evacuar todo el edificio. Así que te acordarás de eso, ¿verdad? ¿De lo de la chimenea? —«*Y no me avergonzarás» era* el mensaje tácito.

—Lo recordaré. ¿Quién es Briana?

—Una chica de aquí, nada más.

—¿Nada más? —Con su pelo oscuro y sus ojos penetrantes, Julian se estaba convirtiendo en un joven apuesto que algún día atraería las miradas de muchas mujeres—. Detalles, por favor.

—No es nadie especial.

—¿Acabo de verla en clase?

—Sí. Tenía el pelo largo y negro. Y una falda *muy* corta.

—Ah, te refieres a esa tan guapa.

—Supongo.

Maura rio.

—Vamos. No me digas que no te has dado cuenta.

—Bueno, sí. Pero creo que es un poco cabrona. Aunque me dé pena.

—¿Pena? ¿Por qué?

Julian la miró.

—Está aquí porque asesinaron a su madre.

De repente, Maura se arrepintió de la alegre curiosidad con la que había preguntado por sus amistades. Los adolescentes eran un misterio, criaturas corpulentas con pies grandes y hormonas en ebullición, vulnerables en un momento y fríos y distantes al siguiente. Por mucho que quisiera ser una madre para él, nunca se le daría bien, nunca tendría instintos maternales.

Guardó silencio mientras lo seguía por el pasillo del segundo piso, cuyas paredes estaban decoradas con cuadros de pueblos medievales, mesas de banquetes y una virgen con piel color marfil que sostenía un niño. Su habitación estaba al final del pasillo; cuando entró, vio que su maleta ya estaba allí y descansaba sobre un soporte para equipaje de madera de cerezo. Desde la ventana arqueada se veía un jardín amurallado adornado con estatuas de piedra. Más allá, el bosque se cernía sobre el castillo como un ejército invasor.

—Está orientada al este, así que tendrás una buena vista del amanecer mañana.

—Todas las vistas son hermosas en este lugar.

—El señor Sansone pensó que te gustaría esta habitación. Es la más tranquila.

Permaneció junto a la ventana, de espaldas a él, mientras preguntaba:

—¿Ha estado aquí últimamente?

—Vino hace un mes. Siempre viene a las reuniones del Consejo Escolar de Evensong.

—¿Cuándo es la próxima?

—No hasta el mes que viene. —Hizo una pausa—. Te gusta de verdad, ¿no?

Su silencio fue demasiado revelador.

—Ha sido un hombre generoso —dijo Maura con naturalidad. Se volvió hacia Julian—. Ambos le debemos mucho.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir sobre él?

—¿Qué otra cosa podría decir?

—Bueno, tú me has preguntado por Briana. He supuesto que podía preguntar por el señor Sansone.

—Entendido —admitió Maura.

Pero la pregunta de él flotaba en el aire y ella no sabía cómo responderla. «*Te gusta de verdad, ¿no?*».

Se volvió para mirar la cama con dosel, de elaborada talla, y el armario de roble. Quizá fueran más antigüedades de la casa de Sansone. Aunque el hombre no estaba allí, ella veía su influencia en todas partes, desde las obras de arte en las paredes, de valor incalculable, hasta los libros encuadernados en cuero de la biblioteca. El aislamiento de ese castillo, el portón cerrado y el camino privado reflejaban su obsesión por la privacidad. La única nota discordante de la habitación colgaba sobre la repisa de la chimenea. Era un retrato al óleo de un caballero de aspecto arrogante vestido de cazador, con un rifle al hombro y una bota apoyada en un ciervo caído.

—Es Cyril Magnus —dijo Julian.

—¿El hombre que construyó este castillo?

—Le gustaba mucho la caza. En el desván hay un montón de trofeos de animales disecados que trajo de todo el mundo. Solían colgar en el comedor hasta que la doctora Welliver dijo que todas

esas cabezas disecadas le quitaban el apetito y le pidió al señor Roman que las quitara. Tuvieron una gran discusión sobre si los trofeos glorificaban la violencia. Al final, el director Baum nos hizo votar a todos, incluso a los alumnos. Fue entonces cuando quitaron las cabezas.

Maura no conocía a ninguna de esas personas de las que él hablaba, un triste recordatorio de que no formaba parte de su mundo allí, que ahora él tenía su propia vida lejos e independiente de ella. Ya se sentía dejada de lado.

—… y ahora la doctora Welliver y el señor Roman discuten sobre si los alumnos deben aprender a cazar. El señor Roman dijo que sí, porque es una habilidad antigua, pero la doctora Welliver dijo que era de bárbaros. Entonces el señor Roman señaló que la doctora Welliver come carne, lo que también la convierte en bárbara. ¡Eso sí que la enfureció!

Mientras Maura sacaba vaqueros y botas de montaña de la maleta y colgaba blusas y un vestido en el armario, Julian parloteaba sobre sus compañeros y profesores, sobre la catapulta que habían construido en clase de la señorita Saul, sobre su excursión a la naturaleza en la que un oso negro se había paseado por su campamento.

—Y apuesto a que fuiste tú quien ahuyentó a ese oso —dijo Maura con una sonrisa.

—No, el señor Roman lo espantó. Ningún oso quiere meterse con *él*.

—Debe ser un hombre muy temible.

—Es el guardabosques. Lo conocerás en la cena de esta noche. Si es que aparece.

—¿No come?

—Está evitando a la doctora Welliver por la discusión que te conté.

Maura cerró el cajón de la cómoda.

—¿Y quién es esa doctora Welliver que odia tanto la caza?

—Es nuestra psicóloga. La veo cada jueves.

Ella se volvió y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Porque tengo problemas. Como todos aquí.

—¿De qué problemas hablas?

Él la miró, perplejo.

—Creía que lo sabías. Es la razón por la que estoy aquí, la razón por la que todos los estudiantes fueron elegidos para Evensong. Porque somos diferentes de los chicos normales.

Pensó en la clase que acababa de visitar, en las dos docenas de alumnos reunidos en torno a la mesa de demostración de Veneno Pasky. Parecían como cualquier otro grupo de adolescentes estadounidenses.

—¿Qué te hace diferente? —preguntó.

—La forma en la que perdí a mi madre. Es lo mismo que hace diferentes a todos los chicos de aquí.

—¿Los otros estudiantes también han perdido a sus padres?

—Algunos. O han perdido hermanas o hermanos. La doctora Welliver nos ayuda a lidiar con la ira. Y con las pesadillas. Y Evensong nos enseña a defendernos.

Maura pensó en cómo había muerto la madre de Julian. Pensó en cómo el crimen violento se

extiende por las familias, por los barrios, por generaciones. «*Evensong nos enseña a defendernos*».

—Cuando dices que los otros niños han perdido a sus padres o hermanos —dijo Maura—, ¿quieres decir que…?

—Que los asesinaron —dijo Julian—. Eso es lo que todos tenemos en común.

# OCHO

Había una cara nueva en el comedor esa noche.

Julian llevaba semanas hablando de su visitante, la doctora Isles, y de su trabajo en la oficina del forense de Boston abriendo cadáveres. Nunca había mencionado que también era guapa. Morena y esbelta, de mirada tranquila e intensa, se parecía tanto a Julian que casi podrían ser madre e hijo. Y la doctora Isles miraba a Julian como una madre miraría a su propio hijo, con evidente orgullo, atenta a cada palabra que decía.

«Nadie volverá a mirarme así», pensó Claire Ward.

Sentada en su habitual rincón solitario, Claire no perdía de vista a la doctora Isles y observaba la elegancia con la que la mujer utilizaba el cuchillo y el tenedor para cortar la carne. Desde esa mesa, Claire podía ver todo lo que ocurría en el comedor. No le importaba sentarse sola; así no tenía que entablar conversaciones inútiles y podía estar pendiente de lo que hacían los demás. Y ese rincón era el único lugar donde se sentía cómoda, de espaldas a la pared, donde nadie podía acercarse sigilosamente por detrás.

El menú de esa noche incluía consomé, ensalada de lechugas tiernas, solomillo Wellington con patatas asadas y espárragos, y tarta de limón de postre. Había que hacer malabarismos con tenedores, cucharas y cubiertos, algo que había confundido a Claire cuando llegó a Evensong hacía un mes. En casa de Bob y Barbara Buckley, en Ithaca, las cenas habían sido mucho más sencillas, con solo un cuchillo, un tenedor y una o dos servilletas de papel.

Nunca había comido solomillo Wellington.

Echaba de menos a Bob y Barbara mucho más de lo que había imaginado. Los echaba de menos casi tanto como a sus padres, cuyas muertes, dos años atrás, le habían dejado recuerdos angustiosamente borrosos que se desvanecían con rapidez día a día. Pero las muertes de Bob y Barbara seguían siendo crudas, dolorosas, porque todo había sido culpa suya. Si no se hubiera escapado de casa aquella noche, si Bob y Barbara no se hubieran visto obligados a buscarla, tal vez seguirían vivos.

*«Ahora están muertos. Y yo estoy comiendo tarta de limón».*

Dejó el tenedor y se quedó mirando a los demás estudiantes, que en su mayoría la ignoraban, cosa que ella también hacía con ellos. Una vez más se centró en la mesa donde Julian estaba sentado con la doctora Isles. La señora que abría a los muertos. Por lo general, Claire evitaba mirar a los adultos, porque la incomodaban y le hacían demasiadas preguntas. Sobre todo la doctora Anna Welliver, la psicóloga del colegio, con quien Claire pasaba todas las tardes de los miércoles. La doctora Welliver era bastante simpática, una especie de abuela grande y de pelo rizado, pero siempre hacía las mismas preguntas. ¿Seguía Claire teniendo problemas para dormir? ¿Qué recordaba de sus padres? ¿Habían mejorado las pesadillas? Como si hablar de ello, pensar en ello, fuera a hacer que las pesadillas desaparecieran.

*«Y todos aquí tenemos pesadillas».*

Cuando miraba a sus compañeros de clase en el comedor, Claire veía lo que un observador

casual probablemente pasaría por alto. Cómo Lester Grimmett no dejaba de mirar hacia la puerta, para asegurarse de que había una vía de escape abierta. Que los brazos de Arthur Toombs estaban marcados por feas cicatrices de quemaduras. Que Bruno Chinn se llevaba frenéticamente la comida a la boca, para que su secuestrador fantasma no se la arrebatara. «Todos hemos sido marcados —pensó—, pero algunas de nuestras cicatrices son más evidentes que otras».

Se tocó la suya. Estaba oculta bajo su larga cabellera rubia, una cresta de tejido cicatricial que marcaba el lugar donde los cirujanos le habían cortado el cuero cabelludo y abierto el cráneo con una sierra para extraer la sangre y los fragmentos de bala. Nadie más podía ver el daño, pero ella nunca olvidaba que estaba ahí.

Tendida despierta más tarde esa misma noche, Claire se masajeaba la cicatriz y se preguntaba qué aspecto tendría su cerebro en ese sitio. ¿También los cerebros tenían cicatrices, como ese nudo de piel? Uno de los médicos —no recordaba su nombre, había muchos en aquel hospital londinense— le dijo que los cerebros de los niños se recuperaban mejor que los de los adultos, que había tenido suerte de tener solo once años cuando le dispararon. «*Suerte*» fue la palabra que utilizó ese estúpido médico. Había tenido razón en cuanto a gran parte de su recuperación. Podía andar y hablar como todo el mundo. Pero ahora sus notas eran pésimas porque le costaba concentrarse en algo durante más de diez minutos y perdía los estribos con demasiada rapidez de una forma que la asustaba y la avergonzaba. Aunque no *parecía* dañada, sabía que lo estaba. Y ese daño era la razón por la que ahora estaba despierta a medianoche. Como siempre.

No tenía sentido perder el tiempo en la cama.

Se levantó y encendió la luz. Sus tres compañeras de habitación se habían ido a casa a pasar el verano, así que tenía el dormitorio para ella sola y podía entrar y salir sin que nadie la delatara. En unos segundos estaba vestida y saliendo al pasillo.

Fue entonces cuando vio la desagradable nota pegada en su puerta: «*¡Cerebro dañado!*».

«La zorra de Briana otra vez», pensó. Briana, que susurraba «*retrasada*» cada vez que Claire pasaba cerca, que se había reído a carcajadas en clase cuando Claire tropezó con un pie estratégicamente colocado. Claire se había vengado metiendo a escondidas un puñado de lombrices viscosas en la cama de Briana. ¡Vaya si habían valido la pena los gritos!

Claire arrancó la nota de la puerta, volvió a su habitación en busca de un bolígrafo y garabateó: «*Será mejor que revises tus sábanas*». Mientras recorría el pasillo, pegó la nota en la puerta del dormitorio de Briana y siguió caminando, pasando por delante de las habitaciones donde dormían otros compañeros. En la escalera, su sombra revoloteó por la pared como un espíritu gemelo que bajaba en espiral a su lado. Salió por la puerta principal y caminó a la luz de la luna.

La noche era extrañamente cálida y el viento olía a hierba seca, como si hubiera soplado desde muy lejos, trayendo consigo el aroma de praderas y desiertos y de lugares a los que ella nunca iría. Respiró hondo y, por primera vez en todo el día, se sintió libre. Libre de las clases, de los profesores que la observaban, de las burlas de Briana.

Bajó los escalones de piedra, segura de sus pasos a la brillante luz de la luna. El lago estaba delante, donde el agua ondulante brillaba como lentejuelas, llamándola. Empezó a subirse la camiseta, ansiosa por deslizarse en aquella agua sedosa.

—Has vuelto a salir —dijo una voz.

Claire se giró y vio que una figura se separaba de la sombra de los árboles. Una figura que reconoció al instante por su redondez. Will Yablonski quedó a la luz de la luna, donde ella vio su rostro de mejillas rellenas. Se preguntó si él sabía que Briana lo llamaba «*gran ballena blanca*» a sus espaldas. «Eso es lo que Will y yo tenemos en común —pensó—. Somos los chicos que no molan».

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó.

—Estaba mirando por mi telescopio. Pero ya ha salido la luna, así que lo he guardado por esta noche. —Señaló hacia el lago—. Ese es un buen sitio, junto al agua. Ideal para observar el cielo.

—¿Qué buscas?

—Un cometa.

—¿Lo has visto?

—No, me refiero a un cometa nuevo. Uno del que nunca se ha informado. Los aficionados los encuentran todo el tiempo. Hay un tipo llamado Don Machholz que encontró once cometas, y es solo un aficionado como yo. Si encuentro uno, le pondré nombre. Como el cometa Kohoutek. O Halley, o Shoemaker-Levy.

—¿Cómo llamarías al tuyo?

—Cometa Neil Yablonski.

Claire rio.

—Como si eso sonara bien.

—No me parece tan mal —dijo en voz baja—. Es en memoria de mi padre.

Ella oyó el dolor en su voz y deseó no haberse reído.

—Sí, supongo que estaría muy bien ponerle el nombre de tu padre —dijo. Aunque *cometa Yablonski* sonara estúpido.

—Te vi hace unas noches —dijo él—. ¿Qué haces por aquí?

—No puedo dormir. —Se volvió para mirar el agua y se imaginó nadando por lagos, por océanos. El agua oscura no la asustaba; la hacía sentirse viva, como una sirena que vuelve a casa —. Apenas duermo. Desde que…

—¿Tú también tienes pesadillas? —preguntó Will.

—Simplemente no duermo. Es porque mi cerebro está hecho un lío.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo una cicatriz aquí, en la cabeza, donde los médicos me abrieron el cráneo. Sacaron trozos de bala y dañaron cosas del interior. Así que no duermo.

—La gente *tiene* que dormir o muere. ¿Cómo te las arreglas sin dormir?

—Tan solo no duermo tanto como los demás. Unas pocas horas, eso es todo. —Tomó una bocanada del perfumado aire de verano—. De todos modos, me gusta la noche. Me gusta lo tranquila que es. Que haya animales que no se ven durante el día, como los búhos y las mofetas. A veces, voy caminando por el bosque y veo sus ojos.

—¿Te acuerdas de mí, Claire?

La pregunta, formulada en voz muy baja, la hizo volverse hacia él, desconcertada.

—Te veo todos los días en clase, Will.

—No, quiero decir, ¿me recuerdas de algún otro sitio? ¿De antes de venir a Evensong?

—No te conocía de antes.

—¿Estás segura?

Lo miró fijamente a la luz de la luna. Vio una cabeza grande con una cara redonda como la luna. Eso era lo que tenía Will, era grande por todas partes, desde la cabeza hasta sus enormes pies. Grande y suave, como un malvavisco.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando llegué aquí, cuando te vi en el comedor, tuve una sensación extraña. Como si te conociera de antes.

—Yo vivía en Ithaca. ¿Y tú?

—En New Hampshire. Con mis tíos.

—Nunca he estado en New Hampshire.

Will se acercó más, tanto que su gran cabeza eclipsó la luz creciente de la luna.

—Y yo antes vivía en Maryland. Hace dos años, cuando mi madre y mi padre estaban vivos. ¿Significa algo para ti?

Ella negó con la cabeza.

—No lo recordaría. Incluso me cuesta recordar a mis propios padres. Cómo eran sus voces. O cómo se reían u olían.

—Es muy triste que no te acuerdes de ellos.

—Tengo álbumes de fotos, pero apenas los miro. Es como ver fotos de desconocidos.

Su contacto la sobresaltó y se estremeció. No le gustaba que la tocaran. No desde que se había despertado en aquel hospital londinense, donde una caricia solía significar otro pinchazo, otra persona que infligía dolor, por bienintencionada que fuera.

—Se supone que ahora Evensong es nuestra familia —dijo Will.

—Sí. —Claire soltó un bufido sarcástico—. Es lo que no para de decir la doctora Welliver. Que todos somos una gran *familia* feliz.

—Es bonito creer eso, ¿no te parece? Que todos nos cuidaremos los unos a los otros.

—Claro. Y también creo en el Ratoncito Pérez. La gente no cuida a los demás. Solo se cuidan a sí mismos.

Un rayo de luz parpadeó entre los árboles. Claire se volvió, vio el coche que se acercaba y corrió a esconderse detrás del arbusto más cercano. Will la siguió, moviéndose como un alce ruidoso con sus patas gigantes. Se dejó caer junto a ella.

—¿Quién llega a estas horas de la noche? —susurró.

Un sedán oscuro se detuvo en el patio y de él salió un hombre alto y delgado como una pantera. Se detuvo junto al coche y escrutó la noche, como si buscara en la oscuridad lo que nadie más podía ver. Durante un instante de terror, Claire pensó que la estaba mirando directamente y se agachó detrás del arbusto, tratando de ocultarse de esos ojos que todo lo veían.

La puerta principal del colegio se abrió, arrojando luz sobre el patio, y el director Gottfried Baum apareció en el umbral.

—¡Anthony! —saludó Baum—. Gracias por venir tan rápido.

—Son acontecimientos inquietantes.

—Eso parece. Ven, ven. Tu habitación está lista y hay comida esperándote.

—He cenado en el avión. Deberíamos ir directos al asunto que nos ocupa.

—Por supuesto. La doctora Welliver ha estado vigilando la situación en Boston. Está lista para interceder si es necesario.

La puerta principal se cerró. Claire se puso de pie, preguntándose quién sería aquel extraño visitante y por qué el director Baum parecía tan nervioso.

—Voy a ver su coche —dijo.

—Claire, no —susurró Will.

Pero ella ya se dirigía hacia el sedán. El capó aún estaba caliente por el viaje, la superficie encerada brillaba bajo la luz de la luna. Rodeó el vehículo y acarició la superficie con la mano. Supo que era un Mercedes por el adorno del capó. Negro, elegante, caro. El coche de un hombre rico.

Cerrado, por supuesto.

—¿Quién es? —preguntó Will. Por fin había encontrado el valor para salir de detrás del arbusto y ahora estaba a su lado.

Miró hacia el ala oeste, donde una silueta apareció brevemente en una ventana iluminada. Luego, las cortinas se cerraron y le impidieron ver.

—Sabemos que su nombre es Anthony.

# NUEVE

Maura no durmió tranquila esa noche.

Tal vez fuera la cama desconocida; tal vez, la quietud del lugar, un silencio tan profundo que parecía que la noche misma contenía la respiración, esperando. Cuando se despertó por tercera vez, la luna había salido y brillaba directamente en su ventana. Había dejado las cortinas abiertas para que entrara el aire fresco, pero ahora se levantó de la cama para cerrarlas y evitar el resplandor. Se detuvo junto a la ventana y miró el jardín. Estaba iluminado por la luz de la luna y las estatuas de piedra parecían fantasmas.

*«¿Se ha movido una?»*.

Se quedó agarrada a la cortina, mirando las estatuas que se erguían como piezas de ajedrez entre los setos recortados. A través de aquel paisaje espectral se movía una esbelta figura de largos cabellos brillantes como la plata y extremidades tan gráciles como las de una ninfa. Era una muchacha, paseando por el jardín.

En el pasillo, frente a su puerta, crujían pasos. Oyó voces de hombres.

—… No estamos seguros de si la amenaza es real o imaginaria, pero la doctora Welliver parece convencida.

—La policía parece tener la situación bajo control. Todo lo que podemos hacer es esperar y ver.

*«Conozco esa voz»*. Maura se puso una bata y abrió la puerta.

—Anthony —dijo en voz alta.

Anthony Sansone se volvió hacia ella. Vestido de negro, de pie junto a Gottfried Baum, que era mucho más bajo, Sansone parecía una figura imponente, casi siniestra, en aquel pasillo poco iluminado. Maura vio sus ropas arrugadas y el cansancio de sus ojos y comprendió que su viaje hasta allí había sido largo.

—Siento haberte despertado, Maura —dijo él.

—No tenía ni idea de que ibas a venir al colegio.

—Tengo algunos asuntos que tratar. —Sonrió, una sonrisa cautelosa que no llegaba a sus ojos. Ella percibió una tensión inquietante en aquel pasillo. Lo vio en el rostro de Gottfried Baum y en la fría distancia con la que Sansone la miraba. Nunca había sido un hombre abiertamente afectuoso y, en ocasiones, ella se había preguntado si le desagradaba. Esa noche esa reserva era más impenetrable que nunca.

—Necesito hablar contigo —dijo Maura—. Es sobre Julian.

—Por supuesto. ¿Por la mañana, tal vez? No me iré hasta la tarde.

—¿Vienes para tan poco tiempo?

Él se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Ojalá pudiera quedarme más. Pero siempre puedes hablar de cualquier preocupación con Gottfried.

—¿Le preocupa algo, doctora Isles? —preguntó Gottfried.

—Sí. Me preocupa por qué Julian está aquí. Evensong no es un internado cualquiera, ¿verdad?

Vio que ambos hombres cruzaban una mirada.

—Ese tema sería mejor dejarlo para mañana —dijo Sansone.

—Necesito hablar de esto. Antes de que vuelvas a desaparecer.

—Lo haremos, lo prometo. —Asintió enérgicamente—. Buenas noches, Maura.

Cerró la puerta, preocupada por lo distante que se había mostrado Anthony. La última vez que habían hablado había sido hacía solo dos meses, cuando él se detuvo en su casa para dejar a Julian de visita. Se habían quedado en el porche, sonriéndose, y él parecía reacio a marcharse. «*¿O me lo habré imaginado? ¿Acaso alguna vez he sido inteligente respecto a los hombres?*».

Su historial era bastante triste. Durante los dos últimos años había estado atrapada en una aventura con un hombre al que nunca podría tener, una aventura que sabía que acabaría mal, y sin embargo había sido tan incapaz de resistirse a ella, como un drogadicto. En eso consistía el enamoramiento, en drogar al cerebro. Adrenalina y dopamina, oxitocina y serotonina. La locura química, celebrada por los poetas.

*«Esta vez, juro que seré más inteligente».*

Volvió a la ventana para cerrar las cortinas y bloquear la luz de la luna, de la que se decía que era otra fuente de locura muy alabada por esos mismos poetas ingenuos. Solo cuando se acercó a las cortinas recordó la figura que había visto antes. Mirando hacia el jardín, vio estatuas en un paisaje plateado de sombras y luz de luna. Nada se movía.

La chica se había ido.

* * *

«¿De verdad estaba ahí?», se preguntó Maura a la mañana siguiente, cuando miró por la misma ventana y vio a un jardinero agazapado debajo, blandiendo unas tijeras de podar. Un gallo cantaba alto y fuerte, proclamando su autoridad. Parecía una mañana normal; brillaba el sol y el gallo cantaba una y otra vez. Pero la noche anterior, a la luz de la luna, todo parecía sobrenatural.

Alguien llamó a su puerta. Era Lily Saul, que la saludó con un alegre:

—¡Buenos días! Estamos reunidos en el salón de curiosidades, si quiere unirse.

—¿Para qué es esa reunión?

—Para abordar sus preocupaciones sobre Evensong. Anthony dijo que tenía preguntas y estamos listos para responderlas. —Señaló hacia la escalera—. Está abajo, frente a la biblioteca. Habrá café esperándonos.

Maura encontró mucho más que un café esperándola cuando entró en el salón de curiosidades. En las paredes había vitrinas llenas de artefactos: figuras talladas y antiguas herramientas de piedra, puntas de flecha y huesos de animales. Las etiquetas amarillentas le indicaban que se trataba de una colección antigua, quizá propiedad del propio Cyril Magnus. En cualquier otro momento se habría detenido a contemplar aquellos tesoros, pero las cinco personas que ya estaban sentadas a la enorme mesa de roble exigían su atención.

Sansone se levantó de la silla y dijo:

—Buenos días, Maura. Ya conoces a Gottfried Baum, nuestro director. Junto a él está la

señorita Duplessis, que enseña literatura. Nuestro profesor de botánica, David Pasquantonio. Y esta es la doctora Anna Welliver, nuestra psicóloga escolar. —Señaló a la sonriente y corpulenta mujer a su derecha. A punto de cumplir los sesenta, enfundada en un vestido de abuelita de cuello alto y con el pelo plateado suelto en una melena alegremente indisciplinada, la doctora Welliver parecía una *hippie* envejecida.

—Por favor, doctora Isles —dijo Gottfried, señalando la jarra de café y la bandeja de cruasanes y mermeladas—. Sírvase usted misma.

Cuando Maura tomó asiento junto al director Baum, Lily le puso delante una taza de café humeante. Los cruasanes parecían mantecosos y tentadores, pero Maura solo bebió un sorbo de café y se concentró en Sansone, que la miraba desde el otro extremo de la mesa.

—Tienes preguntas sobre nuestro colegio y nuestros alumnos —dijo—. Estas son las personas que tienen las respuestas. —Señaló con la cabeza a sus compañeros sentados alrededor de la mesa—. Por favor, queremos escuchar tus preocupaciones, Maura.

Su inusual formalidad la inquietaba, al igual que el entorno, rodeada de extraños armarios y de gente que apenas conocía.

Ella le respondió con la misma formalidad.

—No creo que Evensong sea el colegio adecuado para Julian.

Gottfried enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Le ha dicho que es infeliz aquí, doctora Isles?

—No.

—¿Cree usted que lo es?

Hubo una pausa.

—No.

—Entonces, ¿cuál es la naturaleza de su preocupación?

—Julian me ha hablado de sus compañeros de clase. Dice que varios de ellos han perdido familiares de manera violenta. ¿Es cierto?

Gottfried asintió.

—Para muchos de nuestros alumnos, sí.

—¿Muchos? ¿O la mayoría?

Él se encogió de hombros con gesto conciliador.

—La mayoría.

—Así que este es un colegio para víctimas.

—Cielos, víctimas no —dijo la doctora Welliver—. Nos gusta pensar en ellos como *supervivientes*. Vienen a nosotros con necesidades especiales. Y sabemos exactamente cómo ayudarlos.

—¿Es por lo que está aquí, doctora Welliver? ¿Para atender sus necesidades emocionales?

La doctora Welliver le dedicó una sonrisa indulgente.

—La mayoría de los colegios tienen consejeros.

—Pero no tienen terapeutas en plantilla.

—Cierto. —La psicóloga miró a sus colegas alrededor de la mesa—. Nos enorgullece decir que

somos únicos en ese sentido.

—Únicos porque os especializáis en niños traumatizados. —Miró alrededor de la mesa—. De hecho, los reclutáis.

—Maura —dijo Sansone—, las agencias de protección de menores de todo el país nos envían a los niños porque ofrecemos lo que otros colegios no pueden. Una sensación de seguridad. Una sensación de orden.

—¿La sensación de tener un propósito? ¿Es eso lo que realmente intentas inculcar? —Miró alrededor de la mesa a las seis caras que la observaban—. Todos sois miembros de la Sociedad Mefisto. ¿Verdad?

—Tal vez podríamos tratar de no desviarnos del tema —sugirió la doctora Welliver—. Y centrarnos en lo que hacemos aquí, en Evensong.

—Estoy hablando de Evensong. Sobre cómo estáis usando este colegio para reclutar soldados para la misión paranoica de vuestra organización.

—¿Paranoica? —La doctora Welliver soltó una carcajada, sorprendida—. Difícilmente es un diagnóstico que haría de alguien presente en esta sala.

—La Sociedad Mefisto cree que el mal es real. Cree que la propia humanidad está siendo atacada y que su misión es defenderla.

—¿Eso es lo que cree que estamos haciendo aquí? ¿Entrenar cazadores de demonios? —Welliver sacudió la cabeza, divertida—. Créame, nuestra función no es metafísica. Ayudamos a los niños a recuperarse de la violencia y la tragedia. Les damos organización, seguridad y una educación excelente. Los preparamos para la universidad o para cualquiera que sea su objetivo. Usted visitó ayer la clase del profesor Pasquantonio. Vio lo comprometidos que están los alumnos, incluso con una asignatura como la botánica.

—Les estaba mostrando plantas venenosas.

—Y precisamente por eso estaban interesados —dijo Pasquantonio.

—¿Porque el subtexto era el asesinato y qué plantas pueden usarse para matar?

—Esa es su interpretación. Otros lo llamarían una clase sobre seguridad. Cómo reconocer y evitar lo que podría hacerles daño.

—¿Qué más enseñáis aquí? ¿Balística? ¿Salpicaduras de sangre?

Pasquantonio se encogió de hombros.

—Ninguna de las dos estaría fuera de lugar en una clase de física. ¿Cuál es su objeción?

—Mi objeción es que estáis utilizando a estos niños para promover vuestros propios intereses.

—¿Contra la violencia? ¿Contra las maldades que los hombres se hacen unos a otros? —Pasquantonio resopló—. Lo dice como si estuviéramos vendiendo drogas o entrenando gánsteres.

—Los ayudamos a curarse, doctora Isles —dijo Lily—. Sabemos lo que es ser víctimas de un crimen. Los ayudamos a encontrar un propósito en su dolor. Igual que lo hacemos nosotros.

*«Sabemos lo que es»*. Sí, Lily Saul lo sabía; habían asesinado a su familia. Y Sansone había perdido a su padre, también a manos de un asesino.

Maura miró las seis caras y sintió una escalofriante sensación de comprensión.

—Todos habéis perdido a alguien —dijo.

Gottfried asintió, afligido.

—Mi esposa —dijo—. Un robo en Berlín.

—Mi hermana —dijo la señorita Duplessis—. Violada y estrangulada en Detroit.

—Mi marido —dijo suavemente la doctora Welliver, con la cabeza inclinada—. Secuestrado y asesinado en Buenos Aires.

Maura se volvió hacia Pasquantonio, que miraba en silencio la mesa. No respondió a la pregunta; no hacía falta. La respuesta estaba allí, en su rostro. Maura pensó de pronto en su propia hermana gemela, asesinada pocos años antes. Y lo comprendió. «*Pertenezco a este círculo. Como ellos, lloro la pérdida de alguien a manos de la violencia*».

—Entendemos a estos niños —dijo la doctora Welliver—. Por eso Evensong es el mejor lugar para ellos. Quizá el único lugar para ellos. Porque son de los nuestros. Todos somos una familia.

—De víctimas.

—Víctimas no. Somos los que sobrevivimos.

—Vuestros alumnos pueden ser supervivientes —dijo Maura—, pero también son solo niños. No pueden elegir por sí mismos. No pueden oponerse.

—¿Oponerse a qué? —preguntó la doctora Welliver.

—A unirse a este ejército vuestro. Eso es lo que creéis que sois, un ejército de justos. Reunís a los heridos y los convertís en guerreros.

—Los nutrimos. Les damos una forma de resurgir de la adversidad.

—No, los mantenéis en un lugar donde nunca se les permitirá olvidar. Al rodearlos de otras víctimas, les quitáis toda posibilidad de ver el mundo como lo ven otros niños. En lugar de luz, ven oscuridad. Ven el mal.

—Porque el mal está allí —susurró Pasquantonio. Seguía encorvado en su silla, con la cabeza todavía inclinada—. La prueba de ello la tienen en sus propias vidas. Solo ven lo que ya saben que existe. —Lentamente levantó la cabeza y la miró con ojos pálidos y acuosos—. Como usted.

—No —dijo Maura—. Lo que veo en mi trabajo es el resultado de la violencia. Eso que llamáis *el mal* es solo un término filosófico.

—Llámelo como quiera. Estos niños saben la verdad. Está grabada a fuego en sus memorias.

—Les proporcionamos los conocimientos y las habilidades necesarias para marcar la diferencia en el mundo —afirmó Gottfried—. Los inspiramos para que pasen a la acción, igual que hacen otros colegios privados. Las academias militares enseñan disciplina. Las escuelas religiosas enseñan piedad. Los cursos preparatorios para la universidad hacen hincapié en lo académico.

—¿Y en Evensong?

—Enseñamos resiliencia, doctora Isles —respondió Gottfried.

Maura observó los rostros alrededor de la mesa, todos evangelizadores. Y sus reclutas eran los heridos y los vulnerables, niños a los que no se les habían dado opción.

Se puso de pie.

—Julian no pertenece aquí. Encontraré otro colegio para él.

—Me temo que no es su decisión —dijo la doctora Welliver—. Usted no tiene la custodia legal

del niño.

—Haré una petición al estado de Wyoming.

—Tengo entendido que tuvo la oportunidad de hacerlo hace seis meses. Y decidió no hacerla.

—Porque pensé que este colegio era el lugar adecuado para él.

—*Es* el lugar adecuado para él, Maura —dijo Sansone—. Sacarlo de Evensong sería un error. Uno que lamentarás.

¿Había una advertencia en su voz? Intentó leerle la cara, pero, como tantas otras veces, no lo consiguió.

—Eso depende de Julian, ¿no cree? —preguntó la doctora Welliver.

—Sí, claro —respondió Maura—. Pero voy a decirle exactamente lo que siento al respecto.

—Entonces, le sugiero que se tome su tiempo para entender lo que estamos haciendo aquí.

—Lo entiendo, créame.

—Usted llegó ayer, doctora Isles —dijo Lily—. No ha visto lo que ofrecemos a los niños. No ha caminado por nuestro bosque, no ha visto nuestros establos y nuestra granja, no ha observado todas las habilidades que están adquiriendo aquí. Desde tiro con arco hasta cultivar su propia comida y aprender a sobrevivir en la naturaleza. Sé que es científica. ¿No debería basar sus decisiones en hechos y no en emociones?

Eso hizo que Maura se detuviera, porque lo que Lily decía era cierto. Aún no había explorado Evensong. No tenía ni idea de si existía una alternativa mejor para Julian.

—Denos una oportunidad —pidió Lily—. Tómese el tiempo de conocer a nuestros alumnos y verá por qué Evensong es el único lugar que puede ayudarlos. Por ejemplo, acabamos de acoger a dos niños nuevos. Ambos han sobrevivido a dos masacres distintas. Primero, mataron a sus padres; luego, a sus padres *de acogida*. Imagínese lo profundas que deben ser *sus* heridas: dos veces huérfanos, dos veces supervivientes… —Lily negó con la cabeza—. No conozco otro colegio que entienda su dolor como nosotros.

*«Dos veces huérfanos. Dos veces supervivientes».*

—Esos niños —dijo Maura en voz baja—, ¿quiénes son?

—Los nombres no importan —contestó la doctora Welliver—. Lo que importa es que *necesitan estar en* Evensong.

—¡Quiero saber quiénes *son*! —La estridente exigencia de Maura pareció sobresaltarlos a todos.

Hubo un silencio antes de que Lily preguntara:

—¿Por qué son importantes sus nombres?

—Dijiste que eran dos.

—Un chico y una chica.

—¿Sus casos están relacionados?

—No. Will vino de New Hampshire. Claire vino de Ithaca, en el estado de Nueva York. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque acabo de realizar autopsias a una familia en Boston, asesinada en un ataque en su hogar. Hubo un sobreviviente en la casa, su hijo adoptivo. Un chico de catorce años. Un chico

que quedó huérfano hace dos años cuando su familia fue masacrada. —Miró alrededor de la mesa a las caras atónitas—. Es como sus dos alumnos nuevos. Dos veces huérfano. Dos veces superviviente.

# DIEZ

Era un lugar extraño donde encontrarse.

Jane estaba en la acera, mirando las ventanas cubiertas donde las palabras «Noches Árabes» estaban estarcidas en letras doradas descascarilladas sobre la figura pintada de una mujer de pecho exuberante con pantalones bombachos. La puerta se abrió de repente y un hombre salió tambaleándose. Trastabilló un momento, entrecerrando los ojos a la luz del día, y se dirigió calle abajo con paso inestable, dejando un olor agrio a alcohol.

Cuando Jane entró en el establecimiento, un olor aún más fuerte a alcohol la golpeó de lleno en la cara. Dentro había tan poca luz que apenas podía distinguir las siluetas de dos hombres encorvados en la barra sirviéndose sus bebidas. Los asientos tapizados de terciopelo estaban decorados con cojines estridentes y cascabeles, y casi esperaba que una bailarina de la danza del vientre pasara tintineando con una bandeja de cócteles.

—¿Le traigo algo, señorita? —preguntó el camarero, y los dos clientes se giraron para mirarla.

—Estoy aquí porque he quedado con alguien —respondió.

—Supongo que se refiere al hombre del reservado de atrás.

Una voz la llamó:

—Estoy aquí, Jane.

Ella asintió al camarero y se dirigió al reservado del fondo, donde estaba sentado su padre, casi engullido por los mullidos cojines de terciopelo. Tenía delante un vaso de lo que parecía ser *whisky*. No eran ni las cinco de la tarde y ya estaba bebiendo, algo que nunca lo había visto hacer. Pero últimamente Frank Rizzoli había hecho muchas cosas que ella nunca pensó que haría.

Como abandonar a su mujer.

Se deslizó sobre el asiento frente a él y estornudó al acomodarse sobre el terciopelo polvoriento.

—¿Por qué demonios nos reunimos aquí, papá? —preguntó.

—Es tranquilo. Un buen lugar para hablar.

—¿*Aquí es* donde pasas el tiempo?

—Desde hace poco. ¿Quieres un trago?

—No. —Jane miró el vaso que él tenía delante—. ¿Qué es esto?

—*Whisky*.

—No, quiero decir que ¿ahora bebes antes de las cinco?

—¿Quién demonios se inventó esa regla? ¿Qué tienen de mágicas las cinco en punto? De todos modos, ya sabes lo que dice la canción: siempre son las cinco en algún sitio. Un hombre inteligente, Jimmy Buffett.

—¿No deberías estar trabajando?

—He dicho que estaba enfermo; demándame si quieres. —Bebió un sorbo de *whisky*, pero no pareció disfrutarlo y volvió a dejar el vaso—. No me hablas mucho últimamente, Jane. Me duele.

—Ya no sé quién eres.

—Soy tu padre. Eso no ha cambiado.

—Sí, pero eres como un extraterrestre. Haces cosas que mi padre, el de antes, no haría.

Frank suspiró.

—Es la locura.

—Eso suena bastante bien.

—No, lo digo en serio. La locura de la lujuria. Las putas hormonas.

—Mi padre de antes no habría usado esa palabra.

—Tu padre de antes es mucho más sabio ahora.

—¿En serio? —Jane se echó hacia atrás y sintió un ardor en la garganta por el polvo que se levantaba de la tapicería de terciopelo—. ¿Por eso estás tratando de volver a conectar conmigo?

—Nunca me desconecté. Fuiste tú.

—Es difícil mantenerse en contacto cuando estás con otra mujer. Hubo semanas en las que nunca te molestaste en llamar, ni siquiera una vez. Para ver cómo estábamos todos.

—No me atreví. Estabas demasiado cabreada conmigo. Y te pusiste del lado de tu madre.

—¿Puedes culparme?

—Tienes dos padres, Jane.

—Y uno de ellos se fue de casa. Le rompió el corazón a mamá y se fue con una rubia tonta.

—Tu madre no me parece demasiado desconsolada.

—¿Sabes cuántos meses tardó en llegar a este punto? ¿Cuántas noches pasó llorando a mares? Mientras tú estabas de fiesta con esa como-se-llame, mamá intentaba averiguar cómo sobrevivir sola. Y lo consiguió. Tengo que admitirlo, ha caído de pie y lo está haciendo muy bien. Genial, de hecho.

Sus palabras parecieron golpearlo como un puñetazo. Incluso en la penumbra del bar, pudo ver cómo se le desencajaba la cara y se le encorvaban los hombros. Frank dejó caer la cabeza entre las manos y Jane oyó lo que parecía un sollozo.

—¿Papá? Papá.

—Tienes que impedírselo. No puede casarse con ese hombre, no puede.

—Papá, yo… —Jane miró el móvil, que vibraba en su cinturón. Un rápido vistazo le dijo que era un prefijo de Maine, un número que no reconocía. Dejó que se conectara el buzón de voz y volvió a centrarse en su padre—. Papá, ¿qué pasa?

—Fue un error. Si pudiera volver atrás…

—Creía que estabas comprometido con como-se-llame.

Respiró hondo.

—Sandie lo canceló. Y me echó.

Jane no dijo una palabra. Por un momento, los únicos sonidos fueron el tintineo de los cubitos de hielo y el traqueteo de la coctelera en la barra.

Cabizbajo, Frank murmuró contra su pecho:

—Me alojo en un hotel barato a la vuelta de la esquina. Por eso te pedí que nos viéramos aquí, porque aquí es donde paso el rato ahora. —Soltó una carcajada incrédula—. ¡En el maldito bar

Noches Árabes!

—¿Qué pasó entre vosotros?

Frank la miró a los ojos.

—La vida. El aburrimiento. No lo sé. Decía que no podía seguir su ritmo. Que me comportaba como un viejo chocho, queriendo que me preparasen la cena todas las noches, ¿y qué era ella, la criada?

—Quizá ahora aprecies a mamá.

—Sí, bueno, nadie supera la cocina de tu madre, eso seguro. Así que tal vez *fui* injusto al esperar que Sandie estuviera a la altura. Pero ella tampoco tenía que meter el dedo en la llaga llamándome viejo, ¿sabes?

—Ay. Eso debe doler.

—¡Solo tengo sesenta y dos años! Que sea catorce años más joven no la convierte en una muchachita. Pero así es como me ve, demasiado viejo para ella. Demasiado viejo para valer… —Volvió a dejar caer la cabeza entre las manos.

El deseo se desvanece y entonces ves a tu nuevo y excitante amante a la dura luz del día. Sandie Huffington debió despertarse una mañana, mirar a Frank Rizzoli y notar las arrugas de su cara, la papada en el cuello. Cuando se aplacaban las hormonas, lo que le quedaba eran sesenta y dos años, y se estaba poniendo flácido y calvo. Había robado el marido a otra mujer y ahora quería devolver el botín.

—Tienes que ayudarme —dijo él.

—¿Necesitas dinero, papá?

Frank levantó la cabeza.

—¡No! ¡No te estoy pidiendo eso! Tengo trabajo, ¿por qué iba a necesitar dinero?

—Entonces, ¿qué necesitas?

—Necesito que hables con tu madre. Dile que lo siento.

—Debería oírtelo decir a ti.

—Intenté decírselo, pero no quiere escucharme.

Jane suspiró.

—Vale, de acuerdo. Se lo diré.

—Y… Y pregúntale cuándo puedo volver a casa.

Jane se quedó mirándolo.

—No hablas en serio.

—¿Por qué me miras así?

—¿Pretendes que mamá te deje volver a casa?

—La mitad de la casa es mía.

—Os mataréis mutuamente.

—¿Dices que es una mala idea tener a tus padres juntos otra vez? ¿Cómo una hija puede decir algo así?

Jane respiró hondo y, cuando habló, lo hizo despacio y con claridad.

—Así que quieres volver con mamá y seguir siendo como eras antes. ¿Eso lo que estás

diciendo? —Se frotó las sienes—. Hostia puta.

—Quiero que volvamos a ser una familia. Ella, yo, tú y tus hermanos. Navidad y Acción de Gracias juntos. Todos esos grandes momentos, comidas estupendas.

*«Sobre todo, las comidas estupendas»*.

—Frankie está de acuerdo —prosiguió su padre—. Quiere que vuelva. Mike también. Solo necesito que hables con ella, porque a ti te escucha. Dile que me acepte. Dile que así es como estaba destinado a ser.

—¿Y Korsak?

—¿A quién mierda le importa?

—Están comprometidos. Están planeando la boda.

—Aún no está divorciada. Sigue siendo mi esposa.

—Es solo una cuestión de papeles.

—Es una cuestión de *familia*. Una cuestión de *lo que es correcto.* Por favor, Jane, habla con ella. Y volveremos a ser los Rizzoli otra vez.

*«Los Rizzoli»*. Pensó en lo que eso significaba. Una historia. Todas las vacaciones y cumpleaños juntos. Recuerdos compartidos por nadie más que ellos. Eso era sagrado, algo que no debía desecharse con facilidad, y ella era lo bastante sentimental como para llorar lo que se había perdido. Ahora podría reconstruirse y recomponerse, mamá y papá juntos de nuevo, como siempre habían estado. Frankie y Mike lo querían. Su padre lo quería.

¿Y su madre? ¿Qué quería?

Pensó en el vestido de dama de honor de tafetán rosa que Angela le había regalado tan alegremente. Recordó la última vez que ella y Gabriel habían ido a cenar a casa de su madre, cuando Angela y Korsak se habían reído como adolescentes y habían jugado con los pies debajo de la mesa. Miró a su padre y no recordó que hubiera jugado nunca con los pies debajo de la mesa. Ni que se hubiera reído como un chico. Ni que le hubiera dado una palmada en el trasero a Angela. Lo que veía era a un hombre cansado y derrotado que había apostado por una rubia tonta y había perdido. «*Si yo fuera mamá, ¿lo aceptaría de nuevo?*».

—¿Janie? Habla con ella —suplicó Frank.

Ella suspiró.

—De acuerdo.

—Hazlo pronto. Antes de que se involucre demasiado con ese imbécil.

—Korsak no es un imbécil, papá.

—¿Cómo puedes decir eso? Llegó y se apoderó de lo que no es suyo.

—Llegó porque había una vacante. Entiendes que las cosas han cambiado desde que te fuiste, ¿verdad? Mamá ha cambiado.

—Y quiero que vuelva a ser como antes. Haré lo que sea necesario para hacerla feliz. Díselo. Dile que será como en los viejos tiempos.

Jane miró su reloj.

—Es hora de cenar. Tengo que irme.

—¿Me prometes que harás esto por tu viejo padre?

—Sí, te lo prometo. —Salió del reservado, contenta de escapar de los cojines polvorientos—. Cuídate.

Él le sonrió, la primera sonrisa que Jane veía desde que había llegado; Frank Rizzoli recuperaba una pizca de su antigua arrogancia. Papá, reclamando su territorio.

—Lo haré. Ahora que sé que todo va a ir bien.

«Yo no contaría con ello», pensó Jane mientras salía del bar Noches Árabes. Temía la conversación con Angela, temía la reacción de su madre. Probablemente habría gritos de por medio. Decidiera lo que decidiera su madre, alguien iba a salir herido. O Korsak o su padre. Y Jane acababa de acostumbrarse a la idea de que Korsak se uniera a la familia. Era un buen hombre con un gran corazón y quería a Angela, de eso no había duda. «¿A *quién elegirás, mamá?*».

La inminente conversación la atormentó durante todo el camino de vuelta a su casa y ensombreció su humor durante la cena, el baño de Regina y sus rituales nocturnos del libro de cuentos y los cinco besos antes de acostarse. Cuando por fin cerró la puerta de la habitación de Regina y se dirigió a la cocina para llamar a Angela, sintió que caminaba por el corredor de la muerte. Cogió el teléfono, lo colgó y se dejó caer con un suspiro en una silla de la cocina.

—Sabes que te está manipulando, ¿verdad? —dijo Gabriel. Cerró el lavavajillas e inició el ciclo de lavado—. No tienes que hacer esto, Jane.

—Le prometí a papá que la llamaría.

—Él es perfectamente capaz de llamar a Angela. No está bien que te ponga en medio. Su matrimonio es su problema.

Ella soltó un gemido y apoyó la cabeza en las manos.

—Lo que lo convierte en mi problema.

—Bien, lo diré: tu padre es un cobarde. Metió la pata a lo grande y ahora quiere que tú lo arregles.

—¿Y si soy la única que puede hacerlo?

Gabriel se sentó a la mesa de la cocina junto a ella.

—¿Convenciendo a tu madre para que lo acepte de nuevo?

—No sé qué es lo mejor.

—Tu madre va a tener que elegir.

Jane levantó la cabeza y lo miró.

—¿Qué crees que debería hacer?

Gabriel reflexionó sobre la pregunta mientras el lavavajillas zumbaba de fondo.

—Pienso que parece bastante feliz ahora mismo.

—Así que votarías a Korsak.

—Es un hombre decente, Jane. Es bueno con ella. No le hará daño.

—Pero no es mi padre.

—Y por eso no deberías involucrarte. Te están obligando a elegir bando, y está mal que tu padre lo haga. Mira por lo que te está haciendo pasar.

Al cabo de un momento, Jane se irguió en la silla.

—Tienes razón. No debería tener que hacer esto. Voy a decirle que la llame él mismo.

—No te sientas culpable por ello. Si tu madre quiere tu consejo, te lo pedirá.

—Sí. Sí, se lo diré. Ahora, ¿cuál es su nuevo número de teléfono? —Metió la mano en el bolso y sacó el móvil para comprobar la lista de contactos. Solo entonces vio el mensaje en su pantalla: «Nuevo mensaje de voz». Era la llamada que había entrado mientras hablaba con su padre.

Reprodujo el mensaje y escuchó la voz de Maura: *«… dos niños aquí, una niña llamada Claire Ward y un niño, Will Yablonski. Jane, sus historias son como la de Teddy Clock. Asesinaron a sus padres biológicos hace dos años. Y a los adoptivos, el mes pasado. No sé si está relacionado, pero es muy raro, ¿no crees?».*

Jane repitió la grabación dos veces y luego marcó el número desde el que había llamado Maura.

Después de que sonara seis veces, contestó una mujer:

—Colegio Evensong. Habla la doctora Welliver.

—Soy la detective Jane Rizzoli, policía de Boston. Estoy intentando contactar con la doctora Maura Isles.

—Me temo que se ha ido a pasear en canoa por el lago.

—Probaré con su móvil.

—No tenemos cobertura aquí. Por eso usó nuestro teléfono fijo.

—Entonces, que me llame cuando pueda. Gracias. —Jane colgó y se quedó mirando el teléfono un momento, olvidándose temporalmente de sus padres. En cambio, pensó en Teddy Clock. «El chico más desafortunado del mundo», lo llamaba Moore. Pero ahora sabía de otros dos como él. Tres niños con mala suerte. Tal vez había más de los que ella no estaba enterada, niños de acogida en otras ciudades, perseguidos incluso ahora.

—Tengo que salir —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriel.

—Necesito ver a Teddy Clock.

—¿Hay algún problema?

Jane cogió las llaves del coche y se dirigió a la puerta.

—Espero que no.

Había oscurecido cuando llegó a la zona residencial donde estaba la casa de acogida en la que habían colocado temporalmente a Teddy. Era una casa colonial blanca, vieja pero bien cuidada, apartada de la calle y protegida por frondosos árboles. Jane aparcó en la entrada y salió a una noche cálida que olía a hierba recién cortada. La calle era tranquila, solo pasaba algún coche de vez en cuando. A través de los árboles apenas podía ver las luces de los vecinos.

Subió los escalones del porche y llamó al timbre.

Contestó la señora Nancy Inigo, secándose las manos en un paño de cocina. Su rostro sonriente estaba manchado de harina y de su trenza se habían desprendido cabellos canosos. El olor a canela y vainilla flotaba desde el interior, y Jane oyó el sonido de risas de niñas.

—Ha llegado aquí en un tiempo récord, detective —dijo Nancy.

—Siento si mi llamada la alarmó.

—No, las chicas y yo nos lo estamos pasando muy bien horneando galletas. Acabamos de sacar

la primera tanda. Pase.

—¿Teddy está bien? —preguntó Jane en voz baja, mientras entraba en el vestíbulo.

Nancy soltó un suspiro.

—Me temo que ahora mismo está escondido arriba. No está de humor para unirse a nosotras en la cocina. Así es como ha estado desde que llegó. Cena, se mete en su cuarto y cierra la puerta. —Sacudió la cabeza—. Le preguntamos a la psicóloga si debíamos obligarlo a salir, quizá reducirle el tiempo que pasa con el ordenador y obligarlo a participar en actividades familiares, pero dijo que era demasiado pronto. O quizá Teddy tenga miedo de encariñarse con nosotros por lo que le pasó a la última… —Nancy hizo una pausa—. De todos modos, Patrick y yo nos lo estamos tomando con calma.

—¿Está Patrick aquí?

—No, está en el entrenamiento de fútbol de Trevor. Con cuatro niños, nunca hay un momento para estar quieto.

—Ustedes dos son muy especiales, ¿lo sabían?

—Nos gusta tener niños cerca, eso es todo —dijo Nancy riendo. Entraron en la cocina, donde dos niñas de unos ocho años rebozadas en harina presionaban unos cortapastas sobre una lámina de masa—. En cuanto empezamos a acogerlos, ya no pudimos parar. ¿Sabe que ya estamos a punto de asistir a la cuarta boda? Patrick llevará al altar a otra hija adoptiva el mes que viene.

—Eso va a sumar un montón de nietos para ustedes dos.

Nancy sonrió.

—Es la idea.

Jane echó un vistazo a la cocina, donde las encimeras estaban cubiertas de papeles con deberes escolares, libros de texto y cartas desperdigadas. El feliz desorden de una familia ocupada. Pero ella había visto cómo *la normalidad* podía desvanecerse al instante. Había estado en cocinas transformadas por salpicaduras de sangre, y solo por un instante imaginó salpicaduras en esos armarios. Parpadeó, la sangre desapareció y ella volvió a ver a dos niñas de ocho años con las manos pegajosas cortando galletas en forma de estrella.

—Subiré a ver a Teddy —dijo.

—Arriba, segundo dormitorio a la derecha. El que tiene la puerta cerrada. —Nancy deslizó otra bandeja de galletas en el horno y se volvió para mirarla—. Asegúrese de llamar primero. Es muy exigente con eso. Y no se sorprenda si no quiere hablar. Dele tiempo, detective.

«Puede que no tengamos mucho tiempo», pensó mientras subía las escaleras hasta el primer piso. No si estaban atacando a otras familias de acogida. Se detuvo frente a la habitación del niño y escuchó, buscando el sonido de la radio o la televisión, pero solo oyó silencio a través de la puerta cerrada.

Llamó a la puerta.

—¿Teddy? Soy la detective Rizzoli. ¿Puedo pasar?

Al cabo de un momento, el botón de la cerradura hizo clic y la puerta se abrió. El rostro pálido como un búho de Teddy la miró a través del hueco, parpadeando rápidamente, con las gafas torcidas como si acabara de despertarse.

Cuando ella entró en la habitación, él permaneció en silencio, delgado como un espantapájaros con su camiseta holgada y sus vaqueros. Era una agradable habitación pintada de amarillo limón, con las cortinas estampadas con escenas de la sabana africana. Las estanterías contenían libros infantiles para distintas edades y en las paredes colgaban alegres pósteres de los personajes de *Barrio Sésamo*, una decoración sin duda demasiado infantil para un chico inteligente de catorce años como Teddy. Jane se preguntó cuántos otros niños traumatizados se habían refugiado en aquella habitación, cuántos habían encontrado consuelo en ese mundo seguro creado por los Inigo.

El chico seguía sin hablar.

Jane se sentó en una silla junto al ordenador portátil de Teddy, donde un salvapantallas trazaba líneas geométricas en el monitor.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no te sientas para que podamos hablar?

Obedientemente él se dejó caer en la cama y se sentó con los hombros encorvados, como si quisiera hacerse lo más pequeño posible.

—¿Te gusta estar aquí con Nancy y Patrick?

Asintió con la cabeza.

—¿Hay algo que necesites, algo que pueda traerte?

Un movimiento de cabeza.

—Teddy, ¿no tienes *nada* que decir?

—No.

Por fin una palabra, aunque solo fuera una.

—De acuerdo. —Jane suspiró—. Entonces, tal vez debería ir al grano. Necesito preguntarte algo.

—No sé nada más. —Pareció encogerse más sobre sí mismo y murmuró entre dientes—: Te dije todo lo que recordaba.

—Y fuiste de gran ayuda, Teddy. Realmente lo fuiste.

—Pero no lo has atrapado, ¿verdad? Así que quieres que te cuente más.

—Esto no es sobre esa noche. Ni siquiera se trata de ti. Se trata de otros dos niños.

Despacio, él levantó la cabeza y la miró.

—¿No soy el único?

Jane miró esos ojos tan claros que parecían transparentes, como si pudiera ver a través de él.

—¿Crees que hay otros niños como tú?

—No lo sé. Pero acabas de decir que había otros dos niños. ¿Qué tienen que ver conmigo?

Puede que el chico no dijera mucho, pero obviamente escuchaba y entendía más de lo que ella pensaba.

—No estoy segura, Teddy. Tal vez puedas ayudarme a responder esa pregunta.

—¿Quiénes son los otros chicos?

—La chica se llama Claire Ward. ¿Has oído alguna vez ese nombre?

Se lo pensó un momento. De la cocina llegaban los ruidos de la puerta del horno al cerrarse, los chillidos de las niñas, ruidos de una familia feliz. Pero en la habitación de Teddy reinaba el silencio mientras el chico pensaba. Al final, negó con la cabeza.

—Creo que no.

—¿No estás seguro?

—Todo es posible. Eso es lo que mi padre solía decir. Pero no puedo estar seguro.

—También hay un chico llamado Will Yablonski. ¿Te suena?

—¿Su familia también está muerta?

La pregunta, formulada en voz muy baja, hizo que a Jane se le estrujara el corazón. Se acercó a él para rodearle con el brazo los hombros lastimosamente delgados. Él se sentó rígido a su lado, como si su contacto fuera algo que hubiera que soportar. De todos modos, Jane mantuvo el brazo alrededor de él mientras permanecían sentados en la cama, dos compañeros unidos por una tragedia que ninguno de los dos podía explicar.

—¿El chico está vivo? —preguntó Teddy en voz baja.

—Sí.

—¿Y la chica?

—Ambos están a salvo. Tú también lo estás, te lo prometo.

—No, no lo estoy. —La miró con ojos claros y firmes, y agregó con voz seria—: Voy a morir.

—No digas eso, Teddy. No es verdad, y…

Sus palabras se interrumpieron cuando las luces se apagaron de repente. En la oscuridad, oyó al chico respirar fuerte y deprisa, y sintió que el corazón le latía en el pecho.

Nancy Inigo llamó desde la cocina:

—¿Detective Rizzoli? ¡Creo que hemos hecho saltar un fusible!

*«Claro, es solo eso* —pensó Jane—. *Un fusible fundido. Cosas así pasan todo el tiempo»*.

El estallido de un cristal al romperse hizo que Jane se pusiera en pie de un salto. En un instante abrió la funda de la pistola y sacó su Glock.

—¡Nancy! —gritó.

Unos pasos frenéticos subieron las escaleras y las dos chicas entraron, seguidas por los pasos más fuertes de Nancy Inigo.

—¡Venía de la parte delantera de la casa! —dijo Nancy, con la voz casi ahogada por los gemidos de pánico de la niña—. ¡Alguien está entrando!

Y todos estaban atrapados arriba. Su única escapatoria era a través de la ventana de Teddy, que conducía a una caída desde el primer piso.

—¿Dónde está el teléfono más cercano? —susurró Jane.

—Abajo. En mi habitación.

Y el móvil de Jane estaba en su bolso, que había dejado en la cocina.

—Quedaos aquí. Cerrad la puerta —ordenó Jane.

—¿Qué hace? ¡Detective, no nos deje!

Pero Jane ya había salido de la habitación. Oyó que la puerta se cerraba con suavidad a su espalda, oyó que Nancy accionaba el botón de la cerradura. Esa cerradura era casi inútil;

retrasaría a un intruso solo los segundos que tardaría en echar abajo la endeble puerta.

*«Pero antes tiene que enfrentarse a mí».*

Con el arma en la mano, avanzó silenciosamente por el oscuro pasillo. Quienquiera que hubiera roto la ventana guardaba silencio. Jane solo oía los latidos de su corazón y el torrente de sangre en sus oídos. Al final de la escalera se detuvo y se agachó. Hasta allí llegaría. Solo un tonto intentaría acechar a un asesino en la oscuridad, y su única prioridad era proteger a Nancy y a los niños. No, esperaría allí mismo y lo sorprendería mientras subía las escaleras. «*Ven con mamá, imbécil*».

Por fin sus ojos se habían adaptado a la penumbra y podía distinguir la silueta de la barandilla que descendía en espiral hacia las sombras. La única luz era el débil resplandor de una ventana del piso inferior. ¿Dónde estaba, dónde estaba? No oía ningún sonido, ningún movimiento.

*«Quizá ya no esté abajo. Tal vez ya está en el primer piso, de pie justo detrás de mí».*

Presa del pánico, giró la cabeza, pero no vio ningún monstruo tras ella.

Su atención volvió a centrarse en las escaleras justo cuando los faros de un coche que se acercaba se encendieron a través de la ventana. Las puertas del coche se cerraron de golpe y oyó voces de niños y pasos que subían los escalones. La puerta principal se abrió y un hombre se quedó enmarcado en el umbral.

—Eh, ¿Nancy? ¿Qué pasa con las luces? —gritó—. ¡Tengo a la mitad del equipo de fútbol aquí esperando galletas!

La invasión de chiquillos sonó como una estampida de ganado cuando entraron a trompicones, riendo y chillando en la oscuridad. Todavía agazapada en lo alto de la escalera, Jane bajó lentamente el arma.

—¿Señor Inigo? —gritó.

—¿Hola? ¿Quién está ahí arriba?

—Soy la detective Rizzoli. ¿Tiene su móvil?

—Sí. ¿Dónde está Nancy?

—Quiero que llame al nueve, uno, uno. Y saque a esos niños de la casa.

# ONCE

La ventana del estudio de la planta baja estaba rota y las esquirlas de vidrio brillaban como diamantes esparcidos por el suelo.

—Este parece ser el punto de entrada del intruso —dijo Frost—. Encontramos la puerta trasera entreabierta, que es probablemente por donde salió. La llegada del señor Inigo y de todos esos niños ruidosos deben haberlo ahuyentado. En cuanto a apagar las luces, todo lo que tuvo que hacer el intruso fue entrar en el garaje, abrir la caja de fusibles y bajar el interruptor general.

Jane se agachó para mirar el suelo de roble, donde el zapato del intruso había dejado una débil huella de suciedad. A través de la ventana rota oyó las voces del equipo de criminalística que examinaba el suelo en busca de otras huellas de calzado; en la entrada, la radio de un coche patrulla silbaba y crepitaba. Sonidos tranquilizadores. Pero, mientras miraba fijamente la huella en el suelo, sintió que el pulso volvía a latirle con fuerza y recordó el olor de su propio miedo en la oscuridad. «¡*Si* hubiera *tenido la oportunidad de acabar con él!*».

—¿Cómo encontró al chico? —dijo—. ¿Cómo demonios sabía que Teddy estaba aquí?

—No podemos estar seguros de que Teddy fuera su objetivo. Esta casa podría haber sido elegida al azar.

—Vamos, Frost. —Miró a su compañero—. Realmente no crees eso, ¿verdad?

Se hizo un silencio.

—No —admitió él.

—De alguna manera sabía que el chico estaba aquí.

—Esa información podría haberse filtrado de Servicios Sociales. De la policía de Boston. Muchas fuentes podrían haberla revelado por accidente. O el perpetrador podría *haberte* seguido a ti hasta aquí esta noche. Cualquiera que te haya visto en la escena del crimen sabe que estás trabajando en el caso.

Jane pensó en su trayecto en coche hasta la casa de los Inigo, trató de recordar si había habido algo inusual, algún par de faros que destacara en su espejo retrovisor. Pero los faros eran anónimos y el tráfico de Boston, incesante. «Si un asesino me ha seguido —pensó—, entonces conoce mi coche. *Y sabe dónde vivo*».

Sonó su teléfono móvil. Lo sacó del bolso, vio el prefijo de Maine y supo de inmediato quién llamaba.

—¿Maura? —respondió.

—La doctora Welliver me ha dicho que recibiste mi mensaje. Es toda una coincidencia, ¿no? Dos niños más como Teddy Clock. ¿Qué te parece?

—Creo que tenemos un problema aquí. Alguien acaba de venir a por Teddy.

—*¿Otra vez?*

—El intruso entró en la casa. Por suerte, yo estaba aquí.

—¿Estás bien? ¿Teddy también?

—Todo el mundo está bien, pero el criminal se dio a la fuga. Ahora tenemos que encontrar un

lugar más seguro donde dejar al chico.

—Conozco un lugar seguro. Y está justo aquí.

Un técnico de criminalística entró en la habitación y Jane se quedó callada mientras él y Frost hablaban de las huellas dactilares en la puerta trasera y el alféizar de la ventana. El ataque la había dejado conmocionada y desconfiaba de todo el mundo, incluso de los profesionales con los que trabajaba. «Si no me han seguido hasta aquí —pensó—, alguien debe haber filtrado la ubicación de Teddy. Alguien que podría estar trabajando en la escena del crimen en este mismo momento».

Entró en un cuarto de baño y cerró la puerta para continuar la conversación.

—Cuéntame tu situación allí —dijo—. ¿Es seguro?

—Está aislado. Solo hay una entrada y tiene portón. Tienen sensores de movimiento a lo largo del camino.

—¿Y el entorno?

—Doce mil hectáreas de bosque privado. En teoría, alguien podría acceder a pie, pero luego tendría que entrar en el edificio. La puerta es enorme, con un teclado de seguridad. Todas las ventanas están muy por encima del nivel del suelo. Además, está el personal.

—¿Un grupo de profesores? Sí, claro, eso sí que es tranquilizador.

—Tienen un guardabosques que protege la propiedad y está armado. El colegio es autónomo y tiene su propia granja y un generador.

—Aun así, estamos hablando de profesores, no de guardaespaldas.

—Jane, todos son miembros de la Sociedad Mefisto.

Eso hizo que Jane se quedara callada. El extraño grupito de Anthony Sansone seguía la pista de los crímenes violentos en todo el mundo, buscando patrones en los datos, buscando pruebas de que el mal era real. De que la humanidad estaba siendo atacada.

—Nunca me dijiste que estaban a cargo del colegio.

—No lo sabía hasta que llegué aquí.

—Son conspiranoicos. Ven monstruos debajo de cada piedra.

—Quizá esta vez tengan razón.

—No te pongas bíblica conmigo. Tú no, por favor.

—No estoy hablando de demonios. Aquí pasa algo que no podemos explicar, hay algo que conecta a estos niños. La psicóloga del colegio se niega a compartir los detalles debido a la confidencialidad de los pacientes. Pero Lily Saul me contó lo suficiente sobre Claire y Will para convencerme de que aquí hay un patrón. Y Evensong puede ser el único lugar donde estos tres niños estén a salvo.

—Un colegio dirigido por una organización paranoica.

—Lo que los convierte en los guardianes perfectos. Eligieron este sitio remoto porque pueden defenderlo.

Golpearon a la puerta del baño.

—¿Rizzoli? —llamó Frost—. La trabajadora social está aquí para llevarse al niño.

—¡No dejes que nadie se lo lleve!

—¿Qué le digo?

—Espera, saldré en un minuto. —Volvió a concentrarse en el teléfono—. Maura, no sé si confío en Sansone y su gente.

—Nunca ha dejado de ayudarnos, lo sabes. Y esta gente tiene más recursos que la policía de Boston.

«Y no habrá fugas de información —pensó Jane—. No hay mejor lugar para mantener a un niño oculto del mundo».

—¿Cómo llego? —preguntó.

—No es fácil de encontrar. Tendré que enviarte las indicaciones por correo electrónico.

—Hazlo. Luego hablamos. —Cortó y salió del baño.

En el salón, la trabajadora social esperaba con Frost.

—Detective Rizzoli —dijo—, hemos organizado otra ubicación para…

—He hecho arreglos alternativos para Teddy —dijo Jane.

La trabajadora social frunció el ceño.

—Pero creí que íbamos a ubicarlo…

—Teddy puede haber sido el objetivo esta noche. Lo que significa que podría haber más ataques. No querrá que maten a otra familia de acogida, ¿verdad?

La mujer se llevó la mano a la boca.

—Ay, Dios. ¿De verdad cree…?

—Exacto. —Jane miró a Frost—. ¿Puedes asegurarte de que los Inigo tengan un lugar seguro donde pasar la noche? Voy a llevarme a Teddy.

—¿A dónde?

—Te llamaré más tarde. Subiré a hacerle la maleta. Luego él y yo nos iremos de Dodge.

—Tienes que darme una idea, al menos.

Jane miró a la trabajadora social, que los observaba boquiabierta.

—Cuanta menos gente lo sepa, más seguro será —dijo. «*Para los dos*».

* * *

Jane condujo hacia el norte hasta el amanecer, con un ojo puesto en el espejo retrovisor. En el asiento trasero, Teddy durmió durante todo el trayecto. Se habían detenido en casa de Jane el tiempo suficiente para que ella metiera algo de ropa y artículos de aseo en una bolsa de viaje, y luego se pusieron en marcha. Gabriel quería que ella durmiera bien antes, que esperara a que se hiciera de día para salir, pero Jane estaba ansiosa por sacar a Teddy de Boston.

Y, si algo no iba a hacer, era dejarlo quedarse en su casa ni cerca de su familia. Había visto lo que les ocurría a las familias que acogían a Teddy. La muerte parecía seguir los pasos del niño, blandiendo la guadaña y cortando a quienquiera que estuviera cerca. No quería que esa maldita guadaña se llevase a las dos personas que más amaba.

Así que volvió a subir al niño en el coche, metió su bolsa en el maletero y a la una y media de la madrugada se marcharon de Boston hacia el norte. Lejos de su familia.

A esa hora tan temprana, el tráfico era escaso y solo vio unos pocos faros que la seguían. No perdió de vista su avance. Justo después de la ciudad de Saugus, el par de elegantes luces halógenas azules desaparecieron. Veinticinco millas más tarde, también lo hicieron las luces del todoterreno. Cuando cruzó el puente de Kittery para entrar en Maine, eran casi las tres de la madrugada y no veía luces detrás de ella, pero no dejó de mirar por el retrovisor ni de vigilar si alguien la seguía.

*«El asesino estaba allí, en la casa».* Había visto su huella en el piso de abajo, sabía que había recorrido la planta baja, pero no había vislumbrado su sombra mientras observaba desde lo alto de la escalera. ¿Cuánto tiempo había esperado agazapada a que apareciera por la escalera? Cuando la adrenalina te inunda las venas, cuando estás a punto de enfrentarte a tu propia muerte, sesenta segundos pueden parecer toda una vida. Ella estaba segura de que habían pasado cinco minutos, quizá más. Tiempo suficiente para que él revisara la planta baja y dirigiera su atención al primer piso. Pero no lo había hecho. ¿Qué lo detuvo? ¿Acaso intuyó que un policía lo esperaba al final de la escalera? ¿Se dio cuenta de que las probabilidades se habían vuelto en su contra, que una simple ejecución se había convertido ahora en una batalla contra un adversario tan letal como él mismo?

Miró al chico por encima del hombro. Teddy estaba acurrucado, con las piernas y los delgados brazos apretados en torno a sí mismo como un embrión. Dormía profundamente, como la mayoría de los niños, sin dar señales de que el terror de esa noche hubiera invadido sus sueños.

Cuando salió el sol por entre un banco de nubes que se dispersaban, Jane seguía al volante. Abrió la ventanilla y olió la tierra húmeda, vio el vapor caliente que se levantaba del asfalto por el sol. Solo paró una vez para repostar, tomarse un café e ir al baño. Teddy durmió durante todo el trayecto.

Incluso con esa dosis de cafeína, tuvo que esforzarse para mantenerse despierta y concentrada en el tramo final de carretera. Estaba tan agotada que se olvidó de llamar antes, como le había aconsejado Maura. Cuando se acordó de sacar el teléfono, la señal del móvil era nula y no tenía forma de avisar al colegio de que había llegado.

No importaba; ya había alguien esperándola junto al portón cerrado. El hombre del tamaño de un oso que bloqueaba la entrada tenía un aspecto imponente con sus vaqueros desteñidos y sus botas de montaña. De su cinturón de cuero colgaba un enorme cuchillo de caza, cuyas letales estrías brillaban en el sol de la mañana. Jane detuvo el coche junto a él, pero el hombre ni se inmutó ni se apartó, sino que permaneció con los brazos cruzados, tan inamovible como una montaña.

—¿Cuál es el motivo de su presencia, señora? —dijo.

Jane frunció el ceño al ver el arco compuesto y el carcaj de flechas que llevaba colgados del hombro y se preguntó si se habría equivocado de camino y se habría metido en la escena de una película de acción. Entonces miró hacia el arco de hierro forjado y vio la palabra «Evensong».

—Soy la detective Jane Rizzoli. Me están esperando en el colegio.

El hombre se acercó a la ventanilla del copiloto y miró fijamente al chico dormido.

—¿Este es el joven señor Clock?

—Sí. Lo traigo al colegio.

En el asiento trasero, Teddy se despertó por fin y, al ver al salvaje que lo miraba, dio un grito de alarma.

—Todo está bien, hijo. —La voz era sorprendentemente suave viniendo de un hombre de aspecto tan feroz—. Me llamo Roman. Soy el guardabosques del colegio. Cuido de estos bosques y también cuidaré de ti.

—¿Usted es el *señor* Roman? —preguntó Jane.

—Con Roman basta —gruñó, y abrió el portón—. Cinco kilómetros más adentro, llegará al lago. El castillo está al otro lado. La están esperando. —Le hizo señas para que pasara—. Vaya despacio. No arrolle al oso.

Jane supuso que se refería al perro Oso, que pertenecía a Julian Perkins. Pero unos cien metros más adelante, al doblar un recodo del bosque, se detuvo bruscamente cuando una osa negra —una osa *de verdad*— cruzó la carretera, seguida de sus dos cachorros, con el pelaje brillante y lustroso a la luz del sol.

—¿Qué es este lugar? —murmuró Teddy, maravillado.

—Seguro que no es la gran ciudad. —Jane observó cómo el trío desaparecía en el bosque—. Ya puedo ver los titulares —murmuró—: «Policía de Boston devorada por osos».

—No se comen a la gente.

—Lo sabes a ciencia cierta, ¿verdad?

—Los osos negros son en su mayoría vegetarianos.

—¿La mayoría?

—Casi siempre.

—E*so* no es tranquilizador. —Siguió conduciendo, preguntándose qué otras sorpresas podrían surgir del bosque. Lobos. Pumas. Unicornios. En ese lugar salvaje, con su bosque impenetrable, parecía que cualquier cosa podría aparecer.

En el asiento trasero, Teddy estaba ahora alerta y miraba por la ventanilla, como si todo le resultara fascinante. Tal vez ese sitio en lo profundo del bosque fuera exactamente donde el chico debía estar. Era la primera vez que lo oía decir más de dos frases espontáneas.

—¿Habrá otros niños aquí? —preguntó.

—Por supuesto. Es un colegio.

—Pero es verano. ¿No están todos de vacaciones?

—Es un internado. Algunos se quedan todo el año.

—¿No tienen familias con las que volver?

Jane vaciló.

—No todos.

—¿Así que aquí es donde viven todo el tiempo?

Jane le echó una mirada por encima de su hombro, pero él no la miraba, sino que estaba concentrado en la espesa cortina de vegetación que había fuera de su ventana.

—A mí me parece un sitio muy bonito —dijo—. ¿Y a ti?

—Sí —dijo Teddy. Y añadió suavemente—: No creo que él pueda encontrarme aquí.

# DOCE

Claire fue la primera en percatarse de la llegada del chico nuevo. Desde la ventana de la escalera, vio que el coche pasaba bajo el arco de piedra del colegio y se detenía en el patio. La conductora se apeó, una mujer pequeña con el pelo oscuro y rebelde, vestida con vaqueros y un cortavientos. Se estiró, como si llevara mucho tiempo conduciendo, luego se dirigió a la parte trasera del coche y sacó dos maletas pequeñas.

La puerta trasera del pasajero se abrió y alguien más salió del coche: un chico.

Claire se apretó contra el cristal para estudiarlo y vio una cabeza en forma de huevo con el pelo castaño claro rematado por un remolino en la frente. Le recordó a Pinocho, con brazos y piernas de palo que se movían de forma mecánica. Levantó la mirada hacia el edificio; su rostro estaba tan pálido que Claire pensó: «Así debe ser un vampiro. O alguien que ha estado encerrado demasiado tiempo en un sótano».

—Vaya, si es la Merodeadora Nocturna.

La espalda de Claire se puso rígida ante aquel insulto demasiado familiar. Se giró para ver a Briana y a sus dos presumidas amigas bajar por la escalera camino del desayuno. Ellas tres eran las chicas de oro, la pandilla de princesas de pelo brillante y dientes perfectos.

—¿Qué hay tan interesante ahí fuera? —preguntó una de las princesas.

—Tal vez está buscando un nuevo lugar para cazar larvas esta noche.

—Oye, Briana, mira —dijo una de las princesas—. Allí está el chico nuevo del que oímos hablar.

Las tres apartaron a Claire y se agolparon para mirar por la ventana.

—¿Ese niño tiene catorce años? —dijo Briana.

—¿Has oído hablar de él? —preguntó Claire.

Briana la ignoró.

—Qué diminuto. Parece de unos diez años.

En el patio de abajo, el director Baum y la doctora Isles salieron del edificio para dar la bienvenida a los recién llegados. Por la forma en la que se saludaron, estaba claro que ya se conocían.

—Parece un insecto —dijo una de las princesas—. Algo como una espeluznante mantis religiosa.

Briana se rio y miró a Claire.

—Eh, Merodeadora Nocturna. Parece que tu nuevo novio acaba de llegar.

* * *

Media hora después, durante el desayuno, Claire volvió a verlo. El chico estaba sentado en la mesa de Julian, donde se sentaban los alumnos mayores. Probablemente por eso lo habían puesto allí, para que lo cuidaran en su primer día. Parecía aturdido y un poco asustado, como si acabara de aterrizar en un planeta alienígeno. De algún modo, sintió que ella lo miraba y se volvió para

mirarla. Luego siguió mirándola, como si Claire fuera la única que le pareciera interesante. Como si acabara de descubrir a otra persona tan inadaptada como él.

El insistente tintineo de una cuchara contra una copa de agua hizo que todos levantaran la vista hacia la mesa de los profesores. El director Baum se puso en pie con un ruidoso repiqueteo de su silla.

—Buenos días, alumnos —dijo—. Como seguramente habréis notado, hoy tenemos un nuevo alumno con nosotros. A partir de mañana, asistirá a clase. —Señaló a Pinocho, que se sonrojó ante la repentina atención—. Espero que le hagáis sentir bienvenido. Y espero que todos vosotros recordéis cómo erais cuando llegasteis por primera vez y tratéis de hacer que el primer día de Teddy aquí sea excelente.

Teddy, sin apellido. Se preguntó por qué el director Baum habría omitido ese detalle. Lo estudió más de cerca, del mismo modo que el chico la observaba a ella, y vio que sus labios se curvaban en una sonrisa tan vacilante que no estaba del todo segura de que existiera. Se preguntó por qué, de todas las chicas de la habitación, era a *ella a quien miraba*. Las tres princesas eran mucho más guapas y estaban sentadas más cerca de él. «Solo soy la rara de la clase —pensó—, la chica que siempre dice lo que no debe. La chica con un agujero en la cabeza. *¿Y por qué me miras a mí?*».

La hacía sentirse incómoda y emocionada al mismo tiempo.

—Oh, atención. La está mirando. —Briana se había acercado a la mesa de Claire y ahora se inclinaba para susurrarle al oído—. Parece que el señor Bicho Palo siente algo por la señorita Merodeadora Nocturna.

—Déjame en paz.

—Quizá tengáis juntos unos bebés insectos muy monos.

Sin mediar palabra, Claire cogió su vaso de zumo de naranja y lo volcó sobre Briana. El zumo salpicó los vaqueros brillantes y las flamantes zapatillas de danza de su rival.

—¿Habéis *visto* eso? —gritó Briana—. ¿Habéis visto *lo que me* acaba de hacer?

Ignorando los chillidos indignados, Claire se levantó y se dirigió a la salida. Al salir, vio la cara manchada de Will Yablonski, que le sonrió y le hizo un gesto disimulado con el pulgar hacia arriba. Vaya, allí *había* otro bicho raro como ella. Quizá por eso Will siempre era tan amable con ella. Los bichos raros debían permanecer unidos en el Instituto de los Bichos Raros, donde nadie podía oírte gritar.

El chico nuevo también seguía mirándola. Teddy-sin-apellido. Sentía que sus ojos seguían cada uno de sus pasos.

* * *

No fue hasta la tarde siguiente que Claire le habló. Todos los jueves tenía tareas en el establo, y ese día le tocaba acicalar a Ciruelo, uno de los cuatro caballos de Evensong. De todas las tareas asignadas regularmente a los estudiantes, esta era una que no le molestaba hacer en absoluto, aunque significara limpiar los establos y transportar fardos de virutas de madera. Los caballos no

se quejaban. No hacían preguntas. Se limitaban a observarla con sus tranquilos ojos marrones y confiaban en que no les haría daño. Del mismo modo que ella confiaba en que no le harían daño, aunque Ciruelo era una tonelada de músculo y pezuñas afiladas, y todo lo que tenía que hacer era darse la vuelta y podría aplastarla ahí mismo, en su establo. Las gallinas arañaban y aleteaban cerca, y Herman, el gallo, soltó un molesto chillido, pero Ciruelo permanecía quieto y sereno mientras Claire le pasaba la almohaza por el flanco y el trasero. El susurro *de los* dientes de goma era hipnóticamente relajante. Estaba tan concentrada en su tarea que al principio no se dio cuenta de que había alguien detrás de ella. Solo cuando se enderezó se dio cuenta de que Teddy la miraba por encima de la puerta. Se sobresaltó tanto que casi se le cae el peine.

—¿Qué haces aquí? —exclamó. No era precisamente el saludo más amistoso.

—¡Lo siento! Solo quería… Me dijeron que podía… —El chico miró por encima del hombro, como esperando que alguien lo rescatara—. Me gustan los animales —dijo al fin—. La doctora Welliver me dijo que había caballos.

—Y vacas y ovejas. Y estas gallinas de mierda. —Dejó caer la almohaza en un cubo colgante, donde aterrizó con un fuerte golpe. Era un sonido violento, pero ella no estaba enfadada. Tan solo no le gustaba que la sobresaltaran. Teddy ya se estaba alejando de la puerta del establo.

—Oye —dijo Claire, tratando de enmendarlo—. ¿Quieres acariciarlo? Se llama Ciruelo.

—¿Muerde?

—No, solo es un enorme bebé. —Dio una suave palmada en el cuello del caballo—. ¿No es así, Ciruelo?

Con cautela, Teddy abrió la puerta del establo y entró. Mientras acariciaba al caballo, Claire cogió el cepillo y volvió a acicalarlo. Durante un rato no hablaron, se limitaron a compartir el establo en silencio, aspirando los olores de las virutas de pino frescas y la calidez del caballo.

—Soy Claire Ward —dijo ella.

—Soy Teddy.

—Sí. Lo oí en el desayuno.

Tocó el hocico de Ciruelo y el caballo sacudió la cabeza de repente. Teddy se estremeció y se subió las gafas por el puente de la nariz. Incluso en la penumbra del establo, Claire vio lo pálido y delgado que estaba, con las muñecas delicadas como ramitas. Pero sus ojos eran impresionantes, anchos y con largas pestañas, y parecía estar absorbiéndolo todo a la vez.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Catorce.

—¿En serio?

—¿Por qué pareces sorprendida?

—Porque tengo un año menos que tú. Y pareces tan… —iba a decir p*equeño,* pero en el último segundo se le ocurrió una palabra más amable— tímido. —Lo miró por encima del lomo del caballo—. ¿Tienes apellido?

—La detective Rizzoli dice que no debería ir por ahí contándoselo a todo el mundo.

—¿Te refieres a la señora que te trajo aquí? ¿Es detective?

—Sí. —Se armó de valor y volvió a acariciar el hocico de Ciruelo, y esa vez el caballo aceptó

la caricia y emitió un suave gruñido.

Claire dejó de peinar a Ciruelo y prestó toda su atención al chico.

—¿Qué *te* ha pasado?

Él no contestó, solo la miró con esos ojos grandes y transparentes.

—Se puede hablar de eso aquí —dijo Claire—. Todo el mundo lo hace. Es la clase de colegio donde quieren que exteriorices tu dolor.

—Eso es lo que siempre dicen los psicólogos.

—Sí, lo sé. Yo también tengo que hablar con ella.

—¿Por *qué* necesitas una psicóloga?

Claire dejó el cepillo en el suelo.

—Tengo un agujero en la cabeza. Cuando tenía once años, alguien mató a mi madre y a mi padre. Y luego me disparó en la cabeza. —Se volvió hacia él—. Por eso tengo una psicóloga. Porque se supone que debo afrontar el trauma. Aunque no pueda recordar nada.

—¿Lo atraparon? ¿Al hombre que te disparó?

—No. Todavía está libre. Creo que podría estar buscándome.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sucedió otra vez, el mes pasado. Asesinaron a mis padres adoptivos y por eso terminé aquí. Porque aquí estoy segura.

—Por eso también me trajeron aquí —dijo Teddy en voz baja.

Claire lo miró con una nueva comprensión y vio la tragedia escrita en sus pálidas mejillas, en el brillo de sus ojos.

—Entonces, estás en el lugar adecuado —le dijo—. Es el único colegio para chicos como nosotros.

—¿Quieres decir que todos los otros niños aquí…?

—Lo averiguarás —dijo ella—. Si te quedas el tiempo suficiente.

Una sombra tapó la luz que entraba por la puerta.

—Ahí estás, Teddy. Te estaba buscando —dijo la detective Rizzoli. Miró a Claire y sonrió—. ¿Ya estás haciendo nuevos amigos?

—Sí, señora —dijo Teddy.

—Siento interrumpir, pero la doctora Welliver quiere hablar contigo.

Él miró a Claire, que respondió a su pregunta tácita moviendo solamente los labios: «La *psicóloga*».

—Solo quiere hacerte unas preguntas. Para conocerte mejor. —La detective Rizzoli abrió la puerta de la cuadra—. Vamos.

Teddy salió y cerró la puerta tras de sí. Volviéndose, le susurró a Claire:

—Me llamo Teddy Clock.

«El nombre le pega», pensó Claire mientras lo veía alejarse. Salió de la cuadra y empujó la carretilla llena de paja sucia de la cama del caballo fuera de los establos. En el corral, el molesto gallo seguía causando problemas, persiguiendo y picoteando a una gallina atribulada. «Incluso las aves de corral pueden ser crueles. Son tan malas como nosotros —pensó—. Se atacan,

incluso se matan». De repente, la visión de esa pobre gallina, acobardada bajo el ataque del gallo, la enfureció.

—¡Déjala *en paz*! —Le dio una patada, pero Herman aleteó fuera de su alcance y se alejó graznando—. ¡Gallo gilipollas! —gritó. Al girarse, vio a una de las princesas riéndose de ella desde el corral—. ¿Qué pasa? —preguntó, tajante.

—Es solo un gallo, retrasada. ¿Cuál es tu problema?

—Como si a alguien le importara —murmuró Claire, y se marchó.

*Hasta el momento en que todo se vino abajo, la operación funcionaba a la perfección. Cuando se produce una catástrofe, normalmente sé mirar atrás y señalar dónde empieza a descarrilarse, dónde un acontecimiento desafortunado desencadena la secuencia que conduce inevitablemente al desastre. Como dice el refrán, por un clavo se pierde una herradura, y es cierto; el más mínimo detalle pasado por alto puede condenar a un caballo, a un soldado, a una batalla.*

*Pero aquella tarde de junio en Roma, con nuestro objetivo a la vista, la batalla parecía nuestra.*

*Dentro de La Nonna, Ícaro y su grupo estaban terminando sus postres. Todos estábamos en posición cuando por fin salieron: primero los guardaespaldas, seguidos de Ícaro con su mujer y sus hijos. Una comida copiosa, regada con copas de excelente vino, había ablandado a Ícaro aquella noche, y no se detuvo a escudriñar a su alrededor, sino que se dirigió directamente a su coche. Ayudó a su mujer, Lucia, y a sus dos hijos a subir al Volvo, y luego se puso al volante. Justo detrás de él, los guardaespaldas subieron a su BMW.*

*Ícaro fue el primero en arrancar y salir a la calle.*

*En ese momento, el camión de reparto viró y se detuvo en ángulo, bloqueando el paso del BMW. Los guardaespaldas se apearon y gritaron al camionero que se moviera, pero este hizo caso omiso mientras llevaba despreocupado una caja de cebollas a la cocina de La Nonna.*

*Fue entonces cuando los guardaespaldas se dieron cuenta de que les habían pinchado la rueda y se habían quedado tirados. Una emboscada. Ícaro vio enseguida lo que pasaba y reaccionó como esperábamos que lo hiciera.*

*Pisó el acelerador y se alejó a toda velocidad hacia la seguridad de su casa en la cima de la colina.*

*Íbamos en el coche justo detrás de él. Un segundo coche, con otros dos miembros de nuestro equipo, esperaba a unos cien metros. Se colocó justo delante de Ícaro y el Volvo quedó encajonado entre nuestros dos vehículos.*

*La carretera se estrechaba a medida que ascendía por la ladera, trazando curvas cerradas. Se aproximaba una curva ciega y el primer coche frenó para reducir la velocidad del Volvo. Nuestro plan era forzarlo a detenerse, sacar a Ícaro del Volvo y meterlo en nuestro vehículo. Pero, en lugar de frenar, Ícaro nos sorprendió. Aceleró de forma temeraria y adelantó al primer coche con apenas unos centímetros de margen.*

*Nadie vio el camión que se acercaba hasta que fue demasiado tarde.*

*Ícaro giró desesperadamente a la derecha, pero el Volvo chocó con el quitamiedos, salió despedido y derrapó.*

*El camión lo golpeó de lleno en las puertas de los pasajeros.*

*Incluso antes de salir del coche, supe que la mujer había muerto. Yo fui quien abrió de un tirón la puerta de Ícaro, quien tuvo el primer atisbo de la carnicería que había dentro. El cuerpo destrozado de Lucia. El rostro destrozado de la niña de diez años. Y el pequeño Carlo, aún*

*consciente pero moribundo. Carlo me miró y vi la pregunta en sus ojos. Es una pregunta que aún me cuesta responder: «¿Por qué?».*

*Sacamos a Ícaro del Volvo. A diferencia de su familia, estaba vivo y luchaba contra nosotros. En cuestión de segundos le atamos las muñecas y los tobillos. Lo metimos en el asiento trasero de mi vehículo y lo cubrimos con una manta.*

*El desafortunado camionero, aturdido y mareado por la colisión, no tenía ni idea de lo que había ocurrido en realidad. Más tarde contaría a la policía que unos buenos samaritanos se detuvieron para rescatar al conductor del Volvo y debían haberlo llevado a un hospital. Pero nuestro destino era una pista de aterrizaje privada a noventa kilómetros de distancia, donde esperaba un avión fletado.*

*Habíamos logrado lo que habíamos venido a hacer, pero esa no era la forma en la que debería haber terminado, con la muerte de tres personas inocentes. Después de cualquier otra misión exitosa, lo habríamos celebrado con una ronda de whisky y chocando los cinco. Pero aquella noche estábamos abatidos. Temerosos de las repercusiones que vendrían después.*

*No teníamos ni idea de lo terribles que serían.*

# TRECE

El viento hacía vibrar las ventanas del despacho de la doctora Anna Welliver, y desde aquella elevada posición en la torre del castillo, Jane veía nubes negras que se acercaban inexorablemente desde las montañas. Se avecinaba una tormenta de verano, y el sonido del viento inquietaba a Jane mientras ella y Maura observaban cómo la doctora Welliver preparaba una bandeja con tazas de té y platillos. Afuera, la vista parecía amenazadora, pero la torre era un espacio acogedor con un sofá de flores, varitas de incienso y cristales colgados en la ventana, un refugio sereno donde un niño traumatizado podía acurrucarse en el mullido sillón y compartir sin peligro sus miedos más oscuros. El incienso hacía que pareciera más el salón de una excéntrica madre naturaleza que el consultorio de una terapeuta, pero Welliver *era* excéntrica, con su salvaje pelo gris, sus vestidos de abuela y sus zapatos ortopédicos.

—He tenido unas cuarenta y ocho horas para observar al chico —dijo la doctora Welliver—. Y debo decir que me preocupa. —En la mesa auxiliar, la tetera eléctrica empezó a silbar y a burbujear, y ella se levantó para verter agua humeante en una tetera de porcelana.

—¿Qué problemas ve? —preguntó Jane.

—A primera vista, parece que se está adaptando muy bien. Pareció disfrutar del primer día de clase. La señorita Duplessis dice que lee muy por encima de su nivel. El señor Roman lo convenció para que disparara algunas flechas en la clase de tiro con arco. Y anoche lo descubrí en la sala de ordenadores, navegando por YouTube.

Jane miró a Maura.

—¿Aquí no se puede usar el móvil, pero sí navegar por Internet?

—No podemos frenar la era digital —dijo la Doctora Welliver, riendo. Se acomodó pesadamente en su silla y su vestido se infló como una tienda de campaña alrededor de su generoso cuerpo—. Por supuesto, bloqueamos los sitios web inapropiados y nuestros alumnos saben que nunca deben revelar información personal. Ni su ubicación ni su nombre. Es una cuestión de seguridad.

—Sobre todo para estos niños —añadió Maura.

—Lo que intentaba decir —continuó la doctora Welliver— es que Teddy se ha adaptado muy bien, según parece, a este nuevo entorno. Incluso parece haber hecho algunos amigos.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Jane.

—En mi sesión de ayer con él, descubrí bastantes cosas que no recuerda, o prefiere no recordar, sobre su familia biológica.

—Sabe que hay una razón por la que no puede recordar la noche en la que murieron.

—Sé que murieron a bordo de su velero frente a Saint Thomas. Y que hubo una explosión que hizo que Teddy perdiera el conocimiento. Pero no puedo evitar preguntarme si esa explosión es la única explicación de sus lagunas de memoria. Cuando le pregunto por su familia, intenta evitar todas mis preguntas. Se desvía. Dice que tiene hambre o que necesita ir al baño. De vez en cuando, sigue refiriéndose a los miembros de su familia en presente. Simplemente no quiere

enfrentarse a esa pérdida.

—Solo tenía doce años —dijo Maura—. Todavía era pequeño.

—Han pasado dos años. Es tiempo suficiente para que haya procesado su pérdida, como lo han hecho nuestros otros alumnos. Hay mucho trabajo que hacer con Teddy. Para que supere esta etapa de negación. Para que acepte que su familia se ha ido. —Miró a Jane—. Es bueno que lo haya traído aquí, detective. Espero que le permita quedarse.

—Ha sido un traslado de emergencia —dijo Jane—. No es decisión mía dónde se quedará a largo plazo.

—Anoche, la junta de Evensong acordó por unanimidad aceptar a Teddy con todos los gastos pagados. Por favor, comuníqueselo al estado de Massachusetts. Queremos ser útiles.

—Le diré cómo puede ser realmente útil —dijo Jane—. Háblame de los otros dos estudiantes. Claire Ward y Will Yablonski.

Welliver se levantó para servir la infusión de hierbas que había estado preparando. En silencio llenó las tazas y sirvió a sus visitantes, luego se sentó y añadió varias generosas cucharadas de azúcar a su taza.

—Compartir archivos confidenciales sobre nuestros alumnos es un asunto delicado —dijo al final.

—Yo también lidio con un asunto delicado —dijo Jane—. Estoy tratando de mantener vivo a Teddy.

—¿Por qué cree que hay una conexión entre estos tres niños?

—La coincidencia es espeluznante —dijo Maura—. Por eso llamé a Jane, porque hay muchos paralelismos. Tres familias distintas, los Ward, los Yablonski y los Clock, fueron asesinadas el mismo año. Incluso la misma *semana*. Ahora, dos años después, sus hijos sobrevivientes son atacados de nuevo. Con semanas de diferencia.

—Sí, estoy de acuerdo en que *es* extraño.

—Es mucho más que extraño —dijo Jane.

—Pero es una mera coincidencia.

Jane se inclinó hacia delante para mirar a los ojos a la doctora Welliver.

—¿Cómo puede descartar tan fácilmente la posibilidad de que haya una conexión?

—Porque estas familias fueron asesinadas en diferentes lugares. La familia de Teddy Clock murió en su velero frente a Saint Thomas. Los padres de Claire fueron asesinados a tiros en Londres.

—¿Y los padres de Will? ¿Los Yablonski?

—Murieron cuando su avión privado cayó en Maryland.

Jane frunció el ceño.

—Pensé que habían sido asesinados. Eso suena más a accidente.

La doctora Welliver se volvió y miró por la puerta de cristal que daba a la pasarela de la azotea, donde la niebla se arremolinaba con el viento.

—Creo que ya les he contado demasiado. Son mis pacientes y confían en mí para que guarde sus secretos. Me siento obligada por las normas de confidencialidad.

Jane dijo:

—¿Sabe? Podría coger el teléfono y hablar con las fuerzas del orden. Conseguiría esa información por mi cuenta. ¿Por qué no me hace la vida más fácil y me lo dice? ¿La caída del avión fue un accidente?

La doctora Welliver guardó silencio un momento mientras sopesaba su respuesta.

—No, no fue un accidente —dijo finalmente—. La Junta Nacional de Seguridad en el Transporte concluyó que el avión fue saboteado. Pero, de nuevo, no hay ningún vínculo evidente con las otras dos familias. Excepto por la forma en la que murieron.

—Perdone que le diga esto —dijo Jane—, pero sacar esa conclusión es *mi* trabajo, no el suyo. Lo más probable es que sea una coincidencia, pero tengo que proceder como si no lo fuera. Porque, si se me escapa algo, podríamos acabar con tres niños muertos.

Welliver dejó su taza y estudió a Jane durante un momento, como si tratara de calibrar su determinación. Por fin se levantó de la silla y se dirigió al archivador.

—El avión de los Yablonski se estrelló poco después de despegar —dijo—. Neil Yablonski estaba a los mandos cuando ocurrió. Él y su mujer eran los únicos a bordo. Al principio se pensó que había sido un accidente. —Llevó el expediente de Will al escritorio y se lo entregó a Jane—. Luego, la Junta encontró pruebas forenses de explosivos. Los investigadores buscaron un motivo, alguna razón por la que esa pareja en particular fuera el objetivo. Nunca encontraron una respuesta. Por suerte, su hijo Will no estaba a bordo del avión de sus padres aquel día. Había elegido pasar el fin de semana con sus tíos para trabajar en un proyecto de ciencias.

Jane abrió la carpeta y leyó el formulario de admisión del colegio Evensong.

> *Varón caucásico de catorce años sin familiares supervivientes conocidos. Remitido por el estado de New Hampshire después de que un incendio de origen sospechoso destruyese la casa de sus tíos, Brian y Lynn Temple, que han sido sus tutores desde la muerte de sus padres hace dos años…*

Jane leyó el siguiente párrafo y miró a Welliver, que estaba añadiendo una cuarta cucharadita de azúcar a su infusión de hierbas.

—¿El chico fue considerado por un breve período sospechoso en el incendio de New Hampshire?

—La policía tuvo que considerar esa posibilidad, porque Will fue el único superviviente. Les dijo que estaba fuera mirando por su telescopio cuando la casa explotó. Una mujer que pasaba por allí vio las llamas y se detuvo para ayudar. Fue ella quien llevó al chico a urgencias.

—¿El chico estaba fuera mirando por su telescopio?

—El padre y el tío de Will eran científicos de la NASA que trabajaban en el Centro de Vuelo Espacial Goddard, en Maryland. No es de extrañar que Will sea un astrónomo aficionado.

—Así que el chico es un friki —dijo Jane.

—Se le podría llamar así. Por eso la policía lo consideró sospechoso, aunque por poco tiempo, porque sin duda tiene la inteligencia necesaria para construir una bomba. Pero no tenía ningún

motivo.

—Que ellos sepan.

—Por lo que he observado, Will es un chico muy bien educado y con excelentes aptitudes académicas, sobre todo en matemáticas. No veo ningún tipo de agresividad. Socialmente es un poco torpe. Sus tíos lo educaron en casa en New Hampshire, así que no interactuó mucho con otros niños. Esa puede ser una de las razones por las que le cuesta hacer amigos.

—¿Por qué lo educaron en casa? —preguntó Maura.

—Tuvo problemas en Maryland. El pobre chico fue objeto de burlas y acoso.

—¿Por qué?

—Por su peso. —La doctora Welliver bajó la mirada hacia su propia corpulencia, disimulada en parte por los voluminosos vestidos que siempre llevaba—. La mayor parte de mi vida he luchado contra mi peso, así que sé lo que es ser objeto de burlas. Los niños pueden ser especialmente crueles, sobre todo porque Will tiene sobrepeso y además es un poco torpe. Aquí intervenimos de inmediato si vemos que hay acoso, pero no somos omniscientes. A pesar de las burlas, Will siempre está alegre y tiene buen carácter. Es amable con los niños más pequeños. Es un alumno digno de confianza y nunca se mete en problemas. —Welliver hizo una pausa—. A diferencia de la niña.

—Claire Ward —dijo Jane.

Welliver suspiró.

—Nuestra pequeña vagabunda nocturna. —Se levantó de la silla y volvió al archivador para buscar el expediente de Claire—. E*sta niña nos ha causado* múltiples dolores de cabeza. La mayoría relacionados con sus problemas neurológicos.

—¿Qué quiere decir con *problemas neurológicos?*

Welliver se enderezó y la miró.

—Claire estaba con sus padres la noche que fueron atacados en Londres. Todos recibieron disparos en la cabeza. Solo Claire sobrevivió.

A lo lejos, retumbaban los truenos y el cielo se había vuelto ominosamente oscuro. Jane bajó la mirada y vio que el vello del brazo se le había erizado, como si un viento frío acabara de soplar sobre su piel.

Welliver colocó el expediente de Claire delante de Jane.

—Ocurrió cuando la familia se dirigía a su coche después de cenar en un restaurante. El padre de Claire era Erskine Ward, un funcionario del servicio exterior que había trabajado en Londres, Roma y Washington. Su madre, Isabel, era ama de casa. Debido al trabajo de Erskine en la embajada de Estados Unidos, existía la preocupación de que pudiera tratarse de un atentado terrorista, pero al final la policía llegó a la conclusión de que fue un robo que salió mal. Claire no pudo ayudar en la investigación porque no recordaba el ataque. Lo primero que recuerda es que se despertó en el hospital, después de una operación.

—Para ser una chica que recibió un disparo en la cabeza, ahora parece asombrosamente normal —dijo Jane.

—A primera vista, parece normal, sí. —Welliver miró a Maura—. Ni siquiera usted detectó de

inmediato sus deficiencias, ¿verdad, doctora Isles?

—No —admitió Maura—. Son sutiles.

—Cuando la bala impactó en su cabeza —dijo Welliver—, se produjo lo que se denomina diásquisis. En griego significa «pensamiento conmocionado». A los once años, su cerebro aún era relativamente plástico, por lo que ha podido recuperar casi todas sus funciones. Su lenguaje y habilidades motoras son prácticamente normales, al igual que su memoria. Excepto respecto a aquella noche en Londres. Antes del ataque, era una excelente estudiante, incluso superdotada. Pero me temo que ahora nunca será una estrella académica.

—Pero ¿puede seguir llevando una vida normal? —dijo Jane.

—No del todo. Como muchos pacientes con lesiones en la cabeza, es impulsiva. Se arriesga. Dice cosas sin pensar en las consecuencias.

—Suena como una típica adolescente.

La doctora Welliver soltó una carcajada cómplice.

—Cierto. *El cerebro adolescente* es un diagnóstico en sí mismo. Pero no creo que a Claire se le pase nunca. Siempre tendrá problemas para controlar sus impulsos. Pierde los estribos, suelta lo que piensa. Ya ha causado problemas. Tiene una disputa con otra chica aquí. Comenzó con algunos insultos, notas desagradables. Y luego pasó a zancadillas, empujones, ropa destrozada, lombrices en la cama.

—Me recuerda a mí y a mis hermanos —dijo Jane.

—Excepto que usted, con suerte, lo superó. Pero Claire siempre va a saltar antes de mirar. Y eso es especialmente peligroso, dado su otro problema neurológico.

—¿Cuál es?

—Su ciclo sueño-vigilia se ha interrumpido por completo. Eso les ocurre a muchos pacientes con traumatismos craneoencefálicos, pero la mayoría sufren una somnolencia excesiva. Duermen más de lo normal. Claire, por alguna razón, tuvo un resultado paradójico. Está inquieta, sobre todo por la noche, cuando está agotada. Parece que solo necesita dormir cuatro horas al día.

—La noche que llegué —dijo Maura—, la vi en el jardín. Era mucho después de medianoche.

Welliver asintió.

—Es cuando está más activa. Es como una criatura nocturna. La llamamos nuestra vagabunda de medianoche.

—¿Y le permiten vagar a oscuras? —dijo Jane.

—Cuando vivía en Ithaca, su familia de acogida no podía hacer nada para detenerla. Probaron con medicamentos, puertas cerradas, amenazas de castigo. Este va a ser el comportamiento básico de Claire durante el resto de su vida, y tiene que aprender a lidiar con él. Aquí no es una prisionera, así que decidimos no tratarla como tal.

—¿Permitiéndole andar con libertad por la noche?

—Por suerte, no hay muchos animales que puedan hacer daño en los bosques de Maine. No tenemos serpientes venenosas ni grandes depredadores y nuestros osos negros nos tienen más miedo a nosotros que nosotros a ellos. El mayor peligro es que pise un puercoespín o se tuerza un tobillo al tropezar con la madriguera de algún animal. Esta es la naturaleza de Claire, y es una

condición con la que tendrá que vivir. Francamente, es mucho más seguro para ella deambular aquí, por el bosque, que en cualquier gran ciudad.

Jane no podía discutir esa afirmación; sabía demasiado bien dónde se encontraban los depredadores más peligrosos.

—¿Y después de que se gradúe en Evensong? ¿Qué pasará con ella?

—Cuando llegue ese momento, tendrá que tomar sus propias decisiones. Mientras tanto, le estamos dando las habilidades para sobrevivir. Ese es nuestro propósito aquí, detective. Es la razón por la que existe este colegio, para que estos niños puedan encontrar su lugar en el mundo. Un mundo que no ha sido amable con ellos. —Welliver señaló el archivador—. Tenemos docenas de alumnos como Claire. Algunos estaban tan traumatizados cuando llegaron que apenas podían hablar o se despertaban todas las noches gritando. Pero los niños son resistentes. Con orientación, pueden recuperarse.

Jane abrió el expediente de Claire. Al igual que el de Will, incluía una evaluación psicológica inicial de la doctora Welliver. Pasó a un resumen de la investigación de la policía de Ithaca.

—¿Cómo acabó Claire viviendo con esta pareja en concreto, los Buckley?

—Bob y Barbara Buckley eran amigos de los padres de Claire y sus tutores designados en el testamento. No tenían hijos propios. Cuando acogieron a Claire, no hay dudas de que se encontraron con una chica difícil.

Jane se quedó mirando el informe policial que resumía la muerte de los Buckley y miró a Maura.

—Alguien embistió su coche. Les disparó a los dos en la cabeza.

—Ciertamente parecía un asesinato selectivo —dijo la doctora Welliver—. Pero los Buckley no tenían enemigos conocidos. Lo que planteaba la posibilidad de que *Claire* fuera el objetivo, porque también estaba en el coche.

—Entonces, ¿por qué sigue viva? —dijo Jane.

La doctora Welliver se encogió de hombros.

—Por intervención divina.

—¿Perdón?

—Pregúntele a Claire y le dirá que eso es lo que pasó. Estaba atrapada dentro del coche. Escuchó los disparos. En realidad, vio al asesino *allí mismo*. Y entonces alguien más apareció en la escena. «*Un ángel*» es como Claire la describió. Una mujer que la ayudó a salir del vehículo y se quedó con ella.

—¿Entrevistó la policía a esa mujer? ¿Vio *ella* al asesino?

—Por desgracia, la mujer desapareció justo cuando llegó la policía. Nadie más que Claire la vio.

—Tal vez no existió —sugirió Maura—. Tal vez Claire la imaginó.

La doctora Welliver asintió.

—La policía tenía dudas sobre esa misteriosa mujer. Pero no tenían dudas de que se trataba de una ejecución. Por eso trajeron a Claire a Evensong.

Jane cerró el expediente y miró a la psicóloga.

—Eso plantea otra pregunta. ¿Cómo ocurrió exactamente?

—Nos la enviaron.

—Estoy segura de que el estado de Nueva York puede cuidar de sus propios menores. ¿Por qué enviarla a Evensong? ¿Y cómo acabó aquí Will Yablonski, siendo de New Hampshire?

La doctora Welliver no miró a Jane, sino que se concentró en uno de los cristales que colgaban de la ventana. En un día soleado, el trozo de cuarzo esparciría el arcoíris por la habitación, pero en esa mañana gris estaba inerte, sin magia luminosa.

—Evensong tiene una gran reputación —dijo—. A muchos de estos niños les ofrecemos matrícula, alojamiento y comida sin coste alguno para el estado. Las fuerzas de seguridad de todo el país conocen el trabajo que hacemos aquí.

—Porque la Sociedad Mefisto está en todas partes —dijo Jane—. Y también sus espías.

Los ojos de Welliver se encontraron con los de Jane.

—Usted y yo estamos del mismo lado, detective —dijo en voz baja—. Nunca lo dude.

—Son las teorías conspirativas las que me molestan.

—¿Podemos estar de acuerdo, al menos, en que los inocentes necesitan protección? ¿Que las víctimas necesitan curarse? En Evensong hacemos ambas cosas. Sí, rastreamos crímenes en todo el mundo. Como cualquier científico, buscamos patrones. Porque nosotros también somos víctimas y hemos elegido defendernos.

Alguien llamó a la puerta y todas se volvieron cuando un chico asiático, pequeño y enjuto, entró en la habitación.

La doctora Welliver lo saludó con una sonrisa maternal.

—Hola, Bruno. ¿Necesitas algo?

—Hemos encontrado algo en el bosque. En un árbol —anunció el chico.

—El bosque está lleno de árboles. ¿Qué tiene este de especial?

—No estamos seguros de lo que significa y todas las chicas están gritando… —Bruno respiró hondo para calmarse, y Jane notó de repente que el chico temblaba—. El señor Roman dice que tenéis que ir *ahora mismo.*

La doctora Welliver se puso de pie, alarmada.

—Muéstranos el camino.

# CATORCE

Siguieron al chico por tres pisos de escaleras en un ruidoso desfile de pasos. Fuera, el viento azotó el pelo de Jane, que lamentó no haber cogido la chaqueta. Las lejanas nubes oscuras que había visto desde la torre estaban ya casi sobre ellas; se oía el crujido y el gemido de los árboles y olió la lluvia inminente en el aire. Se adentraron en el bosque guiadas por el chico, que no parecía seguir ningún rastro evidente. Con tantos pies pisando ramitas y haciendo crujir las hojas muertas, los pájaros habían enmudecido. Solo se oían sus pasos y el viento en las ramas.

—¿Estamos perdidos? —preguntó Jane.

—No, es solo un atajo —respondió la doctora Welliver. A pesar de que su vestido parecía una tienda de campaña, se las arreglaba para avanzar con paso firme por el bosque, siguiendo pesadamente al muchacho parecido a Puck que corría delante de ellas.

Los árboles se hicieron más densos y las ramas le impedían ver el cielo. Aunque solo era media mañana, allí, en el bosque, el día se había oscurecido hasta convertirse en una penumbra crepuscular.

—¿Este chico sabe de verdad a dónde va?

—Bruno sabe exactamente adónde va. —La doctora Welliver señaló una rama rota justo encima de sus cabezas.

—¿Ha marcado el camino?

La psicóloga se volvió para mirarla.

—No subestime a nuestros alumnos.

Habían perdido de vista el castillo. Ahora lo único que Jane veía en todas direcciones eran árboles. ¿Cuánto habían caminado, un kilómetro, más? ¿Y se suponía que eso era un atajo? Se le soltó el cordón del zapato y se agachó para atárselo de nuevo. Cuando se enderezó, vio que los demás ya estaban una docena de pasos por delante de ella y casi fuera de su vista. Si se quedaba sola, podría pasarse días buscando la salida. Se apresuró a alcanzarlos y atravesó una cortina de vegetación hasta llegar a un pequeño claro, donde los demás se habían detenido.

Bajo un magnífico sauce se encontraban el profesor Pasquantonio y Roman, el guardabosques. Cerca había un grupo de estudiantes apiñados para protegerse del viento.

—No hemos tocado nada. Los dejamos tal como los encontramos —le dijo Roman a la doctora Welliver—. Que me parta un rayo si sé lo que significa esto.

—Una broma de mal gusto —resopló Pasquantonio—. Los niños hacen cosas ridículas.

La doctora Welliver se colocó bajo el sauce y se quedó mirando las ramas.

—¿Sabemos quién ha sido?

—Nadie lo confiesa —gruñó Roman.

—T*odos* sabemos que fue ella —dijo una chica de pelo oscuro—. ¿Quién más podría ser? —Señaló a Claire—. Anoche volvió a escaparse. La vi por la ventana. La Merodeadora Nocturna.

—Yo no he sido —dijo Claire. Estaba sola en el extremo del claro, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si quisiera defenderse de las acusaciones.

—E*stabas* fuera. No mientas.

—Briana —dijo la doctora Welliver—, no acusamos sin pruebas.

Jane se abrió paso entre el grupo para ver qué los había atraído a todos a aquel lugar. De una rama baja del sauce colgaban tres muñecos hechos de ramas y cordel, suspendidos como rústicos adornos navideños. Al acercarse, Jane vio que una de las muñecas tenía una falda de corteza de abedul. Era mujer. Los muñecos de ramitas se retorcían lentamente en el viento, como pequeñas víctimas de un verdugo, todas ellas salpicadas de lo que parecía ser sangre. En lo alto del sauce los cuervos graznaban y Jane levantó la vista. Vio que la fuente de las salpicaduras colgaba sobre su cabeza y percibió un olor a podredumbre. Asqueada, retrocedió, con la mirada fija en el cadáver que colgaba de aquella rama alta.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó la doctora Welliver.

—Todos —dijo Roman—. Cada dos o tres días, los llevo por este sendero para hacerles ver cómo cambia el bosque. Esas chicas fueron las primeras en verlo. —Señaló a Briana y a las dos chicas que siempre parecían rondarla—. Nunca he oído chillidos tan histéricos. —Sacó un cuchillo, cortó la cuerda que suspendía el cadáver y el gallo muerto cayó al suelo.

—Cualquiera diría que nunca han comido pollo —refunfuñó.

—Es Herman —murmuró uno de los chicos—. Alguien ha matado a Herman.

«No solo lo ha matado», pensó Jane. Lo había abierto de arriba abajo. Le había sacado las entrañas y las había dejado expuestas a los cuervos. Eso no era una simple travesura juvenil; le revolvía el estómago.

La doctora Welliver miró a los estudiantes, que comenzaron a temblar cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia.

—¿Alguien sabe algo de esto?

—Esta mañana no lo oí cantar —dijo una de las chicas—. Herman siempre me despierta. Pero esta mañana no cantó.

—Bajé por el sendero ayer por la tarde —dijo Roman—. No estaba colgado entonces. Debieron hacerlo anoche.

Jane miró a Claire. *La vagabunda de medianoche.* La chica, repentinamente consciente de los ojos de Jane sobre ella, le devolvió la mirada, desafiante. Una mirada que invitaba a todos a probar que ella lo había hecho.

Mientras las gotas de lluvia salpicaban su vestido, la doctora Welliver miró alrededor del círculo de estudiantes, con los brazos abiertos como si ofreciera un abrazo a quien lo necesitara.

—Si alguien quiere hablar conmigo de esto más tarde, mi puerta está siempre abierta. Os prometo que lo que me digáis quedará entre vosotros y yo. Ahora… —Suspiró, levantando la mirada hacia la lluvia—. ¿Por qué no regresáis?

Cuando los alumnos abandonaron el claro, los adultos permanecieron junto al sauce. Solo cuando los niños estuvieron fuera del alcance del oído, la doctora Welliver dijo en voz baja:

—Esto es muy inquietante.

Maura se agachó junto al gallo sacrificado.

—Tiene el cuello roto. Es probable que lo hayan matado así. Pero ¿destriparlo después?

¿Dejarlo aquí, para que todos lo vean? —Miró a la doctora Welliver—. Esto está hecho con intención.

—Lo que significa que aquí tenéis un cachorro bastante enfermo —dijo Jane. Miró las tres figuras de ramitas—. ¿Y *eso qué* significa? Parecen horrendos muñequitos de vudú. ¿Por qué ella haría algo así?

—¿Ella? —dijo Welliver.

—Desde luego, Claire lo ha negado. Pero los niños mienten todo el tiempo.

La doctora Welliver negó con la cabeza.

—Esa lesión cerebral la ha vuelto impulsiva. Pero también la ha dejado casi incapaz de engañar. Claire dice exactamente lo que piensa, aunque eso la meta en problemas. Ella lo ha negado y yo la creo.

—Entonces, ¿quién de ellos lo ha hecho? —dijo Roman.

Detrás de ellos, una voz preguntó:

—¿Por qué creéis que fue un alumno?

Todos se volvieron para ver a Julian de pie al borde del claro. Había llegado tan silenciosamente que no lo habían oído.

—Suponéis que fue uno de nosotros —dijo Julian—. Eso no es justo.

El doctor Pasquantonio se rio.

—¿De verdad crees que un profesor haría esto?

—¿Recuerda lo que nos enseñó sobre la palabra «suponer», señor? ¿Que nos deja en ridículo a todos los involucrados?

—Julian —dijo Maura.

—Bueno, es lo que él dice.

—¿Adónde lleva esto exactamente, señor Perkins? —preguntó Pasquantonio.

Julian se plantó ante ellos con firmeza.

—Me gustaría llevarme el cadáver de Herman.

—Ya ha comenzado a descomponerse —dijo Roman. Levantó el cadáver por la cuerda y lo arrojó al bosque—. Los cuervos ya han empezado con él; dejemos que terminen.

—Bueno, entonces, ¿puedo llevarme los muñecos de ramitas?

—Preferiría quemar esos malditos muñecos. Olvídate de esa tontería.

—Quemarlos no hace desaparecer el misterio, señor.

—¿Para qué los quieres, Julian? —preguntó Maura.

—Porque ahora mismo todos nos estamos mirando unos a otros, sospechando unos de otros. Preguntándonos quién estaría tan enfermo como para hacer esto. —Miró al doctor Pasquantonio —. Estas son pruebas, y los Jackales pueden analizarlas.

—¿Qué son los Jackales? —preguntó Jane. Miró a Maura, que negó con la cabeza, tan desconcertada como ella.

—Es el club forense del colegio —explicó la doctora Welliver—. Fundado hace décadas por un antiguo alumno llamado Jack Jackman.

—Por eso se llaman los Jackales —dijo Julian—. Soy el nuevo presidente, y este es justo el tipo

de proyecto al que se dedica nuestro club. Hemos estudiado salpicaduras de sangre, huellas de neumáticos. Podemos analizar estas pruebas.

—Ah, ya entiendo —Jane rio y lanzó una mirada a Maura—. ¡Es el *Instituto CSI*!

—Muy bien, muchacho —dijo Roman. Levantó el cuchillo de caza y cortó los muñecos de la rama. Se los tendió a Julian—. Son tuyos. Adelante.

—Gracias, señor.

Un trueno retumbó y Roman miró al cielo.

—Ahora será mejor que entremos —dijo—. Huelo un relámpago que viene hacia aquí. Y quién sabe dónde caerá.

# QUINCE

—¿Has sido tú?

Claire esperaba la pregunta. En el claro, cuando todos se habían quedado boquiabiertos al ver lo que colgaba del sauce, había sorprendido a Will mirándola y había leído la pregunta en sus ojos. Él había sido lo bastante discreto como para no decir nada en aquel momento. Ahora que se habían quedado rezagados en el sendero, se acercó para susurrarle:

—Los otros dicen que has sido tú.

—Son idiotas.

—Eso es lo que les he dicho. Pero anoche volviste a salir.

—Te lo dije, no duermo. No puedo dormir.

—La próxima vez, ¿por qué no me despiertas? Podríamos salir juntos.

Se detuvo junto al arroyo. Las gotas de lluvia caían sobre sus rostros y dibujaban tatuajes en las hojas.

—¿Quieres salir *conmigo*?

—He mirado el pronóstico del tiempo y se supone que el cielo estará despejado mañana por la noche. Puedes mirar por mi telescopio y te enseñaré unas galaxias muy chulas. Seguro que te gustaría verlas.

—Apenas me conoces, Will.

—Te conozco mejor de lo que crees.

—Sí, claro. Como si fuéramos mejores amigos para siempre. —No había querido sonar sarcástica, pero, una vez dichas las palabras, no podía retirarlas, y deseaba poder hacerlo. Había muchas cosas que desearía no haber dicho nunca. Caminó unos pasos más por el sendero y se dio cuenta de que Will ya no estaba a su lado. Al girarse, vio que se había detenido y se había quedado mirando el arroyo, donde el agua salpicaba y se ondulaba sobre las rocas.

—¿Por qué no podríamos serlo? —preguntó en voz baja, y la miró—. No somos como los demás. Tú y yo, los dos estamos…

—Jodidos.

—No me refería a eso.

—Bueno, de todos modos, yo *estoy* jodida —dijo ella.

—¿Por qué lo dices?

—Todo el mundo lo dice, incluso mi psicóloga. ¿Quieres pruebas? —Le cogió la mano y la apretó contra la cicatriz de su cuero cabelludo—. ¿Sientes eso? Ahí es donde me abrieron el cráneo. Por eso estoy despierta toda la noche, como un vampiro. Porque tengo daño cerebral.

Él no intentó soltarse, como ella esperaba. Su mano se detuvo en el pelo de ella y acarició la cicatriz que marcaba su rareza. Podía ser gordo y estar lleno de acné, pero de repente Claire se dio cuenta de que tenía unos ojos bonitos. Suaves y marrones, con largas pestañas. No dejaba de mirarla, como si intentara ver lo que realmente pensaba. Todas las cosas que temía contarle.

Claire le apartó la mano y se alejó. Siguió caminando hasta que el sendero terminó en la orilla

del lago. Allí se detuvo y miró las aguas moteadas por la lluvia. Esperaba que Will la siguiera.

Y allí estaba él, de pie junto a ella. Un viento gélido soplaba desde el lago y ella se abrazó a sí misma, temblando. Will no parecía notar el frío, a pesar de que solo llevaba vaqueros y una camiseta húmeda que se pegaba a cada poco favorecedor rollo de su mullido torso.

—¿Te dolió? —preguntó—. ¿El disparo?

Ella levantó automáticamente la mano para tocarse esa zona del cráneo. La pequeña hendidura que marcaba el final de su vida como una niña normal, una niña que dormía toda la noche y sacaba buenas notas. Una niña que no decía cualquier cosa en el momento menos indicado.

—No lo sé —dijo—. Lo último que recuerdo es una cena en un restaurante con mis padres. Querían que probara algo nuevo, pero yo quería espaguetis. Seguí insistiendo en espaguetis, espaguetis, y mi madre al final le dijo al camarero que me trajera lo que quería. Eso es lo último que recuerdo. Que mi madre estaba enfadada conmigo. Que la decepcioné. —Se pasó una mano por los ojos, dejando un rastro de calor en sus mejillas.

En el estanque cantó un somorgujo, un sonido solitario y sobrenatural que hizo que las lágrimas le oprimiesen la garganta.

—Me desperté en el hospital —dijo—. Y mi madre y mi padre estaban muertos.

Su caricia fue tan suave que no supo si la había imaginado. Solo un ligero roce de los dedos en la cara de ella. Levantó la cabeza para mirar los ojos marrones de Will.

—Yo también echo de menos a mi madre y a mi padre —dijo él.

* * *

—Este es un colegio raro con niños raros —dijo Jane—. Cada uno de ellos es peculiar.

Estaban sentadas en la habitación de Maura, con las sillas arrimadas a la chimenea, donde ardía un fuego. Fuera, la lluvia azotaba las ventanas y el viento golpeaba los cristales. Aunque Jane se había puesto ropa seca, la humedad había penetrado tan profundamente en sus huesos que ni siquiera el calor de las llamas lograba calentarla. Se apretó más el jersey y miró el óleo que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Era un caballero cazador, con el rifle al hombro mientras posaba orgulloso junto a un ciervo abatido. Los hombres y sus trofeos.

—La palabra que yo usaría —dijo Maura— es «perseguidos».

—¿Te refieres a los niños?

—Sí. Están perseguidos por el crimen. Por la violencia. No me extraña que te parezcan raros.

—Juntas a un grupo de niños así, niños que tienen graves problemas emocionales, y lo único que consigues es reforzar su rareza.

—Puede ser —dijo Maura—. Pero también es el único lugar donde encuentran aceptación. Con gente que los entiende.

No era lo que Jane esperaba que dijera. La Maura que veía ahora, sentada junto al fuego, parecía una mujer distinta. El viento y la humedad habían transformado su habitualmente esculpido pelo negro en una maraña desgreñada. Llevaba la camisa de franela desabrochada y los bajos de los vaqueros manchados de barro seco. Solo unos días en Maine y ya se había

transformado en alguien a quien Jane no reconocía.

—Antes me dijiste que querías sacar a Julian de este colegio —dijo Jane.

—Es cierto.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Puedes ver lo feliz que es aquí. Y se niega a irse. Eso es lo que me ha dicho. A los dieciséis años, ya sabe lo que quiere. —Maura tomó un sorbo de té de la taza y miró a Jane a través del vapor que se elevaba en espirales—. ¿Recuerdas cómo era en Wyoming? Un animal salvaje que siempre se metía en peleas, cuyo único amigo era ese perro. Pero aquí, en Evensong, ha encontrado amigos. Aquí es donde debe estar.

—Porque aquí son *todos* unos bichos raros.

Maura sonrió al fuego.

—Quizá por eso Julian y yo establecimos un vínculo profundo. Porque yo también lo soy.

—Pero en el buen sentido —añadió enseguida Jane.

—¿Qué sentido sería ese?

—Brillante. Decidida. Confiable.

—Empiezo a parecerme a un pastor alemán.

—Y honesta. —Jane hizo una pausa—. Incluso cuando significa perder amigos por eso.

Maura miró su taza de té.

—Voy a pagar por ese pecado para siempre, ¿verdad?

Durante un momento no hablaron; los únicos sonidos eran la lluvia golpeando la ventana y el crepitar del fuego. Jane no recordaba la última vez que se habían sentado juntas a hablar tranquilamente, las dos solas. Ya había hecho las maletas y la esperaban de vuelta en Boston esa noche, pero no hizo ademán de marcharse. Se quedó en el sillón, porque no sabía cuándo volverían a tener esa oportunidad. Demasiado a menudo, la vida era solo una serie de interrupciones. Llamadas telefónicas, crisis familiares, otras personas que siempre interrumpían, ya fuera en la morgue o en la escena del crimen. En esa tarde gris no había teléfonos ni nadie llamando a la puerta, pero el silencio flotaba entre ellas, cargado con todo lo que había quedado sin decir en las últimas semanas, desde que el testimonio de Maura había enviado a un policía a la cárcel. Las fuerzas de seguridad de Boston no perdonaban fácilmente tales actos de traición.

Ahora, en cada escena del crimen, Maura se veía obligada a enfrentarse con un silencio helado y miradas hostiles, y la tensión se le notaba en la cara. A la luz del fuego, sus ojos parecían hundidos y sus mejillas, más delgadas.

—Graff era culpable. —Los dedos de Maura se apretaron alrededor de la taza de té—. Volvería a testificar lo mismo.

—Por supuesto que lo harías. Es lo que haces, decir la verdad.

—Lo dices como si fuera un mal hábito. Un tic.

—No, hace falta valor para decir la verdad. Yo debería haber sido mejor amiga.

—Ya no sabía si seguíamos siendo amigas. Ni si soy capaz de conservar *algún* amigo. —— Maura se quedó mirando el fuego, como si todas las respuestas pudieran encontrarse en esas llamas—. Quizá debería quedarme aquí. Convertirme en ermitaña y vivir en el bosque. Es muy

bonito. Podría pasar el resto de mi vida en Maine.

—Tu vida está en Boston.

—No es que Boston me haya abrazado tampoco.

—Las ciudades no te abrazan. La gente, sí.

—Y es la gente la que te decepciona. —Maura parpadeó a la luz del fuego.

—Eso podría pasar en cualquier parte, Maura.

—Hay una cierta dureza en Boston. Una frialdad. Antes de mudarme allí, había oído hablar de la frialdad de los habitantes de Nueva Inglaterra, pero no me lo creía. Luego llegué a Boston y sentí que tenía que picar hielo solo para conocer a la gente.

—¿Incluso conmigo?

Maura la miró.

—Incluso contigo.

—No tenía ni idea de que emitiéramos esas vibraciones. Supongo que no es la soleada California.

Una vez más, la mirada de Maura se clavó en las llamas.

—Nunca debí dejar San Francisco.

—Ahora tienes amigos en Boston. Me tienes a mí.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Maura.

—A ti te echaría de menos.

—¿El problema es Boston? ¿O es un bostoniano en particular?

No necesitaban decir su nombre; ambas pensaban en el padre Daniel Brophy, el hombre que había traído alegría y tristeza a la vida de Maura. El hombre que probablemente había sufrido igual por su irreflexiva aventura.

—Justo cuando creo que lo he superado —dijo Maura—, cuando creo que por fin he salido del agujero y he vuelto a la luz del sol, lo veo en la escena de un crimen. Y la herida vuelve a desgarrarse.

—Es difícil evitarlo cuando ambos trabajáis en escenas del crimen.

Maura soltó una carcajada triste.

—¡Una forma sana de construir una relación! Sobre la tragedia.

—Se acabó todo entre vosotros, ¿verdad?

—Sí. —Maura hizo una pausa—. Y no.

—Pero no estáis juntos.

—Y puedo ver cuánto está sufriendo por ello. Lo lleva escrito en la cara.

*«Y* tú también».

—Por eso *debería* irme de Boston. Volver a California o… irme a cualquier parte.

—¿Y eso lo resolverá todo?

—Podría.

—Estarías a tres mil kilómetros de él, pero también a tres mil kilómetros de todos los lazos que has construido en los últimos años. Tu casa, tus colegas. Tus amigos.

—Amiga. En singular.

—No viste el funeral que celebramos por ti cuando creíamos que habías muerto. Cuando pensamos que el cuerpo en ese ataúd era el tuyo. Maura, la sala estaba llena de gente que te respeta. Gente a quien le importas. Sí, tal vez no se nos da bien mostrar nuestros sentimientos. Tal vez estos largos inviernos nos ponen de mal humor. Pero tenemos sentimientos. Incluso en Boston.

Maura seguía mirando la chimenea, donde las llamas se extinguían despacio, dejando solo el resplandor de las brasas.

—Bueno, conozco a alguien que lamentaría mucho que volvieras a California —dijo Jane—. ¿Sabe él que estás pensando en eso?

—¿Él?

—Ay, por favor, no te hagas la tonta. He visto cómo te mira. Es la única razón por la que Sansone y Brophy se llevan tan mal. Por ti.

Maura miró a Jane con un brillo de sorpresa en los ojos.

—Anthony Sansone nunca ha estado en tu lista de personas favoritas.

—Hablando de bichos raros… Y es parte de ese extraño grupo, Mefisto.

—Y ahora me dices que él es una razón para que me quede en Boston.

—Vale la pena considerarlo, ¿no?

—Vaya. Tu opinión sobre él ha mejorado.

—Al menos está disponible. —«*A diferencia de Daniel Brophy*» fue lo que Jane no tuvo que añadir—. Y siente algo por ti.

—No, Jane. —Maura se repantigó en el sillón—. No es así.

Jane frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé. —Su mirada se desvió de nuevo, atraída otra vez por las llamas moribundas—. La noche que llegué aquí, Anthony también apareció.

—¿Y qué pasó?

—Nada. A la mañana siguiente tuvimos una reunión con los docentes. Y luego se fue otra vez, a Londres. Es solo un fantasma que entra y sale de mi vida.

—Sansone es conocido por hacer ese tipo de cosas. Eso no significa que no esté interesado.

—Jane, *por favor*. No trates de convencerme de que me meta en otra relación desafortunada.

—Estoy tratando de convencerte de que no te vayas de Boston.

—¿Porque Anthony es un buen partido?

—No, porque Boston te necesita. Porque eres la médica forense más inteligente con la que he trabajado. Y porque… —Jane suspiró—. Joder, te echaría muchísimo de menos, Maura.

Los últimos restos del tronco de abedul se derrumbaron, levantando una nube de cenizas incandescentes. Ese y el golpeteo constante de la lluvia eran los únicos sonidos en la habitación. Maura se quedó muy quieta, tan quieta que Jane se preguntó si se habría dado cuenta de lo que acababa de decir. Si había cambiado algo para ella. Entonces Maura la miró con los ojos brillantes por las lágrimas y Jane supo que sus palabras podrían marcar toda la diferencia del mundo.

—Lo tendré en cuenta —dijo Maura.

—Sí, hazlo. —Jane miró de nuevo su reloj—. Debería irme.

—¿De verdad tienes que irte hoy?

—Quiero profundizar más en los casos Ward y Yablonski, lo que significa tratar con múltiples jurisdicciones, múltiples agencias. Y lo haré casi todo por mi cuenta, ya que Crowe no quiere destinar personal a ello.

—El detective Crowe tiene una patética falta de imaginación.

—¿Tú también te has dado cuenta? —Jane se puso de pie—. Llamaré a diario para asegurarme de que Teddy está bien. Llámame si hay algún problema.

—Relájate, Jane. Este es el lugar más seguro en el que podría estar.

Jane pensó en la carretera cerrada, en el aislamiento. En las doce mil hectáreas de bosque. Y pensó en los guardianes siempre alerta que lo vigilaban todo, la Sociedad Mefisto. «¿Qué lugar más seguro para esconder a un niño amenazado que este, con gente que sabe lo peligroso que puede ser el mundo?».

—Estoy satisfecha con lo que he visto —dijo—. Nos vemos en Boston.

Al salir del castillo, Jane se detuvo a ver a Teddy por última vez. Estaba sentado en clase y ella no lo molestó, sino que se limitó a observar desde la puerta cómo Lily Saul, con movimientos de ataque, demostraba las ventajas de la espada española utilizada por las legiones romanas. Teddy parecía embelesado, con el cuerpo inclinado hacia delante como si fuera a saltar de la silla y unirse a la batalla. Lily vio a Jane y asintió con la cabeza, una mirada que decía: «*Estará bien. Todo está bajo control*».

Eso era todo lo que Jane necesitaba ver.

Salió corriendo a través de la lluvia hasta su coche, dejó caer la bolsa de viaje en el asiento trasero y se puso al volante. Se secó la cara y buscó en el bolsillo el código de seguridad de cuatro dígitos que necesitaría para salir por el portón.

*«Todo está bajo control».*

Pero, al salir del patio y pasar bajo el arco, algo en la distancia llamó su atención, algo en el bosque. Un hombre entre los árboles. Estaba tan lejos que no pudo distinguir su rostro, solo su silueta. Sus ropas eran del mismo marrón grisáceo moteado que los troncos de los árboles que lo rodeaban.

El camino la llevaba en esa dirección y, a medida que se acercaba, no perdía de vista al hombre, preguntándose por qué permanecía tan quieto. Entonces una curva del camino le bloqueó por unos instantes la visión y, cuando volvió a ver el grupo de árboles, no vio a nadie allí. Era solo el tocón de un roble muerto, con la corteza moteada de líquenes y agujereada por pájaros carpinteros.

Se detuvo a un lado del camino y bajó la ventanilla. Vio hojas empapadas por la lluvia, ramas meciéndose en el viento. Pero no había ningún vigilante en el bosque, solo ese tocón sin vida, disfrazado de amenaza.

*«Todo está bajo control».*

Sin embargo, siguió sintiéndose inquieta cuando cruzó el portón y condujo hacia el sur, a través

del bosque primero y de tierras de labranza después. Tal vez fueran la incesante lluvia y las oscuras nubes que se cernían en el horizonte. Tal vez fuera la solitaria carretera, con sus casas abandonadas de porches caídos y ventanas tapiadas. Aquel lugar parecía el fin del mundo, y ella podría ser el último ser humano con vida.

El timbre de su teléfono móvil rompió esa ilusión. «He vuelto a la civilización», pensó mientras buscaba el teléfono en el bolso. La cobertura era débil, apenas suficiente para mantener una conversación, pero pudo distinguir la voz fragmentada de Frost.

—Tu último correo electrónico… He hablado con el policía de Hillsborough…

—¿Hillsborough? ¿Se trata de los tíos de Will Yablonski?

—… Dice que es raro… Quiere hablar de…

—¿Frost? ¿Frost?

De repente, la voz masculina sonó alta y clara. Por fin se había producido el milagro de tener una buena cobertura.

—No tiene ni idea de lo que significa todo esto.

—¿Has hablado con el policía de Hillsborough?

—Sí. Un tal detective David G. Wyman. Dice que el caso le pareció raro desde el principio. Le he hablado de Claire Ward y se ha quedado helado. No sabía que había otros chicos. Tienes que hablar con él.

—¿Puedes reunirte conmigo en New Hampshire? —preguntó Jane.

Hubo una pausa y luego Frost bajó la voz.

—Imposible. Crowe quiere que nos centremos en encontrar a Andres Zapata. Estoy de vigilancia esta noche. En el apartamento del ama de llaves.

—¿Crowe sigue con el robo como móvil?

—En la superficie, Zapata parece un sospechoso sólido. Antecedentes por robo en Colombia. Tuvo acceso, oportunidad. Y sus huellas están en la puerta de la cocina.

—Pero esto me inquieta, Frost. Me preocupan estos tres niños.

—Mira, no te esperamos aquí hasta mañana. Tienes tiempo para desviarte un poco.

Jane había planeado estar en casa esa noche para cenar con Gabriel y darle un beso de buenas noches a Regina. Ahora parecía que se dirigía a New Hampshire.

—No le digas una palabra a Crowe.

—No pensaba hacerlo.

—Una cosa más. Busca en la base de datos masacres familiares sin resolver. En concreto, el mismo año en el que los Ward, los Yablonski y los Clock fueron asesinados.

—¿A qué crees que nos enfrentamos?

—No lo sé. —Contempló la carretera mojada por la lluvia—. Pero, sea lo que sea, está empezando a asustarme.

# DIECISÉIS

Para cuando Jane tomó el camino de entrada, la lluvia había cesado, pero las nubes se mantenían grises y opresivas, y los árboles seguían goteando humedad. No había más vehículos a la vista. Salió del coche y se acercó a los restos de lo que había sido la granja de los tíos de Will, Lynn y Brian Temple. A una docena de metros, el granero permanecía intacto, pero la casa no era más que un montón de vigas carbonizadas. De pie junto a las ruinas, con el sonido del agua goteando a su alrededor, casi podía oler el hedor del humo que aún se elevaba de las cenizas.

Los neumáticos crujieron sobre la grava y ella se giró para ver un todoterreno azul oscuro que se detenía detrás de su Subaru. El hombre que se apeó llevaba un chubasquero amarillo, que colgaba de su cuerpo macizo como una tienda de campaña para cuatro personas. Todo en él parecía grande, desde la calva hasta las manos carnosas, y aunque no le tenía miedo, en aquel lugar aislado, Jane era plenamente consciente de su ventaja física sobre ella.

—¿Detective Wyman? —gritó.

Él caminó hacia ella chapoteando en los charcos.

—Y usted debe ser la detective Rizzoli. ¿Qué tal el viaje desde Maine?

—Pasado por agua. Gracias por reunirse conmigo. —Miró las ruinas—. ¿Esto es lo que quería que viera?

—Pensé que deberíamos reunirnos aquí primero, mientras todavía hay luz del día. Así podría echar un vistazo.

Durante un momento permanecieron juntos, contemplando en silencio la casa destruida. En el campo, un ciervo apareció y se quedó mirándolos, sin miedo. Aún no conocía el crujido de un rifle ni el impacto de una bala.

—Parecían ciudadanos decentes —dijo el detective Wyman—. Tranquilos. Mantenían la propiedad en buen estado. Nunca llamaron nuestra atención. —Hizo una pausa y sacudió irónicamente la cabeza—. Supongo que esa es la definición de «*ciudadano decente*».

—Así que no conocía en persona a los Temple.

—Oí que había una nueva pareja que alquilaba la antigua casa de los McMurray, pero nunca los conocí. No parecían tener un trabajo fijo, así que no mucha gente del pueblo llegó a conocerlos, salvo su agente inmobiliario. Le dijeron que buscaban una vida tranquila en el campo, algún lugar donde su sobrino pudiera disfrutar del aire libre, respirar aire puro. Los empleados de gasolineras y tiendas de comestibles los veían por la ciudad, pero para los demás los Temple eran prácticamente invisibles.

—¿Qué hay de su sobrino, Will? Debía tener amigos por aquí.

—Lo educaban en casa. Nunca tuvo la oportunidad de mezclarse con los chicos de la zona. Además, me dio la sensación de que era algo diferente.

—¿En qué sentido?

—Corpulento y torpe. Un verdadero bicho raro, si sabe a lo que me refiero. La noche que ocurrió, me dijo que estaba aquí afuera, en aquel campo. —Wyman señaló el prado, donde el

ciervo solitario pastaba tranquilo—. Tenía montado un telescopio de lujo y estaba mirando las estrellas o algo así. Ahora lo recuerdo. Buscaba cometas. —Wyman rio—. Tengo dos hijos adolescentes y un sábado por la noche lo último que querrían es estar en el campo sin televisión ni Facebook.

—Así que Will estaba aquí solo, en el campo, mirando el cielo. Y la casa explotó.

—Eso es todo. Supuse que fue solo un accidente. El horno, el tanque de propano, algo de eso. Luego el jefe de bomberos lo revisó todo y encontró lo que parecían artefactos incendiarios. Fue entonces cuando llamamos a la Unidad de Delitos Graves de la Policía Estatal. Está todo en mi informe. Le he traído una copia. Está en la camioneta.

—Su sobrino, Will. ¿Qué piensa de él? Quiero decir, más allá del hecho de que es un bicho raro.

—Le presté bastante atención al chico, por supuesto. Me pregunté si no tendría problemas con sus tíos, si no querría librarse de ellos. Pero estamos bastante seguros de que no pudo haberlo hecho.

—Acaba de decirme que es un chico listo. Probablemente podría averiguar cómo construir una bomba.

—No como esta.

—¿Qué tenía de especial?

—Semtex, para empezar.

Eso la sorprendió.

—¿Explosivos plásticos?

—Un diseño altamente sofisticado. Según el FBI, los componentes eran franceses. No es lo que un chico de catorce años usaría para asesinar a sus tíos.

Jane frunció el ceño ante las vigas ennegrecidas. Llegó a la única conclusión posible. «*Esto lo hizo un profesional*».

—Háble me de los Temple —dijo.

—Eran los únicos parientes vivos del chico. Lynn Temple era la hermana de su madre. Trabajaba como bibliotecaria cerca de Baltimore. Brian Temple era físico y trabajaba en la NASA; en Goddard, en Greenbelt, en el estado de Maryland, donde también trabajaba el padre de Will, Neil Yablonski. Los dos hombres eran amigos y colegas, y las parejas estaban muy unidas. Después de que los padres del niño muriesen en el accidente aéreo, Lynn y Brian obtuvieron la custodia de Will. Lo que ocurrió después es una especie de rompecabezas.

—¿Qué quiere decir?

—Días después de que los padres del niño murieran en el accidente, tanto Brian como Lynn dejaron sus trabajos. Sin más, Brian abandonó una carrera de veinte años en la NASA. Hicieron las maletas, guardaron los muebles en un trastero y se fueron de Baltimore. Pocos meses después, se instalaron aquí.

—¿Sin trabajo? ¿Cómo se mantenían?

—Otra buena pregunta. Los Temple murieron con quinientos mil dólares en su cuenta bancaria. Ahora, no sé cuánto paga la NASA, pero eso es un buen colchón, incluso para un físico.

La luz del día iba desapareciendo. Del bosque salieron dos ciervos más, una hembra y su cervatillo, pero se mostraron cautelosos; sin dejar de observar a los humanos, se alejaron, paso a paso, hacia el campo. Cuando llegara la temporada de caza, esa cautela podría ser lo que los mantuviera con vida. «*Pero nada te salvará una vez que hayas llamado la atención del cazador*».

—¿De qué huían los Temple? —preguntó Jane.

—No lo sé, pero es bastante obvio que *estaban* huyendo. Tal vez sabían algo sobre el accidente de avión.

—Entonces, ¿por qué no fueron a la policía?

—No tengo ni idea. El detective de Maryland con el que hablé, el que investigó las muertes de los Yablonski, parecía tan desconcertado como yo.

—¿Will sabía por qué sus tíos lo trasladaron aquí?

—Le dijeron que Baltimore era una ciudad peligrosa y que querían vivir en un lugar más seguro. Eso es todo.

—Y vinieron a parar aquí —dijo Jane, y pensó en las vigas en llamas, en el fuego abrasador. Una muerte infernal al borde de un bosque tranquilo.

—Lo cierto que esta *es* una ciudad segura —dijo Wyman—. Tenemos conductores borrachos o bajo la influencia de estupefacientes, también adolescentes estúpidos que hacen idioteces. A veces, un robo o alguna familia que se pelea con otra. Ese es nuestro registro policial. Pero ¿esto? —Sacudió la cabeza—. Nunca me he enfrentado a algo así. Y espero no volver a hacerlo.

En el campo aparecieron más siluetas. Toda una manada de ciervos, moviéndose silenciosa en el crepúsculo. Para una chica de ciudad como Jane, era un espectáculo mágico. Allí, donde los ciervos salvajes se sentían lo bastante seguros como para deambular a la vista, los Temple debieron pensar que habían encontrado su propio santuario. Un lugar donde podían establecerse y pasar inadvertidos, ser anónimos.

—Es cuestión de suerte que el chico haya sobrevivido —dijo Wyman.

—¿Y está seguro de que fue solo suerte?

—Como dije, durante un breve período lo consideré sospechoso. Tuve que hacerlo por rutina. Pero el chico estaba conmocionado de verdad. Encontramos su telescopio en el campo, donde dijo que lo había dejado. Aquella noche había un cielo cristalino, justo el tipo de noche en la que instalarías un telescopio. Y se chamuscó bastante intentando salvar a sus tíos.

—Tengo entendido que un conductor que pasaba por aquí lo llevó al hospital.

Wyman asintió.

—Una mujer pasaba con su coche y vio las llamas. Llevó al niño a urgencias.

Jane se volvió para mirar la carretera.

—La última casa que vi estaba a un kilómetro y medio de aquí. ¿Vive esa mujer por aquí?

—No lo creo.

—¿No lo sabe?

—Nunca hablamos con ella. Dejó al niño y se fue. Le dejó a la enfermera su número de teléfono, pero hubo algún tipo de malentendido. Cuando llamamos, nos atendió un tipo de Nueva

Jersey que no tenía ni idea de lo que estábamos hablando. En ese momento, no pensábamos que se tratara de un crimen. Pensamos que era un accidente, por lo que la búsqueda de testigos no era una prioridad. Solo más tarde, cuando supimos lo del Semtex, nos dimos cuenta de que estábamos ante un homicidio.

—Ella podría haber visto algo esa noche. Tal vez incluso se cruzó con el asesino en el camino.

—No tuvimos suerte localizándola. Tanto el chico como la enfermera de urgencias la describieron como rubia y delgada, de unos cuarenta años. Coincide con lo que vimos en el vídeo de vigilancia del hospital. —Wyman levantó la vista; empezaba a caer una ligera lluvia—. Así que ese es el rompecabezas que nos queda. Esto es como un iceberg, del que solo se ve un trozo por encima del agua. Hay toda una historia más profunda que no podemos ver. —Se tapó la cabeza con la capucha para protegerse de la lluvia—. Tengo el expediente para usted en mi camioneta. ¿Por qué no le echa un vistazo? Llámeme si tiene preguntas.

Jane cogió el grueso fajo de papeles que le tendió.

—En realidad, tengo otra pregunta. Sobre cómo Will acabó en Evensong.

—Creí que venía de allí. ¿No se lo dijeron?

—La psicóloga del colegio me dijo que Will fue remitido allí desde la agencia estatal.

—La colocación más rápida que he visto. Al día siguiente del incendio, cuando el niño aún estaba en el hospital, recibí una llamada de la oficina del gobernador. Pusieron al chico bajo protección especial. Llegó un tipo en un coche sin matrícula, cogió al niño y se fue.

—¿Un tipo?

—Alto, moreno. Vestido todo de negro, como un vampiro.

Todo de negro. «*Anthony Sansone*».

# DIECISIETE

—Doy por iniciada esta reunión de los Jackales —anunció Julian.

Maura observó cómo seis chicos tomaban asiento en el aula de química. Debido a que se sentaban juntos en la mesa de Julian en el comedor, Maura conocía todos sus nombres. En la segunda fila estaba Bruno Chinn, que parecía no quedarse quieto ni un minuto, e incluso ahora se movía inquieto en su silla. A su lado, Arthur Toombs permanecía inmóvil, con las manos llenas de cicatrices de quemaduras sobre el escritorio. Según le habían dicho a Maura, aquellas cicatrices eran el feo recuerdo de un incendio provocado por su propio padre. Cerca de la puerta estaba sentado Lester Grimmett, un chico obsesionado con las vías de escape rápidas. En una ocasión, una huida rápida por una ventana le había salvado la vida, y siempre siempre elegía un asiento cerca de la salida. Y en primera fila se sentaban los dos miembros más recientes de los Jackales, Will Yablonski y Teddy Clock. Maura conocía muy bien sus historias.

«Seis chicos, seis tragedias», pensó Maura. Pero la vida seguía y allí estaban ellos, algunos con cicatrices, todos supervivientes. Ese club era su forma de hacer frente a las pérdidas, a los malos recuerdos, una manera de que incluso esos niños impotentes se sintieran guerreros.

Pero, como luchadores contra el crimen, parecían un grupo mediocre. Solo Julian destacaba, alto y dominante; un presidente de club que daba la talla. Aunque Jane había descartado a los Jackales como algo más que el *Instituto CSI,* estaba claro que Julian se tomaba en serio su papel de presidente del club. Y los otros chicos de la sala parecían igual de serios.

—Hoy, Jackales, nos acompaña una *verdadera* investigadora forense —dijo Julian—. La doctora Isles trabaja en la oficina del forense de Boston, donde realiza autopsias. Es doctora en Medicina. Patóloga forense. Científica. Y… —la miró con orgullo— es mi amiga.

*«Mi amiga»*. Dos palabras tan sencillas y, sin embargo, la forma en que las había dicho encerraba un significado mucho más profundo para ambos. Maura se puso de pie, sonriente, y se dirigió al club con el mismo respeto con el que ellos la miraban a ella.

—Gracias por la presentación, Julian. Como os ha dicho, soy patóloga. Trabajo con los muertos. Examino restos humanos en la mesa de autopsias y observo tejidos por el microscopio para entender por qué muere la gente. Si fue el resultado natural de un proceso de enfermedad o si fue por un trauma o toxinas. Venenos. Como mi formación científica es la medicina, puedo aconsejaros sobre… —Hizo una pausa y vio movimiento en el pasillo. Un destello de pelo rubio —. ¿Claire? —llamó—. ¿Te gustaría unirte a nosotros?

Todos los chicos se volvieron a la vez para mirar hacia la puerta. Claire no podía irse disimuladamente, así que se encogió de hombros, como si no tuviera nada mejor que hacer. Se dirigió a la primera fila y se dejó caer con indiferencia en la silla junto a Will. Todos los chicos seguían mirando a la exótica criatura que acababa de aparecer entre ellos. «En efecto —pensó Maura—, Claire Ward *es* una chica extraña». Con su pelo rubio y sus pálidas pestañas, parecía de otro mundo, como una ninfa del bosque. Pero su expresión aburrida y sus hombros caídos irradiaban pura adolescencia norteamericana.

Claire miró a los chicos, que no emitieron palabra.

—¿*Hacéis* algo de verdad en estas reuniones o solo os quedáis mirando?

Julian dijo:

—Estamos a punto de hablar de lo que encontramos en el sauce.

—Con lo que no tuve nada que ver. No importa lo que digan.

—Solo seguimos las pruebas, Claire. Dondequiera que nos lleven. —Miró a Maura—. Pensé que, ya que eres la experta médica, podrías empezar por decirnos la causa de la muerte.

Maura frunció el ceño.

—¿Causa de la muerte?

—Del gallo —exclamó Bruno—. Ya sabemos que la forma de su muerte fue un homicidio. O *gallicidio*, supongo que lo llamarían. Pero *¿cómo* murió?

Maura miró las caras que la observaban. «Están hablando en serio —pensó—. De verdad están tratando esto como una investigación de asesinato».

—Usted lo examinó ¿verdad? —dijo Arthur.

—Solo brevemente —admitió Maura—. Antes de que el señor Roman se deshiciera de los restos. Y, basándome en el ángulo de su cuello, diría que estaba roto.

—Entonces, ¿sería muerte por estrangulamiento o traumatismo medular?

—Solo ha dicho que el cuello estaba roto —intervino Bruno—. Yo diría que eso es neurológico, no vascular.

—¿Y qué hay de la estimación de la hora de la muerte? —dijo Lester—. ¿Sabe cuál fue el intervalo *post mortem*?

Maura miró de uno a otro, sorprendida por la avalancha de preguntas.

—La hora de la muerte siempre es delicada si no hay testigos. En los humanos, nos fijamos en una serie de indicadores. Temperatura corporal, *rigor mortis*, lividez….

—¿Ha medido alguna vez la concentración de potasio del humor vítreo en un ave? —preguntó Bruno.

Maura se quedó mirándolo.

—No. No, no puedo decir que lo haya hecho. Admito que no sé mucho sobre la patología del gallo.

—Bueno, al menos tenemos la causa de la muerte. Pero ¿qué sentido tenía abrirlo entero? ¿Por qué sacarle las tripas y colgarlo del árbol?

*«Precisamente la pregunta que hice en el claro».*

—Ese tema entra en la elaboración de perfiles —dijo Julian—. Por ahora, nos ceñiremos a las pruebas físicas. Volví al bosque para intentar encontrar el cadáver, pero creo que algún carroñero se lo llevó, así que no tenemos restos para examinar. También busqué huellas de pisadas alrededor del gallinero, pero lamento decir que la lluvia las borró por completo. Así que supongo que pasaremos a lo que habéis encontrado vosotros. —Miró a Bruno—. ¿Quieres ser el siguiente?

Cuando Bruno pasó al frente de la clase, Maura se sentó, sintiéndose como la alumna que no había hecho los deberes. No tenía ni idea de lo que el pequeño, saltarín e inquieto Bruno tendría

para contar. El chico se puso unos guantes de látex y metió la mano en una bolsa de papel marrón. Sacó los tres muñecos de ramitas, aún atados a sus lazos de cuerda, y los depositó sobre la encimera de acero inoxidable del laboratorio. «Qué cosas tan triviales», pensó Maura al mirarlos nuevamente. Bajo las brillantes luces fluorescentes del aula, las salpicaduras de color marrón rojizo se veían como manchas de barro, no de sangre. Colgando del sauce y retorciéndose al viento, parecían obra de brujería. Ahora habían perdido su poder, reducidos a nada más que lo que eran: manojos de ramitas.

—Aquí tenemos los objetos A, B y C —dijo Bruno—. Figuras humanas que parecen representar a dos hombres y una mujer. Están hechas de varias ramitas y cortezas, atadas con cordel. Yo me centré en el cordel. Determiné que está hecho de yute. También encontré muestras del mismo tipo de cordel en el granero, donde se utiliza para atar las pacas de heno para los caballos. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una muestra de cuerda—. ¿Veis? Idéntico. De nuestro granero. —Volvió a sentarse.

—Arthur, ¿quieres ser el siguiente? —dijo Julian.

—Identifiqué las ramitas —dijo Arthur, poniéndose de pie—. La falda hecha de corteza fue fácil. Es *Betula papyrifera,* abedul blanco. Las ramitas no fueron tan fáciles de descifrar, y hay dos tipos diferentes. Por la corteza verde lisa y los brotes puntiagudos, creo que algunas son *Fraxinus nigra,* fresno negro. Las otras ramitas pude identificarlas por su médula en forma de estrella. Creo que son álamos balsámicos. Todos estos árboles se pueden encontrar junto al arroyo.

—Buen trabajo —dijo Julian.

Maura se quedó mirando a Arthur mientras se sentaba y pensó: «Ese chico de quince años sabe más de árboles de lo que yo nunca sabré». El *Instituto CSI estaba resultando* mucho más impresionante de lo que ella había imaginado.

Lester se levantó de la silla, pero no pasó al frente del aula. Se quedó junto a la salida, donde se sentía seguro.

—Inspeccioné la cuerda que se utilizó para colgar a la víctima de esa rama tan alta. Tuve que volver y trepar al árbol para obtener la muestra, ya que no pudimos encontrar a Herman, la víctima, en el bosque.

—¿Y qué has averiguado de la cuerda? —preguntó Julian.

—Es *nylon* blanco de un cuarto de pulgada, trenzado de diamante. Polivalente, buena resistencia a la tracción. Resiste la putrefacción y el moho. —Lester hizo una pausa—. Busqué por todas partes para ver si podía encontrar su origen y encontré un rollo entero en el cobertizo de las herramientas. —Se sentó.

—Hemos comprobado que todos los materiales necesarios para hacer estas muñecas se pueden encontrar aquí mismo, en los terrenos del colegio. Las ramitas. El cordel. La cuerda. —Julian miró alrededor de la habitación—. Así que ahora viene la parte difícil, responder a la pregunta que Bruno hizo antes. ¿Por qué? ¿Por qué alguien mataría a un gallo, lo abriría y lo destriparía? ¿Por qué colgarlo en un sendero por el que caminamos casi todos los días? ¿Un lugar donde seguro que nos lo encontraríamos? —Esperó una respuesta.

Arthur dijo:

—Alguien quiere llamar la atención.

—U odia a los gallos —dijo Bruno, mirando a Claire.

—Un rito religioso —sugirió Will—. Como la santería. Matan gallinas, ¿no?

—Un psicópata que mata animales por diversión —dijo Lester—. Tal vez lo disfrutó. Quizá se emocionó, lo que significa que volverá a hacerlo. —Lester hizo una pausa—. La próxima vez, puede que no sea un gallo.

Se hizo un silencio en el salón.

Fue Teddy quien rompió el silencio.

—Creo que es un mensaje —dijo.

—¿Qué tipo de mensaje? —preguntó Julián.

—Está tratando de decirnos algo. Intenta advertirnos. —La voz de Teddy se desvaneció hasta convertirse en un susurro—. ¿Alguien más se pregunta por qué hay tres muñecos?

Maura miró los muñecos de ramitas. Luego miró a Claire, sentada en primera fila, flanqueada por Will y Teddy.

*«Dos hombres. Una mujer».*

# DIECIOCHO

—Estoy un poco perdido con la geografía, Rizzoli, así que ayúdame —dijo el detective Crowe —. La última vez que lo comprobé, New Hampshire no estaba en nuestra jurisdicción.

Jane miró alrededor de la mesa a los detectives que asistían a la reunión de equipo. Frost y Moore estaban sentados frente a ella, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a enfrentarse a Crowe esa mañana. De hecho, todo el equipo parecía cansado del conflicto. Crowe los había desgastado a todos y ella era la única dispuesta a desafiarlo. La única que en realidad disfrutaba con una batalla sin cuartel.

—Acabo de enumerar todos los paralelismos con el caso Ackerman —dijo—. Hace dos años, los Yablonski murieron cuando una bomba hizo caer su avión privado.

—Que se estrelló en Maryland —señaló Crowe.

—También hace dos años, los padres de Claire Ward fueron asesinados a tiros…

—En Londres. —Crowe se rio—. Otro país, por el amor de Dios.

—… Y ambos acontecimientos tuvieron lugar la *misma semana en la que la* familia de Teddy Clock fue atacada en Saint Thomas. Tres familias, Crowe. Todas asesinadas con pocos días de diferencia. Ahora han pasado dos años y los únicos supervivientes de esas familias vuelven a ser atacados. Es como si alguien estuviera decidido a acabar con las líneas de sangre. Y estos tres niños serán los últimos en morir.

—¿Qué propones, Rizzoli? ¿Quieres volar a Maryland y llevar la investigación por ellos?

—Volar a Maryland sería un comienzo.

—¿Qué vendrá después, Londres? La policía de Boston estará *encantada* de pagar esa factura. Ah, y no nos olvidemos de Saint Thomas. Alguien tiene que investigar *ese* incidente.

Frost levantó una mano.

—Me presento voluntario para Saint Thomas.

—No estoy pidiendo viajes a Londres ni a Saint Thomas —dijo Jane—. Solo me gustaría dedicarle algo de tiempo a esto. Creo que hay conexiones que no estamos viendo. Algo que une a los Ward, los Yablonski y los Clock.

—Una vasta conspiración internacional —dijo Crowe—. Sí, claro.

—Merece una investigación más profunda…

—No. Seguiremos centrados en Andres Zapata. De repente no aparece por ninguna parte, lo que me suena a culpable. —Crowe miró a Frost—. ¿Qué tenemos de sus llamadas telefónicas?

Frost negó con la cabeza.

—No ha usado el móvil desde que mataron a los Ackerman. Supongo que lo tiró o que ya está de vuelta en Colombia. Las llamadas de Maria no me resultan sospechosas.

—Entonces, ella tiene otra forma de contactar con él. Por correo electrónico. O un intermediario. Así que pasemos a los amigos de los amigos. ¿Algo nuevo desde la emisión televisiva de esta mañana?

Moore asintió.

—Intentamos seguir las pistas de todos.

—Ya sabes lo que dice el maestro Yoda: «*No hay que intentar, solo hacer*». —Crowe miró el reloj, se levantó bruscamente y se ajustó la corbata—. Me espera un periodista —dijo, y salió de la habitación.

—¿Creéis que deberíamos ensanchar esa puerta? —dijo Jane—. ¿Antes de que se hinche de vanidad y no pueda pasar?

—Creo que es demasiado tarde —dijo Moore. Legendario por su paciencia, incluso él parecía disgustado mientras recogía sus papeles y los metía en su maletín. Últimamente hablaba mucho de la jubilación; ese podría ser el caso que al final lo llevara a retirarse.

—¿Qué opinas de Zapata? —le preguntó Jane.

—Andres Zapata tiene todo lo que Crowe adora en un sospechoso. Acceso, oportunidad, antecedentes penales. Y es inmigrante ilegal.

—No pareces convencido.

—Tampoco tengo un argumento convincente para rebatirlo. Por ahora, Zapata es nuestro hombre. —Moore cerró el maletín y salió por la puerta como un burócrata cansado.

—Caray —dijo Jane a Frost—. ¿Qué *le* pasa?

—No sabes lo que ha sido esto en los últimos días —dijo Frost—. No has tenido el placer de la compañía de Crowe.

Jane seguía sentada, dando golpecitos con el bolígrafo sobre los expedientes que había traído a la reunión. Pensó en todas las horas que había dedicado a investigar sobre los Ward y los Yablonski.

—Dime que tengo razón, Frost. Dime que hay algo raro en todo esto.

—Hay algo raro.

—Gracias.

—Pero eso no significa que todo esté vinculado. Hice esa búsqueda en la base de datos. Miré cientos de masacres familiares en todo el país. Siento decir que estas tres familias tienen mucha compañía.

—Pero son los *segundos* ataques los que hacen que estos tres se destaquen. Es como si la Parca no se rindiera hasta terminar el trabajo. ¿Cómo lo explicamos?

—No todas las locuras tienen explicación. A veces, simplemente suceden.

—Nunca me ha gustado esa respuesta. Es la típica frase que le digo a mi hija.

—Y a Regina le parecen bien, ¿verdad?

—Eso no significa que a mí me lo parezca.

Sonó su móvil. Vio el número de Crowe en la pantalla y gimió. Miró a Frost, puso los ojos en blanco y respondió:

—Rizzoli.

—Han localizado a Zapata en un apartamento en Roxbury. Los agentes que vigilan a Maria la han seguido hasta allí y el maldito imbécil aparece. Venid aquí de inmediato, vamos a entrar.

* * *

Diez minutos después, Jane y Frost se detuvieron junto a una valla metálica y salieron a toda prisa del coche. Crowe ya estaba allí, pavoneándose como el general MacArthur exhortando a sus tropas, compuestas por los detectives Arbato y Moore, y dos patrulleros.

—La entrada principal está a la vuelta de la esquina —dijo Arbato, señalando el edificio de apartamentos de ladrillo rojo de cuatro plantas—. Cahill está vigilando la puerta principal. Todavía no ha visto salir al sospechoso.

—¿Estamos seguros de que es Zapata? —preguntó Moore.

—Si no, entonces tiene un doble. Maria se bajó del autobús a dos manzanas de aquí, vino directamente a esta dirección. Media hora después, Zapata cruzó el aparcamiento y entró en el edificio.

—¿Tienes una lista de los inquilinos? —preguntó Jane.

—Sí. Hay veinticuatro apartamentos, cinco de ellos vacíos.

—¿Algún nombre hispano? —dijo Crowe—. Comprobaremos esos primero.

Uno de los patrulleros rio.

—¡Eh, tío, eso es discriminación!

—Pues demándame.

—¿Puedo ver esa lista? —preguntó Frost, y estudió los nombres—. Hay un Philbrook viviendo aquí.

—Sí, eso es *muy* hispano —dijo el patrullero.

—Maria tiene una hermana. —Frost levantó la vista—. Está casada con un Philbrook.

—Tiene que ser allí. —dijo Crowe—. ¿Qué apartamento es?

—El 210.

—Eso sería la parte posterior del edificio —dijo Arbato—. El código de seguridad de la entrada es uno, dos, siete.

—Arbato —ordenó Crowe, tajante—. Tú y estos dos agentes quedaos en las salidas. El resto de nosotros, *adentro*.

Cualquiera que los viera sabría que algo estaba a punto de ocurrir cuando Crowe, Moore, Frost y Jane se dirigieron juntos a la entrada principal. Pero los habitantes del apartamento 210, que daba a la parte posterior del edificio, no verían lo que se les venía encima. Crowe pulsó 1-2-7 en el teclado de la entrada y la cerradura se abrió con un chasquido. Jane lo siguió dentro, sintiendo que el corazón le latía con fuerza y las manos le empezaban a sudar. Aquello podía ser fácil o convertirse en un desastre sangriento. Lo que significaba que esos podrían ser los últimos segundos que registraría en su vida: sus zapatos contra las escaleras desgastadas, el peso de la Glock en sus manos. La espalda de Frost estaba justo delante de ella, con el chaleco de Kevlar bajo la camisa abultada. Registró todos estos detalles con eficacia, una docena de impresiones a la vez.

Llegaron al rellano del primer piso. El apartamento 210 estaba al final del pasillo. Detrás de ella, una puerta se abrió de repente y Jane se giró con el arma en la mano. Una mujer joven le devolvió la mirada, con un bebé en brazos y los ojos oscuros desorbitados por el terror.

—¡Quédate dentro! —siseó Jane.

Al instante, la mujer retrocedió y la puerta se cerró con fuerza.

Crowe ya estaba en el apartamento 210. Se detuvo y lanzó una mirada a su equipo.

—Rizzoli —susurró—. Estás a cargo. Métenos ahí.

Jane sabía por qué la había elegido. Rostro y voz femeninos, no tan amenazadores. Tomó aire y llamó al timbre de la puerta. Se paró lo suficientemente cerca de la mirilla para llenar el campo de visión. Por desgracia, eso también facilitaba que cualquiera que estuviera dentro le volara la cabeza. Vio un parpadeo de movimiento en la mirilla; alguien la estaba mirando.

La puerta se abrió de golpe. Apareció una mujer hispana, de cara redonda y unos cuarenta años, con un parecido lo bastante marcado con el ama de llaves de los Ackerman como para que Jane supiera que debía tratarse de la hermana de Maria.

—¿Señora Philbrook? —dijo Jane.

La mujer vio a los otros detectives en el pasillo y gritó:

—¡Maria!

—¡Vamos, vamos! —ladró Crowe, antes de empujar a Jane e irrumpir en el apartamento.

Pasaron demasiadas cosas a la vez. Los detectives corrían por el apartamento. La hermana de Maria gritaba, lamentándose en español. Mientras corría hacia la habitación contigua, Jane vislumbró una alfombra manchada, un sofá a rayas, un parque infantil.

*«Niños. Hay niños en este apartamento».*

Jane entró corriendo en un dormitorio, donde las pesadas cortinas proyectaban una penumbra tan profunda que casi no vio las formas acurrucadas en un rincón. Una mujer abrazaba a dos niños pequeños, rodeándolos con su cuerpo como si los protegiera de cualquier daño con su propia carne.

*«Maria».*

Oyó pasos repiqueteando sobre metal.

Jane atravesó otra puerta y entró en un segundo dormitorio, donde Moore se escabullía por la ventana abierta hacia la escalera de incendios.

—¿Zapata? —preguntó Jane.

—¡Ha subido por la escalera!

*«¿Por qué va hacia arriba?».*

Asomó la cabeza por la ventana y vio a Arbato y Cahill de pie en el callejón, con las armas desenfundadas. Miró hacia arriba y vio a sus tres compañeros trepando por la escalera en persecución.

Volvió corriendo al apartamento y corrió hacia la escalera. Si Zapata llegaba a la azotea, lo interceptaría allí. Subió los peldaños de dos en dos, vio que una puerta se abría y se cerraba con estrépito cuando se precipitó por el último tramo; el corazón le latía acelerado y estaba agitada.

Atravesó la puerta de la azotea y salió al resplandor del mediodía. Vio a Zapata trepar por el borde y aterrizar con ambos pies en el tejado.

—¡Alto! —gritó—. ¡Policía!

Él se detuvo y la miró. Tenía las manos vacías. Vaqueros desteñidos, una camisa arrugada con una manga rasgada. Durante unos segundos estuvieron los dos solos en ese tejado. Ella vio

desesperación en sus ojos, vio cómo se endurecía hasta convertirse en sombría determinación.

—¡Manos arriba! —gritó Crowe, mientras él y Frost se dejaban caer sobre el tejado detrás de Zapata.

No tenía a dónde huir. Un policía delante, dos detrás, todos armados. Jane vio que las piernas de Zapata flaqueaban y pensó que estaba a punto de arrodillarse en señal de rendición. Su siguiente movimiento la sorprendió.

Saltó hacia la izquierda y corrió hacia el extremo del tejado. Hacia el estrecho callejón que se interponía entre los edificios. Solo un salto olímpico podía llevar a un hombre sano y salvo a través de aquel abismo.

Sin embargo, saltó, lanzándose desde el borde del tejado hacia el edificio contiguo. Por un momento pareció quedar suspendido en el aire, con el cuerpo estirado en un salto de cisne que casi lo llevó al otro lado del abismo.

Jane trepó hasta el borde. Vio a Zapata aferrándose desesperadamente al canalón del otro edificio mientras agitaba las piernas por encima de una caída de cuatro pisos.

—Jesús, ¿está loco? —dijo Frost.

—¡Arbato, ve al lado! —gritó Crowe hacia la calle, y los dos detectives que estaban allí cruzaron a toda velocidad el callejón.

Zapata, que seguía colgando del canalón, intentó levantarse haciendo contacto con los pies contra la pared. Levantó una pierna, falló. Giró de nuevo. Justo en el momento en el que su zapato se elevaba por encima del borde, el canalón se desprendió del tejado.

Jane cerró los ojos, pero no pudo bloquear el chirrido del metal al derrumbarse ni el golpe sordo del cuerpo de Zapata contra el pavimento.

En algún lugar, una mujer gritaba.

# DIECINUEVE

Maria Salazar estaba sentada frente a la mesa de interrogatorios, con la cabeza gacha, secándose las lágrimas. De joven, Maria habría sido impresionantemente bella. A los cuarenta y cinco años seguía siendo guapa, pero a través del espejo unidireccional Jane podía ver las raíces canosas que le asomaban en la coronilla. Sus brazos, apoyados en la mesa, eran pesados pero sólidos, con músculos acumulados tras años de tareas domésticas. ¿Cuánto resentimiento habría acumulado en su interior mientras fregaba, lustraba y barría las casas de otras personas? ¿Se le habría ocurrido alguna vez, mientras limpiaba el polvo de los muebles antiguos de los Ackerman y pasaba la aspiradora por las alfombras persas, que uno solo de sus cuadros, un collar de esmeraldas del joyero de la señora Ackerman, podría hacer desaparecer todos sus problemas económicos?

—Nunca —gimió Maria en la habitación de al lado—. ¡Nunca robé nada!

Crowe, en su papel de policía malo frente al policía bueno de Moore, se inclinó hacia ella, mostrando los dientes con indisimulada agresividad.

—Desactivaste el sistema de seguridad para tu novio.

—No.

—Dejaste la puerta de la cocina sin cerrar.

—No.

—Te conseguiste una coartada sólida, cuidando a los hijos de tu hermana, mientras Andres se colaba en casa de los Ackerman. ¿Solo iba a robarles esa noche o el asesinato estuvo siempre en los planes?

—¡Andres nunca lastimó a nadie!

—Sus huellas están en la puerta de la cocina. Están *dentro de* la cocina. —Crowe se inclinó aún más y Maria se encogió. Jane casi sintió lástima por la mujer porque había pocas imágenes más feas que la expresión feroz de Darren Crowe delante de tu cara—. Estaba en la casa, Maria. Entró por la puerta de la cocina.

—¡Me trajo el teléfono móvil! Me lo olvidé en casa esa mañana, así que vino a traérmelo.

—¿Y dejó sus huellas dentro de la cocina?

—Le di café. Limpié la cocina y él se sentó un minuto.

—¿Y la señora Ackerman estaba de acuerdo con eso? ¿Con que hubiera un hombre extraño sentado en su cocina?

—A ella no le importaba. La señora Ackerman siempre era amable conmigo.

—Vamos. ¿No eran los Ackerman como cualquier otro gilipollas rico? Te pagaban casi nada mientras tú estabas de rodillas fregando sus retretes.

—No, me trataban bien.

—Tenían todo el dinero del mundo, y mírate, Maria. Luchando por pagar tus facturas. Es tan injusto. Te mereces más, ¿no crees?

Ella negó con la cabeza.

—Se lo está inventando. No es la verdad.

—La *verdad* es que Andres tenía antecedentes penales en Colombia. Tráfico de drogas. Robo.

—Nunca hizo daño a nadie.

—Siempre hay una primera vez. Tiene que ser tentador cuando hablamos de gente tan rica como los Ackerman, con todas esas cosas bonitas a tu disposición. —Sacó una bolsa de pruebas de la caja que había traído a la sala—. Encontramos esto en tu apartamento, Maria. Bonitos pendientes de perlas. ¿Cómo te los compraste?

—La señora Ackerman me los regaló. Para Navidad.

—¿Te los regaló? Claro.

—Sí, me los regaló.

—Valen unos quinientos dólares. Un buen extra.

—Ella ya no los quería. Dijo que podía quedármelos.

—¿O se enteró de repente de que los habías robado? Tal vez esa es la razón por la que Andres tuvo que matarlos. Para mantenerlos callados y que no te arrestaran.

Maria levantó la cabeza, con los ojos hinchados y húmedos, la cara enrojecida de rabia.

—¡Usted es un *demonio*!

—Solo intento mantener segura esta ciudad.

—¿Inventando mentiras? No me conoce. No conoce a Andres.

—Sé que era un criminal. Sé que huyó de nosotros. Eso me dice que era culpable.

—Tenía *miedo*.

—¿De qué?

—Colombia. No podía volver a Colombia. Lo matarían allí.

—¿Así que en lugar de eso eligió morir aquí?

Maria dejó caer la cara entre las manos.

—¡Quería vivir! —sollozó—. Quería que lo dejaran en paz.

—Di la verdad, Maria.

—Esa *es* la verdad.

—Di la verdad o… —Crowe se detuvo cuando Moore le tocó el hombro. Aunque no hubo intercambio de palabras entre los dos hombres, Jane vio la mirada que se cruzaron. Vio el gesto de desaprobación de Moore y la mirada furibunda de Crowe.

Crowe se enderezó bruscamente.

—Piénsatelo, Maria —dijo, y salió de la habitación.

—Tía —murmuró Frost junto a Jane—, ¿se puede ser más imbécil?

A través del espejo unidireccional, Jane observó cómo Moore se sentaba con Maria. No le ofreció ninguna caricia reconfortante, ninguna palabra tranquilizadora, mientras la mujer seguía sollozando, abrazándose a sí misma como para detener el temblor.

—Aquí no hay pruebas suficientes —dijo Jane.

—¿Las huellas en la puerta de la cocina? —dijo Frost—. ¿El hecho de que huyó de nosotros?

—Ay, por Dios. Suenas como Crowe.

—Y esos pendientes. ¿Quién le da a su ama de llaves un regalo tan caro?

—Tal vez sea verdad. Tal vez la señora Ackerman era una mujer generosa. No podemos refutarlo. Y piensa en esa casa, todas las cosas que Zapata podría haber robado, si es que fue un robo. Incluso se dejó el joyero.

—Se asustó. Huyó antes de que pudiera coger nada.

—¿Te parece creíble? Tiene que inquietarte. A mí me inquieta muchísimo.

En la habitación contigua, Maria se levantó despacio, ayudada por la mano de Moore. Mientras este guiaba al ama de llaves hacia la puerta, Jane dijo en voz baja:

—A Moore también le preocupa.

—El problema es que no tienes nada más en lo que basarte. Solo un mal presentimiento.

No era suficiente, pero también era algo que no podía ignorar. Un mal presentimiento era su subconsciente diciéndole que se le había escapado algo, un detalle vital que podía cambiar el curso de una investigación.

Que podía cambiar vidas.

Sonó su teléfono. Cuando miró el nombre de la persona que llamaba, tuvo otro mal presentimiento.

—Frankie —contestó con un suspiro.

—Te he llamado dos veces y no lo has cogido.

—He estado ocupada. *Persiguiendo sospechosos. Viendo morir a un hombre.*

—Sí, bueno, ahora es demasiado tarde. Esto se está poniendo feo.

—¿Qué pasa?

—Estamos en casa de mamá y Korsak acaba de llegar.

—*¿Estamos?* ¿Quieres decir que papá también está allí?

—Sí. Se están gritando de todo.

—Jesús, Frankie. Tienes que mantener a papá y a Korsak separados. Y sacar a uno de ellos de ahí.

—Te juro que se van a matar, Jane.

—De acuerdo. Enseguida voy. —Colgó.

—Recuerda. No hay nada más peligroso que una llamada doméstica —dijo Frost, sin ofrecer un ápice de ayuda.

—Solo espero no tener que llamar a un abogado.

—¿Para tu padre?

—Para mí. Después de que lo mate.

# VEINTE

Cuando Jane salió del coche, ya oía los gritos. Se apresuró a pasar por delante de tres vehículos conocidos aparcados en ángulos extraños frente a la casa de su madre y golpeó la puerta principal. Volvió a golpear cuando nadie contestó, probablemente porque se habían quedado sordos por el jaleo.

—Por fin llega la policía —dijo una voz malhumorada detrás de ella.

Jane se volvió para ver a la vecina de Angela, la señora Kaminsky, que la miraba desde la acera. Hacía veinte años que la mujer tenía aspecto de anciana, y con el paso de las décadas no había cambiado nada, como si se hubiera quedado congelada en el tiempo, con el ceño fruncido para siempre.

—Este barrio se ha ido al garete —sentenció la señora Kaminsky—. Todo este asunto de andar por ahí con hombres extraños.

—¿Perdón? —dijo Jane.

—Tu madre solía ser respetable. Una buena mujer casada.

—Mi padre la dejó.

—¿Y eso es excusa para desbocarse?

—¿Desbocarse? ¿Mi madre?

La puerta principal se abrió.

—¡Gracias a Dios que estás aquí! —dijo Korsak—. ¡Son dos contra uno! —Tomó a Jane de la mano—. Ven a ayudarme.

—*¿Lo ves?* —dijo la señora Kaminsky, señalando a Korsak—. ¡Me refiero a *él*!

Jane siguió a Korsak al interior de la casa, aliviada de poder cerrar la puerta principal y dejar fuera la mirada desaprobadora de la vecina.

—¿Cómo que dos contra uno?

—Estoy solo aquí. Tu padre y Frankie siguen machacando, intentando que tu madre me deje.

—¿Qué dice mamá?

—¿Quién sabe lo que hará? En cualquier momento, va a estallar.

«Echar a todos de su casa sería un buen primer paso», pensó Jane mientras seguía el sonido de las voces hacia la cocina. Por supuesto, la batalla tenía que librarse en la cocina, donde siempre había un cuchillo afilado a mano.

—¡Es como si un extraterrestre se hubiera apoderado de ti y ahora no pudieras pensar por ti misma! —dijo el padre de Jane.

—Mamá, ya no te reconocemos —acotó Frankie.

—Solo quiero a mi antigua Angela de vuelta. Mi esposa y yo juntos, como solía ser.

Angela estaba sentada a la mesa, agarrándose la cabeza como para acallar las voces que la asaltaban.

—Papá, Frankie —dijo Jane—. Dejadla en paz.

Angela miró a su hija con ojos desesperados.

—¿Qué hago, Janie? ¡Me están confundiendo!

—No hay confusión aquí —dijo Frank—. Estamos casados y punto.

—La semana pasada estabas a punto de divorciarte —dijo Korsak.

—Eso fue un malentendido.

—Y se llamaba Sandie —murmuró Angela.

—¡No significaba nada para mí!

—No es lo que he oído —dijo Korsak.

—Esto no tiene nada que ver contigo —dijo el hermano de Jane—. ¿Por qué sigues aquí, imbécil?

—Porque amo a esta mujer, ¿de acuerdo? Después de que tu padre se marchase, yo fui el que estuvo a su lado. Fui yo quien la hizo reír de nuevo. —Korsak apoyó una mano sobre el hombro de Angela con gesto posesivo—. Ahora tu padre tiene que seguir con su vida.

—No toques a mi mujer. —Frank apartó de un manotazo la mano de Korsak.

Korsak se enfureció.

—¿Acabas de pegarme?

—¿Qué, te refieres a ese golpecito? —Frank dio un fuerte empujón al brazo de Korsak—. ¿O te referías a *esto*?

—Papá, no —dijo Jane.

La cara de Korsak enrojeció peligrosamente. Con ambas manos empujó a Frank Rizzoli contra la encimera de la cocina.

—Has agredido a un policía.

El hermano de Jane se metió entre los dos hombres mayores.

—Basta. ¡Basta!

—¡Ya no eres policía! —gritó Frank—. ¡Y no me extraña! ¡Gordo culón con problemas cardíacos!

—*Papá* —suplicó Jane, mientras empujaba los cuchillos de cocina fuera de su alcance—. ¡Basta ya! ¡*Los dos*!

Korsak dio un tirón al cuello de su camisa.

—Pasaré por alto lo que acaba de pasar aquí, por el bien de Angela. Pero no creas que lo olvidaré nunca.

—Fuera de mi casa, gilipollas —dijo Frank padre.

—¿Tu casa? Abandonaste a tu mujer —señaló Korsak—. Eso hace que esta sea *su casa*.

—Sí y yo he estado pagando la hipoteca durante los últimos veinte años. ¿Ahora crees que puedes adueñarte tranquilamente de mi propiedad?

—¿Propiedad? —Angela se enderezó de repente, como si aquella palabra le hubiera clavado una lanza en la columna vertebral—. ¿Propiedad? ¿Es eso lo que soy para ti, Frank?

—Mamá —dijo Frankie—. Papá no ha querido decir eso.

—Desde luego que sí.

—No, no he querido decir eso —explicó Frank—. Solo digo…

Angela le lanzó una mirada de mil voltios.

—No soy propiedad de nadie. Soy una mujer independiente.

—Díselo, nena —la alentó Korsak.

Frank y Frankie respondieron al unísono:

—Cállate.

—Os quiero fuera de aquí —dijo Angela, levantándose de su asiento en la mesa, como una valquiria lista para la batalla—. ¡Fuera! —ordenó.

Frank y Korsak se miraron, vacilantes.

—Bueno, ya la has oído —dijo Korsak.

—Me refiero a los dos. A *todos* vosotros —dijo Angela.

Korsak sacudió la cabeza, desconcertado.

—Pero Angie…

—Me estáis dando dolor de cabeza con todos estos empujones y gritos. Es mi cocina, mi casa, y os quiero fuera. ¡*Ahora*!

—Mamá, parece una buena idea —dijo Frankie—. Una gran idea. —Palmeó la espalda de su padre—. Vamos, papá. Dale tiempo y volverá en sí.

—*Eso —dijo* Angela— no ayuda a tu padre. —Miró a los intrusos en su cocina—. Bueno, ¿a qué estáis esperando?

—*Él* se va primero —dijo Frank, señalando a Korsak.

—¿Por qué debería ser yo?

—Nos vamos *todos*, mamá —dijo Jane. Cogió a Korsak del brazo y tiró de él hacia la puerta principal—. Frankie, saca a papá de aquí.

—Tú no, Jane —dijo Angela—. Tú te quedas.

—Pero acabas de decir…

—Que los *hombres* se vayan. Ellos son los que me están dando dolor de cabeza. Quiero que te quedes para que podamos hablar.

—Encárgate de esto, Janie —dijo Frankie, y a ella no se le escapó la nota amenazadora en su voz—. Recuerda, somos una *familia*. Eso no cambia.

«Sí, no cambia por desgracia», pensó Jane mientras los hombres salían de la cocina arrastrando una nube de hostilidad tan densa que casi podía olerla. No se atrevió a decir ni una palabra, ni a mover un músculo, hasta que oyó que se cerraba la puerta principal y luego tres motores aceleraban al mismo tiempo. Suspirando aliviada, volvió a colocar el bloque de cuchillos de cocina en su lugar habitual en la encimera y miró a su madre. Aquello resultaba extraño. Frankie era el niño del que Angela siempre parecía estar más orgullosa, su hijo del Cuerpo de Marines que no podía hacer nada malo, incluso mientras atormentaba a sus hermanos.

Pero hoy Angela no había querido que se quedara Frankie, sino Jane, y ahora que estaban solas Jane se tomó el tiempo de estudiar a su madre. El rostro de Angela seguía enrojecido por su arrebato, y con ese color en las mejillas, el fuego en los ojos, no parecía propiedad de ningún hombre. Parecía una mujer que debería estar empuñando una lanza y un hacha de guerra y echando humo por las fosas nasales. Pero, cuando oyeron alejarse a los tres coches, aquella guerrera pareció marchitarse, dejando solo a una mujer de mediana edad que se desplomó en su

silla y hundió la cabeza entre las manos.

—¿Mamá? —dijo Jane.

—Todo lo que quería era otra oportunidad en el amor. Otra oportunidad de volver a sentirme viva.

—¿Cómo que viva? ¿No te sentías así?

—Me sentía invisible, así me sentía. Cada noche, ponía la cena delante de tu padre y lo veía comérsela sin un solo cumplido. Pensaba que así debía ser cuando has estado casada durante treinta y cinco años. ¿Cómo iba a saber que las cosas podían ser diferentes? Pensé que eso era todo. Mis hijos son adultos, tengo una casa con un bonito jardín trasero. ¿Quién soy yo para quejarme?

—Nunca supe que fueras infeliz, mamá.

—No es que fuera infeliz. Solo estaba… —Angela se encogió de hombros—. Aquí. Respirando. Tú aún llevas poco tiempo casada. Gabriel y tú probablemente no sabéis de lo que estoy hablando, y espero que nunca lo sepáis. Es una sensación terrible, pensar que los mejores años de tu vida han terminado. Él me hacía sentir así.

—Pero estabas muy disgustada cuando se fue.

—¡Por supuesto que estaba disgustada ¡Me dejó por otra mujer!

—Así que… no lo querías, pero tampoco querías que se fuera con otra.

—¿Por qué es tan difícil de entender?

Jane se encogió de hombros.

—Supongo que lo entiendo.

—Y *ella es la que terminó* arrepintiéndose. La Barbie hueca. —Angela rio, una carcajada fuerte y cínica.

—Creo que ambos se han arrepentido. Por eso papá quiere volver a casa. Supongo que es un poco tarde para eso, ¿no?

A Angela le tembló el labio; bajó la mirada hacia sus manos, que estaban apoyadas sobre la mesa. Décadas de cocinar, de quemaduras de grasa caliente y cortes de cuchillos de cocina habían dejado cicatrices de batalla en aquellas manos.

—No lo sé —murmuró.

—Acabas de decirme lo infeliz que eras.

—Lo era. Entonces llegó Vince, y me sentí como una mujer nueva. Una mujer joven. Hacíamos locuras juntos, cosas que nunca soñé que haría, como disparar un arma. Y nadar desnudos.

—Para, mamá. Demasiada información.

—Me lleva a bailar, Janie. ¿Recuerdas la última vez que tu padre me llevó a bailar?

—No.

—Yo tampoco. Esa es la cuestión.

—De acuerdo. —Jane suspiró—. Entonces, nos ocuparemos de esto. Es tu decisión y, sea cual sea, te apoyaré. Incluso si eso significa llevar un vestido de payaso rosa a la boda.

—Ese es el problema, Janie. *No puedo* decidirme.

—Acabas de decirme lo feliz que te hace Vince.

—Pero Frankie ha dicho la palabra mágica: *familia*. —Angela levantó la vista con ojos atormentados—. Eso significa algo. Todos esos años juntos. Haberos tenido a ti y a tus hermanos. Tu padre y yo tenemos una *historia*, y eso es algo de lo que no puedo alejarme sin más.

—¿Así que *esa historia* es más importante que lo que te hace feliz?

—Es tu padre, Jane. ¿Tan poco significa eso para ti?

Jane sacudió la cabeza, confundida.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. Tiene que ver contigo y con lo que quieres.

—¿Y si lo que quiero me hace sentir culpable? ¿Y si me caso con Vince y me paso el resto de mi vida lamentando no haberle dado una segunda oportunidad a nuestra familia? Frankie, por ejemplo, nunca me perdonará. Y luego están el padre Flanagan y toda la gente de la iglesia. Y los vecinos…

—Olvídate de los vecinos. —«Son una causa perdida».

—Así que ya ves, hay mucho que considerar aquí. Era mucho más fácil cuando yo era la mujer agraviada y todo el mundo decía: «¡Tú puedes con esto!». Ahora se ha dado la vuelta a la situación y yo soy la que rompe la familia. ¿Sabes lo difícil que es para mí? ¿Ser la mujer escarlata?

«Mejor escarlata —pensó Jane— que deprimida y gris». Cruzó la mesa para tocar el brazo de su madre.

—Te mereces ser feliz, es todo lo que puedo decir. No dejes que el padre Flanagan o la señora Kaminsky o Frankie te convenzan de hacer algo que no quieres hacer.

—Ojalá pudiera ser como tú, tan segura de ti misma. Te miro y pienso, ¿cómo crie a una hija tan fuerte? ¿Alguien que prepara el desayuno, alimenta a su bebé y luego atrapa delincuentes?

—Soy fuerte porque tú me hiciste así, mamá.

Angela rio y se pasó una mano por los ojos.

—Sí, claro. Mírame, un desastre balbuceante. Dividida entre mi amante y mi familia.

—Este miembro de la familia quiere que dejes de preocuparte por nosotros.

—Imposible. Cuando dicen que tu familia es sangre de tu sangre, eso es exactamente lo que significa. Si pierdo a Frankie por esto, será como cortarme mi propio brazo. Cuando pierdes a tu familia, lo pierdes todo.

* * *

Las palabras resonaban en la cabeza de Jane mientras conducía de vuelta a su casa aquella tarde. Su madre tenía razón: si pierdes a tu familia, lo pierdes todo. Ella había visto lo que les ocurría a las personas que perdían a sus maridos, esposas o hijos a causa de un asesinato. Había visto cómo el dolor marchitaba vidas, cómo los rostros envejecían de la noche a la mañana. Por mucho que intentara ofrecerles consuelo, prometerles que la justicia les daría un cierre, en realidad no conocía —ni quería conocer— la profundidad de su sufrimiento. Solo otra víctima lo entendería de verdad.

Razón por la cual existía un colegio como Evensong. Era un lugar para que los heridos sanaran entre aquellos que los entendían.

Había hablado con Maura esa mañana, pero no la había puesto al corriente de la suerte de Zapata. Con el principal sospechoso muerto y Teddy presumiblemente fuera de peligro, tenían que decidir si había llegado el momento de traerlo de vuelta a Boston. Entró en el aparcamiento de su edificio y estaba a punto de llamar al móvil de Maura cuando recordó que no había cobertura en Evensong. Buscó en el registro de llamadas el número de teléfono fijo desde el que Maura había llamado la última vez y lo marcó.

Seis timbres después, respondió una voz trémula:

—Evensong.

—Doctora Welliver, ¿es usted? Soy la detective Rizzoli. —Esperó una respuesta—. Hola, ¿me escucha?

—Sí. Sí. —Una risa sorprendida—. ¡Oh, Dios mío, son tan bonitos!

—¿El qué?

—Nunca he visto pájaros como esos. Y el cielo, esos colores tan extraños…

—Hum… ¿Doctora Welliver? ¿Puedo hablar con la doctora Isles?

—No sé dónde está.

—¿Podría pedirle que me llame? La verá en la cena, ¿verdad?

—No voy a ir a cenar. Todo sabe raro hoy. ¡Oh! ¡Oh! —Welliver dio un chillido de placer—. ¡Si pudieras ver estos pájaros! Están tan cerca, ¡podría tocarlos!

Jane la oyó dejar el auricular. Oyó pasos que se alejaban.

—¿Doctora Welliver? ¿Hola?

No hubo respuesta.

Jane frunció el ceño mientras se desconectaba, preguntándose qué especie de ave podría haber encantado tanto a la mujer. De pronto tuvo una visión de pterodáctilos lanzándose en picado sobre los bosques de Maine.

En el mundo de Evensong, todo parecía posible.

# VEINTIUNO

«Asesina de gallos».

Aunque nadie se lo decía a la cara, Claire sabía lo que susurraban mientras inclinaban la cabeza y le lanzaban miradas desde las otras mesas. «Fue *ella*». Todos sabían que Claire había intentado patear a Herman hacía unos días, fuera de los establos. Lo que la convertía en la principal sospechosa. En el tribunal de los chismes, ya había sido juzgada y condenada.

Pinchó una col de Bruselas y le supo tan amarga como su resentimiento, pero se la comió de todos modos, masticando mecánicamente mientras intentaba ignorar los susurros y las miradas. Como siempre, Briana era la cabecilla, respaldada por sus princesas. El único que miraba a Claire con evidente simpatía era Oso, que se levantó de su lugar habitual a los pies de Julian y trotó hacia ella. Ella le pasó un bocado de carne por debajo de la mesa y se le escaparon las lágrimas cuando él le dio un lametón de agradecimiento en la mano. Los perros eran mucho más amables que los humanos. Te aceptaban tal y como eras. Se agachó y hundió la mano en el espeso pelaje de Oso. Al menos siempre sería su amigo.

—¿Puedo sentarme en tu mesa?

Levantó la vista y vio a Teddy con la bandeja de la cena en la mano.

—Adelante. Pero ya sabes lo que pasará si lo haces.

—¿El qué?

—Nunca serás uno de los chicos populares.

—De todas formas, nunca lo he sido. —Él se sentó, y ella miró su plato de patatas cocidas, coles de Bruselas y habas.

—¿Qué eres, vegetariano?

—Soy alérgico.

—¿A qué?

—Al pescado. A las gambas. A los huevos. —Utilizó los dedos para contar su lista de alergias —. Trigo. Cacahuetes. Tomates. Y quizá, pero no estoy seguro, a las fresas.

—Cielos, ¿cómo no te mueres de hambre?

—Soy tan carnívoro como tú.

Claire miró su cara pálida, sus brazos de cerilla y pensó: «Eres el chico con el aspecto menos carnívoro que he conocido».

—Me gusta la carne. Ayer me comí el pollo. —Teddy hizo una pausa y sus mejillas se tiñeron de rosa—. Lo siento —murmuró.

—Yo no maté a Herman. No importa lo que digan de mí.

—No todos lo dicen.

Golpeó la mesa con el tenedor.

—No soy estúpida, Teddy.

—Will te cree. Y Julian dice que un buen investigador siempre evita los juicios precipitados.

Claire miró hacia la otra mesa y captó la mueca de desprecio de Briana.

—Apuesto a *que ella* no me defiende.

—¿Es por Julian?

Miró a Teddy.

—¿Qué?

—¿Por eso Briana y tú os odiáis? ¿Porque a las dos os gusta Julian?

—No sé de qué estás hablando.

—Briana dice que estás enamorada de él. —Teddy miró a Oso, que movía la cola, esperando otro bocado de comida—. Y que por eso siempre estás consintiendo a su perro, para gustarle a Julian.

¿Era eso lo que todos pensaban? Dio un empujón repentino a Oso y le espetó:

—Deja de molestarme, perro estúpido.

Todo el comedor lo oyó y se volvió para mirarla mientras se levantaba.

—¿Por qué te vas? —dijo Teddy.

No contestó. Simplemente salió del comedor y luego, del edificio.

Afuera aún no había oscurecido, el crepúsculo veraniego persistía. Las golondrinas se arremolinaban en el cielo. Caminó por el sendero de piedra que rodeaba el edificio, escudriñando sin entusiasmo las sombras en busca de los destellos reveladores de las luciérnagas. Los grillos cantaban tan alto que al principio no oyó el estruendo que había sobre su cabeza. Entonces algo se desplomó y cayó a sus pies. Un trozo de pizarra.

*«¡Eso podría haberme golpeado!»*.

Levantó la vista y vio una figura en el borde del tejado. Recortada contra el cielo nocturno, con los brazos abiertos como alas, parecía dispuesta a emprender el vuelo.

«No —quiso gritar Claire, pero no le salió nada de la garganta—. ¡*No!*».

La figura saltó. En un cielo cada vez más oscuro, las golondrinas siguieron volando en círculos, pero el cuerpo cayó en picado, como un pájaro condenado sin alas.

Cuando Claire volvió a abrir los ojos, vio que el charco negro se extendía por el camino, ensanchándose como una corona alrededor del cráneo destrozado de la doctora Anna Welliver.

* * *

El jefe de medicina forense del estado de Maine era el doctor Daljeet Singh, a quien Maura había conocido años atrás en un congreso de patología forense. Desde entonces, era tradición que se reunieran para cenar en cada congreso, donde discutían casos curiosos y compartían fotos de vacaciones y familiares. Pero no fue Daljeet quien salió del todoterreno blanco con el rótulo de «Medicina forense», sino una mujer joven, vestida con botas, pantalones cargo y una chaqueta polar, como si viniera directamente de una ruta de senderismo. Pasó por delante de los vehículos de la Policía Estatal de Maine con el paso seguro de alguien que conoce bien la escena de una muerte y se dirigió hacia Maura.

—Soy la doctora Emma Owen. Y usted es la doctora Isles, ¿verdad?

—Buena suposición —dijo Maura, mientras se daban la mano, aunque le resultaba extraño

hacerlo con otra mujer. Sobre todo, con una que apenas parecía tener edad suficiente como para haber terminado la universidad y mucho menos, una beca de patología.

—En realidad, no es una suposición. Vi su foto en el artículo que escribió el año pasado en el *Journal of Forensic Pathology*. Daljeet habla de usted todo el tiempo, así que siento que ya la conozco.

—¿Cómo está Daljeet?

—Está en Alaska esta semana, de vacaciones. Si no, él mismo estaría aquí.

—Y se suponía que estas eran *mis* vacaciones —dijo Maura con una risa sardónica.

—Es espantoso. Viene a Maine y la siguen los cadáveres. —La doctora Owen sacó unos cubrezapatos del bolsillo y, con la gracia de una bailarina, se los colocó fácilmente mientras hacía equilibrios sobre una pierna y luego sobre la otra. Como tantas jóvenes médicas que estaban transformando el rostro de la profesión, la doctora Owen parecía inteligente, atlética y segura de sí misma—. El detective Holland ya me ha informado por teléfono. ¿Lo vio venir? ¿Notó usted algún signo de pensamientos suicidas, depresión?

—No. Estoy tan conmocionada como todos aquí. La doctora Welliver me pareció perfectamente bien. Lo único diferente fue que hoy no bajó a cenar.

—¿Y la última vez que la vio?

—A la hora del almuerzo. Creo que tenía su última cita con alumnos a la una. Nadie la vio después de eso. Hasta que saltó.

—¿Tiene alguna teoría? ¿Alguna idea de por qué haría algo así?

—Ninguna. Estamos todos desconcertados.

—Bueno —dijo la mujer—, si una experta como la doctora Isles no tiene ninguna teoría, entonces *sí que estamos ante* un misterio. —Se puso un par de guantes de látex—. El detective Holland me dijo que había un testigo.

—Una de las estudiantes vio cómo sucedió.

—Ay, Dios. Eso le provocará pesadillas a la niña.

«Como si Claire Ward no las tuviera ya», pensó Maura.

La doctora Owen miró el edificio, las ventanas iluminadas por el cielo nocturno.

—Vaya. Nunca había estado aquí. Ni siquiera sabía que existía este colegio. Parece un castillo.

—Fue construido en el siglo xix como la finca de un barón del ferrocarril. A juzgar por la arquitectura gótica, creo que se consideraba de la realeza.

—¿Sabe desde dónde saltó?

—Desde el pasadizo de la azotea. Sale de la torre, donde está su despacho.

La doctora Owen se quedó mirando la torre, donde aún brillaban las luces del despacho de Welliver.

—Parecen ser unos veinte metros, quizá incluso más. ¿Qué opina, doctora Isles?

—Estoy de acuerdo.

Mientras seguían el camino que rodeaba el edificio, Maura se preguntó en qué momento había asumido el papel de autoridad superior, un estatus que se hacía evidente cada vez que la joven se dirigía a ella como «*doctora Isles*». Más adelante se veían los haces de las linternas de los dos

detectives de la Policía Estatal de Maine. El cuerpo que yacía a sus pies estaba cubierto con una sábana de plástico.

—Buenas noches, caballeros —dijo la doctora Owen.

—¿No son siempre los psiquiatras los que hacen este tipo de cosas? —preguntó uno de los detectives.

—¿Era psiquiatra?

—La doctora Welliver era la psicóloga del colegio —dijo Maura.

El detective gruñó.

—Lo que yo he dicho. Supongo que hay una razón por la que eligen esa profesión.

Cuando la doctora Owen levantó la sábana, ambos policías apuntaron con sus linternas para iluminar el cuerpo. Anna Welliver yacía de espaldas, con la cara expuesta al resplandor y el pelo revuelto como un hirsuto nido gris. Maura miró hacia las ventanas del segundo piso y vio las siluetas de los estudiantes que contemplaban un espectáculo que los niños nunca deberían ver.

—¿Doctora Isles? —La doctora Owen le ofreció un par de guantes—. Si quiere acompañarme.

Era una invitación que Maura no acogió con especial agrado, pero se puso los guantes y se agachó junto a su colega más joven. Juntas palparon el cráneo, examinaron las extremidades y contaron las fracturas evidentes.

—Todo lo que queremos saber es: ¿accidente o suicidio? —preguntó uno de los detectives.

—Ya habéis descartado el homicidio, ¿verdad? —dijo la doctora Owen.

Él asintió.

—Hemos hablado con la testigo. Una chica llamada Claire Ward, de trece años. Estaba fuera, de pie justo aquí cuando ocurrió, y no vio a nadie más en el tejado que a la víctima. Dijo que la mujer extendió los brazos y se lanzó. —Señaló hacia la torre iluminada—. La puerta de su despacho está abierta de par en par y no hemos visto señales de lucha. Salió al tejado, trepó por la barandilla y saltó.

—¿Por qué?

El detective se encogió de hombros.

—Eso se lo dejaré a los psicólogos. Los que *no han* saltado.

La doctora Owen se puso rápidamente de pie, pero Maura sintió el peso de los años al levantarse más despacio, con la rodilla derecha agarrotada por demasiados veranos de jardinería, por cuatro décadas de inevitable desgaste de tendones y cartílagos. Era otro chirriante recordatorio de que siempre había una nueva generación esperando entre bastidores.

—Entonces, según lo que ha dicho la testigo —dijo la doctora Owen—, esto no parece una muerte accidental.

—A menos que *accidentalmente* trepara por la barandilla y *accidentalmente* se arrojara desde el tejado.

—Bien. —La doctora Owen se quitó los guantes—. Concuerdo. La forma de la muerte es suicidio.

—Excepto que nunca lo vimos venir —dijo Maura—. No hubo ninguna advertencia.

En la oscuridad, no podía ver las expresiones de los dos policías, pero podía imaginárselos

poniendo los ojos en blanco.

—¿Quiere una nota de suicidio? —preguntó un detective.

—Quiero una razón. Conocía a la mujer.

—Las esposas creen que *conocen a sus* maridos. Y los padres, que *conocen a* sus hijos.

—Sí, oigo lo mismo todo el tiempo cuando hay un suicidio. «No vimos ninguna señal». Soy plenamente consciente de que las familias a veces no tienen ni idea. Pero esto… —Maura hizo una pausa, consciente de que tres pares de ojos la observaban: la distinguida forense de Boston, tratando de defender algo tan ilógico como una corazonada—. Tienen que entender que el trabajo de la doctora Welliver consistía en aconsejar a niños dañados. Ayudarlos a sanar después de un trauma emocional severo. Era el trabajo de su vida, ¿por qué traumatizarlos aún más haciéndoles ver esto? ¿Una muerte tan espectacular?

—¿Tiene una respuesta?

—No, no la tengo. Tampoco sus colegas. Nadie del cuerpo docente ni del personal lo entiende.

—¿Familiares cercanos? —preguntó la doctora Owen—. ¿Alguien que pueda proporcionar información?

—Era viuda. Por lo que sabe el director Baum, no le queda familia.

—Entonces, me temo que es una de esas incógnitas —dijo la doctora Owen—. Pero haré una autopsia, aunque la causa de la muerte parece clara.

Maura miró el cadáver y pensó: «Determinar la causa de la muerte será la parte fácil». Cortar la piel, examinar los órganos rotos y los huesos destrozados y encontrar respuestas. Lo que la preocupaba eran las preguntas que no podía responder. Los motivos, los tormentos secretos que impulsaban a los seres humanos a matar a extraños o a quitarse la vida.

Después de que el último vehículo oficial por fin se hubo marchado, Maura subió a la sala de profesores, donde se había reunido la mayor parte del personal. En el hogar ardía un fuego, pero nadie había encendido ninguna de las lámparas, como si ninguno de ellos pudiera soportar una luz brillante en aquella trágica noche. Maura se hundió en un sillón de terciopelo y observó cómo la luz del fuego iluminaba los rostros. Oyó un suave tintineo cuando Gottfried sirvió una copa de *brandy*. Sin decir palabra, la dejó sobre la mesa junto a Maura, suponiendo que a ella también le vendría bien un trago fuerte. Ella asintió y bebió un sorbo con gratitud.

—Alguien aquí debe tener una pista de por qué lo hizo —dijo Lily—. Tuvo que haber alguna señal, algo que no nos diéramos cuenta de que era significativo.

Gottfried dijo:

—No podemos revisar sus correos electrónicos porque no tengo su contraseña. Pero la policía registró sus efectos personales en busca de una nota de suicidio. No hay nada. Hablé con la cocinera y el jardinero, y no vieron nada importante, ni una sola señal de que Anna tuviera tendencias suicidas.

—La vi en el jardín esta mañana, cortando rosas para su escritorio —dijo Lily—. ¿Parece algo que haría una suicida?

—¿Cómo podríamos saberlo? —murmuró el doctor Pasquantonio—. Ella era la psicóloga.

Gottfried miró a sus colegas.

—Todos habéis hablado con los estudiantes. ¿Alguno tiene una respuesta?

—Nadie —dijo Karla Duplessis, la profesora de literatura—. Hoy tenía programadas cuatro sesiones con estudiantes. Arthur Toombs fue su última cita, a la una de la tarde, y dijo que parecía un poco distraída, pero nada más. Los niños están tan desconcertados como nosotros. Si creéis que esto es difícil para nosotros, imaginad lo difícil que es para ellos. Anna atendía *sus* necesidades emocionales y ahora descubren que ella era la frágil. Les hace preguntarse si pueden contar con nosotros. Si los adultos somos lo bastante fuertes para estar a su lado.

—Por eso no podemos parecer débiles; menos ahora. —Las hoscas palabras provenían de un sombrío rincón de la sala. Era Roman el guardabosques, el único que no se estaba deleitando con una reconfortante copa de *brandy*—. Tenemos que seguir con nuestros asuntos como siempre.

—Eso sería antinatural —dijo Karla—. Todos necesitamos tiempo para procesar esto.

—¿P*rocesar? Es solo* una palabra elegante para deprimirse y lamentarse. La señora se suicidó, no hay nada que hacer salvo seguir adelante. —Con un gruñido se levantó y salió de la habitación, dejando un rastro de olor a pino y a tabaco.

—Ahí tenéis la compasión personificada —dijo Karla en voz baja—. Con un ejemplo como el de Roman, no me extraña que tengamos alumnos que matan gallinas.

Gottfried dijo:

—Pero el señor Roman plantea una cuestión importante sobre la importancia de mantener la rutina. Los alumnos lo necesitan. Necesitan tiempo para el duelo, por supuesto, pero también necesitan saber que la vida continúa. —Miró a Lily—. ¿Seguimos adelante con la excursión a Quebec?

—No he cancelado nada —dijo ella—. Las habitaciones de hotel están reservadas y los niños llevan semanas hablando de ello.

—Entonces, deberías llevarlos, como prometiste.

—No irán todos, ¿verdad? —dijo Maura—. Dada la situación de Teddy, creo que es demasiado peligroso para él estar en público y expuesto.

—La detective Rizzoli lo dejó perfectamente claro —dijo Lily—. Se quedará aquí, donde sabemos que está a salvo. Will y Claire también se quedarán. Y, por supuesto, Julian. —Lily sonrió—. Me ha dicho que quiere pasar más tiempo a solas con usted. Lo cual es todo un cumplido, doctora Isles, viniendo de un adolescente.

—Sigue sin parecerme bien —dijo Karla—. Llevarlos de excursión cuando Anna acaba de morir. Deberíamos quedarnos aquí para honrarla. Para averiguar qué la llevó a esto.

—El dolor —dijo Lily en voz baja—. A veces, te alcanza. Incluso después de muchos años.

—Eso fue… ¿hace cuánto, veintidós años? —dijo Pasquantonio.

—¿Habla del asesinato del marido de Anna? —preguntó Maura.

Pasquantonio asintió y cogió la botella de *brandy* para rellenar su copa.

—Me lo contó todo. Cómo secuestraron a Frank en su coche. Cómo su empresa pagó el rescate, pero ejecutaron a Frank de todos modos y se deshicieron de su cuerpo días después. Nunca se efectuó ningún arresto.

—Eso debió enfurecerla —dijo Maura—. Y la rabia reprimida provoca depresión. Si ella cargó

con esa rabia todos estos años…

—Todos lo hacemos —dijo Pasquantonio—. Por eso estamos aquí. Por eso elegimos este trabajo. La rabia es el combustible que nos mantiene en marcha.

—El combustible también puede ser peligroso. Explota. —Maura miró alrededor de la sala, a las personas que habían quedado marcadas por la violencia—. ¿Estáis seguros *de que* podéis manejarlo? ¿De que vuestros alumnos también pueden? He visto lo que colgaba de ese sauce. Alguien aquí ya ha demostrado que es capaz de matar.

Hubo un incómodo momento de silencio mientras los profesores se miraban unos a otros.

Gottfried dijo:

—Es algo que nos preocupa. Algo de lo que Anna y yo hablábamos ayer. Que uno de nuestros estudiantes puede estar profundamente perturbado, tal vez incluso…

—Ser un psicópata —dijo Lily.

—¿Y no tenéis idea de cuál puede ser? —dijo Maura.

Gottfried negó con la cabeza.

—Eso era lo que más molestaba a Anna. Que no tenía ni idea de qué alumno podía ser.

* * *

*«Un psicópata profundamente perturbado».*

Maura subió las escaleras más tarde esa noche, intranquila por la conversación que habían tenido. Pensó en los niños dañados y en cómo la violencia puede retorcer las almas. Pensó en qué clase de niño mataría a un gallo para divertirse, lo abriría y lo exhibiría con las entrañas colgando de un árbol. Se preguntó en qué habitación del castillo dormiría ese niño.

En lugar de volver a su habitación, siguió subiendo las escaleras hasta la torre. Al despacho de Anna. Ya lo había visitado esa misma tarde, con los detectives de la policía estatal, así que, cuando entró en el despacho y encendió las luces, no esperaba sorpresas ni nuevas revelaciones. De hecho, la habitación estaba como la habían dejado. Los cristales de cuarzo colgaban de la ventana. Las ramitas de incienso estaban reducidas a cenizas grises. Sobre el escritorio había una pila de expedientes, el superior aún abierto con un informe policial de Saint Thomas. Era el expediente de Teddy Clock. Cerca estaba el jarrón de rosas que Anna había cortado aquella mañana. Maura trató de imaginar qué habría pasado por la cabeza de Anna mientras cortaba los tallos e inhalaba el perfume. «*¿Este es el último día que oleré flores*?». ¿O no hubo pensamientos de que el tiempo se acababa ni despedidas de la vida, solo una mañana cualquiera en el jardín?

¿Qué hizo que ese día resultara tan trágicamente diferente?

Recorrió la habitación en busca de cualquier rastro de Anna. Maura no creía en fantasmas, y los que se niegan a creer nunca se encontrarán con uno. Pero se detuvo en la habitación de todos modos, inhalando el aroma de las rosas y el incienso, respirando el mismo aire que Anna había respirado hacía poco. La puerta del tejado por la que Anna había salido ahora estaba cerrada para evitar el frío nocturno. La bandeja con la tetera, las tazas de porcelana y el azucarero cubierto estaban sobre la mesa auxiliar, donde habían estado la mañana en la que Jane y Maura se habían

sentado en aquel despacho. Las tazas estaban limpias y apiladas; la tetera, vacía. Anna se había tomado la molestia de enjuagar y secar la tetera y las tazas antes de acabar con su vida. Tal vez fuera un último acto de consideración hacia los que tendrían que limpiar después.

Entonces, ¿por qué había elegido una forma tan desagradable de morir? ¿Una salida que había salpicado de sangre el camino y manchado para siempre la memoria de alumnos y compañeros?

—No tiene sentido, ¿verdad?

Se volvió y vio a Julian en la puerta. Como de costumbre, el perro estaba a sus pies y, al igual que su amo, Oso parecía abatido. Agobiado por la pena.

—Pensé que te habías ido a la cama —dijo Maura.

—No puedo dormir. Fui a buscarte para hablar, pero no estabas en tu habitación.

Ella suspiró.

—Yo tampoco puedo dormir.

El chico vaciló en la puerta, como si entrar en el despacho de Anna fuera una falta de respeto a los muertos.

—Nunca olvidaba un cumpleaños —dijo—. Bajabas a desayunar y te encontrabas algún regalito gracioso esperándote. Una gorra de los Yankees para un chico al que le gustaba el béisbol. Un pequeño cisne de cristal para una niña con aparato. A mí me hizo un regalo aunque no fuera mi cumpleaños. Una brújula. Para que siempre supiera a dónde iba y recordara dónde había estado. —Su voz se debilitó hasta convertirse en un susurro—. Es lo que siempre le pasa a la gente que me importa.

—¿El qué?

—Me dejan. —«*Se mueren*» era lo que quería decir, y era cierto. El último miembro de su familia había muerto el invierno anterior, dejándolo solo en el mundo.

*«Excepto por mí. Todavía me tiene a mí»*.

Maura lo rodeó con los brazos y lo abrazó. Julian era lo más parecido a un hijo que tendría en su vida, pero en muchos sentidos seguían siendo desconocidos el uno para el otro. Estaba rígido en sus brazos, como una estatua de madera abrazada por una mujer que se sentía igual de incómoda con las muestras de afecto. Tristemente, en eso se parecían: hambrientos de conexión, pero recelosos de ella. Por fin, sintió que él perdía la tensión y le devolvía el abrazo, fundiéndose contra ella.

—No te dejaré, Rata —dijo—. Siempre puedes contar conmigo.

—La gente dice eso. Pero las cosas pasan.

—No me pasará nada.

—Sabes que no puedes prometer eso. —Se apartó y se volvió hacia el escritorio de la doctora Welliver—. Decía que podíamos contar con *ella*. Y mira lo que ha pasado. —Tocó las rosas del jarrón; un pétalo rosa cayó, revoloteando como una mariposa moribunda—. ¿Por qué lo hizo?

—A veces, no hay respuestas. Lucho con esa pregunta con demasiada frecuencia en mi trabajo. Familias que intentan entender por qué se suicidó un ser querido.

—¿Qué les dices?

—Que no se culpen. Que no se sientan responsables. Porque solo somos responsables de

nuestros actos, no de los de los demás.

Maura no entendió por qué su respuesta lo hizo bajar la cabeza de repente. Julian se pasó una mano por los ojos, un rápido y avergonzado manotazo que le dejó huellas de lágrimas en la cara.

—¿Rata? —dijo ella en voz baja.

—Me siento culpable.

—Nadie sabe por qué lo hizo.

—No por la doctora Welliver.

—Entonces, ¿a quién te refieres?

—A Carrie. —La miró—. Su cumpleaños es la próxima semana.

Su hermana muerta. El invierno pasado, la niña había perecido, junto con su madre, en un solitario valle de Wyoming. Rata no solía hablar de su familia, rara vez hablaba de nada de lo que había sucedido durante aquellas semanas desesperadas en las que él y Maura habían luchado por mantenerse con vida. Ella pensaba que él había dejado atrás la terrible experiencia, pero, por supuesto, no lo había hecho. «Se parece a mí más de lo que creía —pensó—. Ambos enterramos nuestras penas donde nadie pueda verlas».

—Debería haberla salvado —dijo el muchacho.

—¿Cómo? Tu madre no le permitía irse.

—Debería haberla *obligado a* irse. Yo era el hombre de la familia. Era mi trabajo mantenerla a salvo.

«Una responsabilidad que nunca debería recaer sobre los hombros de un simple muchacho de dieciséis años», pensó Maura. Podía ser alto como un hombre, con los hombros anchos de un hombre, pero en su cara ella vio las lágrimas de un niño. Rata se las secó con la manga y miró a su alrededor en busca de pañuelos.

Maura entró en el cuarto de baño contiguo y desenrolló papel higiénico. Al arrancarlo, le llamó la atención un destello, como trocitos brillantes de arena esparcidos por el asiento del retrete. Lo tocó y vio que unos gránulos blancos se adherían a sus dedos. Se dio cuenta de que en las baldosas del suelo había más gránulos relucientes.

Habían vaciado algo en el retrete.

Volvió al despacho y miró la bandeja de té de la mesa auxiliar. Recordó cómo Anna había preparado té de hierbas en aquella tetera de porcelana y servido tres tazas. Recordó que Anna había añadido tres generosas cucharaditas de azúcar a su propia taza, una extravagancia que había llamado la atención de Maura. Levantó la tapa del azucarero. Estaba vacío.

¿Por qué Anna echaría el azúcar en el retrete?

Sonó el teléfono que estaba en la mesa de Anna, sobresaltándolos. Maura y Julian se miraron, inquietos por el hecho de que alguien llamara a una mujer muerta.

Maura contestó.

—Colegio Evensong. Soy la doctora Isles.

—No me has devuelto la llamada —dijo Jane Rizzoli.

—¿Tenía que hacerlo?

—Le dejé un mensaje a la doctora Welliver hace horas. Pensé que sería mejor intentarlo de

nuevo antes de que se hiciera demasiado tarde.

—¿Hablaste con Anna? ¿Cuándo?

—Alrededor de las cinco, cinco y media.

—Jane, ha ocurrido algo horrible y…

—Teddy está bien, ¿verdad? —la interrumpió Jane.

—Sí. Sí, está bien.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Anna Welliver está muerta. Parece un suicidio. Saltó del tejado.

Hubo una larga pausa. De fondo, Maura oía el sonido de la televisión, el agua corriente y el ruido de los platos. Sonidos domésticos que la hicieron añorar de repente su propia casa, su propia cocina.

—Jesús —consiguió decir finalmente Jane.

Maura miró el azucarero. Se imaginó a Anna vaciándolo en el retrete y volviendo a entrar en esa habitación. Abriendo la puerta del tejado y saliendo al exterior, para dar un corto paseo hacia la eternidad.

—¿Por qué se suicidaría? —preguntó Jane.

Maura seguía mirando el azucarero vacío.

—No estoy convencida de que lo haya hecho —dijo.

# VEINTIDÓS

—¿Está segura de que quiere presenciar la autopsia, doctora Isles?

Estaban en la antesala de la morgue, rodeadas de armarios llenos de guantes, mascarillas y cubrezapatos. Maura se había puesto una camiseta y unos pantalones del vestuario y ya se estaba colocando un gorro de papel sobre el pelo.

—Le enviaré el informe final —dijo la doctora Owen—. Y pediré un análisis toxicológico completo, como usted sugirió. Si desea quedarse es más que bienvenida, pero me parece…

—Solo estoy aquí para observar, no para interferir —dijo Maura—. Está usted completamente a cargo.

Bajo su gorro de papel, la doctora Owen se sonrojó. Incluso bajo las duras luces fluorescentes, tenía un rostro joven con una piel envidiablemente suave que no necesitaba todas las cremas y polvos que habían empezado a formar parte del armario del cuarto de baño de Maura.

—No quería decir eso —dijo la doctora Owen—. Solo pensaba en el hecho de que usted la conocía. Debe ser difícil estar aquí.

A través del cristal, Maura observó cómo el ayudante de la doctora Owen, un joven fornido, montaba la bandeja de instrumental. Sobre la mesa yacía el cadáver de Anna Welliver, completamente vestido. «¿Cuántos cadáveres he abierto? —se preguntó—. ¿Cuántos cueros cabelludos he despegado de los cráneos?». Tantos que había perdido la cuenta. Pero todos eran desconocidos, con los que no compartía recuerdos. Sin embargo, había conocido a Anna. Conocía su voz y su sonrisa y había visto el brillo de vitalidad en sus ojos. Se trataba de una autopsia que cualquier patólogo evitaría y, sin embargo, allí estaba ella, con los cubrezapatos, las gafas protectoras y la mascarilla.

—Se lo debo a ella —dijo.

—Dudo que haya sorpresas. Sabemos cómo murió.

—Pero no lo que la llevó a ello.

—La autopsia no nos dará esa respuesta.

—Una hora antes de arrojarse desde el tejado estaba actuando de forma extraña por teléfono. Le dijo a la detective Rizzoli que la comida no sabía bien. Y veía pájaros, extraños pájaros, volando fuera de su ventana. Me pregunto si fueron alucinaciones.

—¿Por eso pidió el análisis toxicológico?

—No encontramos drogas entre sus posesiones, pero es posible que se nos haya pasado algo. O que las haya escondido.

Atravesaron la puerta de la sala de autopsias y la doctora Owen dijo:

—Randy, hoy tenemos una invitada distinguida. La doctora Isles es de la oficina del forense de Boston.

El joven asintió sin impresionarse y preguntó:

—¿Quién va a cortar?

—Este es el caso de la doctora Owen —dijo Maura—. Solo estoy aquí para observar.

Acostumbrada a estar al mando en su propia morgue, Maura tuvo que resistir el impulso de reclamar su lugar habitual en la mesa. En cambio, se apartó mientras la doctora Owen y Randy colocaban las bandejas de instrumental y ajustaban las luces. En realidad, no quería acercarse más, no quería mirar a Anna a la cara. Solo ayer había visto conciencia en esos ojos, y ahora la ausencia de ella era un duro recordatorio de que los cuerpos no son más que caparazones, que lo que sea que constituía un alma era fugaz y se extinguía con facilidad. «Emma Owen tenía razón —pensó—. Esta no es una autopsia que debiera presenciar».

Se volvió entonces hacia las radiografías preliminares que colgaban de la caja de luz. Mientras la doctora Owen y su ayudante desvestían al cadáver, Maura se concentró en las imágenes que no tenían ningún rostro familiar. Nada en esas radiografías la sorprendía. Anoche, solo con la palpación, había detectado fracturas deprimidas en el hueso parietal izquierdo, y ahora veía las pruebas en blanco y negro, una sutil tela de araña de grietas. Se volvió hacia la caja torácica, donde, incluso a través de las vagas sombras de la ropa, vio fracturas masivas de las costillas dos a ocho del lado izquierdo. La fuerza de la caída libre había fracturado también la pelvis, comprimiendo el agujero sacro y rompiendo el hueso púbico. Exactamente lo que uno esperaría ver en un cuerpo que había caído desde gran altura. Incluso antes de abrir el tórax, Maura podía predecir lo que encontrarían en la cavidad torácica porque había visto los resultados de la caída libre en otros cuerpos. Aunque una caída podía romper costillas y aplastar una pelvis, lo que acababa matando era la fuerza de la desaceleración brusca que tiraba del corazón y los pulmones, rompiendo los tejidos blandos y desgarrando los grandes vasos. Cuando abrieran el pecho de Anna, lo más probable era que lo encontraran lleno de sangre.

—¿Cómo demonios se hizo esto? —exclamó Randy.

La doctora Owen la llamó:

—Doctora Isles, venga a ver esto.

Maura se acercó a la mesa. Habían desabrochado la parte superior del vestido de Anna, pero aún no lo habían despegado de las caderas. El cadáver aún llevaba un práctico sujetador de copa D blanco, sin encajes ni adornos. Todos se quedaron mirando la piel expuesta.

—Son las cicatrices más raras con las que me he topado —dijo la doctora Owen.

Maura se quedó mirando, atónita ante lo que veía.

—Quitémosle el resto de la ropa —dijo.

Trabajando los tres juntos, retiraron rápidamente el sujetador y tiraron del vestido hacia abajo. Mientras le bajaban las bragas por encima de las caderas, Maura recordó las fracturas pélvicas que acababa de ver en las radiografías e hizo una mueca al pensar en esos fragmentos óseos chocando entre sí. Pensó en los gritos que había oído una vez en urgencias de un joven cuya pelvis había sido aplastada en un accidente de barcaza. Pero Anna estaba más allá del dolor y entregó sus ropas sin un gemido. Desnuda, ahora yacía expuesta, con el cuerpo magullado y deformado por la rotura de costillas, cráneo y pelvis.

Sin embargo, lo que miraban eran las marcas de su piel. Marcas que eran invisibles para la máquina de rayos X y que solo ahora se revelaban. Las cicatrices se extendían por la parte delantera del torso, una fea cuadrícula de nudos en los púdicos vestidos de abuela que Anna

llevaba incluso en los días cálidos, prendas elegidas no por su excéntrico sentido del estilo, sino para disimular. Se preguntó cuántos años hacía que Anna no se ponía un bañador o tomaba el sol en la playa. Aquellas cicatrices parecían antiguas, recuerdos permanentes de algún calvario indescriptible.

—¿Podrían ser injertos de piel de algún tipo? —preguntó Randy.

—No son injertos de piel —aseguró la doctora Owen.

—Entonces, ¿qué son?

—No lo sé. —La doctora Owen miró a Maura—. ¿Y usted?

Maura no contestó. Centró su atención en las extremidades inferiores. Cogió la luz y la dirigió hacia las espinillas, donde la piel era más oscura. Más gruesa. Miró a Randy.

—Necesitamos radiografías detalladas de las piernas. De las tibias en particular, y de ambos tobillos.

—Ya hice el estudio del esqueleto —dijo Randy—. Las placas están colgadas ahí. Puede ver todas las fracturas.

—No me preocupan las nuevas fracturas. Busco las antiguas.

—¿Cómo nos ayuda esto con la causa de la muerte? —dijo la doctora Owen.

—Se trata de comprender a la víctima. Su pasado, su estado de ánimo. Ella no puede hablarnos, pero su cuerpo sí.

Maura y la doctora Owen se retiraron a la antesala, donde observaron a través de la ventana cómo Randy, ahora vestido con un delantal de plomo, colocaba el cuerpo para una nueva serie de radiografías. «*¿Cuántas cicatrices escondías, Anna?*». Las marcas en la piel eran evidentes, pero ¿y las heridas emocionales que nunca cicatrizan, que no se cierran con fibrosis y colágeno? ¿Serían los viejos tormentos los que al final la empujaron a salir al tejado y entregar su cuerpo a la gravedad y a la tierra dura?

Randy colocó un nuevo juego de placas en la caja de luz y les hizo señas. Cuando Maura y la doctora Owen volvieron a entrar en el laboratorio, dijo:

—No veo ninguna otra fractura en estas radiografías.

—Serían viejas —dijo Maura.

—No hay formación de cicatrices ni deformidades. *Puedo* reconocerlas, ¿sabe?

La irritación en su voz era imposible de ignorar. Maura era la intrusa, la poderosa experta de la gran ciudad que había cuestionado su capacidad. Decidió no enfrentarse a él y centrarse en las radiografías. Lo que había dicho Randy era cierto: a primera vista, no había fracturas antiguas evidentes en los brazos ni en las piernas. Se acercó para estudiar primero la tibia derecha y luego la izquierda. La piel más oscura de las espinillas de Anna había levantado sus sospechas, y lo que vio en esas placas confirmó su diagnóstico.

—¿Ve esto, doctora Owen? —Maura señaló el contorno de la tibia—. Fíjese en las capas y el grosor.

La joven patóloga frunció el ceño.

—Es más grueso, estoy de acuerdo.

—Hay cambios endosteales aquí también. ¿Los ve? Son muy sugestivos. —Miró a Randy—.

¿Podemos ver las placas del tobillo ahora?

—¿Sugestivos de qué? —preguntó él, todavía poco convencido en cuanto a la experta de Boston.

—Periostitis. Cambios inflamatorios en la membrana que recubre el hueso. —Maura desenganchó las radiografías de la tibia—. Radiografías del tobillo, por favor.

Con los labios apretados, Randy insertó las nuevas radiografías bajo las pinzas y lo que Maura vio en ellas disipó todas sus dudas. La doctora Owen, de pie junto a ella, murmuró preocupada

—*Oh.*

—Son cambios óseos clásicos —dijo Maura—. Los he visto solo dos veces antes. Una vez en un inmigrante de Argelia. La segunda fue un cadáver que apareció en un carguero, un hombre de Sudamérica.

—¿Qué estáis mirando? —dijo Randy.

—Los cambios en el calcáneo derecho —dijo la doctora Owen, y señaló el hueso del talón derecho.

Maura dijo:

—También se ven en el calcáneo izquierdo. Esas deformidades son de múltiples fracturas antiguas que ya se han curado.

—¿Tuvo fracturas en *los dos* pies? —dijo Randy.

—Varias. —Maura miró las radiografías y se estremeció ante su significado—. *Falaka* —dijo en voz baja.

—He leído sobre ello —dijo la doctora Owen—. Pero nunca pensé que vería un caso en Maine.

Maura miró a Randy.

—También se conoce como bastinado. Se golpean los pies en la planta, lo que rompe huesos, tendones y ligamentos. Se conoce en muchos lugares del mundo. Oriente Medio, Asia. Sudamérica.

—¿Quiere decir que alguien le *hizo* esto?

Maura asintió.

—Y esos cambios que he señalado en las tibias también son por golpes repetidos. Le golpearon las espinillas con algo pesado. Puede que no sea suficiente para fracturar el hueso, pero deja cambios permanentes en el periostio por hemorragias repetidas. —Maura volvió a la mesa, donde yacía el cuerpo roto de Anna. Ahora comprendía el significado de aquella cuadrícula de cicatrices en los pechos y el abdomen. Lo que no entendía era *por qué le habían* hecho todo eso a Anna. Ni cuándo.

—Sigue sin explicar por qué se suicidó —dijo la doctora Owen.

—No —admitió Maura—. Pero te hace preguntarte si su muerte está de alguna manera conectada con su pasado, ¿no? Con lo que causó estas cicatrices.

—¿Ahora cuestiona si esto fue un suicidio?

—Después de ver esto, me cuestiono todo. Y ahora tenemos otro misterio. —Miró a la doctora Owen—. ¿Por qué torturaron a Anna Welliver?

*Una celda empequeñece a cualquier hombre, y así fue con Ícaro.*

*Visto a través de los barrotes, parecía más pequeño, insignificante. Despojado de su traje italiano y su reloj de pulsera Panerai, llevaba un mono naranja chillón y chanclas de goma. Su celda solitaria solo tenía un lavabo, un retrete y una cama de hormigón con un colchón delgado, sobre el que estaba sentado.*

*—Sabes que cada hombre tiene un precio —dijo él.*

*—¿Y cuál sería el tuyo? —pregunté.*

*—Ya lo he pagado. He perdido todo lo que alguna vez valoré. —Me miró con sus brillantes ojos azules, tan distintos de los suaves ojos marrones de Carlo, su hijo muerto—. Hablaba de* tu *precio.*

*—¿Yo? A mí no pueden comprarme.*

*—Entonces, ¿solo eres un tonto patriota? ¿Haces esto por amor a la patria?*

*—Sí.*

*Se rio.*

*—Ya he oído eso antes. Lo único que significa es que la oferta no era lo bastante alta.*

*—No hay ninguna oferta lo bastante alta como para hacerme vender a mi país.*

*Me dirigió una mirada de lástima, como si yo fuera tonto.*

*—De acuerdo, entonces. Vuelve a tu país. Pero debes saber que volverás a casa más pobre de lo necesario.*

*—A diferencia de otros —dije en tono de burla—, al menos yo puedo irme a mi casa.*

*Sonrió, y esa sonrisa hizo que mis manos se enfriaran de repente. Como si estuviera mirando a mi futuro a la cara.*

*—¿De verdad?*

# VEINTITRÉS

Jane tenía que admitir que Darren Crowe salía bien en la tele. Sentada en su escritorio de la Unidad de Homicidios, vio la entrevista en el televisor del departamento de policía, admirando el elegante traje de Crowe, el pelo moldeado con secador y esos dientes deslumbrantes. Se preguntó si se los habría blanqueado él mismo con un kit de blanqueamiento o si habría pagado a un profesional para que se lo hiciera.

—Reuben con doble de chucrut —dijo Frost, dejando una bolsa con un sándwich sobre su escritorio. Se dejó caer en la silla junto a la de Jane y desenvolvió su almuerzo habitual: pavo sobre pan blanco, sin lechuga.

—Fíjate en cómo lo mira esa reportera —dijo Jane, señalando a la corresponsal rubia que entrevistaba a Crowe—. Te juro que en cualquier momento se arrancará la americana y gritará: «*¡Hágame suya, agente!*».

—Nunca nadie me dice eso —suspiró Frost, y mordió con resignación su sándwich.

—Está sacándole provecho a la situación como un profesional. Ay, mira, aquí viene con su expresión de *pensamientos profundos*.

—Lo vi practicando esa mirada en el baño.

—¿La de pensamientos profundos? —Jane soltó un bufido mientras desenvolvía su sándwich —. Como si tuviera alguno. La forma en la que mira a esa chica lo deja más cerca de *garganta profunda.*

Se sentaron a comer sus bocadillos mientras veían a Crowe en la televisión describiendo la captura de Zapata.

—*Podría haberse rendido, pero prefirió huir… Nos contuvimos en todo momento… Claramente las acciones de un hombre culpable…*

Jane perdió de repente el apetito e hizo a un lado su sándwich.

—*Nos ocuparemos de los extranjeros ilegales como Zapata que traen la violencia a este país. Esa es mi promesa a los buenos ciudadanos de Boston.*

—Esto es una gilipollez —dijo—. Así de fácil, juzga y condena a Zapata.

Frost no dijo nada, tan solo siguió comiendo su sándwich de pavo como si nada más importara, y eso la irritó. Normalmente apreciaba la imperturbabilidad de su compañero. Nada de dramas ni crisis, solo un *boy scout* ecuánime que ahora le recordaba a una vaca masticando hierba con tranquilidad.

—Oye —dijo Jane—. ¿Esto no te preocupa?

Frost la miró, con la boca llena de pavo.

—Sé que te preocupa a ti.

—Pero ¿te parece bien? ¿Cerrar el caso cuando no tenemos el arma del crimen, nada en posesión de Zapata que lo vincule con los Ackerman?

—No he dicho que me parezca bien.

—Ahora el Policía de Hollywood está ahí en la tele, envolviéndolo todo como un regalo de

Navidad. Un regalo que apesta. Debería cabrearte.

—Supongo.

—¿*Hay algo* que te cabree?

Frost mordió otro bocado de pavo y masticó, reflexionando sobre la pregunta.

—Sí —dijo al final—. Alice.

—Se supone que es lo que hacen las exmujeres.

—Tú me has preguntado.

—Bueno, este caso también debería preocuparte, al menos, como nos está preocupando a Maura y a mí.

Al oír el nombre de Maura, Frost dejó por fin el bocadillo y la miró.

—¿Qué piensa la doctora Isles?

—Lo mismo que yo, que estos tres chicos están conectados de alguna manera. Su psicóloga acaba de saltar de un tejado y Maura se pregunta: «¿Qué tienen estos chicos que mata a todos los que están cerca de ellos?». Es como si estuvieran malditos. Dondequiera que van, alguien muere.

—Y ahora están todos juntos en un mismo lugar.

*Evensong.* Pensó en bosques oscuros donde los sauces colgaban con adornos salpicados de sangre. Pensó en un castillo donde los ocupantes eran todos perseguidos, personas que vivían a la sombra de la violencia. Tanto Teddy como Maura estaban allí, tras puertas cerradas, con niños que conocían demasiado bien el derramamiento de sangre.

—Rizzoli. —La voz la sobresaltó y se giró en la silla para ver al teniente Marquette detrás de ella. Cogió el mando y apagó el televisor—. ¿No hay nada que hacer por aquí? —dijo Marquette —. ¿Ahora veis telenovelas?

—El mayor culebrón de todos —dijo Jane—. El detective Crowe contando a la buena gente de Boston cómo acabó él solo con el malvado Zapata.

Marquette ladeó la cabeza.

—Te necesito en mi oficina.

Jane vio la expresión de preocupación de Frost cuando se levantó y siguió a Marquette a paso ligero hasta su despacho. Cerró la puerta. Esperó a que él se acomodara en su silla antes de sentarse. Intentó sostenerle la mirada mientras él la observaba desde el otro lado de su escritorio.

—Tú y Crowe nunca vais a estar de acuerdo en nada, ¿verdad? —preguntó.

—¿De qué se queja ahora?

—De la falta de un frente unificado en el caso Ackerman. De que sigas cuestionando si no se ha hecho un juicio apresurado.

—Culpable de ambos cargos —admitió Jane—. Creo que se ha hecho un juicio apresurado.

—Sí, he oído todas tus objeciones. Pero tienes que entender cómo se vería esto si la prensa se enterara de lo que estás diciendo. Sería una pesadilla para Relaciones Públicas. Este caso ya ha captado la atención de todo el mundo. Familia rica, niños muertos, todo lo que les gusta a los medios. También tiene un villano que la mitad de América adora odiar, un inmigrante ilegal. Zapata era el asesino soñado por todos. Lo mejor de todo es que está muerto y el caso está cerrado. Un final de cuento de hadas.

—Si las pesadillas fueran cuentos de hadas —dijo Jane.

—Después de todo, los llaman los Hermanos Grimm, y *grim* significa macabro.

—El público está satisfecho, ¿así que dice usted que yo también debería callarme y sentirme satisfecha?

Marquette se repantigó en su silla.

—A veces, Rizzoli, eres un grano en el culo.

—He oído eso mucho últimamente.

—Por eso eres una buena investigadora. Hurgas y pinchas. Cavas agujeros donde nadie más quiere hacerlo. Leí tu informe sobre los tres chicos. ¿Explosivos Semtex en New Hampshire? ¿Un avión bombardeado en Maryland? Esto empieza a parecer un cementerio gigante. —Hizo una pausa, tamborileando con los dedos sobre el escritorio mientras la miraba—. Así que adelante. Haz lo tuyo.

Jane no estaba segura de entender lo que decía.

—¿Lo mío?

—Cavar. Oficialmente, el caso Ackerman está cerrado. Extraoficialmente, yo también tengo dudas. Pero tú eres la única que lo sabe.

—¿Puedo contar con Frost? Me vendría bien.

—No puedo dedicar más recursos a esto. Ni siquiera estoy seguro de que deba dejar que tú le dediques tiempo.

—¿Y por qué lo hace?

Se inclinó hacia delante y clavó sus ojos en los de ella.

—Mira, me encantaría cerrar este caso ahora mismo y darlo por ganado. Quiero que nuestras estadísticas sean buenas, claro que sí. Pero, al igual que tú, hago caso a mi instinto. A veces nos vemos obligados a ignorarlo, y cuando resulta que teníamos razón todo el tiempo, nos damos de tortas. No quiero que algún día me echen en cara que cerré el caso demasiado rápido.

—Así que nos cubrimos las espaldas.

—¿Hay algo malo en ello? —dijo Marquette, tajante.

—Nada de nada.

—De acuerdo. —Volvió a echarse hacia atrás—. ¿Cuál es tu plan?

Jane tuvo que pensarlo un momento, considerar cuál de las preguntas sin respuesta exigía prioridad. Y decidió que su pregunta número uno era: ¿qué tenían en común los Ward, los Yablonski y los Clock, aparte de la forma en la que murieron? ¿Se conocían?

—Necesito ir a Maryland —dijo.

—¿Por qué a Maryland?

—El padre de Will Yablonski trabajó en la NASA, en el Centro Goddard. También el tío de Will, Brian Temple. Quiero hablar con sus colegas de la NASA. Tal vez ellos sepan por qué cayó ese avión. Y por qué Brian y su mujer se apresuraron a sacar a su sobrino de Maryland y lo trasladaron a New Hampshire.

—Donde luego explota su granja.

Jane asintió.

—Todo esto está empezando a parecer muy grande y muy feo. Por eso quiero a Frost conmigo, para que me ayude a resolverlo.

Tras un momento, Marquette asintió.

—Bien, tienes a Frost. Te daré tres días.

—Comprendido. Gracias. —Se levantó.

—¿Rizzoli?

—¿Sí, señor?

—Mantenlo en secreto. No se lo digas a nadie de la unidad, mucho menos a Crowe. Para el público, el caso Ackerman está cerrado.

* * *

—¿Sabes como dice el dicho «No hace falta ser científico espacial»? —dijo Frost, mientras conducían por el campus del Centro de Vuelo Espacial Goddard—. Pues ahora vamos a pasar tiempo con verdaderos científicos espaciales. Es increíble. Quiero decir, mira por la ventana y piensa en el coeficiente intelectual medio de estos tipos que ves paseando por aquí.

—¿En qué nos convierte eso, en cabezas de chorlito?

—Todas las matemáticas, química y física que tienen que saber. Yo no tendría la menor idea de cómo lanzar un cohete.

—¿Quieres decir que nunca has disparado uno de esos cohetes de juguete con vinagre y bicarbonato?

—Sí, claro. Como si así hubiéramos llegado a la luna.

Se detuvo en un aparcamiento frente al Edificio de Ciencias de la Exploración y ambos se colocaron las tarjetas de visitante de la NASA que habían recogido en la puerta de entrada.

—Tía, espero quedarme con esto —dijo Frost, acariciando su placa—. Sería un recuerdo muy chulo.

—¿Puedes bajar un poco el culto a los frikis? Pareces un *trekkie*, un fanático de *Star Trek*, y me resulta francamente embarazoso.

—*Soy* un *trekkie*. —Cuando salieron del coche, levantó la mano en el saludo característico—. Larga vida y…

—N*o* hagas eso mientras estemos dentro, ¿vale?

—¡Eh, mira eso! —Frost señaló la pegatina del parachoques de uno de los coches del aparcamiento. «¡TRANSPÓRTAME, SCOTTY!».

—¿Y?

—¡Estoy entre mi gente!

—Entonces, tal vez te dejen quedarte para siempre —refunfuñó Jane, mientras estiraba la espalda. Habían cogido un vuelo a Baltimore a primera hora de la mañana y, al entrar en el edificio, miró a su alrededor con la esperanza de encontrar una máquina de café. En lugar de eso, vio que un hombre gigantesco se acercaba hacia ellos.

—¿Sois la gente de Boston? —preguntó.

—¿Doctor Bartusek? —dijo Jane—. Soy la detective Rizzoli. Este es mi compañero, el detective Frost.

—Llámeme Bert. —Sonriendo, Bartusek le cogió la mano y se la estrechó con entusiasmo—. ¡Detectives de homicidios de una gran ciudad! Seguro que tenéis trabajos muy interesantes.

—No tan interesante como el suyo —dijo Frost.

—¿El mío? —Bartusek resopló—. Nada supera a cazar asesinos.

—Mi compañero cree que es mucho más guay trabajar para la NASA —dijo Jane.

—Bueno, ya sabéis lo que dicen de que nadie está contento con su suerte —respondió Bartusek riendo, mientras les hacía señas para que salieran al pasillo—. Venga, vamos a sentarnos en mi despacho. Los jefes me han dado permiso para hablar con vosotros. Por supuesto, ¿qué otra cosa puedo hacer si un policía me hace preguntas? Si no respondo, podríais arrestarme. —Los condujo por el pasillo, y Jane imaginó que casi podía sentir cómo temblaba el edificio con cada paso pesado que daba—. Yo también tengo muchas preguntas —dijo Bartusek—. Mis colegas y yo queremos saber qué les pasó a Neil y Olivia. ¿Habéis hablado ya con el detective Parris?

—Nos reuniremos con él esta tarde —dijo Jane—. Suponiendo que vuelva de Florida a tiempo.

—Parris parecía un policía inteligente cuando lo conocí. Me hizo casi todas las preguntas posibles. Pero creo que nunca dio con una respuesta. —Miró a Jane—. Dos años después, me pregunto si usted será capaz de hacerlo.

—¿Tiene alguna teoría sobre el accidente de avión?

Él negó con la cabeza.

—Nunca tuvo sentido para ninguno de nosotros por qué alguien querría matar a Neil. Un buen tipo, realmente bueno. Hablamos mucho de ello aquí y repasamos todas las posibles razones. ¿Le debía dinero a alguien? ¿Hizo enfadar a la persona equivocada? ¿Fue un crimen pasional?

—¿Un crimen pasional es una posibilidad? —preguntó Frost—. ¿Él o su esposa tenían una aventura?

Bartusek se detuvo frente a una puerta y su enorme circunferencia le impidió ver el interior de la habitación.

—En aquel momento no creí que fuera posible. Eran personas *normales.* Pero nunca se sabe lo que pasa realmente en un matrimonio, ¿verdad? —Sacudió la cabeza con tristeza y entró en su despacho. De las paredes colgaba una galería de fotos impresionantes de galaxias y nebulosas, como amebas multicolores.

—Vaya. La nebulosa Cabeza de Caballo —dijo Frost, admirando una de las fotos.

—Veo que conoce el cielo nocturno, detective.

Jane miró a su compañero.

—De verdad eres un *trekkie*.

—Te lo dije. —Frost pasó a otra fotografía.

—Veo su nombre aquí, doctor Bartusek. ¿Usted tomó estas fotos?

—La astrofotografía es una de mis aficiones. Uno pensaría que, después de pasarme el día estudiando el universo, me iría a casa a hacer fotos de pájaros o flores. Pero no, no pierdo de vista el cielo. Siempre me ha gustado. —Se apretujó detrás de su escritorio y se hundió en una

enorme silla, provocando un sonoro gemido de los muelles—. Podría decirse que es una obsesión.

—¿Os pasa a todos los ingenieros espaciales? —preguntó Frost.

—Bueno, técnicamente hablando, en realidad no soy ingeniero espacial. Esos son los que encienden las velas y hacen explotar las cosas. Le dirían que tienen trabajos divertidos.

—¿Y su trabajo?

—Soy astrofísico. En este edificio nos centramos en la investigación. Mis colegas y yo formulamos una pregunta científica y determinamos qué tipo de datos necesitamos para responderla. Quizá queramos tomar muestras de polvo de un cometa que pasa por aquí o hacer un estudio del cielo en el infrarrojo de campo amplio. Para obtener esos datos, necesitamos lanzar un telescopio especial. Es entonces cuando recurrimos a los ingenieros espaciales, que nos ayudan a colocar el telescopio en posición. Definimos el objetivo de una misión. Los ingenieros diseñan la forma de llevarla a cabo. La verdad es que hablamos idiomas diferentes. Ellos son adictos a los engranajes. A nosotros nos consideran cerebritos.

—¿Neil Yablonski qué era? —preguntó Jane.

—Neil era sin duda un cerebrito. Él y su cuñado Brian Temple eran los tipos más inteligentes de aquí. Tal vez por eso eran amigos. Tan buenos amigos, de hecho, que estaban planeando un viaje a Roma con sus mujeres. Allí fue donde Neil y Olivia se conocieron, y querían visitar sus viejos rincones románticos.

—No parece un viaje romántico si llevas a otra pareja.

—No cualquier otra pareja. Verá, Lynn y Olivia eran hermanas. Neil y Brian eran mejores amigos. Así que, cuando Lynn y Brian se casaron, se convirtieron en cuatro amigos. Brian y Neil tenían que ir a Roma a una reunión de todos modos, así que pensaban llevar a sus mujeres. ¡Joder, Neil no veía la hora de hacer ese viaje! ¡Me torturó con toda su charla sobre pasta! *¡Pizza! Fritto misto*. —Bajó la mirada hacia su abultado estómago, que de repente emitió un gruñido—. Creo que he engordado solo con decir esas palabras.

—Pero ¿nunca llegaron a ir a Roma?

Bartusek sacudió la cabeza con tristeza.

—Tres semanas antes de su partida, Neil y Olivia se fueron a su casa de fin de semana en Chesapeake. Neil tenía un pequeño avión Cessna que le gustaba pilotar allí. Su hijo, Will, tenía un proyecto de ciencias en el que tenía que trabajar, así que se quedó con los Temple. Suerte para el niño, porque tres minutos después de despegar, el Cessna se incendió. Era un día precioso y Neil era un piloto muy prudente. Todos supusimos que fue un fallo mecánico. Hasta que el detective Parris y el FBI aparecieron una semana después y empezaron a hacer muchas preguntas. Fue entonces cuando me di cuenta de que había más detrás del accidente de lo que todos pensábamos. Parris nunca me lo dijo, pero lo leí en el periódico. Que el accidente era sospechoso. Que podría haber habido una bomba a bordo del Cessna. Como ahora estáis vosotros aquí, haciendo preguntas, supongo que es cierto.

—Hablaremos de eso con el detective Parris esta noche —dijo Jane.

—Así que no fue un accidente, ¿verdad?

—Parece que no.

Bartusek se desplomó contra su silla y sacudió la cabeza.

—No me extraña que Brian se volviera loco.

—¿Qué quiere decir?

—El día después de que el avión de Neil se estrellase, Brian llegó al trabajo blanco como una sábana. Recogió algunos de sus trabajos de investigación y dijo que iba a trabajar desde casa durante unos días, porque Lynn y su sobrino no querían estar solos. Una semana después, me enteré de que había renunciado a su trabajo en la NASA. Me sorprendió mucho, porque le encantaba este trabajo. Después de veintitantos años, no puedo imaginar qué lo llevaría a dejarlo. No nos dijo a ninguno de nosotros adónde iba. Ni siquiera sabía que se habían mudado a New Hampshire hasta que nos enteramos de que él y Lynn habían muerto en el incendio de su casa.

—¿Así que Brian no le dio ninguna pista de por qué se fue de la ciudad?

—Ni una palabra. Como dije, parecía bastante conmocionado, pero en aquel momento pensé que era natural. Acababan de matar a su mejor amigo y a la hermana de su mujer, y ahora tenía que criar al hijo de Neil. —Bartusek guardó silencio un momento, con el rostro carnoso entristecido por el recuerdo—. El pobre chico ha vivido momentos muy duros. Perder a tus padres cuando solo tienes doce años. —Sacudió la cabeza—. ¿Sabe?, nunca se lo mencioné al detective Parris, pero algunos de nosotros teníamos la teoría de que todo había sido un error. Quizá el asesino puso una bomba a bordo del Cessna equivocado. Un par de grandes empresarios tienen sus aviones en ese aeródromo. También algunos políticos, y Dios sabe que a algunos de nosotros nos encantaría derribar *sus* aviones. —Hizo una pausa—. Ha sido una broma. En serio. —Miró a los dos detectives—. Pero veo que no os hace gracia.

—Nos hemos centrado en Neil, pero ¿qué hay de su mujer? —dijo Frost—. ¿Existe algún motivo por el que ella podría haber sido el objetivo?

—¿Olivia? No. Era una chica dulce, pero también un poco sosa. Siempre que la veía en las fiestas de la NASA, se quedaba en un rincón, con la mirada perdida. Me esforzaba por prestarle atención, porque se quedaba allí, sola. Pero, francamente, nada de lo que decía era memorable. Tenía un trabajo aburrido como representante de ventas de equipos médicos.

Frost echó un vistazo a su cuaderno.

—Suministros Hospitalarios Leidecker.

—Sí, eso. No hablaba mucho de su trabajo. Solo se animaba cuando hablaba de Will. El chico es una especie de genio, igual que Neil.

—Bien, volvamos a Neil —dijo Jane—. ¿Tenía algún conflicto aquí en el trabajo? ¿Algún compañero con el que no se llevara bien?

—Lo de siempre.

—¿Qué significa eso?

—Un científico propone una teoría, defiende una posición. A veces, se apega emocionalmente a esa posición cuando otros no están de acuerdo.

—¿Quién no estaba de acuerdo con Neil?

—Ni siquiera puedo recordarlo, así de normal era. Él y Brian siempre sostenían animados

debates, pero nunca fue nada hostil, ¿sabe? Era más como un juego infantil entre ellos. Los ponías a los dos a hablar de discos de escombros y *¡zas!* Eran como dos niños revoltosos jugando en el arenero, lanzándose juguetes.

Frost levantó la vista de las notas que había estado tomando.

—¿Discos de escombros? ¿Qué son?

—Ese fue el tema de su investigación. Tiene que ver con los núcleos de las nubes interestelares. Cuando colapsan, el momento angular hace que formen discos giratorios de gas y polvo alrededor de estrellas bebé.

—¿Discutían por eso? —dijo Jane.

—Oiga, aquí discutimos por todo. Es lo que hace que la ciencia sea tan atractiva. Sí, a veces los debates pueden volverse personales, pero sabemos manejarlo. Ya somos grandes. —Se miró la barriga y añadió con un suspiro irónico—: Algunos somos más grandes que otros.

—¿En qué tipo de discusiones se meterían por un disco de desechos?

—Discos de escombros. Hay mucha controversia sobre cómo estos anillos de polvo y gas se transforman en sistemas solares con planetas. Algunos dicen que los planetas se forman debido a múltiples colisiones, pero ¿qué hace que esas partículas de escombros se mantengan unidas? ¿Cómo se acumula la masa? ¿Cómo se convierte un montón de partículas arremolinadas en planetas como Mercurio, Venus y la Tierra? Es una pregunta que aún no podemos responder. Sí sabemos que el nuestro no es el único sistema solar. Solo en esta galaxia hay innumerables planetas, y muchos de ellos están en la zona habitable.

Frost, que bien podría haberse tatuado *trekkie* en la frente, se balanceó hacia delante con repentino interés.

—¿Quiere decir que podríamos colonizarlos?

—Tal vez. «*Zona habitable*» significa que podría existir alguna forma de vida allí. Al menos, la vida basada en el carbono con la que estamos familiarizados. Los datos de la misión Kepler identifican una serie de lo que llamamos planetas Ricitos de Oro. Ni demasiado calientes ni demasiado fríos, sino justo en su punto. De hecho, esa es la razón por la que Neil y Brian iban a Roma. Para presentar sus datos al equipo del observatorio del Vaticano.

Frost soltó una carcajada, sorprendido.

—¿El Vaticano tiene un observatorio?

—Bastante bien considerado, parte de la Academia Pontificia de Ciencias. —Vio la ceja levantada de Frost—. Sí, lo sé, suena extraño que sea la misma iglesia que atacó a Galileo por creer que la Tierra gira alrededor del Sol. Pero su academia tiene algunos astrónomos impresionantes. Estaban ansiosos por revisar las últimas investigaciones de Neil y Brian, porque tienen implicaciones importantes para el Vaticano.

—¿Por qué iba a preocupar esta investigación a la Iglesia católica? —preguntó Jane.

—Porque estamos hablando de astrobiología, detective Rizzoli. El estudio de la vida en el universo. Piense en ello. ¿Qué significa para nuestro lugar percibido en ese universo si encontramos vida en otro planeta? ¿Qué pasa con el concepto de la creación divina y *«Hágase la luz»*? Derriba la creencia más preciada de la humanidad: que somos únicos, que Dios nos hizo.

Podría derribar el pilar central de la Iglesia.

—¿Derribarlo? ¿De verdad Yablonski y Temple tenían información como para hacer algo así?

—No sé si lo llamaría una prueba, exactamente.

—¿La compartieron con usted?

—Vi su análisis inicial de los datos de los radiotelescopios e infrarrojos. Procedía de uno de esos planetas Ricitos de Oro de los que le hablaba. Había dióxido de carbono, agua, ozono y nitrógeno. No solo los componentes básicos de la vida, sino también moléculas que indican que se está produciendo fotosíntesis.

—Lo que significa vida vegetal —dijo Frost.

Bartusek asintió.

—Era muy sugestivo.

—¿Cómo es que no hemos oído hablar de esto? —dijo Frost—. ¿Dónde estaba la rueda de prensa, el gran anuncio de la Casa Blanca?

—No puedes salir y anunciar estas cosas sin estar absolutamente seguro o quedarás como un idiota. *Sabes que te* atacarán. Sabes *que* habrá negacionistas chiflados de todo tipo que vendrán a por ti. Necesitaríamos planes de contingencia para hacer frente a todos los locos que intentarían poner camiones bomba en nuestros edificios. —Se detuvo para tranquilizarse con una bocanada de aire—. Así que no, no hacemos anuncios, no hasta que podamos probar algo más allá de una sombra de duda. Joder, el mismísimo ET tendría que aterrizar en el césped de la Casa Blanca para que algunas personas se convencieran. Pero Neil y Brian sentían que tenían pruebas suficientes. De hecho, esa fue una de las últimas cosas que Neil me dijo antes de morir.

Jane se quedó mirándolo.

—¿Que tenía pruebas?

Bartusek asintió.

—De vida extraterrestre.

# VEINTICUATRO

Jane y Frost viajaban en silencio hacia Columbia, atónitos e intentando procesar lo que acababan de oír. Después de su visita a la NASA, ese era un viaje común por una carretera mundana hacia la poco emocionante oficina donde Olivia Yablonski trabajaba como representante de ventas de equipos médicos.

—Me pregunto si nos equivocamos —dijo Frost—. No creo que el chico fuera el objetivo en New Hampshire.

Jane miró a su compañero, que entrecerraba los ojos como si intentara ver a través de la niebla.

—Crees que era el tío del chico. Brian Temple.

—Ambos hombres están a punto de revelar algo estremecedor. A Neil lo eliminan. Brian entra en pánico, huye con su esposa y su sobrino a New Hampshire. Los villanos van tras *él*.

—El problema es que no sabemos quiénes son los villanos.

—Ya has oído a Bartusek. Encontrar a ET sacudiría el mundo. Haría que la gente cuestionara todo lo que aprendió en la escuela dominical.

—Entonces, ¿qué? ¿Tenemos a un monje albino asesino que mata científicos de la NASA? —Jane rio—. Creo que eso era una película.

—Piensa en lo que ya hacen los fanáticos religiosos para defender sus creencias. Los científicos del clima del MIT siempre están recibiendo amenazas. Esto de verdad va a hacer salir a los locos. Si es que llega a anunciarse. —Frost frunció el ceño—. Es interesante que la NASA no lo haya anunciado.

—Parece que todavía no tenían las pruebas…

—¿Será cierto o será que es demasiado para que la NASA, o cualquier otro, lo pueda manejar?

*«Vida extraterrestre»*. Jane daba vueltas a esa posibilidad en su cabeza, intentando verla desde todos los ángulos, imaginar todas las repercusiones. ¿Un motivo para asesinar? Sin duda, los asesinatos de los Yablonski y los Temple eran obra de profesionales que conocían bien el explosivo Semtex.

—Hay un problema con esta teoría —dijo—. No explica la cuestión de la familia de Claire Ward. Él era diplomático, trabajaba para el Departamento de Estado. ¿Cuál es su conexión con la NASA?

—Tal vez los casos no estén relacionados. Solo los relacionamos porque ambos niños terminaron en Evensong.

Jane suspiró.

—Ahora hablas como Crowe. Niños diferentes, casos diferentes. Solo fue una coincidencia que terminaran en el mismo colegio.

—Aunque es interesante…

—¿Qué?

Frost señaló un letrero que indicaba el desvío a Washington.

—¿Erskine Ward no trabajó también en Washington durante un tiempo?

—Y en Roma. Y en Londres.

—Al menos tenemos una conexión geográfica entre los Ward y los Yablonski. Vivían en el mismo radio de cincuenta millas.

—Pero no la familia de Teddy Clock. El trabajo de Nicholas Clock estaba en Rhode Island.

—Sí. —Frost se encogió de hombros—. Así que tal vez estemos tratando de conectar cosas que no tienen conexión y lo estemos complicando todo.

Jane localizó la dirección que buscaban y entró en el aparcamiento. Se trataba de otro centro comercial, idéntico a los miles que había por todo el país. ¿Existía algún diseño universal de centros comerciales que enseñaran en la facultad de arquitectura, planos fotocopiados que se pasaran a todos los constructores de Estados Unidos? Se detuvo en una plaza de aparcamiento y observó la mezcla habitual de negocios. Una farmacia, una tienda de ropa de tallas grandes, un bazar y un bufé chino. Esa era la única constante con la que siempre se podía contar, el bufé chino.

—No lo veo —dijo Frost.

—Debe estar en el otro extremo. —Abrió la puerta de un empujón—. Vamos a estirar las piernas y a caminar.

—¿Seguro que es la dirección correcta?

—Lo confirmé con la gerente esta mañana. Nos está esperando. —Su móvil sonó y reconoció el número de Maryland del detective que había investigado el caso Yablonski—. Rizzoli —contestó.

—Soy el detective Parris. ¿Ha llegado a Baltimore? —preguntó.

—Ya estamos aquí. ¿Todavía puede reunirse con nosotros esta noche?

—Sí. Ahora estoy de viaje, pero volveré a la ciudad a la hora de cenar. ¿Qué tal si nos encontramos en el LongHorn Steakhouse alrededor de las siete y media? Está en Snowden River Parkway. Para entonces, me vendrá bien algo de carne roja. Prefiero que no nos veamos en mi casa.

—Lo comprendo. A mí tampoco me gusta mezclar negocios y familia.

—No, es más que eso. Es este caso.

—¿Qué pasa con él?

—Hablaremos de ello más tarde. ¿Está con su compañero?

—El detective Frost está aquí conmigo.

—Bien. Siempre ayuda tener a alguien que nos cubra las espaldas.

Colgó y miró a Frost.

—Qué llamada más extraña.

—¿Qué no ha sido raro en este caso? —Frost miró el centro comercial, con su poco emocionante variedad de tiendas—. Pasamos de la NASA a este lugar. —Suspiró—. Bien, hagamos lo que tenemos que hacer.

La empresa Suministros Hospitalarios Leidecker se encontraba en el extremo más alejado del centro comercial, detrás de un escaparate en el que se exhibían dos sillas de ruedas y un bastón cuádruple. Al entrar, Jane esperaba encontrar una sala de exposición llena de equipos médicos.

En lugar de eso, se encontró una oficina con cinco mesas, moqueta *beige* y dos palmeras en macetas. En una de las mesas, una mujer de mediana edad con el pelo rubio enlacado hablaba por teléfono. Vio a los visitantes y dijo:

—Lo llamaré más tarde para el pedido, señor Wiggins. —Colgó y sonrió a sus visitantes—. ¿Puedo ayudarlos?

—¿Señorita Mickey? Somos los detectives Rizzoli y Frost —dijo Jane—. Hablamos hace un rato.

La mujer se levantó para saludarlos, mostrando una figura esbelta enfundada en un traje de pantalón gris bien cortado.

—Por favor, llamadme Carole. Espero poder ayudaros. Todavía me atormenta, ¿sabe? Cada vez que miro allí, a su escritorio, pienso en ella.

Jane echó un vistazo a las mesas desocupadas.

—¿Están los otros colegas de Olivia? Nos gustaría hablar con ellos también.

—Me temo que todos los demás están fuera de la ciudad en este momento por viajes de ventas. Pero yo conocía a Olivia desde hace más tiempo que nadie, así que debería ser capaz de responder a sus preguntas. Por favor, tomen asiento.

Cuando todos se acomodaron en las sillas, Frost dijo:

—Supongo que ya le habrán hecho estas preguntas antes.

—Sí, un detective estuvo aquí varias veces. He olvidado su nombre.

—¿Parris?

—Sí, él. Una semana después del accidente, llamó aquí preguntando… —Hizo una pausa—. Pero supongo que ahora sabemos que no fue un accidente.

—No, no lo fue.

—Me preguntó si Olivia tenía algún enemigo. Algún antiguo novio. O algún novio *nuevo*.

—¿Y sabía usted de alguno? —preguntó Jane.

Carole Mickey sacudió enérgicamente la cabeza, pero no se le movió ni un pelo de su perfecto casco rubio.

—Olivia no era ese tipo de persona.

—Mucha gente normal tiene aventuras, señorita Mickey.

—Bueno, ella no era una persona *normal*. Era la representante de ventas más fiable que teníamos. Si decía que estaría en Londres el miércoles, estaba en Londres el miércoles. Nuestros clientes siempre sabían que podían confiar en ella.

—Y esos clientes —dijo Frost—, ¿son hospitales? ¿Consultorios médicos?

—Ambas cosas. Vendemos a instituciones de todo el mundo.

—¿Dónde están sus productos? No veo muchos expuestos aquí.

Carole metió la mano en un cajón y sacó un pesado catálogo, que apoyó ruidosamente sobre el escritorio que tenía delante.

—Esta es nuestra oficina de ventas satélite. El catálogo muestra nuestra amplia gama de productos. Se envían desde almacenes de Oakland, Atlanta, Frankfurt y Singapur. Además de algunos otros lugares.

Jane hojeó el catálogo y vio camas de hospital y sillas de ruedas, cómodas y camillas. Una brillante recopilación de todo lo que esperaba no necesitar nunca.

—¿La señora Yablonski viajaba mucho?

—Todos nuestros representantes de ventas lo hacen. Y esta oficina es la base, donde intento tener todo bajo control.

—¿Usted no viaja?

—Alguien tiene que cuidar el fuerte. —Carole echó un vistazo a la habitación, con su moqueta *beige* y sus palmeras falsas—. Pero a veces esto me resulta claustrofóbico. Debería redecorarlo, ¿no? Tal vez poner algunos pósteres de viajes. Sería agradable contemplar una playa tropical para variar.

Frost dijo:

—¿Sus representantes hacen las visitas de ventas en solitario o viajan con colegas?

Carole lo miró desconcertada.

—¿Por qué lo pregunta?

—Solo me preguntaba si Olivia tenía una amistad particularmente cercana con alguno de sus colegas.

—Nuestros cinco representantes viajan solos. Y no, no había amistades inapropiadas en esta oficina. Por el amor de Dios, estamos hablando de *Olivia*. Una mujer felizmente casada y con un hijo. Fui niñera de Will unas cuantas veces, y aprendes mucho de la gente solo con ver el tipo de hijos que crían. Will es un niño maravilloso, muy educado y de buen comportamiento. Obsesionado con la astronomía, como su padre. Doy gracias a Dios por que no estuviera a bordo de su avión ese día. Pensar que toda la familia fue aniquilada…

—¿Qué hay de los tíos de Will, los Temple? ¿Los conocía también?

—No, me temo que no. Oí que se llevaron a Will y se mudaron, probablemente para escapar de los tristes recuerdos y darle al chico un nuevo comienzo.

—¿Está enterada de que Lynn y Brian Temple están muertos?

Carole se quedó mirándola.

—Dios mío. ¿Cómo ha ocurrido?

—Su granja de New Hampshire se incendió. Will no estaba en la casa en aquel momento, así que se salvó.

—¿Está bien? ¿Está con otros parientes?

—Está en un lugar seguro —fue todo lo que dijo Jane.

Claramente conmocionada por la noticia, Carole se hundió en su silla y murmuró:

—Pobre Olivia. Nunca lo verá crecer. Tenía ocho años menos que yo y nunca imaginé que la sobreviviría. —Carole miró el despacho como si lo viera por primera vez—. Han pasado dos años, ¿y qué he hecho con *mi* tiempo extra? Aquí estoy, justo en el mismo sitio, y no he cambiado nada. Ni siquiera esas estúpidas palmeras falsas.

El teléfono del escritorio sonó. Carole respiró hondo y esbozó una sonrisa mientras contestaba alegre:

—Hola, señor Damrosch, me alegro de volver a tener noticias suyas. Sí, por supuesto que

podemos actualizar su pedido. ¿Es para varios artículos o solo para ese en concreto? —Cogió un bolígrafo y empezó a tomar notas.

Jane no tenía ningún interés en oír una conversación sobre bastones y andadores, y se levantó de la silla.

—Disculpe, señor Damrosch, ¿puede esperar un momento? —Carole puso una mano sobre el auricular y miró a Jane—. Perdone. ¿Quería preguntarme algo más?

Jane miró el catálogo satinado que tenía sobre la mesa. Pensó en Olivia Yablonski llevando aquel pesado catálogo de ciudad en ciudad, de cita en cita, vendiendo sillas de ruedas y orinales.

—No tenemos más preguntas —dijo—. Gracias.

* * *

El detective Parris parecía un hombre al que le gustaban la carne y la bebida. Lo encontraron ya sentado en el restaurante LongHorn Steakhouse, bebiendo un Martini mientras estudiaba el menú. Su cuerpo macizo estaba tan apretado en el reservado que Jane le hizo señas para que volviera a sentarse mientras ella y Frost se acomodaban en el asiento de enfrente. Parris dejó el Martini y los estudió como hacen todos los policías, del mismo modo en el que Jane lo estaba estudiando a él. A sus sesenta y pocos años, probablemente a punto de jubilarse, hacía tiempo que había perdido su figura juvenil y casi todo el pelo. Pero, a juzgar por su mirada penetrante, detrás de aquellos ojos aún había un cerebro de policía, y estaba evaluando a Jane y a Frost antes de comprometerse con la conversación.

—Me preguntaba cuándo vendría por fin alguien a preguntar por ese caso —dijo.

—Pues aquí estamos —dijo Jane.

—Ja. Policía de Boston. Nunca se sabe en qué dirección van a ir las cosas. ¿Tenéis hambre?

—Sí, podríamos comer —dijo Frost.

—Acabo de pasar una semana muy larga con mi hija vegana en Tallahassee. Así que podéis apostar a que no estoy aquí por ninguna maldita ensalada. —Volvió a coger el menú—. Voy a por el bistec. Quinientos cincuenta gramos de carne con una patata rellena y champiñones rellenos. Eso debería compensar el sufrimiento de una semana de brócoli.

Pidió su jugoso filete y otro Martini. «Su semana en Tallahassee debe haber sido toda una odisea», pensó Jane. Solo después de dar un sorbo a su segunda copa, Parris pareció dispuesto a ponerse manos a la obra.

—¿Habéis leído todo el expediente? —preguntó.

—Todo lo que nos enviaste por correo electrónico —dijo Jane.

—Entonces, sabéis lo mismo que yo. A primera vista, parecía otro accidente de avioneta. Un monomotor Cessna Skyhawk cae poco después del despegue, esparciendo escombros por una zona boscosa. Describieron al piloto como muy quisquilloso con la seguridad, pero ya sabéis cómo es esto. Casi siempre es un error humano, del piloto o del mecánico. No me involucré en el caso hasta que recibí la llamada de la Junta Nacional de Seguridad del Transporte. En los restos recuperados, habían encontrado signos de penetración de fragmentos de alta velocidad. Eso los

llevó a buscar residuos de explosivos. No soy experto en química, pero usaron cromatografía líquida y espectrometría de masas. Encontraron algo llamado hexahidro-no-sé-qué. También conocido como RDX.

—Explosivo del Departamento de Investigación —dijo Frost.

—Veo que leíste el informe.

—Esa parte me interesó. Lo usan los militares y es más potente que el TNT. Se mezcla con cera y se le puede dar forma. Es parte de lo que compone el Semtex.

Jane miró a su compañero.

—Ahora sé por qué querías ser científico espacial. Para poder volar cosas.

—Y justo eso es lo que le pasó al pequeño Skyhawk de los Yablonski —dijo Parris—. Voló por los aires. El RDX se encendió por radio control. No fue un temporizador, no se disparó por altitud. Alguien estaba en el lugar, vio despegar el avión y pulsó un botón.

—Así que no fue un error —dijo Jane—. No fue el avión equivocado.

—Estoy casi seguro de que los Yablonski eran el objetivo. Eso probablemente no es lo que escucharon de los colegas de Neil en la NASA. Se niegan a creer que alguien quisiera matarlo. Nunca me molesté en darles explicaciones.

—Sí, eso es lo que nos dijo el doctor Bartusek —dijo Jane—. Que tenía que ser un error. Que Neil no tenía enemigos.

—Todo el mundo tiene enemigos. Pero ¿de los que juegan con RDX? —Sacudió la cabeza—. Estamos hablando de cosas jodidas, explosivos de uso militar. Lo suficiente como para que me pregunte si… —Se detuvo de repente cuando la camarera les trajo la comida.

Comparado con el enorme trozo de carne de la bandeja de Parris, el filete de doscientos gramos de Jane y la pechuga de pollo de Frost parecían aperitivos. Solo cuando la camarera se hubo marchado, Jane hizo que Parris terminara la frase.

—¿Te hizo preguntarte qué? —quiso saber.

—Si yo sería el siguiente en aparecer muerto —murmuró, y se metió en la boca un trozo de carne jugosa. Los jugos sanguinolentos se acumularon en su plato mientras cortaba otro trozo y bebía otro trago de Martini. Jane recordó lo que le había dicho por teléfono aquella misma tarde: «*Prefiero que no nos veamos en mi casa*». Ella había pensado que solo se trataba de mantener su trabajo separado de su vida personal. Ahora su afirmación cobraba un nuevo y ominoso significado.

—¿Tanto te ha asustado? —dijo Jane.

—Claro que sí. —La miró—. Lo entenderás si sigues investigando.

—¿De qué tienes miedo?

—Ahí está el asunto, no lo sé. Nunca sabré si estaba paranoico e imaginando cosas. O si de verdad alguien pinchó mi teléfono. Y me siguió.

—Vaya. —Jane se rio—. ¿Hablas en serio?

—Completamente en serio. —Dejó el cuchillo y el tenedor y la miró—. Por eso me alegro de que hayas venido con tu compañero. Alguien que te cubra las espaldas. Soy de la vieja escuela y creo que a las mujeres hay que cuidarlas, aunque sean policías.

—¿Cuidarme? —le dijo Jane a Frost—. No has estado haciendo tu trabajo.

—Detective Parris —preguntó Frost—, ¿de dónde crees que viene esta… amenaza?

—Puedo oírlo en vuestras voces. No me creéis. Pero pronto lo descubriréis. Así que este es mi consejo: no dejéis de mirar por encima del hombro. Dondequiera que vayáis, prestad atención a las caras y notaréis que algunas empiezan a pareceros familiares. El tipo de la cafetería. La chica del aeropuerto. Entonces, una noche, veréis la furgoneta aparcada fuera de vuestra casa. La furgoneta que se queda allí.

Frost lanzó una mirada a Jane que no pasó inadvertida para Parris.

—Sí, ya lo sé. Crees que estoy loco. —Se encogió de hombros y cogió su Martini—. Seguid cavando y las cosas empezarán a salir del barro.

—¿Qué cosas? —dijo Jane.

—Seguro que ya habéis llamado su atención solo por venir aquí y hacer preguntas.

—¿Tiene que ver con Neil o con Olivia?

—Olvide a Olivia. La pobre estaba en el avión equivocado en el momento equivocado. —Parris llamó a la camarera y señaló su copa de Martini vacía—. Si no le importa… —dijo.

—¿Crees que el motivo era profesional? —preguntó Frost.

—Cuando descartas a los amantes celosos, los vecinos cabreados y los parientes codiciosos, solo te queda el trabajo.

—Sabes cuál era su investigación en la NASA, ¿verdad?

Parris asintió.

—Vida extraterrestre. Se dice que él y su colega Brian Temple pensaban que podrían haberla encontrado, aunque nadie en la NASA lo diga oficialmente.

—¿Lo están ocultando? —preguntó Frost—. ¿O no es cierto?

Parris se inclinó hacia delante, con la cara enrojecida por el alcohol.

—No vuelas por los aires cuando te equivocas. Es cuando *tienes razón que* las cosas se ponen peligrosas. Y tengo la sensación… —De repente se detuvo, su mirada fija en algo detrás de Jane. Ella empezó a girarse, y él susurró:

—*No lo hagas.*

—¿Qué pasa?

—El tipo con gafas, camisa blanca, vaqueros azules. Sentado a las seis. Creo que lo vi en un área de descanso de la autopista hace dos horas.

Jane dejó que la servilleta resbalara de su regazo al suelo. Se agachó para recogerla y echó un vistazo al hombre en cuestión, justo cuando una mujer con un niño pequeño de la mano se ubicaba en el reservado junto a él.

—A menos que contraten a niños de tres años como espías —dijo Jane, enderezándose—, no creo que debas preocuparte por el tipo de gafas.

—Vale —admitió Parris—. Me he equivocado en eso. Pero ha habido otras cosas.

—Como las furgonetas delante de tu casa —dijo Jane con voz neutra.

Parris se puso tenso.

—Sé cómo suena. Cuando esto empezó, yo tampoco me lo podía creer. Buscaba una

explicación lógica, pero seguían pasando cosas. Los mensajes de voz se perdían. Las cosas de mi mesa se movían, los archivos desaparecían. Eso duró meses.

—¿Y todavía sigue?

Parris se detuvo cuando la camarera volvió con un tercer Martini. Se quedó mirando la bebida, como si estuviera sopesando la conveniencia de verter más alcohol en su torrente sanguíneo. Por fin lo cogió.

—No. Las cosas raras dejaron de ocurrir más o menos cuando el caso perdió fuerza. Las agencias gubernamentales con las que trabajábamos, la Junta Nacional de Seguridad en el Transporte, el FBI, me dijeron que su investigación estaba paralizada. Supongo que tenían otras prioridades. Todo se tranquilizó. Las furgonetas extrañas desaparecieron y mi vida volvió a la normalidad. Luego, hace unas semanas, me enteré por la policía de New Hampshire de que la granja de los Temple había sido volada con Semtex. —Hizo una pausa—. Ahora vosotros estáis aquí. Y yo estoy esperando a que vuelvan a aparecer las furgonetas.

—¿Tienes idea de quién las envía?

—No quiero saberlo. —Se echó hacia atrás en el asiento—. Tengo sesenta y cuatro años. Debería haberme jubilado hace dos, pero necesito los ingresos para ayudar a mi hija. Este es mi trabajo, pero no es mi *vida*, ¿sabes?

—El problema es que puede haber otras vidas en juego —dijo Jane—. El hijo de Neil y Olivia, por ejemplo.

—Eso no tendría sentido, ir tras un chico de catorce años.

—Tampoco tiene sentido ir tras otros dos chicos.

Parris frunció el ceño.

—¿Qué chicos?

—Durante tu investigación, ¿alguna vez te encontraste con los nombres de Nicholas y Annabelle Clock?

—No.

—¿Y Erskine e Isabel Ward?

—No. ¿Quiénes son?

—Otras víctimas. Otras familias que fueron asesinadas la misma semana que Neil y Olivia murieron. En cada una de esas familias, un niño sobrevivió. Y ahora esos tres niños han sido atacados de nuevo.

Parris se quedó mirándola.

—Esos otros nombres nunca surgieron en mi investigación. Es la primera vez que oigo hablar de ellos.

—Los paralelismos son espeluznantes, ¿no?

—¿Hay alguna conexión con la NASA? ¿Puedes relacionarlos de esa manera?

—Por desgracia, no.

—Entonces, ¿qué tienes que vincule a estos niños?

—Eso es lo que esperábamos que pudieras decirnos. Cuál es la conexión.

Parris los miró por encima de su plato vacío, ahora lleno de sangre.

—Ahora sabéis tanto como yo sobre los Yablonski. Así que habladme de los Ward.

—Fueron asesinados a tiros en un callejón de Londres, parecía ser un atraco que salió mal. Él era diplomático americano; ella, ama de casa. A su hija de once años también le dispararon, pero sobrevivió.

—Ward era diplomático, Yablonski científico de la NASA. ¿Cuál es la conexión? Quiero decir, la astrobiología no es exactamente un tema diplomático candente.

De repente, Frost se irguió en la silla.

—Si ET es inteligente, tendríamos que establecer relaciones diplomáticas, ¿no?

Jane suspiró.

—No más *Star Trek* para ti.

—No, ¡piensa en ello! Neil Yablonski y Brian Temple están a punto de volar a Roma para reunirse con científicos del Vaticano. Erskine Ward estuvo una vez destinado en Roma, así que tenía contactos allí, en la embajada. Probablemente hablaba italiano con fluidez.

—¿Y la familia Clock? —dijo Parris—. No me habéis hablado de ellos. ¿Tienen alguna relación con todo esto?

—Nicholas Clock era asesor financiero en Providence, Rhode Island —dijo Jane—. Él y su mujer, Annabelle, murieron a bordo de su yate frente a Saint Thomas.

Parris negó con la cabeza.

—No veo ninguna conexión con los Yablonski o los Ward. Nada que una a estas tres familias.

*«Solo que sus hijos están todos en el mismo colegio»*. Un hecho que Jane no reveló, porque la inquietaba. El asesino solo tendría que seguirlos hasta Evensong y mataría tres pájaros de un tiro.

—No sé qué significa todo esto —dijo Parris—. Todo lo que puedo decir es que esto me asusta. El RDX derribó el avión de los Yablonski. El Semtex voló la granja Temple en New Hampshire. No hablamos de aficionados. A los asesinos así les importa un bledo que seamos policías. Operan a otro nivel, con entrenamiento especial y acceso a explosivos de defensa. Vosotros y yo solo somos cucarachas para ellos. Recordadlo. —Apuró su Martini y dejó la copa—. Y eso es todo lo que puedo deciros. —Hizo un gesto a la camarera—. ¡La cuenta, por favor!

—Pagamos nosotros —dijo Jane.

Parris asintió.

—Muy agradecido.

—Gracias por reunirte con nosotros.

—No es que haya podido añadir mucho —dijo, levantándose de la silla. A pesar de los tres Martini, parecía perfectamente estable sobre sus pies—. De hecho, debería daros las gracias.

—¿Por qué?

La mirada que les dirigió fue de simpatía.

—Esto me libera. Ahora os estarán vigilando a vosotros.

* * *

Jane se dio una ducha caliente y se tumbó en la cama del motel a contemplar la oscuridad. El

café de la cena había sido un error. La cafeína, sumada a los acontecimientos del día, la mantuvo despierta, con la mente aturdida por lo que Frost y ella habían averiguado y por lo que significaba todo aquello. Cuando por fin se durmió, la confusión la siguió hasta sus sueños.

Era una noche clara y despejada. Llevaba a Regina en brazos y estaba de pie en medio de una multitud mirando al cielo, donde brillaban las estrellas. Algunas de esas estrellas empezaban a moverse como luciérnagas, y ella oía a la multitud murmurar maravillada mientras esas estrellas se hacían más brillantes, viajando por los cielos en formación geométrica.

No eran estrellas.

Horrorizada, ella se daba cuenta de lo que en realidad significaban aquellas luces y se abría paso entre la multitud, buscando desesperadamente un lugar donde esconderse. Un lugar donde las luces alienígenas no pudieran encontrarla. «*Vienen a por nosotros*».

Se despertó sobresaltada, con el corazón latiéndole tan fuerte que pensó que se le saldría del pecho. Sudó mientras el terror de la pesadilla se desvanecía despacio. «Esto es lo que pasa cuando cenas con un policía paranoico —pensó—. Sueñas con invasiones alienígenas». No extraterrestres amistosos, sino monstruos con naves espaciales y rayos letales. ¿Y por qué los extraterrestres no vendrían a la Tierra como conquistadores? «*Probablemente estarían tan sedientos de sangre como nosotros*».

Se sentó a un lado de la cama, con la garganta seca y el sudor refrescándole la piel. El reloj del motel marcaba las dos y catorce de la madrugada. En solo cuatro horas tenían que marcharse y coger el vuelo de regreso a Boston. Se levantó en la oscuridad y se dirigió hacia el baño para beber agua. Al pasar junto a la ventana, un rayo de luz atravesó la cortina y desapareció.

Se acercó a la ventana y apartó la cortina para echar un vistazo al aparcamiento oscuro. El motel estaba completo, todas las plazas estaban ocupadas. Buscó en la oscuridad, preguntándose de dónde había salido el haz de luz de la linterna, y estaba a punto de volver a dejar caer la cortina cuando de repente se encendió la luz del interior de uno de los vehículos.

*«Ese es nuestro coche de alquiler»*.

Ella no había cogido un arma para el viaje; tampoco Frost. Estaban desarmados, sin refuerzos, ¿contra qué? Cogió el móvil y marcó. Al cabo de unos minutos, Frost contestó con la voz aún aturdida por el sueño.

—Alguien está hurgando en nuestro coche —susurró Jane, mientras se ponía los vaqueros—. Voy a salir.

—¿Qué? ¡Espera!

Se subió la cremallera.

—Treinta segundos y salgo por la puerta.

—¡Aguanta, aguanta! Ya voy.

Cogió la linterna y la tarjeta-llave y salió descalza al pasillo justo cuando Frost salía de la habitación contigua. No le extrañó que saliera tan rápido, aún llevaba puesto el pijama. Un pijama de rayas rojas y blancas que no estaba de moda desde Clark Gable.

Frost la vio mirándolo fijamente y dijo:

—¿Qué?

—Me duelen los ojos. Eres como un letrero de neón andante —murmuró, mientras se dirigían a la salida lateral al final del pasillo.

—¿Cuál es el plan?

—Averiguar quién está en nuestro coche.

—Tal vez deberíamos llamar al 911.

—Para cuando respondan, ya se habrá ido.

Se escabulleron por la salida hacia la noche y se escondieron detrás de un coche aparcado. Jane asomó la cabeza por el parachoques trasero y miró a lo largo de la fila, hacia donde estaba aparcado el vehículo de alquiler. La luz del techo ya no brillaba.

—¿Estás segura de lo que has visto? —susurró Frost.

A Jane no le gustó la duda que oyó en su voz. A esas horas de la noche, con el asfalto arenoso mordiéndole los pies descalzos, lo último que necesitaba era que el Señor Pijama de Neón pusiera en duda su vista.

Se acercó sigilosamente al coche de alquiler, sin saber si Frost iba detrás de ella, porque empezaba a dudar de sí misma. Empezaba a preguntarse si la luz que había visto era solo un vestigio de su pesadilla. Alienígenas en sus sueños y ahora alienígenas en el aparcamiento.

El coche estaba a unos metros de distancia.

Se detuvo con la palma de la mano sudorosa pegada al parachoques trasero de una camioneta. Solo tenía que dar dos pasos más y tocaría su propio parachoques. Agazapada en la oscuridad, escuchó buscando algún movimiento, algún sonido, pero solo oyó el silbido del tráfico lejano.

Se balanceó hacia delante y miró entre los dos vehículos. Vio el espacio vacío. La nota de duda que había oído en la voz de Frost resonó en su cabeza, aún más fuerte. Eso la hizo correr hacia la parte trasera del coche de alquiler para mirar por el lado del copiloto.

Tampoco había nadie.

Se puso en pie y sintió la brisa nocturna en la cara mientras escudriñaba el aparcamiento. Si alguien los estaba observando, la vería ahora, totalmente expuesta. Y ahora llegaba Frost, un blanco aún más obvio con su pijama rojo y blanco.

—Nadie —dijo él. No era una pregunta, solo afirmaba lo evidente.

Demasiado irritada para responder, Jane encendió la linterna y rodeó el coche. No vio arañazos en el acabado ni nada en el pavimento a su alrededor, salvo una colilla pisoteada que parecía llevar semanas allí tirada.

—Mi habitación está justo allí —dijo, señalando su ventana—. Vi una luz a través de las cortinas. Una linterna. Mientras miraba, se encendió la luz del techo. Alguien entró en nuestro coche.

—¿Viste a alguien?

—No. Debe haberse agachado demasiado.

—Bueno, si se metió en nuestro coche, entonces debería estar… —Frost hizo una pausa—. Abierto.

—¿Qué?

—No está cerrado. —Dio un tirón a la manilla del conductor y se encendió la luz interior. Los

dos se quedaron mirando el coche iluminado, sin moverse.

—Lo dejé cerrado —dijo Jane.

—¿Estás segura?

—¿Por qué sigues interrogándome? *Sé* que cerré la maldita puerta. ¿Alguna vez me has visto *no* cerrar mi coche?

—No —admitió Frost—, siempre lo haces. —Bajó la mirada hacia la manilla que acababa de tocar—. Mierda. Huellas dactilares.

—Me preocupa más *por qué* había alguien en nuestro coche. Y qué estaban buscando.

—¿Y si no buscaban nada? —dijo él.

Jane miró por la ventanilla hacia el asiento delantero y pensó en Neil y Olivia Yablonski subiendo a su Cessna Skyhawk. Pensó en el RDX y el Semtex y en una granja de New Hampshire que estalló en llamas.

—Echemos un vistazo debajo del coche —dijo en voz baja.

No tuvo que explicarle nada; él ya se había alejado de la puerta del conductor y la seguía hasta el parachoques trasero. Se arrodilló y sintió cómo la gravilla le mordía las palmas de las manos al inclinarse para estudiar el chasis. El haz de su linterna pasó rozando el silenciador, el tubo de escape y el suelo. Nada le llamó la atención ni parecía fuera de lugar.

Se levantó, con el cuello dolorido por la incómoda postura. Masajeándose los músculos doloridos, rodeó la parte delantera del vehículo y volvió a arrodillarse para registrar el chasis.

No había ninguna bomba.

—¿Abro el maletero? —dijo Frost.

—Sí. —«*Y reza para que eso no nos haga saltar por los aires*».

Frost dudó, compartiendo claramente su ansiedad, y luego metió la mano bajo el salpicadero y tiró de la palanca de desbloqueo.

Jane abrió el maletero y alumbró con la linterna el espacio vacío. No había una bomba. Despegó la alfombra del suelo y miró en el hueco de la rueda de repuesto. No había una bomba.

«Tal vez lo he soñado todo —pensó—. Tal vez olvidé cerrar el coche. Y estamos aquí a las tres de la mañana, con Frost con ese horrible pijama, perdiendo media noche de sueño para nada».

Cerró el maletero y soltó un resoplido de frustración.

—Tenemos que mirar dentro del coche.

—Sí, sí, voy —murmuró Frost—. Ya que estamos, revisemos todo. —Se arrastró hasta el asiento delantero, con el trasero del pijama asomando por la puerta abierta. ¿Quién iba a imaginar que a él le iba a gustar el aspecto de presidiario de bastón de caramelo? Mientras él rebuscaba en la guantera, Jane se arrodilló e iluminó con su linterna el hueco de la rueda trasera izquierda. Por supuesto, no vio nada. Se dirigió a la parte delantera del coche, repitió el examen en las ruedas izquierda y derecha y volvió a la rueda trasera derecha. Se arrodilló y apuntó con la linterna al espacio situado sobre el neumático.

Lo que vio la dejó helada al instante.

Frost gritó:

—¡He encontrado algo!

—Yo también. —Jane se agachó a mirar el hueco de la rueda mientras un escalofrío le subía por la espalda—. Será mejor que vengas a ver esto —dijo en voz baja.

Frost salió del coche y se dejó caer junto a ella. El aparato no era más grande que un teléfono móvil y estaba fijado a la parte inferior del hueco de la rueda.

—¿Qué demonios es? —dijo Jane.

—Parece un rastreador GPS.

—¿Qué has encontrado dentro?

Frost la cogió del brazo y la alejó unos metros. Susurró:

—Está debajo del asiento del copiloto. Ni siquiera se molestaron en pegarlo en su sitio. Supongo que quien lo puso allí tuvo que largarse a toda prisa. —Hizo una pausa—. Por eso dejó la puerta del coche sin cerrar.

—No pudo vernos. Se fue antes de que llegáramos aquí.

—Me llamaste al móvil —dijo Frost—. Eso tuvo que alertarlos.

Ella le clavó la mirada.

—¿Crees que nuestros teléfonos están pinchados?

—Piénsalo. Hay un micrófono bajo el asiento y un rastreador GPS en el hueco de la rueda. ¿Por qué no iban a pinchar nuestros teléfonos?

Oyeron el ruido de un motor y se giraron justo a tiempo para ver cómo un coche salía bruscamente del aparcamiento. Estaban descalzos, completamente despiertos junto a su coche de alquiler intervenido y demasiado agitados para volver a la cama.

—Parris no estaba paranoico —dijo Frost.

Jane pensaba en granjas quemadas. En familias masacradas.

—Saben quiénes somos —dijo. «*Y dónde vivimos*».

# VEINTICINCO

Esa mañana, el comedor de Evensong se encontraba extrañamente tranquilo. Alumnos y profesores hablaban en murmullos por encima del sordo tintineo de la vajilla. La silla vacía de la doctora Welliver estaba flanqueada por el doctor Pasquantonio y la señorita Duplessis, que evitaban mirar el lugar que su difunta colega había ocupado solo unos días antes. «¿Eso pasa cuando te mueres? —se preguntó Claire—. ¿De repente todo el mundo hace como si nunca hubieras existido?».

—¿Podemos sentarnos aquí, Claire?

Levantó la vista y vio a Teddy y a Will con sus bandejas de desayuno. Eso era nuevo y diferente; ahora *dos* personas querían unirse a ella.

—Como queráis —dijo.

Se sentaron a su mesa. En la bandeja de Will había una abundante ración de huevos y salchichas. Teddy solo tenía un triste montoncito de patatas y una única rebanada de pan tostado seco. No podían ser más diferentes, incluso en la elección de la comida.

—¿Hay algo a lo que *no seas* alérgico? —preguntó a Teddy, señalando su desayuno.

—Hoy no tengo hambre.

—Nunca tienes hambre.

Él se subió las gafas por la pálida nariz y señaló la salchicha del plato de Claire.

—Contiene toxinas. La carne procesada cocinada a altas temperaturas tiene carcinógenos de aminas heterocíclicas.

—Qué rico. No me extraña que sepa tan bien. —Se metió el último trozo de salchicha en la boca, solo para llevar la contraria. Que le hubieran disparado en la cabeza le daba una perspectiva diferente sobre peligros menores como los cancerígenos.

Will se inclinó hacia ella y dijo en voz baja:

—Va a haber una reunión especial, justo después del desayuno.

—¿Qué reunión?

—De los Jackales. Quieren que tú también vengas.

Claire miró la cara redonda y con granos de Will y de repente le vino a la cabeza una palabra: *endomorfo.* La había aprendido en su libro de salud, un término que era mucho más amable que los que utilizaba Briana a espaldas de Will. *Gordito. Cerdo pecoso.* Claire y Will tenían mucho en común; Teddy también. Los tres eran inadaptados: chicos demasiado raros, gordos o miopes para ser invitados a la mesa de los chicos populares. Así que harían suya esa mesa: la mesa de los marginados.

—¿Vendrás? —preguntó Will.

—¿Por qué me queréis en vuestra estúpida reunión?

—Porque tenemos que juntar nuestras cabezas y hablar de lo que le pasó a la doctora Welliver.

—Ya le he contado a todo el mundo lo que pasó —dijo Claire—. Se lo conté a la policía. Se lo conté a la doctora Isles. Se lo conté…

—Will se refiere a lo que *realmente* pasó —dijo Teddy.

Claire lo miró con el ceño fruncido. Teddy, el ectomorfo; otra palabra que había aprendido del libro de salud. *Ecto* como en *ectoplasma:* pálido y tenue como un fantasma.

—¿Estás diciendo que no dije la verdad?

—No ha querido decir eso en absoluto —dijo Will.

—Es lo que parecía.

—Solo nos preguntamos… Los Jackales se preguntan…

—¿Estáis hablando a mis espaldas? ¿Vosotros y el club?

—Estamos intentando comprender cómo ocurrió.

—La doctora Welliver saltó del tejado y reventó contra el suelo. No es tan difícil de entender.

—Pero *¿por qué* lo hizo? —dijo Will.

—La mitad de las veces, ni siquiera puedo decirte por qué hago las cosas que hago —dijo Claire, y se puso de pie.

Will alargó el brazo por encima de la mesa y le cogió la mano para impedir que se fuera.

—¿Que saltase del tejado tiene *algún* sentido para ti?

Ella miró la mano de él, que tocaba la suya.

—No —admitió.

—Por eso debes venir —dijo él con tono urgente—. Pero no puedes hablar de ello. Julian dice que es solo para los Jackales.

Miró a través del comedor hacia la mesa donde Briana, de pelo brillante, estaba sentada cotilleando con los otros chicos populares.

—¿Ella va a estar allí? ¿Es una broma?

—Claire, soy yo *el que te lo está pidiendo* —dijo Will—. Sabes que puedes confiar en mí.

Miró a Will, y esa vez no se centró en sus granos ni en su rostro pálido como la luna, sino en sus ojos. Esos suaves ojos marrones con largas pestañas. Nunca había visto a Will hacer o decir algo desagradable. Era bobalicón, a veces molesto, pero nunca hiriente. «*No como yo*». Pensó en las veces que lo había ignorado o que había puesto los ojos en blanco por algo que él decía, o que se había reído, junto con todos los demás, de las monstruosas olas que hacía cuando se zambullía en el lago. «*En algún lugar, un granjero echa de menos a su cerdo*», habían dicho las otras chicas, y Claire no había rebatido aquel cruel comentario. Ahora, al mirarlo a los ojos, se sintió avergonzada.

—¿Dónde nos reuniremos? —preguntó.

—Bruno nos mostrará el camino.

* * *

El camino que subía por la ladera detrás del colegio era empinado y rocoso, una dirección que Claire aún no había explorado en sus excursiones de medianoche. La ruta estaba tan mal señalizada que, sin Bruno Chinn para guiarlos, ella podría haberse perdido entre los árboles. Al igual que Claire, Bruno tenía trece años y era otro inadaptado, pero uno implacablemente alegre

que parecía destinado a ser siempre el chico más bajo del grupo. Correteando como una cabra montesa por un peñasco, lanzó una mirada impaciente a sus tres compañeros rezagados.

—¿Alguien quiere echar una carrera hasta la cima? —propuso.

Will se detuvo, con la cara sonrojada y la camiseta pegada al torso.

—Me estoy muriendo, Bruno. ¿No podemos descansar?

Bruno les hizo señas para que avanzaran, un pequeño Napoleón sonriente dirigiendo su carga colina arriba.

—No seáis tan perezosos. Tenéis que poneros en forma como yo.

—¿Quieres matar a Bruno? —murmuró Claire—. ¿O lo hago yo?

Will se secó el sudor de la cara.

—Dame un minuto. Me pondré bien —jadeó. Desde luego, no parecía estar bien mientras avanzaba resollando; sus enormes zapatos resbalaban sobre el musgo.

—¿Adónde vamos? —gritó Claire.

Bruno se detuvo y se volvió hacia sus tres compañeros.

—Antes de seguir adelante, todos tenéis que prometerlo.

—¿Prometer qué? —dijo Teddy.

—Que no revelaréis esta ubicación. Es *nuestro* lugar, y lo último que queremos es que ese viejo gruñón del señor Roman nos diga que está fuera de los límites.

Claire resopló.

—¿Crees que no lo sabe ya?

—Solo prometedlo. Levantad las manos derechas.

Con un suspiro, Claire levantó la mano. También lo hicieron Will y Teddy.

—Lo prometemos —dijeron a la vez.

—De acuerdo, entonces. —Bruno se giró y apartó unos arbustos—. Bienvenidos a la guarida de los Jackales.

Claire fue la primera en entrar en el claro. Al ver los escalones de piedra, resbaladizos por el musgo, se dio cuenta de que no se trataba de una abertura natural entre los árboles, sino de algo hecho por el hombre. Algo muy antiguo. Subió los escalones hasta una terraza circular de granito erosionado y entró en un círculo de trece rocas gigantes, donde ahora estaban sentados sus compañeros Lester Grimmett y Arthur Toombs. Cerca, a la sombra de los árboles, había una casita de piedra, con el tejado verde por el musgo, las persianas cerradas y sus secretos guardados bajo llave.

Teddy se dirigió al centro del círculo y se giró despacio para observar las trece rocas.

—¿Qué es este lugar? —preguntó maravillado.

—He intentado buscarlo en la biblioteca del colegio —dijo Arthur—. Creo que el señor Magnus construyó esto cuando construyó el castillo, pero no encuentro ninguna referencia en ningún sitio.

—¿Cómo encontraste este lugar?

—No lo encontramos nosotros. Jack Jackman lo encontró hace años. Lo reclamó para los Jackales, y ha sido nuestro desde entonces. La casa de piedra estaba cayéndose cuando Jackson

la vio por primera vez. Él y los primeros Jackales la arreglaron, le pusieron techo y persianas. Cuando hace frío, nos reunimos allí.

—¿Quién levantaría una casa aquí, en medio del bosque?

—Es un poco extraño, ¿no? Como estas trece rocas. ¿Por qué *trece*? —Arthur bajó la voz—. Tal vez el señor Magnus tenía una secta o algo así.

Claire miró hacia abajo, donde la hierba se había colado por las grietas entre las piedras. Con el tiempo, los arbolillos y finalmente los árboles harían lo suyo para camuflar los cimientos, levantar, separar y romper el granito. Los años ya habían hecho su daño. Pero aquella mañana de verano, con la bruma que se cernía a lo lejos, le pareció que aquel lugar era eterno, que siempre había sido así.

—Creo que esto es mucho más antiguo que el castillo —dijo—. Creo que lleva aquí mucho tiempo.

Caminó hasta el borde de la terraza. A través de un hueco entre los árboles, miró hacia el valle. Allí estaba el colegio Evensong, con sus numerosas chimeneas y torres, y más allá, las oscuras aguas del lago. «Desde aquí puedo ver el mundo entero», pensó. Dos canoas remando por el lago, dibujando estelas en el agua. Alumnos a caballo, como puntos moviéndose a lo lejos en el sendero. Allí de pie, con el viento en la cara, se sentía omnividente y omnipotente. Reina del universo.

El ladrido de un perro le indicó que Julian se acercaba. Se volvió y lo vio subir los escalones de la terraza de piedra, con Oso pisándole los talones como siempre.

—Habéis venido todos —dijo, y miró a Claire—. ¿Habéis aceptado el compromiso?

—Hemos prometido no hablar de este lugar, si te refieres a eso —dijo ella—. Tampoco sois una orden secreta. ¿Por qué tenemos que encontrarnos aquí?

—Así podemos sentirnos libres para decir lo que pensamos. Nadie más puede oírnos. Y lo que se dice aquí se queda aquí. —Julian miró al círculo de estudiantes, que ahora eran siete en total.

«Un buen grupo», pensó Claire. Bruno, la alegre cabrita del monte. Arthur, que tocaba todo cinco veces antes de usarlo. Lester, cuyas pesadillas a veces terminaban en gritos que despertaban a todos en el dormitorio. Claire era la única chica del grupo, e incluso entre esos bichos raros se sentía llamativa.

—Está ocurriendo algo extraño —dijo Julian—. No nos están diciendo la verdad sobre la doctora Welliver.

—¿Como que la verdad? —preguntó Teddy.

—No estoy convencido de que se suicidara.

—La vi hacerlo —dijo Claire.

—Puede que eso no sea lo que ocurrió en realidad.

Claire se puso tensa.

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Vi a Maura embolsar el azucarero de la doctora Welliver y enviarlo al laboratorio de criminalística. Y la noche después de volver de ver la autopsia, tuvo una larga reunión con algunos de los profesores. Están preocupados, Claire. Creo que incluso están asustados.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros tres? —preguntó Will—. ¿Por qué nos pediste que estuviéramos aquí?

—Porque vosotros tres —dijo Julian, volviéndose para mirar a Will— estáis de alguna manera en el centro de todo esto. Oí a Maura hablando por teléfono con la detective Rizzoli y salieron vuestros nombres. Ward. Clock. Yablonski. —Miró de Will a Teddy y a Claire—. ¿Qué tenéis los tres en común?

Claire miró a sus dos compañeros y se encogió de hombros.

—¿Somos raros?

Bruno soltó una de sus molestas risitas.

—Como si *esa* no fuera la respuesta obvia.

—También están vuestros expedientes —dijo Arthur.

—¿Qué pasa con nuestros expedientes? —preguntó Claire.

—El día que murió la doctora Welliver, yo era su cita de la una. Cuando entré a su oficina, vi que tenía tres carpetas abiertas sobre su escritorio, como si las hubiera estado leyendo. Tu expediente, Claire. Y los de Will y Teddy.

Julian dijo:

—Aquella noche, después de que se suicidase, los tres expedientes seguían en su mesa. Algo sobre *vosotros tres le llamó la* atención.

Claire miró a su alrededor, a las caras expectantes.

—Ya sabéis por qué. Es por nuestras familias. —Se volvió hacia Will—. Cuéntales cómo murieron tus padres.

Will se miró los pies, esos enormes pies en sus enormes zapatillas.

—Dijeron que solo había sido un accidente. Un accidente de avión. Pero más tarde me enteré de que…

—No fue un accidente —dijo Julian.

Will negó con la cabeza.

—Fue una bomba.

—Teddy —dijo Claire—. Cuéntales lo que me contaste a mí. Sobre tu familia.

—No quiero hablar de ello —susurró Teddy.

Claire miró a los otros estudiantes.

—Los asesinaron, como a los padres de Will. Como a los míos. Es lo que todos queríais oír, ¿no? *Eso es* lo que tenemos en común.

—Cuéntales el resto, Claire —dijo Julian—. Lo que les pasó a vuestras familias de acogida.

Los ojos de todos se volvieron hacia Claire.

Ella dijo:

—*Ya sabes* lo que ha pasado. ¿Por qué haces esto? ¿Porque es divertido joderles la cabeza a los niños raros?

—Solo estoy tratando de entender lo que está pasando aquí. Contigo y con el colegio. —Julian miró a los otros Jackales—. Hablamos de ser investigadores algún día y de cómo cambiaremos el mundo. Nos pasamos todo el tiempo aprendiendo sobre los tipos de sangre y los moscardones,

pero todo es teórico. Ahora tenemos una investigación real a nuestro alrededor, aquí mismo. Y *ellos tres están en el* centro.

—¿Por qué no le preguntas a la doctora Isles? —dijo Will.

—Dice que no puede hablar de ello. —Y añadió con un ligero resentimiento—: Al menos, no conmigo.

—¿Así que vas a dirigir tu propia investigación? ¿Con un grupo de chicos? —Claire se rio.

—¿Por qué no podemos? —Julian se acercó a ella, tanto que Claire tuvo que levantar la vista para encontrarse con sus ojos—. ¿No te lo preguntas, Claire? ¿Vosotros tampoco, Will y Teddy? ¿Quién os quiere muertos? ¿Por qué lo desean tanto como para intentar mataros *dos veces*?

—Es como esa espeluznante película, *Destino Final —dijo* Bruno, demasiado alegre—. Sobre esos chicos que se supone que mueren en un accidente de avión, pero escapan. Y la Muerte sigue persiguiéndolos.

—Esto no es una película, Bruno —dijo Julian—. No estamos hablando de lo sobrenatural. Gente real está haciendo esto, y por una razón. Tenemos que averiguar por qué.

Claire soltó una carcajada desdeñosa.

—¿Te escuchas? ¿Crees que puedes averiguar lo que la policía no puede? No sois más que un puñado de críos con sus microscopios y sus juegos de química. Así que dime, Julian, ¿cómo vas a encajar todo este increíble trabajo policial entre clase y clase?

—Voy a empezar preguntándote *a ti.* A ti es a quien le está pasando esto, Claire. Debes tener alguna idea de lo que os conecta a los tres.

Ella miró a Will y a Teddy. El endomorfo y el ectomorfo.

—Bueno, seguro que no somos parientes, porque no nos parecemos en nada.

—Y todos vivíamos en lugares diferentes —dijo Will—. Mi madre y mi padre murieron en Maryland.

—Los míos murieron en Londres —dijo Claire. «*Donde yo también estuve a punto de morir*».

—¿Teddy? —preguntó Julian.

—Ya he dicho que no quiero hablar de ello —dijo.

—Esto podría ser importante —dijo Julian—. ¿No quieres respuestas? ¿No quieres saber por qué murieron?

—¡Ya *sé* por qué murieron! Porque estábamos en un barco. En el *estúpido* barco de mi padre en medio de la nada. Si no hubiéramos estado allí, si nos hubiéramos quedado en casa…

—Cuéntaselo, Teddy —lo alentó Claire suavemente—. Cuéntales lo que pasó en el barco.

Durante un largo momento, Teddy no dijo nada. Permaneció con la cabeza gacha mirando las piedras. Cuando por fin habló, lo hizo en voz tan baja que apenas pudieron oírlo.

—Había gente con armas —susurró—. Oí gritos. A mi madre. Y a mis hermanas. Y no pude ayudarlas. Todo lo que pude hacer fue… —Sacudió la cabeza—. Odio el agua. No quiero volver a estar en un barco.

Claire se acercó a Teddy y lo rodeó con sus brazos. Sintió que el corazón de él aleteaba como el de un pájaro contra su frágil pecho.

—No es culpa tuya —murmuró—. No pudiste salvarlos.

—Yo sobreviví. Y ellos no.

—No te culpes a ti mismo. Culpa a la gente que lo hizo. O al mundo de mierda. O incluso a tu padre, por llevarte en ese barco. Pero nunca te culpes a ti mismo, Teddy.

Él se zafó de sus brazos y se alejó del círculo.

—Esto es una tontería. No quiero jugar a este juego.

—No es un juego —dijo Julian.

—¡Para *ti* lo es! —exclamó Teddy—. Tú y tu estúpido club. ¿No lo entiendes? Para nosotros, esto es la vida real. Es *nuestra* vida.

—Por eso sois vosotros los que tenéis que resolverlo, los tres —dijo Julian—. Tenéis que juntar vuestras cabezas. Averiguar qué tenéis en común. Vuestras familias, vuestros padres, dónde fuisteis al colegio. Se trata de encontrar ese vínculo, esa persona que os une.

—¿Persona? —Will preguntó en voz baja—. Quieres decir el asesino.

Julian asintió.

—Todo se reduce a eso. Hay alguien que ha pasado por vuestras vidas o por las de vuestros padres. Alguien que podría estar buscándoos ahora mismo.

Claire miró a Will y recordó lo que él le había dicho: «*Siento* que *te conozco*». No recordaba nada de él. No recordaba muchas cosas, pero eso era porque le habían disparado en la cabeza. Muchas cosas podían achacarse a esa bala, desde sus notas mediocres hasta su insomnio, pasando por su extraño mal genio.

Y ahora el viejo dolor de cabeza había vuelto. También culpaba a la bala por eso.

Se acercó a una roca y se sentó a masajearse el cuero cabelludo, pasando los dedos por la vieja lesión de su cráneo. Era un recuerdo permanente de todo lo que había perdido. A sus pies, un arbolito flaco había crecido entre las piedras. «Ni siquiera el granito puede detener lo inevitable —pensó—. Algún día el árbol se abrirá paso, resquebrajando y levantando la roca. Aunque corte este arbolito, saldrá otro».

Como hacen los asesinos.

* * *

Claire abrió el armario y buscó la maltrecha caja de cartón que estaba sobre un estante. No la había sacado desde que llegó a Evensong, y apenas recordaba lo que contenía. Hacía dos años, Barbara Buckley y ella la habían llenado con algunos recuerdos del apartamento de sus padres en Londres. Desde entonces, la caja había viajado con ella, de Londres a Ithaca y ahora allí, pero ni una sola vez había mirado dentro. Tenía miedo de volver a ver sus caras, de que le hicieran recordar todo lo que había perdido. Se sentó en la cama y dejó la caja a su lado. Reunió fuerzas un momento antes de levantar las solapas de cartón.

Arriba del todo había un unicornio de porcelana. «Izzy —pensó—. Recuerdo su nombre». Era de su madre, una baratija que Isabel Ward había comprado en un mercadillo; lo llamaba su amuleto de la buena suerte. «*La suerte se acabó, mamá. Para todos nosotros*».

Con cautela, Claire dejó el unicornio en la mesilla de noche y volvió a meter la mano dentro de

la caja. Una bolsa de terciopelo con cordón con las joyas de su madre. Los pasaportes de sus padres. Un pañuelo de seda que olía ligeramente a perfume, algo fuerte y alimonado. Por último, en el fondo, dos álbumes de fotos.

Sacó los álbumes y los puso sobre su regazo. Era obvio cuál era el más reciente; aún tenía algunas páginas vacías al final. Abrió primero ese volumen y vio su propia cara sonriendo desde la primera página de fotografías. Llevaba un vestido amarillo vaporoso y sostenía un globo frente a la entrada de Disney World. No se acordaba del vestido ni de haber ido a Disney World. ¿Cuántos años tenía en esa foto? ¿Tres? ¿Cuatro? No se le daba bien calcular la edad de los niños. Si esa foto no hubiera existido, no habría sabido que había pisado el Reino Mágico.

«Otro recuerdo que he perdido», pensó. Quería arrancar aquella página del álbum, hacer pedazos aquella fotografía mentirosa. Si no lo recordaba, daba igual que nunca hubiera sucedido. Ese álbum era un libro de mentiras, la infancia de otra chica, los recuerdos de otra chica.

—¿Puedo pasar, Claire? —preguntó Will, asomándose por la puerta abierta. Parecía tener miedo de entrar y se quedó en el pasillo, con la cabeza gacha, como si ella pudiera lanzarle algo.

—Me da igual —respondió. Lo dijo como una invitación, pero, cuando él retrocedió, Claire gritó—: Oye, ¿adónde vas? ¿No quieres entrar a ver mi habitación?

Solo entonces Will entró, pero vaciló justo al atravesar la puerta y miró nervioso a su alrededor. Las estanterías, los escritorios, las cómodas. Evitó mirar las camas, como si alguna pudiera saltar y morderle.

—Mis compañeros están haciendo las maletas para Quebec —dijo Will—. Es una mierda que no podamos ir con ellos mañana.

—Como si quisiera estar atrapada en un autobús durante horas y horas. Prefiero quedarme aquí —dijo Claire, aunque no era cierto. Pasó una página del álbum y vio otra foto suya, esa vez vestida con un sombrero de vaquero, sentada en un poni de aspecto deprimido.

—¿Eres tú? —Will rio—. Eras una monada.

Molesta, Claire cerró el álbum de un manotazo.

—Solo estoy investigando, como Julian nos pidió.

—Yo también estoy investigando. —Metió la mano en el bolsillo y desplegó una hoja de papel —. Estoy trabajando en una línea del tiempo de nuestras vidas. Todas las cosas que nos han pasado a Teddy, a ti y a mí, y cómo podrían relacionarse. Intento ver si algo se cruza entre nosotros. Aún necesito las fechas exactas de Teddy, pero tengo las tuyas aquí. ¿Quieres comprobarlas?

Cogió la hoja de papel y se centró en los dos sucesos marcados que representaban sus tragedias personales. El primero era la fecha en que ella y sus padres habían sido atacados a tiros en Londres, un suceso tan borroso en su memoria que podría haberle ocurrido a otra chica, no a ella. Pero el suceso aún estaba lo bastante fresco como para que se le revolviera el estómago por la culpa. Había evitado pensar en ello durante las últimas semanas, pero ver aquella fecha en la línea del tiempo de Will le trajo un torrente de recuerdos dolorosos. Lo alegremente que se había escabullido de casa de los Buckley aquella noche. Qué cansados y preocupados parecían Bob y Barbara cuando la fueron a buscar en su coche. «*Murieron por mi culpa. Porque fui una idiota*

*desconsiderada»*.

Le devolvió la línea del tiempo a Will.

—Sí. Las fechas están bien.

Él señaló los álbumes de fotos.

—¿Has encontrado algo?

—Solo fotos.

—¿Puedo ver?

No quería revelar más fotos embarazosas de sí misma, así que dejó a un lado el álbum más reciente y abrió el de sus padres. En la primera página vio a su padre, Erskine, alto y guapo, con traje y corbata.

—Ese es mi padre —dijo.

—¡Lo que se ve detrás de él es el Monumento a Washington! Yo he estado allí. Mi padre me llevó al Museo del Aire y del Espacio cuando tenía ocho años. Es un sitio genial.

—Ya. Sí, genial.

Will la miró.

—¿Por qué haces eso, Claire?

—¿Hacer qué?

—Hacerme de menos todo el tiempo.

Una negación burbujeó en sus labios; entonces le vio la cara y se dio cuenta de que lo que había dicho era cierto. Lo menospreciaba todo el tiempo. Suspiró.

—No era mi intención.

—Entonces, ¿no es porque crees que me lo merezco? ¿Como si fuera repugnante o algo así?

—No. Es porque no pienso las cosas. Es un hábito estúpido.

Él asintió.

—Yo también tengo hábitos estúpidos. Como usar siempre la palabra *como*.

—Basta ya, entonces.

—Acordemos que ambos dejaremos de hacerlo. ¿De acuerdo?

—Claro, como quieras. —Pasó más páginas del álbum, vio más fotos de su guapo padre posando en diferentes escenarios. En un pícnic con amigos bajo los árboles. En bañador en una playa con palmeras. Llegó a una foto de su madre y su padre, con los brazos entrelazados, delante del Coliseo romano.

—Mira. Es mi madre —dijo en voz baja, acariciando la imagen con un dedo. De repente, el aroma del perfume de aquel pañuelo atravesó la niebla de los recuerdos perdidos y pudo oler el pelo de su madre, sentir sus manos en la cara.

—Se parece a ti —dijo Will asombrado—. Es muy guapa.

«Los dos eran guapísimos —pensó Claire, mirando con anhelo a su madre y a su padre. Debían pensar que el mundo entero estaba a sus pies cuando les hicieron esta foto. Eran muy guapos y tenían toda la vida por delante. Y vivían en Roma. ¿Alguna vez se pararon a pensar, alguna vez imaginaron lo prematuramente que acabaría su futuro?».

—Esta foto es de hace diecinueve años —dijo Will, fijándose en la fecha que la madre de

Claire había escrito en el álbum.

—Entonces acababan de casarse. Mi padre trabajaba en la embajada. Era secretario político.

—¿En Roma? Genial. ¿Naciste allí?

—Mi certificado de nacimiento dice que nací en Virginia. Supongo que mi madre volvió a casa para tenerme.

Pasaron más páginas, vieron más imágenes de la misma atractiva pareja sonriendo en una cena, levantando copas de champán en un cóctel, saludando desde una lancha motora. «Vivir *la dolce vita*», solía decir su madre. La dulce vida. Y eso era lo que Claire veía en esas fotos, un registro de lo que parecía ser una cadena interminable de buenos momentos con colegas y amigos. Pero para eso estaban hechos los álbumes de fotos, para mostrar los mejores momentos de la vida. Los momentos que querías recordar, no los que querías olvidar.

—Mira. Tienes que ser tú —dijo Will.

Era una foto de la madre de Claire, sonriendo desde la cama del hospital mientras acunaba a un bebé. Vio la fecha escrita a mano y dijo:

—Sí, es el día en que nací. Mi madre decía que fue muy rápido. Decía que yo tenía prisa por salir y que casi no llegó al hospital a tiempo.

Will se rio.

—Sigues teniendo prisa por salir.

Pasó las páginas y vio más fotos aburridas de bebés. En un cochecito. En una trona. Con el biberón en la mano. Nada de eso la ayudaba a recordar nada, porque todas habían sido tomadas antes de que ella tuviera recuerdos. Podría ser el álbum de otro niño.

Llegó a la última página. En las dos últimas fotos, Claire no aparecía. En ellas había otro cóctel, otro grupo de extraños sonrientes con copas de vino en la mano. Esa era la carga de la mujer del diplomático, solía bromear su madre. «*Siempre sonriendo, siempre servicial*». Claire estaba a punto de cerrar el álbum cuando la mano de Will se cerró de repente sobre la suya.

—Espera —dijo—. Esa foto.

—¿Qué pasa?

Will cogió el álbum y se inclinó para estudiar una de las fotos de la fiesta. En ella aparecía el padre de Claire, con una copa de cóctel en la mano, riendo a carcajadas con otro hombre. El pie de foto escrito a mano decía: «4 DE JULIO. ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, EE. UU.!».

—Esta mujer —murmuró Will. Señaló a una esbelta morena que estaba a la derecha de Erskine Ward. Llevaba un escotado vestido verde con un cinturón dorado y su mirada estaba fija en el padre de Claire. Era una mirada de admiración descarada—. ¿Sabes quién es? preguntó Will.

—¿Debería?

—M*írala.* Intenta recordar si la has visto alguna vez.

Cuanto más la miraba, más familiar le resultaba la mujer, pero solo era la sombra de un recuerdo del que no podía estar segura. Uno que tal vez ni siquiera existiera, con o sin esfuerzo por su parte.

—No lo sé —dijo—. ¿Por qué?

—Porque la conozco.

Ella lo miró con el ceño fruncido.
—¿Cómo puede ser? Este es *mi* álbum familiar.
—Y esa —dijo Will, señalando a la mujer de la foto— es mi madre.

# VEINTISÉIS

Anthony Sansone llegó a Evensong en la oscuridad, como había hecho antes.

Desde su ventana, Maura vio aparcar el Mercedes en el patio de abajo. Bajó una figura conocida, alta y vestida de negro. Al pasar bajo el farol del patio, proyectó brevemente una larga y siniestra sombra sobre los adoquines y luego desapareció.

Maura salió de su habitación y bajó las escaleras para interceptarlo. En el rellano del segundo piso se detuvo y miró hacia el sombrío vestíbulo, donde Sansone y Gottfried hablaban en voz baja.

—… todavía no está claro por qué lo hizo —dijo Gottfried—. Nuestros contactos están muy preocupados. Hay demasiadas cosas que no sabíamos de ella, cosas que *debería habernos* contado.

—¿Crees que *fue* un suicidio?

—Si no es suicidio, ¿cómo explicamos…? —Gottfried se congeló al oír el crujido de un escalón. Ambos se giraron para ver a Maura de pie en las escaleras.

—Doctora Isles —dijo Gottfried, forzando al instante una sonrisa—. ¿Tiene insomnio?

—Quiero oír la verdad —dijo— sobre Anna Welliver.

—Estamos tan desconcertados por su muerte como usted.

—No se trata de su muerte. Se trata de su vida. Dijo usted que no tenía respuestas para mí, Gottfried. —Miró a Sansone—. Tal vez Anthony sí.

Sansone suspiró.

—Supongo que ha llegado el momento de ser sincero contigo. Te lo debo, Maura. Ven, hablemos en la biblioteca.

—Entonces, os daré las buenas noches a los dos —dijo Gottfried, y se volvió hacia la escalera. Allí se detuvo y volvió a mirar a Sansone—. Anna se ha ido, pero eso no rompe la promesa que le hicimos. Recuérdalo, Anthony. —Subió los escalones y desapareció en las sombras.

—¿Qué significa eso? —preguntó Maura.

—Significa que hay cosas que no puedo contarte —dijo él, cuando entraron en el sombrío pasadizo que conducía a la biblioteca.

—¿Para qué tanto secreto?

—La cuestión es la confianza. Anna nos reveló cosas bajo la más estricta confidencialidad. Detalles que no podemos compartir. —Hizo una pausa al final del pasadizo—. Pero ahora nos preguntamos si incluso *nosotros* sabíamos la verdad sobre ella.

Durante el día, la luz del sol inundaba las ventanas *palladianas* de la biblioteca y brillaba sobre las mesas de madera pulida. Pero ahora las sombras cubrían la habitación, transformando las alcobas en oscuras cuevas. Anthony encendió una única lámpara de escritorio y, en una penumbra íntima, se sentaron uno frente al otro delante de una mesa. A su alrededor se alzaban hileras e hileras de estanterías en erudita formación, dos milenios de conocimiento. Pero a quien le costaba leer era a ese hombre, un hombre tan desconocido como un libro cerrado.

—¿Quién *era* Anna Welliver? —preguntó Maura—. Vi su autopsia. Su cuerpo estaba cubierto de viejas cicatrices de tortura. Sé que su marido fue asesinado, pero ¿qué le pasó a Anna?

Anthony sacudió la cabeza.

—¿Siempre será así entre nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no podemos tener conversaciones normales como otras personas? ¿Sobre el tiempo, el teatro? En vez de eso hablamos de tu trabajo y no es el más agradable de los temas. Pero supongo que eso es lo que nos sigue uniendo.

—¿La muerte, quieres decir?

—Y la violencia. —Se inclinó hacia delante, sus ojos tan intensos como láseres—. Tú y yo somos muy parecidos. Hay oscuridad en ti, y ese es el vínculo que compartimos. Ambos lo entendemos.

—¿Entender qué?

—Que la oscuridad es real.

—No quiero ver el mundo de esa manera —dijo Maura.

—Pero ves las pruebas cada vez que un cadáver va a parar a tu mesa de autopsias. Sabes que el mundo no es todo sol, y yo también.

—¿Y eso es lo que aportamos a esta amistad, Anthony? ¿Pesimismo y tristeza?

—Lo percibí en ti la primera vez que nos vimos. Está muy arraigado en ti, debido a quién eres.

*«Quién soy»*. La reina de los muertos. La hija de los monstruos. La oscuridad se extendía tan rápido como la sangre en sus venas, porque era la misma sangre que corría por las de su madre, Amalthea, una asesina que pasaría el resto de su vida en prisión.

Anthony la miraba con tanta intensidad que ella no pudo mantener el contacto visual. Se centró, en cambio, en su maletín. Hacía casi dos años que se conocían y, sin embargo, con una sola mirada, él era capaz de desequilibrarla y hacer que se sintiera como un espécimen bajo el microscopio, examinada y expuesta.

—No estoy aquí para hablar de mí —dijo Maura—. Prometiste que me dirías la verdad sobre Anna.

Él asintió.

—Al menos, lo que *puedo* decirte.

—¿Sabías que fue víctima de torturas?

—Sí. Y sabíamos que seguía profundamente atormentada por lo que les ocurrió a ella y a su marido en Argentina.

—Sin embargo, la contrataste. La tomaste como consejera de niños vulnerables.

—El Consejo Escolar de Evensong la contrató.

—Debiste aprobarla personalmente.

Anthony asintió.

—Me basé en sus referencias, sus calificaciones académicas, su dedicación a las víctimas del crimen. Y era de *los nuestros*.

—Un miembro de la Sociedad Mefisto.

—A ella también la marcó personalmente la violencia. Hace veintidós años, Anna y su marido trabajaban para una empresa internacional en Argentina cuando fueron secuestrados. Tanto Anna como su marido fueron torturados. Su marido, Frank, fue ejecutado. Los asesinos nunca fueron capturados. Esa experiencia enseñó a Anna que la justicia no es fiable. Que los monstruos siempre están con nosotros. Dejó la empresa en la que trabajaba, volvió a estudiar y se convirtió en terapeuta de víctimas de delitos. Hace dieciséis años, se unió a nosotros.

—Vosotros no figuráis en las Páginas Amarillas. ¿Cómo se enteró de la sociedad?

—Como lo hacen todos nuestros miembros: a través de un intermediario.

—¿La reclutasteis?

—Su nombre fue propuesto a la sociedad por un miembro que servía en las fuerzas del orden. Anna llamó su atención por su excelente trabajo como terapeuta. Sabía que había perdido a su marido a causa de la violencia, que era especialmente eficaz con las víctimas infantiles y que tenía múltiples contactos en las fuerzas del orden y en los organismos de protección de menores de todo el país. —Levantó el maletín que había llevado a la biblioteca y lo dejó sobre la mesa—. Tras recibir la noticia de su muerte, revisé su expediente.

—¿Cada miembro tiene un expediente?

—Se recopila en el momento de la propuesta. He quitado la información sensible, pero esto es lo que puedo compartir contigo.

—¿No se me puede confiar el expediente completo?

—Maura. —Suspiró—. Aunque confío en ti, cierta información solo puede compartirse entre miembros.

—Entonces, ¿por qué me enseñas esto?

—Porque te has involucrado en la investigación. Asististe a la autopsia y pediste un análisis toxicológico completo de la sangre de Anna, así que asumo que tienes dudas de que fuera un suicidio. Cuando planteas preguntas, te escucho. Porque sé lo buena que eres en tu trabajo.

—Aún no tengo pruebas que apoyen mis dudas.

—Pero algo ha despertado tus instintos. Algo en tu subconsciente ha captado detalles de los que aún no eres consciente. Te está diciendo que algo no está bien. —Se inclinó hacia ella para mirarla a la cara—. ¿Estoy en lo cierto?

Maura pensó en el azucarero vacío. Y en la desconcertante conversación telefónica entre Jane y Anna. Bajó la vista hacia el expediente que Sansone le había puesto delante y abrió la carpeta.

La primera página era una foto de Anna, antes de que su pelo se volviera canoso. Había sido tomada dieciséis años antes, cuando la habían propuesto para la sociedad. Como siempre, llevaba un modesto vestido de manga larga y cuello alto, una elección de vestuario que la hacía parecer excéntrica, pero que Maura comprendía ahora que pretendía ocultar las cicatrices de la tortura. Nada en la sonrisa de Anna, en sus ojos, hablaba de viejos tormentos o de un futuro suicidio.

Maura pasó la página y se encontró con una árida recopilación de datos biográficos. Nacida en Berlín, hija de un oficial del ejército estadounidense y su mujer. Licenciada en Psicología por la Universidad George Washington en D. C., se casó con Franklin Welliver. Junto a su marido, trabajó para una empresa internacional de cazatalentos con oficinas en México, Chile y

Argentina.

Pasó la página y vio artículos de periódico sobre el secuestro de la pareja y el posterior asesinato de Franklin en Argentina. Un segundo recorte decía que los asesinos nunca fueron detenidos.

—Anna experimentó personalmente el fracaso de la justicia —dijo Sansone—. Eso la convirtió en uno de los nuestros.

—No es el tipo de calificación para socio que alguien querría.

—Ninguno de nosotros se unió a la sociedad porque *quisiera*, como quien quiere unirse a un club de campo. Nos vimos obligados a unirnos a causa de tragedias personales que nos dejaron enfadados, desesperanzados o sumidos en la desesperación. Entendemos lo que la gente corriente no entiende.

—El mal.

—Esa es una forma de llamarlo. —Sansone señaló el expediente—. Anna lo entendía. Tras la muerte de su marido, dejó su trabajo y regresó a Estados Unidos para volver a estudiar. Se licenció en Psicología. A su manera, intentaba luchar contra el mal, trabajando con las familias de las víctimas. Le ofrecimos la oportunidad de ser aún más eficaz, de cambiar la vida de toda una generación. No solo como terapeuta, sino como nuestra exploradora de admisiones. Con sus contactos en los organismos de protección de menores y las fuerzas de seguridad, podía identificar a posibles estudiantes en todo el país.

—¿Buscando en casos de asesinato? ¿Poniendo la diana en los heridos?

—Ya hemos tenido esta conversación antes, Maura. Sé que no lo apruebas.

—Porque huele a reclutamiento para vuestra causa.

—Mira a Julian y cómo ha florecido. Dime que este colegio no ha sido bueno para él.

Ella no respondió porque no tenía ninguna refutación. Evensong era exactamente donde Julian debía estar. En esos pocos meses había ganado músculos y confianza.

—Anna sabía que le iría bien aquí —afirmó Sansone—. Si solo se lo juzgara por su expediente escolar en Wyoming, nadie lo consideraría un candidato prometedor. Se saltaba la mitad de las clases, se metía en peleas y cometía delitos menores. Pero Anna vio en su expediente que era un superviviente. Ella sabía que Julian te mantuvo viva en esas montañas sin otra razón que la compasión. Y así supo que era un alumno que queríamos.

—¿Así que ella tomó esa decisión?

—La aprobación de Anna fue clave. Ella eligió a dedo a la mitad de los estudiantes que ves aquí. —Hizo una pausa y añadió—: Incluidos Claire Ward y Will Yablonski.

Maura reflexionó un momento sobre ese último dato. Pensó en la reunión que ella y Jane habían mantenido en el despacho de Anna sobre esos tres niños y sobre si había alguna conexión entre ellos. Anna les había dicho que era una mera coincidencia y que no merecía la pena investigar. Sin embargo, el día que Anna murió, había estado estudiando los expedientes de esos tres chicos.

La habitación estaba tan silenciosa que Maura podía oír los latidos de su propio corazón. El silencio amplificó el sonido de pasos que se acercaban; Maura se volvió cuando cuatro figuras emergieron de las sombras y caminaron hacia el resplandor de la lámpara.

—Tenemos que hablar contigo —dijo Julian. A su lado había tres compañeros: Will, Teddy y Claire, el trío cuyas tragedias parecían no tener fin.

Aunque eran casi las once de la noche y los chicos deberían estar ya en la cama, Sansone los miró con el mismo respeto que a cualquier adulto.

—¿Qué tienes en mente, Julian? —preguntó.

—Los Jackales tuvimos una reunión esta mañana sobre la doctora Welliver —dijo el chico—. Y estos tres miembros han descubierto una pista. Pero necesitamos tu ayuda para seguirla.

Maura suspiró.

—Julian, sé que quieres ser útil, pero es tarde. El señor Sansone y yo tenemos cosas que…

—Queremos ver nuestros expedientes —interrumpió Claire—. Queremos ver todo lo que la policía sabe sobre nosotros y nuestros padres. *Todos los* informes.

—No tengo esa información, Claire.

—Pero puede conseguirla, ¿verdad? O la detective Rizzoli puede hacerlo.

—Son investigaciones en curso. Lo que significa que la información no está destinada al público.

—No somos el público —dijo Claire—. Se trata de nosotros, de *nuestras* vidas, y tenemos derecho a saberlo.

—Sí, tienes derecho a saberlo, cuando seas mayor. Son documentos oficiales y hay detalles que quizá no entiendas.

—¿Porque somos demasiado jóvenes para manejar la verdad? Eso es lo que está diciendo, ¿no? Que los chicos de trece años no pueden afrontarla. Es como si no tuviera ni idea de quiénes somos o por lo que hemos pasado.

—Lo sé, Claire —dijo Maura en voz baja—. Lo comprendo.

—¿Qué es lo que entiende? *¿A ella le dispararon en la cabeza?* Eso es lo que sabe de mí, pero no tiene ni idea de lo que significa en realidad. Despertar en un hospital, sin recordar cómo llegaste allí. No saber que tu madre y tu padre están muertos. Sentir que nunca más serás capaz de leer un libro entero o dormir toda la noche, o incluso retener un maldito pensamiento. —Se llevó la mano a la cabeza—. Cuando me hicieron este agujero en el cráneo, también destrozaron mi vida. Nunca seré como los demás. Siempre seré un bicho raro. Así que no me diga que me conoce, porque no sabe absolutamente nada sobre mí.

Los chicos, estupefactos por aquel arrebato, la miraron atónitos. Tal vez incluso con admiración.

—Lo siento —dijo Maura—. Tienes toda la razón, Claire, no lo sé. —Miró a Will y a Teddy. —Igual que no sé cómo han sido vuestras vidas, no en realidad. Abro cadáveres y veo lo que hay dentro, pero eso es todo lo que puedo hacer. Vosotros tres, bueno, tendréis que contarme lo que los archivos no dicen. Sobre vuestras vidas y quiénes sois.

—Como dice Claire, nosotros somos los raros —dijo Will, y Teddy asintió con tristeza—. Somos los que nadie quiere tener cerca. Es como si todos sintieran que traemos mala suerte y no quisieran tener nada que ver con nosotros por si se les pega. —Will bajó la cabeza—. Y acaban muertos, como la doctora Welliver.

—No hay pruebas de que la muerte de la doctora Welliver fuera otra cosa que un suicidio.

—Tal vez —dijo Will—, pero nuestros expedientes estaban en su escritorio el día que murió. Es como si, por abrirlos, hubiera sufrido una maldición.

—Maura —dijo Julian—, queremos ayudar en la investigación. Tenemos información.

—Los Jackales son un buen grupo, Julian. Pero hay profesionales investigando todo lo que ha pasado.

—Esto es solo para profesionales, ¿es eso?

—Sí, así es.

—¿Y si descubrimos algo que los profesionales no vieron? —Miró a Claire—. Enséñaselo.

Solo entonces Maura se dio cuenta de que Claire llevaba un libro en la mano.

—Este es mi álbum familiar —dijo Claire, entregándole el volumen a Maura.

Maura abrió el libro y vio una fotografía de un joven y una joven de pie ante el Coliseo romano, ambos rubios e increíblemente atractivos.

—¿Tus padres? —preguntó.

—Sí. Mi padre trabajaba en la embajada. Era funcionario político.

—Hacían buena pareja, Claire.

—Eso no es lo que quería enseñarle. —Claire pasó las páginas del álbum hasta llegar a la última—. Es esta foto, la del cóctel. Ahí está mi padre, hablando con ese tipo. ¿Y ve a esta mujer de pie a un lado, con el vestido verde? ¿Sabe quién es?

—¿Quién?

—Es mi madre —dijo Will.

Maura se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Estás seguro? Podría ser alguien que se parece a ella.

—E*s* mi madre. Reconozco el vestido. Siempre lo llevaba a las fiestas. Era verde, con un cinturón dorado, y me dijo que era el vestido más caro que se había comprado nunca, pero que la calidad siempre se paga. Ese era su lema, lo que solía decirme siempre. —La voz de Will se apagó y sus hombros se hundieron mientras decía en voz baja—: Esa es mi madre.

Maura miró el pie de foto: «4 DE JULIO. ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, EE. UU.!».

—No hay año. No sabemos cuándo se tomó esta foto.

—La cuestión es que estaban *juntos* —dijo Julian—, en la misma fiesta. ¿Y sabes quién más estaba allí?

—Él —dijo Claire. Señaló al hombre rubio que conversaba en la foto con Erskine Ward. Captado de perfil, era más alto que Ward, ancho de hombros y de constitución fuerte. En una sala llena de gente que bebía vino, él era el único que sostenía una lata de cerveza.

—Es mi padre —dijo Teddy.

—A*hí está* la conexión —dijo Julian—. Sigue sin decirnos por qué los mataron o por qué alguien quiere hacerles daño a sus hijos tantos años después. Pero esta es la prueba que estabas buscando. El padre de Claire. El padre de Teddy. La madre de Will. Se *conocían*.

* * *

La imagen escaneada brillaba en la pantalla del ordenador de Frost: una foto de invitados vestidos de fiesta, algunos sentados, otros de pie, la mayoría con una copa en la mano. Las figuras centrales del cuadro eran Erskine Ward y Nicholas Clock, que estaban frente a frente, pero con la cara parcialmente vuelta hacia la cámara, como si alguien acabara de gritar: «¡Sonrían, caballeros!». La madre de Will, Olivia, estaba en la periferia junto a otra mujer, pero su mirada se dirigía hacia Erskine Ward. Jane escrutó los demás rostros, buscando a los cónyuges de los tres, pero no los vio en medio de aquella reunión elegante, adinerada y claramente bien provista de bebidas alcohólicas.

—Esa —dijo Frost, señalando a Olivia— es la expresión de una mujer que está loca por Ward.

—¿Lo ves en su cara?

—A mí nadie me mira así.

—Podría ser solo la mirada de una vieja amiga. Alguien que lo conoce bien.

—Entonces, es curioso que no encontremos nada más que vincule a Olivia y Erskine. Si se conocían tan bien.

Jane se repantigó en la silla y estiró el cuello. Era casi medianoche y todos los demás miembros de la Unidad de Homicidios habían abandonado el edificio. «Nosotros también deberíamos haberlo hecho», pensó. Pero esas fotos escaneadas, que Maura había enviado por correo electrónico a la policía de Boston, los habían mantenido a Frost y a ella en sus escritorios durante la última hora. Maura había enviado ocho fotos del álbum familiar de los Ward, imágenes de barbacoas y fiestas de etiqueta, de reuniones en interiores y al aire libre. En ninguna de las otras fotos había visto Jane ni a Olivia Yablonski ni a Nicholas Clock; esa era la única imagen en la que aparecían los dos junto con Erskine Ward. Una fiesta del 4 de Julio, año sin especificar, en una sala con al menos una docena de personas visibles en la toma.

¿Dónde y cuándo se hizo esa foto?

Frost pasó por las otras siete imágenes y se detuvo en una foto de la familia Ward, sentada en un sofá blanco. Claire parecía tener unos ocho años. Estaban vestidos con sus mejores galas, Erskine con un traje gris, Isabel con un vestido bien cortado y americana. Detrás de ellos había un árbol de Navidad muy bien decorado.

—Esta es la misma habitación del cóctel —dijo Frost—. ¿Ves el hogar ahí, a la derecha? También está en la otra foto. Y aquí… —Hizo *zoom* en una esquina de la habitación—. ¿Parece la misma moldura de corona?

—Sí, así es —dijo Jane. Entrecerró los ojos para leer el pie de foto del álbum: «NUESTRA ÚLTIMA NAVIDAD EN GEORGETOWN. LONDRES, ¡ALLÁ VAMOS!». —Miró a Frost—. Esta fue tomada en D. C.

—Así que el cóctel fue allí. La pregunta es, ¿por qué Nicholas Clock y Olivia Yablonski fueron invitados a la fiesta de un diplomático? Nicholas se dedicaba a las finanzas. Olivia era representante de ventas de equipos médicos. ¿Cómo y dónde se conocieron estas tres personas?

—Vuelve a la otra foto —dijo Jane.

Frost abrió la imagen del cóctel, que ahora sabían que era en Washington.

—Aquí parecen más jóvenes —dijo Jane. Se dio la vuelta para coger el expediente de la familia

Ward de su escritorio y lo abrió para ver el currículum de Erskine Ward—. Funcionario del servicio exterior, sirvió en Roma catorce años y en Washington cinco. Luego fue destinado a Londres, donde fue asesinado un año después.

—Así que este cóctel se celebró en algún momento durante los cinco años de estancia de los Ward en Washington.

—Bien. —Jane cerró el expediente—. ¿Cómo se conocieron estos tres? Debió ser en Washington. O… —Miró a Frost justo cuando el mismo pensamiento pareció surgir en la mente de él.

—Roma —dijo Frost, y se irguió, entusiasmado—. ¿Recuerdas lo que nos dijo aquel tipo de la NASA? Neil y Olivia estaban deseando viajar a Roma, donde se conocieron.

Jane se giró para coger el expediente sobre los Yablonski.

—Todo este tiempo, nos hemos centrado en Neil y *su* trabajo, persiguiendo esa estúpida mierda de la NASA y los extraterrestres, cuando deberíamos haber estado mirando a Olivia. La anodina Olivia con el trabajo aburrido, que se quedaba con la mirada perdida en las reuniones de su marido en la NASA. Olivia, que viajaba regularmente al extranjero para vender equipos médicos. ¿Qué vendías en realidad, Olivia?

Jane encontró la página que buscaba.

—Aquí está. Fecha de matrimonio, Olivia y Neil Yablonski. Hace quince años. Conoció a su futuro marido en Roma, lo que la situaría allí durante la misma época en la que Erskine Ward trabajaba en la embajada.

—¿Y este tipo? —Frost señaló al padre de Teddy, Nicholas Clock, que tenía una figura llamativa y atlética, un hombre lo bastante seguro de sí mismo como para beber cerveza cuando todos los demás bebían vino, para llevar pantalones Dockers y una camisa de golf entre una multitud de chaqueta y corbata—. ¿Podemos situar a Nicholas Clock en Roma por esas mismas fechas? ¿Estuvieron los tres allí?

Jane hojeó el expediente.

—No sabemos lo suficiente sobre Clock. La mayor parte de lo que tenemos es lo que nos envió la policía de Saint Thomas.

—Solo era un turista en Saint Thomas. Allí, nadie lo conocería.

—Pero lo conocerían en Providence, donde trabajaba. —Jane hojeó la carpeta—. Aquí. Consultor financiero en Jarvis y McCrane, en la calle Chapman. —Levantó la vista—. Nuestra próxima parada.

# VEINTISIETE

«De todas formas, yo no quería ir a Quebec».

Enfurruñada en el patio, Claire vio cómo sus emocionados compañeros subían al autobús de la excursión. Le había dicho a Will que no quería estar encerrada en ningún autobús durante horas, pero ese era un autobús nuevo y elegante, no un destartalado cacharro amarillo como los que utilizaban la mayoría de los colegios. Bruno metió el dedo en la llaga gritando por la ventana del autobús, anunciando todos los lujos a bordo.

—¡Eh, gente, tiene televisores! ¡Auriculares! ¡Wifi!

Briana y las princesas salieron del edificio con sus bonitas maletas de cabina, que hicieron rodar por los adoquines en una procesión real. Cuando pasaron junto a ella, Claire oyó que una de ellas se burlaba en voz baja:

—Merodeadora nocturna.

—Perdedora —respondió Claire.

Briana se dio la vuelta.

—Voy a decirlo aquí, alto y claro, para que todos lo oigan. Mi habitación está *cerrada*. Si cuando vuelva encuentro que falta algo, lo que *sea*, todos sabremos quién lo hizo.

—Sube al autobús, Briana —dijo la señorita Saul con un suspiro, mientras ella y la señorita Duplessis intentaban que sus alumnos subieran—. Tenemos que ponernos en marcha ahora si queremos llegar antes de la hora de comer.

Briana lanzó una mirada envenenada a Claire y subió al autobús.

—¿Estás bien, Claire? —preguntó la señorita Saul en voz baja.

De todos los profesores de Evensong, la señorita Saul era su favorita, porque la miraba como si la viera de verdad y le importara. Y lo que veía ahora debía ser obvio: que, por mucho que Claire negara querer ir con ellos, odiaba quedarse en el colegio.

—Es solo porque todavía sois muy nuevos en Evensong —dijo la señorita Saul—. Podréis ir a nuestra próxima excursión. Y lo pasareis de maravilla este fin de semana, solo los cuatro, teniendo todo el colegio para vosotros.

—Supongo que sí —murmuró Claire.

—El señor Roman ha preparado fardos de heno, por si quieres tirar unas flechas. Serás una experta arquera para cuando volvamos.

*«¿No tiene miedo de que mate a otro pollo?»,* fue lo que pensó Claire, pero mantuvo la boca cerrada mientras la señorita Saul subía al autobús y se cerraban las puertas. Con una exhalación de humo diésel, el vehículo se alejó y pasó bajo el arco de piedra; Claire oyó ladridos detrás de ella y vio un destello de pelaje negro cuando el perro de Julian pasó disparado persiguiendo al autobús.

—¡Oso! —gritó Claire—. ¡Vuelve aquí!

El perro la ignoró y salió corriendo del patio. Claire lo siguió hasta la orilla del lago, donde Oso se detuvo de repente con el hocico levantado. Ya no parecía interesado en el autobús, que siguió

por la carretera y desapareció tras la curva. En cambio, el perro dio media vuelta y tomó otra dirección.

—¿Adónde vas? —le preguntó Claire. Con un suspiro, lo siguió alrededor del edificio, hacia el sendero que conducía cuesta arriba.

Oso se abría paso entre los matorrales moviéndose más rápido ahora, tan rápido que ella tuvo que darse prisa para seguirle el ritmo.

—¡Oso, *vuelve aquí!* —le ordenó.

Vio con frustración cómo se escabullía entre la maleza. De obediente, nada; no podía conseguir que ni siquiera un perro le mostrara respeto.

A medio camino cuesta arriba por el risco, renunció a perseguirlo y se dejó caer sobre una roca. Desde allí, podía contemplar el tejado del colegio. No era una vista tan espectacular como la de la guarida de los Jackales, pero era suficiente, sobre todo en esa mañana luminosa, con el sol brillando en el lago. El autobús ya habría salido y estaría camino de Quebec. A mediodía comerían en un restaurante francés de lujo —Briana había presumido de ello—, visitarían el Museo de la Experiencia de Quebec y darían un paseo en un ascensor al aire libre que subía por un acantilado.

*«Mientras tanto, a mí me toca sentarme en esta estúpida roca»*.

Rompió un trozo de liquen y lo arrojó por el borde. Se preguntó si Will y Teddy ya habrían terminado de desayunar. Quizá quisieran hacer tiro con arco con ella. Pero, en lugar de bajar, se tumbó de espaldas, estirándose como una serpiente al sol, y cerró los ojos. Oyó el quejido de un perro y sintió que Oso le rozaba los vaqueros. Le acarició el lomo, sintiéndose reconfortada por el tacto de su pelaje. ¿Qué era lo que hacía tan reconfortante la compañía de un perro? Quizá el hecho de que nunca tuvieras que ocultarles tus sentimientos, de que nunca tuvieras que fingir una sonrisa en su beneficio.

—Oso, amigo querido —murmuró, y abrió los ojos para mirarlo—. ¿Qué me has traído?

El perro tenía algo en la boca que no parecía dispuesto a soltar. Solo cuando ella le dio un tirón lo soltó por fin. Era un guante de cuero negro. ¿En qué lugar del bosque había encontrado Oso un guante? Olía mal y brillaba con la saliva del perro.

Haciendo una mueca, lo cogió y sintió que pesaba. Al mirar dentro, vio algo blanco que brillaba. Dio la vuelta al guante y lo sacudió con fuerza. Lo que salió disparado la hizo gritar y retroceder; se alejó del objeto que yacía, apestoso, sobre la roca.

Una mano.

* * *

—Siempre los encuentran los perros —dijo la doctora Emma Owen.

Maura y la forense de Maine estaban de pie en la sombra moteada del bosque, con los insectos zumbándoles alrededor de la cara y el aire cargado de hedor a cadáver. Maura pensó en otros cadáveres que había examinado a lo largo de los años, también desenterrados por perros, cuyo olfato siempre está alerta para encontrar tesoros tan maduros. Aunque estos restos estaban a

cientos de metros ladera arriba, Oso había captado el olor y lo había rastreado hasta ese matorral, donde la densa maleza ocultaba parcialmente el cadáver. El hombre, que parecía musculoso y en forma, vestía pantalones de camuflaje, un cortavientos verde oscuro, una camiseta y botas de montaña. Llevaba un cuchillo de sierra atado al tobillo y, sobre una roca cercana, descansaba un rifle con mira telescópica. Estaba tumbado sobre el costado izquierdo, exponiendo la cara derecha y el cuello a la intemperie. Los carroñeros habían estado entretenidos; le habían arrancado el cuero cabelludo y la cara con avidez, habían roído el cartílago nasal y excavado en la órbita derecha, que ahora estaba vacía, con la cavidad limpia. «Cánidos», pensó Maura, observando las marcas de dientes en la piel restante, las perforaciones en el delgado hueso orbital. Probablemente coyotes. O, en esa zona remota, tal vez lobos. Incluso en esa maraña de enredaderas, la causa de la muerte era fácil de detectar: una flecha de aluminio, con la punta incrustada profundamente en el ojo izquierdo, las plumas de la cola teñidas de un verde intenso.

En otras circunstancias, Maura habría supuesto que se trataba de un cazador desafortunado, abatido en el bosque por el descuido de otro cazador. Pero ese hombre había entrado de forma ilegal en la propiedad de Evensong y, desde la roca donde tenía colocado el rifle, tenía una vista privilegiada del valle y del colegio. Podría haber observado quién llegaba a la propiedad y quién se marchaba.

Maura, acostumbrada como estaba a los olores nauseabundos, tuvo que apartar la vista cuando colocaron el cadáver sobre una sábana de plástico, lo que levantó un hedor tan nauseabundo que Maura tuvo arcadas y se tapó la nariz con el brazo. El personal de la doctora Owen iba completamente ataviado y enmascarado, pero Maura, que se encontraba allí como mera observadora, se había conformado con guantes y cubrezapatos; la forense de la gran ciudad intentaba demostrar que estaba demasiado curtida para dejarse vencer por un cadáver putrefacto.

La doctora Owen se agachó sobre el cuerpo.

—Apenas hay *rigor mortis* persistente aquí —dijo, probando el rango de movimiento de las extremidades.

—Anoche hacía diez grados —dijo uno de los detectives de la policía estatal—. Estaba templado.

La médica forense levantó el borde de la camiseta de la víctima para dejar al descubierto el abdomen. Los cambios producidos por la autolisis resultaban evidentes incluso desde donde estaba Maura. La muerte desencadena una cascada de cambios en los tejidos blandos a medida que las enzimas que se filtran digieren las proteínas y desintegran las membranas. Las células sanguíneas se rompen y se filtran a través de las paredes de los vasos, y las bacterias se dan un festín en esa sopa de nutrientes, llenando el abdomen de gases. Haciendo frente al hedor, Maura se agachó junto a la doctora Owen. Vio las venas azules que veteaban el vientre hinchado y supo que, si le bajaban los pantalones, encontrarían el escroto hinchado con esos mismos gases.

—Entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas —dijo la doctora Owen—. ¿Está de acuerdo?

Maura asintió.

—Basándome en la cantidad relativamente menor de daño por carroñeros, yo favorecería el extremo inferior de ese intervalo *post mortem*. Los ataques se limitan a la cabeza y el cuello y…

—Maura hizo una pausa y miró el muñón óseo que sobresalía de la manga de la chaqueta—… la mano. La muñeca debió quedar al descubierto. Así es como llegaron a ella. —Se preguntó si Oso habría probado la mano antes de llevarle su pútrido premio a Claire. «*Un lametón amistoso no será tan bien recibido después de esto*».

La doctora Owen palpó la chaqueta y los pantalones de la víctima.

—Aquí hay algo —dijo, y sacó una fina cartera del bolsillo del pantalón—. Y tenemos identificación. Permiso de conducir de Virginia. Russell Remsen, metro ochenta y cinco, noventa kilos. Pelo castaño, ojos azules, treinta y siete años. —Miró el cadáver—. Podría ser. Esperemos que tenga radiografías dentales.

Maura se quedó mirando la cara de la víctima, con la mitad roída y la otra mitad hinchada y manchada de fluido de descomposición. Una ampolla *post mortem* había hinchado el párpado intacto hasta convertirlo en un saco abultado. En el lado derecho, los carroñeros habían despojado el cuello de piel y músculo; el daño se extendía hasta el escote de la ropa, donde los dientes afilados ya habían perforado y deshilachado la tela, intentando desgarrar la salida torácica. La evisceración habría sido lo siguiente: los animales habrían arrastrado y devorado el corazón y los pulmones, el hígado y el bazo. Las extremidades serían arrancadas de las articulaciones, premios portátiles para ser llevados a guaridas y cachorros. El bosque también haría lo suyo, las enredaderas se retorcerían alrededor de las costillas y los insectos hurgarían y devorarían. «En un año —pensó—, Russell Remsen sería poco más que fragmentos óseos esparcidos entre los árboles».

—Este tipo no llevaba el rifle de caza habitual —dijo el detective de la policía estatal, examinando el arma que estaba sobre la roca. Con las manos enguantadas, la acercó a la doctora Owen y la giró para mostrarle el sello del fabricante en la parte inferior.

—¿Qué clase de rifle es ese? —preguntó Maura.

—Un M110 de Knight's Armament, semiautomático con soporte. —Lo inspeccionó, claramente impresionado—. Tiene una óptica excelente, cargador de veinte balas. Dispara un 308 o un 762 OTAN. Alcance efectivo de ochocientos metros.

—Santo cielo —dijo la doctora Owen—. Podrías dispararle a un ciervo en el condado vecino.

—No fue diseñado para cazar ciervos. Es de uso militar. Un rifle de francotirador muy bonito y caro.

Maura miró al muerto con el ceño fruncido. En concreto, los pantalones de camuflaje.

—¿Qué hacía aquí arriba con un rifle de francotirador?

—Bueno, un cazador de ciervos *podría* usar uno de estos. Es un arma bastante útil si quieres abatir un ciervo a larga distancia. Pero es como usar un Rolls-Royce para ir al supermercado. —Sacudió la cabeza—. Supongo que esto es lo que llamaríamos ironía. Aquí estaba, armado con el equipo más avanzado, y lo derriba algo tan primitivo como una flecha. —Miró a la doctora Owen—. Supongo que esa va a ser la causa de la muerte, ¿no?

—Sé que la causa de la muerte parece obvia, Ken, pero esperemos hasta la autopsia.

—Sabía que diría eso.

La doctora Owen se volvió hacia Maura.

—Si quiere unirse a nosotros en la morgue mañana, será bienvenida.

Maura pensó en abrir ese vientre, maduro de putrefacción y gases fétidos.

—Creo que pasaré de esta autopsia —dijo, y se levantó—. Se supone que estoy de vacaciones de la Muerte. Pero ella sigue encontrándome.

La doctora Owen también se puso en pie y su mirada pensativa incomodó a Maura.

—¿Qué está pasando aquí, doctora Isles?

—Ojalá lo supiera.

—Primero un suicidio. Ahora esto. Y ni siquiera puedo decirle qué es. ¿Un accidente? ¿Un homicidio?

Maura se centró en la flecha que sobresalía del ojo del muerto.

—Esto requeriría de un tirador experto.

—En realidad, no —dijo el detective estatal—. La diana de un blanco de tiro con arco es más pequeña que la cuenca de un ojo. Un arquero decente podría acertar desde cien o doscientos pies, especialmente con una ballesta. —Hizo una pausa—. Suponiendo que quisiera darle a este blanco.

—Está diciendo que podría haber sido un accidente —dijo la doctora Owen.

—Solo estoy imaginando situaciones —dijo el policía—. Digamos que dos amigos vienen a cazar a este terreno sin permiso. El del arco ve un ciervo, se emociona y lanza una flecha. Vaya, su amigo cae. El del arco se asusta y huye. No se lo dice a nadie, porque sabe que han entrado ilegalmente. O está en libertad condicional. O simplemente no quiere problemas. —Se encogió de hombros—. Me lo puedo imaginar.

—Esperemos que esa *sea* la historia —dijo Maura—. Porque no me gusta la alternativa.

—¿Que haya un arquero homicida merodeando por estos bosques? —dijo la doctora Owen—. No es un pensamiento reconfortante, tan cerca de un colegio.

—Y aquí va otro pensamiento inquietante. Si este hombre no estaba cazando ciervos, ¿qué estaba haciendo aquí con un rifle de francotirador?

Nadie respondió, pero la respuesta pareció obvia cuando Maura contempló el valle. «Si yo fuera un francotirador —pensó—, aquí es donde esperaría. Me camuflaría entre la maleza y tendría una vista despejada del castillo, el patio y el camino».

Pero ¿quién era el objetivo?

Esa pregunta la persiguió mientras bajaba por el sendero una hora más tarde entre rocas desnudas, bajo el sol y la sombra y el sol de nuevo. Pensó en un tirador apostado en la colina más arriba. Imaginó una mira telescópica apuntando a su espalda. Un rifle con un alcance de ochocientos metros. Media milla. Nunca se daría cuenta de que alguien la estaba observando, apuntándole. Hasta que sintiera la bala.

Por fin, salió tambaleándose de una maraña de enredaderas y llegó al jardín trasero del colegio. Mientras se quitaba las ramitas y las hojas de la ropa, oyó voces de hombres que discutían. Provenían de la cabaña del guardabosques, donde comenzaba el bosque. Se acercó a la cabaña y, a través de la puerta abierta, vio a uno de los detectives que había conocido antes en la colina. Estaba dentro con Sansone y el señor Roman. Ninguno de ellos le prestó atención cuando entró.

Vio una gran variedad de herramientas de montaña. Hachas, cuerdas y raquetas de nieve. Y colgados de una pared había al menos una docena de arcos, así como carcajes llenos de flechas.

—Estas flechas no tienen nada de especial —dijo Roman—. Se pueden encontrar en cualquier tienda de artículos deportivos.

—¿Quién tiene acceso a todo este equipo, señor Roman?

—Todos los alumnos. Es un colegio, ¿o no se ha dado cuenta?

—Ha sido nuestro instructor de tiro con arco durante décadas —dijo Sansone—. Es una práctica que les enseña disciplina y concentración. Habilidades valiosas y relevantes para todas sus asignaturas.

—¿Y todos los alumnos hacen tiro con arco?

—Todos los que quieren hacerlo —dijo Roman.

—Si lleva décadas enseñando, debe ser bastante bueno con el arco —comentó el detective.

El guardabosques gruñó.

—Es cierto.

—¿Qué significa eso?

—Suelo cazar.

—¿Ciervos? ¿Ardillas?

—No hay suficiente carne en una ardilla para que valga la pena.

—La cuestión es, ¿podría darle a una?

—También puedo darle a usted en el ojo desde cien metros. Eso es lo que quiere saber, ¿no? Si maté a ese tipo en la cresta.

—Tuvo la oportunidad de examinar el cadáver, ¿verdad?

—El perro nos llevó directamente a él. No tuvimos que examinarlo. Está clarísimo cómo murió.

—No debe ser un tiro fácil de hacer, una flecha a través del ojo. ¿Alguien más en este colegio es capaz de hacerlo?

—Depende de la distancia, ¿no?

—Cien metros.

Roman resopló.

—Aquí no hay nadie más que yo.

—¿Ninguno de los estudiantes?

—Ninguno le ha dedicado el tiempo suficiente. Ni ha recibido la formación necesaria.

—¿Cómo se formó usted?

—Aprendí solo.

—¿Y solo caza con arco? ¿Nunca con rifle?

—No me gustan los rifles.

—¿Por qué no? Parece que un rifle sería mucho más fácil para cazar ciervos.

Sansone intervino.

—Creo que el señor Roman le ha dicho lo que quería saber.

—Es una pregunta simple. ¿Por qué no usa un rifle? —El detective miró fijamente a Roman, esperando una respuesta.

—No necesitas responder más preguntas, Roman —dijo Sansone—. No sin un abogado.

Roman suspiró.

—No, contestaré. De todos modos, me parece que ya lo sabe todo sobre mí. —Miró al policía a los ojos—. Hace veinticinco años, maté a un hombre.

En aquel silencio, la brusca inspiración de Maura hizo que el policía la mirara por fin.

—Doctora Isles, ¿le importaría salir? Me gustaría continuar este interrogatorio en privado.

—Que se quede, no me importa —dijo Roman—. Mejor sacar todo fuera ahora, así no hay secretos. Nunca quise mantenerlo en secreto. —Miró a Sansone—. Aunque usted pensaba que era lo mejor.

—¿Lo sabía, señor Sansone? —preguntó el policía—. ¿Y lo emplea aquí de todos modos?

—Deje que Roman le cuente las circunstancias —dijo Sansone—. Merece ser escuchado, con sus propias palabras.

—De acuerdo. Oigámoslo, señor Roman.

El guardabosques se acercó a la ventana y señaló las colinas.

—Yo crecí allí, a pocos kilómetros de esa cresta. Mi abuelo era el cuidador del castillo desde mucho antes de que se convirtiera en colegio. Nadie vivía aquí entonces, solo era un edificio vacío, a la espera de un comprador. Naturalmente, había intrusos. Algunos venían a cazar y se iban. Embolsaban sus ciervos y se marchaban. Pero algunos de ellos venían a causar problemas. Rompían ventanas, incendiaban el porche. O algo peor. Si uno se topaba con ellos, no sabía a qué clase de gente se estaba enfrentando…

Tomó aire.

—Me lo encontré por allí, saliendo del bosque. Aquella noche no había luna. Apareció de repente. Un tipo grande, llevaba un rifle. Nos vimos y levantó el arma. No sé en qué estaba pensando. Nunca lo sabré. Todo lo que puedo decir es que reaccioné por puro instinto. Le disparé en el pecho.

—Con un rifle.

—Sí, señor. Escopeta. Lo derribé. Probablemente murió en cinco respiraciones. —Roman se sentó con las manos apoyadas en las rodillas; parecía haber envejecido una década—. Acababa de cumplir dieciocho años. Pero supongo que ya lo sabía.

—Pedí una verificación de antecedentes.

Roman asintió.

—No es ningún secreto por estos lares. El caso es que él no era ningún santo, aunque fuera hijo de un médico. Pero lo maté, así que fui a la cárcel. Cuatro años, por homicidio involuntario. —Roman se miró las manos, llenas de cicatrices de años de trabajo al aire libre—. Nunca volví a coger una escopeta. Así es como me volví tan bueno con el arco.

—Gottfried Baum lo contrató nada más salir de la cárcel —dijo Sansone—. No hay hombre mejor.

—Aun así, tiene que venir a la ciudad a firmar una declaración. —El policía se volvió hacia el guardabosques—. Vamos, señor Roman.

—El director Baum hará algunas llamadas, Roman —dijo Sansone—. Se reunirá contigo en la

ciudad. No digas una palabra, no hasta que llegue con un abogado.

Roman siguió al policía hasta la puerta y de repente se detuvo para mirar a Sansone.

—No creo que vuelva aquí esta noche. Así que quiero advertirle de que tiene un gran problema, señor Sansone. Sé que yo no maté a ese hombre. Lo que significa que será mejor que usted averigüe quién fue.

# VEINTIOCHO

La niebla veraniega cubría la autopista hacia Providence, y Jane se inclinó hacia delante, mirando desde detrás del volante los coches y camiones que se deslizaban delante de ellos como fantasmas en la niebla. «Hoy Frost y yo perseguimos un fantasma más», pensó mientras el limpiaparabrisas barría la película gris de la luna delantera. El fantasma de Nicholas Clock, el padre de Teddy. Nacido en Virginia, graduado de West Point con una licenciatura en Económicas, marinero y ávido amante de la naturaleza. Casado y con tres hijos. Trabajó como consultor financiero en Jarvis y McCrane, un trabajo que requería frecuentes viajes al extranjero. Sin detenciones, multas de tráfico ni deudas pendientes.

Al menos eso era lo que parecía Nicholas Clock sobre el papel. Un ciudadano ejemplar. Un hombre de familia.

La niebla se arremolinaba en el camino ante ellos. No había nada sólido, nada real. Nicholas Clock, como Olivia Yablonski, era un fantasma que revoloteaba tranquilamente de un país a otro. ¿Y qué significaba eso de *consultor financiero*? Era una de esas vagas descripciones de trabajo que evocaban a hombres de negocios con traje y maletín, hablando el lenguaje de los signos de dólar. Pregúntale a un hombre a qué se dedica y esas dos palabras, consultor *financiero,* pueden dejarte completamente a oscuras.

De la misma forma que podría hacerlo *una representante de ventas de suministros médicos.*

A su lado, en el asiento del copiloto, Frost respondió al timbre de su teléfono móvil. Jane lo miró cuando dijo, un momento después:

—Me estás tomando el pelo. ¿Cómo demonios *ha* ocurrido?

—¿El qué? —preguntó ella.

Frost le hizo un gesto con la mano para que no molestara y siguió concentrado en la llamada.

—¿Así que nunca terminaste el análisis? ¿No hay nada más que puedas decirnos?

—¿Quién es? —preguntó Jane.

Por fin él colgó y se volvió hacia ella, con una expresión de asombro en el rostro.

—¿Recuerdas el localizador GPS que sacamos del coche de alquiler? Ha desaparecido.

—¿Esa llamada era del laboratorio?

—Han dicho que desapareció del laboratorio anoche en algún momento. Solo pudieron echarle un vistazo preliminar. No había sello del fabricante, era imposible de rastrear. Un equipo de última generación.

—Madre mía. Obviamente era *demasiado* moderno para estar en manos de la policía de Boston.

Frost negó con la cabeza.

—Ahora me estoy asustando en serio.

Se quedó mirando los espectrales remolinos de niebla de la autopista.

—Te diré quién más está asustado —dijo Jane, aferrando el volate con fuerza—. Gabriel. Anoche estaba dispuesto a atarme y meterme en el armario. —Hizo una pausa—. Envié a Regina a quedarse con mi madre esta semana. Para estar seguros.

—¿Puedo esconderme con tu madre también?

Jane rio.

—Eso es lo que me gusta de ti. No tienes miedo de admitir que tienes miedo.

—¿Así que tú no tienes miedo? ¿Es lo que estás diciendo?

Jane condujo un momento sin responder; los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro mientras contemplaba una autopista tan brumosa como el futuro. Pensó en aviones que caían del cielo, balas que destrozaban cráneos y tiburones que se alimentaban de cadáveres.

—Aunque estemos asustados —dijo—, ¿qué otra opción tenemos? Cuando ya estás metido hasta el cuello, la salida es seguir adelante y llegar al final.

Cuando llegaron a las afueras de Providence, la niebla se había convertido en llovizna. La dirección de Jarvis y McCrane estaba en el extremo sureste de la ciudad, cerca del paseo marítimo industrial, un barrio sombrío de edificios abandonados y calles desiertas. Cuando llegaron allí, Jane ya estaba preparada para lo que se encontrarían.

El almacén de ladrillo de dos plantas estaba flanqueado por aparcamientos vacíos. Contempló las pintadas descoloridas y las ventanas tapiadas del primer piso y supo que el edificio llevaba vacío meses, sino años.

Frost observó los cristales rotos de la acera.

—¿Nicholas Clock se pagó un yate de setenta y cinco pies trabajando *aquí*?

—Obviamente este no era su lugar principal de negocios. —Jane empujó la puerta—. Echemos un vistazo, de todos modos.

Salieron del coche en medio de una llovizna que hizo que Jane se subiera la cremallera y el cuello de la chaqueta. Las nubes colgaban tan bajas que parecía que el propio cielo las oprimía, atrapándolas en la penumbra. Cruzaron la calle, sintiendo crujir los cristales bajo sus zapatos, y encontraron la entrada cerrada.

Frost retrocedió y observó las ventanas superiores, la mayoría destrozadas.

—No veo ningún letrero de Jarvis y McCrane.

—He comprobado los registros de impuestos. Ellos figuran como propietarios.

—¿Esto te parece una empresa?

—Vamos por detrás.

Doblaron la esquina, dejaron atrás cajas rotas y un contenedor desbordado. En la parte trasera del edificio, Jane encontró un aparcamiento vacío donde las malezas se abrían paso a través de las grietas del pavimento.

El pestillo de la puerta trasera había sido forzado.

Golpeó la puerta con el zapato y esta se entreabrió, revelando una oscuridad cavernosa en su interior. Se detuvo en el umbral, sintiendo las primeras punzadas de alarma.

—Genial —susurró Frost, tan cerca de ella que la sobresaltó—. Así que ahora tenemos que registrar el tenebroso edificio.

—Por eso te he traído. Para que no te perdieras toda la diversión.

Se miraron el uno al otro y desenfundaron sus armas a la vez. No era su jurisdicción ni su propio estado, pero ninguno de los dos se atrevía a aventurarse desarmado en aquella penumbra.

Jane encendió su linterna y barrió la oscuridad. Vio el suelo de cemento, un periódico arrugado. Sintió que el corazón se le aceleraba al cruzar el umbral.

Hacía más frío aún en el interior, como si esas paredes de ladrillo hubieran atrapado años de humedad y moho, donde cualquier cosa podría estar incubándose. Esperó. Oyó que Frost se acercaba a ella mientras se adentraban en el edificio y los haces de sus linternas pasaban entre pilares y cajas rotas. Frost dio una patada accidental a una lata de cerveza, y el ruido del aluminio sobre el hormigón fue tan sorprendente como un disparo. Ambos se quedaron paralizados cuando el eco se desvaneció en el silencio.

—Lo siento —susurró Frost.

Jane exhaló un suspiro.

—Bueno, ahora todas las cucarachas saben que estamos aquí. Pero no parece que haya nadie más… —Se detuvo y levantó la cabeza hacia el techo.

Encima de ellos, las tablas del suelo crujieron.

De repente, el corazón se le aceleró mientras escuchaba para detectar más movimiento. Frost la siguió de cerca y Jane avanzó hacia una escalera metálica. Al final de los peldaños se detuvo y miró hacia el primer piso, donde una luz gris se filtraba por una ventana. El ruido que habían oído podía no significar nada. Solo el edificio que se asentaba y los tablones que se contraían.

Empezó a subir la escalera de metal; cada peldaño emitía un débil tintineo que hacía zumbar la oscuridad y anunciaba: «*Allá vamos*». Casi al final de los escalones se agachó, con las palmas de las manos sudorosas, y levantó despacio la cabeza para asomarse al rellano del primer piso.

Algo se precipitó hacia ella desde las sombras.

Se estremeció cuando algo pasó silbando junto a su mejilla. Oyó que se rompía el cristal en la pared a su espalda y vio una figura parecida a un cangrejo que se adentraba en la penumbra.

—¡Lo veo, lo veo! —le gritó a Frost, mientras subía al rellano—. ¡Policía! —gritó, con la mirada fija en la figura oscura que se alzaba en la esquina. Estaba replegado sobre sí mismo, con el negro rostro oculto por las sombras.

—Enséñame las manos —le ordenó Jane.

—Yo llegué primero —gruñó una voz—. Lárgate. —La figura levantó un brazo y Jane vio otra botella en su mano.

—¡Suéltala *ahora*! —ordenó.

—¡Dijeron que podía quedarme aquí! Me dieron permiso.

—Deja la botella. Solo queremos hablar.

—¿Sobre qué?

—Este lugar. Este edificio.

—Es mío. Ellos me lo dieron.

—¿Quiénes?

—Los hombres del coche negro. Dijeron que ya no lo necesitaban y que podía quedarme aquí.

—De acuerdo. —Jane bajó su arma—. ¿Por qué no empezamos de nuevo? Primero, ¿cuál es tu nombre?

—Denzel.

—¿Apellido?

—Washington.

—Denzel Washington. Sí, claro. —Ella suspiró—. Supongo que es un nombre tan bueno como cualquier otro. Así que Denzel, ¿qué tal si ambos guardamos nuestras armas y nos relajamos? —Deslizó la pistola en su funda y levantó ambas manos—. ¿Te parece bien?

—¿Qué pasa con él? —preguntó Denzel, señalando a Frost.

—En cuanto deje la botella, señor —dijo Frost.

Al cabo de un momento, Denzel dejó la botella entre sus pies con un golpe seco.

—Solo tardo un instante en arrojarla —dijo—, así que será mejor que os comportéis.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —quiso saber Jane.

Denzel encendió una cerilla y se inclinó para encender una vela. Junto a la llama incandescente, Jane vio un suelo lleno de basura y los restos astillados de una silla rota. Plantado junto a la vela, un afroamericano desaliñado con ropas harapientas.

—Unos meses —dijo.

—¿Cuántos?

—Siete, ocho. Creo.

—¿Alguien más ha venido a ver el lugar?

—Solo las ratas.

—¿Vives solo aquí?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Denzel —dijo Jane, y se sintió ridícula tan solo por decir ese nombre—, estamos intentando averiguar quién es el verdadero dueño de este edificio.

—Te lo he dicho. Yo.

—¿No pertenece a Jarvis y McCrane?

—¿Quiénes son?

—¿Qué hay de Nicholas Clock? ¿Has oído alguna vez ese nombre? ¿Has conocido a ese hombre?

Denzel se volvió de repente y gritó a Frost:

—¿Qué haces ahí? ¿Intentas robarme mis cosas?

—Aquí no hay nada que robar, tío —dijo Frost—. Solo estoy echando un vistazo. Veo un montón de virutas de hierro aquí en el suelo. Esto debe haber sido alguna vieja fábrica de herramientas…

—Mira, Denzel, no estamos aquí para molestarte —dijo Jane—. Solo queremos saber sobre el negocio que había aquí hace dos o tres años.

—No había nada aquí.

—¿Conocías el edificio entonces?

—Este es mi barrio. Tengo ojos.

—¿Conoces a un hombre llamado Nicholas Clock? ¿Mide metro ochenta, rubio, buen porte? Unos cuarenta y cinco años y guapo.

—¿Por qué *me preguntas* a mí por tipos guapos?

—Solo pregunto si has visto a Nicholas Clock por aquí. Esta dirección figuraba como su lugar de trabajo.

Denzel resopló con sarcasmo.

—Debió tener *mucho* éxito. —Se volvió hacia Frost y le espetó—: Tú no prestas atención, ¿verdad? Te he dicho que dejes de mirar en mi casa.

—Joder —dijo Frost, mirando por la ventana rota—. ¡Hay alguien en nuestro coche!

—¿Qué? —Jane se acercó a la ventana y miró hacia el Subaru. Vio que la puerta del pasajero estaba entreabierta. Cogió su arma y exclamó—: ¡Vamos!

—No, no os iréis —dijo Denzel. Y, de repente, Jane sintió el cañón de una pistola contra su nuca—. Vais a soltar las armas. Los dos. —Su voz, que ya no tenía un acento despreocupado, era ahora fría y nítida.

Jane dejó caer su Glock al suelo.

—Usted también, detective Frost —ordenó el hombre.

*«Sabe nuestros nombres».*

La segunda pistola cayó al suelo. Denzel cogió a Jane por la chaqueta y la puso de rodillas. La pistola seguía apretada contra su cráneo, presionada con tanta fuerza contra el cuero cabelludo que parecía la mecha de un taladro a punto de perforar el hueso. ¿Quién encontraría sus cuerpos en ese edificio en ruinas? Podrían pasar días, incluso semanas, antes de que alguien se diera cuenta de que su coche estaba abandonado. Antes de que alguien pensara en localizar a su propietario.

Frost se dejó caer de rodillas junto a ella. Jane oyó que marcaban en un teléfono móvil y luego la voz de Denzel:

—Tenemos un problema. ¿Quieres que lo solucione?

Miró de reojo a Frost y vio terror en sus ojos. Si iban a defenderse, esa era su última oportunidad. Ellos dos contra un hombre armado. Era casi seguro que uno de ellos recibiría un disparo, pero el otro podría sobrevivir. «*Hazlo ahora, mientras está al teléfono y distraído*». Con los músculos en tensión, tomó aire, tal vez por última vez. «*Girar, agarrar, desviar…*».

Unos pasos sonaron en la escalera y el cañón de la pistola se apartó de repente de su cuero cabelludo cuando Denzel se alejó. Estaba fuera de su alcance. Más allá de cualquier esperanza de poder arrebatarle el arma.

Los pasos ascendieron hasta lo alto de la escalera y se dirigieron hacia ellos; los tacones golpeaban contra el suelo de madera.

—Bueno, esto sí que *es* un problema —dijo una voz sorprendentemente familiar. Una voz de mujer—. Podéis levantaros, detectives. Supongo que es hora de dejar de fingir.

Jane se puso en pie y se volvió para ver a Carole Mickey. Pero no se trataba de la rubia peinada con laca que había afirmado ser colega de Olivia Yablonski en Suministros Hospitalarios Leidecker. Esa mujer vestía unos elegantes vaqueros azules y botas negras, y en lugar de un matronal casco rubio enlacado, llevaba el pelo rubio recogido en una apretada coleta que resaltaba los pómulos de una modelo. En otro tiempo, habría sido una belleza deslumbrante, pero la mediana edad estaba ahora grabada en ese rostro, en las arrugas que se abrían en abanico junto

a sus ojos.

—Supongo que no existe la empresa Suministros Hospitalarios Leidecker —dijo Jane.

—Claro que existe —dijo Carole—. Ya has visto nuestro catálogo. Tenemos lo último en sillas de ruedas y asientos de ducha.

—Vendido por representantes de ventas que nunca parecen estar en la oficina. ¿Existen realmente o son todos como Olivia Yablonski y dirigen operaciones en todo el mundo para la CIA?

Carole y Denzel se miraron.

—Eso es un gran salto de lógica, detective —dijo Carole, pero esa pausa de dos segundos le dijo a Jane que había dado en el blanco.

—Y tu nombre en realidad no es Carole, ¿verdad? —dijo Jane—. Porque *sé que* el de él no es Denzel.

—Esos nombres bastarán por ahora.

Denzel dijo:

—Me han preguntado por Nicholas Clock.

—Por supuesto. No son idiotas. —Carole recogió las armas caídas y se las ofreció de nuevo a Jane y Frost—. Por eso he decidido que es hora de que trabajemos juntos. ¿No os parece?

Jane volvió a coger su Glock y consideró, solo por un instante, apuntar a Carole y decirle que se fuera al demonio con eso de *trabajar juntos*. Le habían apuntado con un arma, los habían obligado a ella y a Frost a arrodillarse haciéndoles creer que morirían. No era algo por lo que uno se reconciliara fácilmente. Pero contuvo su temperamento y guardó la pistola en la funda.

—¿Cómo es que estás aquí?

—Sabíamos que veníais hacia aquí. Os hemos estado vigilando.

—Esto es como la empresa Leidecker —dijo Frost—. Otra empresa falsa, esta vez utilizada como tapadera de Nicholas Clock.

—Y aquí es donde vendrían a buscarlo —dijo Carole.

—Pero Clock está muerto. Murió a bordo de su yate.

—E*llos no* lo saben. Durante semanas, hemos estado filtrando rumores de que Clock está vivo, de que ha alterado su apariencia con cirugía plástica.

—¿Quiénes lo buscan? —preguntó Jane.

Carole y Denzel intercambiaron miradas. Después de un momento, ella pareció tomar una decisión y le dijo a Denzel:

—Te necesito fuera para vigilar la calle. Déjanos solos.

Él asintió y salió de la estancia; oyeron sus pasos bajando las escaleras. Carole lo observó desde la ventana y no dijo nada hasta que vio a su socio fuera.

Se volvió hacia Jane y Frost.

—Cajas dentro de cajas. Así es como la CIA controla la información. Él sabe lo que hay en su propia cajita, pero nada de lo que hay fuera de ella. Así que ahora os voy a dar una caja que os pertenece solo a vosotros dos. No se puede compartir. ¿Entendido?

—¿Y quién lo sabe todo? —preguntó Jane—. ¿Quién es el dueño de todas las cajas?

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes o no quieres?

—Eso no es parte de tu caja.

—Así que no tenemos ni idea de cuál es tu posición en esta jerarquía.

—Sé lo suficiente como para dirigir esta operación. Lo suficiente como para saber que teneros a vosotros dos metidos en esto amenaza todo por lo que he trabajado.

—La CIA no está autorizada a realizar operaciones en suelo estadounidense —señaló Frost—. Esto es ilegal.

—También es necesario.

—¿Por qué no se ocupa de esto el FBI?

—Este no era su lío. Era el nuestro. Simplemente estamos limpiando lo que debería haberse terminado hace años.

—En Roma —dijo Jane en voz baja.

Carole no contestó, pero su repentina inmovilidad confirmó lo que Jane creía. Roma era el punto de partida. Donde las vidas de Nicholas, Olivia y Erskine se habían cruzado en un suceso catastrófico que aún seguía causando estragos en las vidas de sus hijos.

—¿Cómo lo has sabido? —dijo Carole al final.

—Hace dieciséis años, estaban todos allí en Roma. Erskine, trabajando como funcionario del servicio exterior. Olivia, trabajando como supuesta representante de ventas. —Jane hizo una pausa, y lanzó una conjetura—. Y Nicholas, viajando como consultor para Jarvis y McCrane. Una empresa que solo existe sobre papel.

Vio la confirmación en el rostro de Carole. La mujer miró por la ventana y suspiró.

—Eran muy engreídos. Muy seguros de sí mismos. Ya lo habíamos hecho antes, así que, ¿qué podía salir mal?

*«Habíamos»*.

—Tú también estabas allí —dijo Jane—. En Roma.

Carole se alejó de la ventana y sus botas taconearon sobre la madera.

—Era una operación sencilla. Solo Olivia era nueva en el equipo. Los demás ya habíamos trabajado juntos. Conocíamos bien Roma, sobre todo Erskine. Era su base de operaciones y tenía a todos los agentes locales preparados. A toda la gente en su lugar. Todo lo que teníamos que hacer era atrapar a nuestro objetivo y sacarlo del país.

—¿Quieres decir… un *secuestro*?

—Suenas muy crítica.

—¿Sobre un secuestro? Sí, tiendo a serlo.

—No lo estarías si conocieras al sujeto en cuestión.

—Te refieres a tu víctima.

—Un criminal responsable, directa e indirectamente, de la muerte de cientos de personas. Estamos hablando de estadounidenses, detective. Nuestros conciudadanos, asesinados en múltiples países. No solo personal militar, sino también inocentes en el extranjero. Turistas, hombres de negocios, familias. Algunos monstruos necesitan ser exterminados por el bien de la

sociedad. Seguramente ambos entendéis eso, considerando vuestros trabajos. Es, después de todo, lo que hacéis. Cazar monstruos.

—Pero lo hacemos dentro de la ley —dijo Frost.

—La ley no tiene dientes.

—La ley nos dice cuándo nos pasamos de la raya.

Carole resopló con sarcasmo.

—Déjame adivinar, detective Frost. Fuiste *boy scout*.

Jane miró a su compañero.

—Bueno, *ha dado en el clavo*.

—Hacemos lo que hay que hacer —dijo Carole—. Todo el mundo sabe que a veces es necesario tomar medidas extremas, pero nadie quiere admitirlo. Nadie quiere reconocerlo. —Se acercó a Jane lo suficiente como para intimidarla—. Si queréis un mundo más seguro, necesitáis a alguien que os haga el trabajo sucio. Ese alguien seríamos nosotros. Estábamos allí para sacar de circulación a un monstruo.

—Estás hablando de una entrega extraordinaria —dijo Frost.

—Eso hace que suene muy clínico. Pero sí, así es como se llama. Hace dieciséis años, nuestra misión era recogerlo, llevarlo a una pista de aterrizaje privada y trasladarlo a un centro de detención en un país colaborador.

—¿Para interrogarlo? ¿Torturarlo? —dijo Jane.

—Es mucho menos de lo que les hizo a sus víctimas. A este hombre no lo movía la política ni las convicciones religiosas. Lo hacía por dinero, y había hecho una fortuna con ello. Si se le transfería suficiente dinero, se las arreglaba para bombardear un club nocturno en Bali. O derribar un jumbo en Heathrow. Su fortuna lo hacía intocable, al menos por los canales normales. Sabíamos que nunca se enfrentaría a la justicia en Italia. Así que tuvimos que hacer justicia de otra manera. Teníamos una oportunidad, y solo una, para atraparlo. Si fracasábamos, si Ícaro se escabullía, pasaría a la clandestinidad. Con sus recursos, nunca tendríamos otra oportunidad con él.

—¿Ícaro?

—Solo un nombre en clave. Su nombre real no es importante.

—Supongo que no salió bien —dijo Jane.

Carole volvió a la ventana y miró a través de los cristales rajados.

—Cumplimos la misión. Esperamos fuera de su restaurante favorito, donde cenaba con su mujer, sus hijos y dos guardaespaldas. Cuando salieron, estábamos preparados. Un equipo acorraló el vehículo de los guardaespaldas. El otro equipo persiguió el coche con Ícaro y su familia. —Se volvió para mirarlos—. ¿Habéis conducido alguna vez por una carretera de montaña allí?

—Nunca he estado en Italia —dijo Jane.

—Y yo nunca podré volver. No después de lo que pasó.

—Has dicho que cumplisteis la misión.

—Sí. De forma espectacularmente sangrienta. Estábamos en persecución. Cuatro de nosotros,

en dos coches, trazando curvas mortales. Casi lo teníamos cuando un camión llegó a la curva. Ícaro chocó con la valla de contención y derrapó. El camión le dio de lleno. —Carole sacudió la cabeza—. Fue un puto desastre. Su mujer y su hijo mayor murieron aplastados por el impacto. El hijo pequeño quedó moribundo.

—¿E Ícaro? —preguntó Frost.

—Estaba vivo. No solo vivo, sino que luchó contra nosotros. Nicholas y Erskine lo sujetaron y lo metieron en uno de nuestros vehículos. Seis horas después estaba en un avión, esposado y sedado. Se despertó entre rejas. ¿Sabe lo primero que dijo cuando me vio? «*Estáis muertos. Todos vosotros*».

—Matasteis a su familia —señaló Jane.

—Eso fue desafortunado. Daños colaterales. Pero cumplimos nuestra misión. El camionero estaba demasiado conmocionado para dar a la policía italiana detalles útiles sobre nosotros. Erskine continuó en su puesto en la embajada. Nicholas volvió a su tapadera como asesor financiero.

—Y Olivia volvió a vender bacinillas inexistentes.

Carole se rio.

—Al menos Olivia se fue a casa con un recuerdo. Se quedó en Italia unas semanas. Conoció a un turista tonto llamado Neil Yablonski. A la luz de las velas, en un restaurante de Roma, supongo que hasta un tonto queda bien. Un año después, se casó con él.

—Y todos siguieron con sus vidas.

—Así es como *debería haber* sido.

—¿Qué salió mal?

—Ícaro escapó.

En el silencio que siguió, Jane ató cabos. La razón por la que tres familias fueron masacradas.

—Venganza —dijo.

Carole asintió.

—Por lo que le hicimos a él y a su familia. Esos trece años que pasó en la cárcel lo convirtieron en un monstruo aún mayor. Le dieron tiempo a nutrir su odio, a alimentarlo, a hacerlo crecer, hasta que lo consumió. La fuga fue un trabajo interno, esa es la única manera en la que pudo haber sucedido. Estoy segura de que ofreció una suma millonaria a quien lo ayudara. Después de que desapareciera, no teníamos ni idea de adónde había ido, ni siquiera de qué aspecto tenía. Nunca localizamos todas sus cuentas secretas, así que aún controlaba una fortuna. Estoy segura de que se compró una nueva cara. Y nuevos amigos en las altas esferas.

—Has dicho que pasó trece años en la cárcel —dijo Frost.

—Sí.

—Así que se escapó hace tres años. —Miró a Jane.

—Debe ser por eso por lo que Nicholas Clock y su familia hicieron las maletas y se fueron en el velero.

Carole asintió.

—Después de que Ícaro escapase, Nicholas se puso nervioso. Todos lo estábamos, pero él fue

el único lo bastante preocupado como para desarraigarse y abandonar la CIA. Yo no creía que Ícaro pudiera localizarnos con facilidad. Hasta que el gobierno italiano se involucró.

—¿Por qué? —dijo Jane.

—Por culpa de la política, de WikiLeaks, de lo que sea. La prensa se enteró de que la CIA había cometido un acto de entrega extraordinaria en suelo italiano. De repente, los italianos se cabrearon. Violación de la soberanía. Una operación de la CIA que mató a tres civiles inocentes. Nuestros nombres fueron eliminados de todos los informes, pero el dinero abre puertas. Sobre todo, si es mucho dinero. —Volvió a la ventana y miró hacia fuera, una silueta esbelta enmarcada en la luz gris—. Erskine y su esposa fueron asesinados primero. A tiros, en un callejón de Londres. Días después, Olivia y su marido también murieron al caer su avión. Intenté advertir a Nicholas, pero el mensaje no le llegó a tiempo. En una semana, mis tres colegas habían muerto.

—¿Cómo has tenido la suerte de seguir con vida? —dijo Jane.

—¿Suerte? —La risa de Carole era amarga—. Esa no es la palabra que elegiría para describir mi vida. Es más bien una *condena*. A mirar siempre por encima del hombro. A dormir siempre con un ojo abierto. Llevo dos años viviendo así, y aunque la CIA hace lo que puede para mantenerme a salvo, nunca me parecerá suficiente. Y no será suficiente para mantener vivos a esos tres niños.

—¿Ícaro iría tan lejos? ¿Mataría a unos niños?

—¿Quién más los cazaría? Mató a Nicholas, Olivia y Erskine, todos con una semana de diferencia. Ahora está cazando a sus hijos, exterminando las líneas familiares hasta el último sobreviviente. ¿No lo ve? Quiere dejar sentada su posición. Es un mensaje dirigido a cualquiera que se atreva a oponerse a él en el futuro. «Si te metes conmigo, *os masacraré a ti y a todos tus seres queridos*». —Se acercó de nuevo a Jane; en su cara estaba marcado profundamente el agotamiento—. Lo intentará de nuevo.

El ruido de un coche que pasaba por la calle hizo que Carole se volviera hacia la ventana. Observó cómo pasaba el vehículo. Mucho después de que el sonido del motor se hubiera desvanecido, seguía allí de pie, buscando, esperando, el ataque que se avecinaba.

Jane sacó su teléfono móvil.

—Voy a llamar a la Policía Estatal de Maine. Les pediré que envíen un equipo…

—No podemos confiar en ellos. No podemos confiar en *nadie*.

—Esos niños necesitan protección *ahora* mismo.

—Lo que os he dicho es clasificado. No podéis compartir ninguno de estos detalles con las fuerzas del orden.

—¿O qué, tendrás que matarnos? —dijo Jane en tono irónico.

Carole se acercó a ella, sin rastro de humor en su rostro.

—No te equivoques. Si tengo que hacerlo, lo haré.

—Entonces, ¿por qué nos cuentas todo esto si es alto secreto?

—Porque ya estáis metidos en el asunto. Porque vuestra interferencia podría arruinarlo todo.

—¿Arruinar qué, exactamente?

—Mi mejor, tal vez mi única oportunidad, de atrapar a Ícaro. Ese era mi plan. Colocar a los tres niños en un solo lugar; no podrá resistirse al objetivo.

Jane y Frost se miraron atónitos.

—¿Lo *planeaste*? —dijo ella—. ¿Planeaste llevar a esos niños a Evensong?

—Empezó como una precaución, no como un plan. La CIA creía que estaban a salvo en sus distintos emplazamientos, pero yo tenía dudas. Los estaba vigilando. Y cuando llegó el primer ataque a la chica…

—Tú eras la buena samaritana. La rubia misteriosa que mágicamente apareció en la escena y luego desapareció.

—Me quedé con Claire el tiempo suficiente para asegurarme de que estaría a salvo. Cuando llegó la policía, me escabullí. Me las arreglé para trasladarla directamente a Evensong, donde ya teníamos a uno de los nuestros.

—La doctora Welliver.

Carole asintió.

—Anna se retiró de la CIA hace años, después de que mataran a su marido en Argentina. Pero sabíamos que podíamos confiar en ella. También sabíamos que Evensong era lo bastante remoto y seguro como para mantener a salvo a la niña. Por eso también enviamos a Evensong al siguiente chico.

—Will Yablonski.

—Fue pura suerte que no estuviera en la casa cuando estalló la bomba. Llegué justo a tiempo para llevármelo.

—Entonces, ¿qué salió mal con Teddy Clock? Sabías lo que sucedería. Sabías que él sería el siguiente objetivo.

—Ese ataque no debería haber ocurrido. La casa era segura, el sistema estaba activado. Algo salió terriblemente mal.

—No me digas —replicó Jane.

—Tenía agentes apostados fuera de la residencia las veinticuatro horas del día. Pero esa noche se les ordenó abandonar sus puestos.

—¿Quién lo ordenó?

—Afirmaron que yo lo hice. No es verdad.

—¿Mintieron?

—Todo el mundo tiene un precio, detective. Solo hay que seguir pujando cada vez más alto hasta alcanzarlo. —Carole empezó a caminar en círculos por la habitación—. Ahora no sé en quién confiar ni hasta dónde llega la cadena. Todo lo que sé es que *él está* detrás y no ha terminado. Quiere a esos tres niños. Y me quiere a mí. —Se detuvo y se volvió para mirar a Jane —. Tengo que ser yo quien acabe con esto.

—¿Cómo? Si no puedes confiar en tu propia gente.

—Por eso me he *ido de* la CIA. Lo hago a mi manera, con gente elegida a dedo con la que sé que puedo contar.

—¿Y nos cuentas todo esto porque confías *en nosotros*? —Jane miró a Frost—. Eso sí que es

un cambio.

—Vosotros dos, al menos, no habéis sido corrompidos por Ícaro.

—¿Cómo lo sabes?

Carole se rio.

—Dos detectives de homicidios y uno de vosotros *boy scout*. —Miró a Frost—. Oh, te he investigado. No bromeaba cuando te he llamado *boy scout*. —Miró a Jane—. Y tú gozas de cierta reputación.

—¿Sí? —dijo Jane.

—Si uso la palabra «perra», *no te* ofendas. Es como llaman a las mujeres como nosotras. Porque no transigimos, no nos quedamos a medias. Golpeamos la pelota hasta el área de gol. —Hizo una leve reverencia—. Hay honor entre perras.

—Caray, me siento halagada —ironizó Jane.

—Lo que quiero decir —dijo Carole— es que es hora de que trabajemos juntos. Si queréis mantener vivos a esos niños, me necesitáis, y yo os necesito a vosotros.

—¿Tienes un plan real en mente o es solo una de esas alianzas teóricas?

—No estaría viva si no hiciera planes. Vamos a hacer que Ícaro se delate.

—¿Cómo?

—Involucrando a los niños.

—Vale —dijo Frost—, no me gusta lo que oigo.

—No lo has oído.

—Has mencionado a los niños. De ninguna manera aceptaremos ponerlos en peligro.

—*Ya están* en peligro, ¿no lo entiendes? —estalló Carole—. Soy la única razón por la que Claire y Will están vivos ahora mismo. Porque yo estaba allí para salvarlos.

—¿Y ahora quieres utilizarlos? —Frost miró a Jane—. Sabes que es lo que está planeando.

—Dale la oportunidad de hablar —dijo Jane, con la mirada fija en Carole. No sabía nada de aquella mujer, ni siquiera su verdadero nombre, y no había decidido si podía confiar en ella. *El honor entre perras* solo funcionaba si conocías a la otra perra. Lo único que Jane sabía era lo que veía: una rubia atlética de unos cuarenta años, con botas caras y un reloj de pulsera aún más caro. Una mujer con un ligero aire de desesperación. Si lo que Carole les había contado era cierto, trabajaba para la CIA desde los veintitantos años. Durante los últimos dos años había estado en constante movimiento, bajo diferentes nombres, lo que habría sido difícil si hubiera tenido una familia que la acompañara. «Es una loba solitaria —pensó Jane—. Una superviviente que haría lo que fuera necesario para seguir viva».

—Sé que os preocupan los niños —dijo Carole—. Pero, si no acabamos con esto, nunca estarán a salvo. Mientras vivan, representan el fracaso para Ícaro. Tiene que demostrar al mundo que no se puede jugar con él. Que, si se meten con él, será implacable. Pensad en cómo serán sus vidas si no lo matamos. Cada año necesitarán nuevas identidades, nuevos hogares. Vivirán corriendo, siempre corriendo. Sé cómo es eso, y no es vida para un niño. Ciertamente no para adolescentes hambrientos de amigos y estabilidad. Esta es su mejor oportunidad para una vida normal, y ni siquiera tienen que saberlo.

—¿Cómo piensas ocultarles esto?

—Ya están donde tienen que estar. Una ubicación defendible. Un camino de acceso vigilado. Un colegio atendido por profesores que los defenderán.

—Espera. ¿Nos estás diciendo que Anthony Sansone sabe esto?

—Solo sabe que están en peligro y que necesitan protección. Le pedí a la doctora Welliver que compartiera eso con él, pero no los detalles.

—¿Así que él no sabe nada de esta operación?

La mirada de Carole se desvió.

—Ni siquiera la doctora Welliver lo sabía.

—Y ahora está muerta. ¿Cómo ocurrió?

—No sé por qué se suicidó. Pero ya tengo a un agente en la propiedad y vendrán más. Son los últimos hijos supervivientes de mis colegas *y* los mantendré a salvo. Se lo debo.

—¿Esto se trata de los niños? —preguntó Jane—. ¿O se trata de ti?

La verdad estaba allí, en el rostro de Carole, en el arco irónico de sus cejas, en la leve inclinación de su cabeza.

—Sí, quiero recuperar mi vida. Pero eso no ocurrirá hasta que lo derribe.

—Si es que lo reconoces cuando lo veas.

—Cualquier intruso armado será derribado. Podremos ordenar los cadáveres más tarde.

—¿Cómo sabes que aparecerá el propio Ícaro?

—Porque lo entiendo. Estos niños son objetivos de alto valor para él. Yo también lo soy. Quiere la satisfacción de vernos morir personalmente. Con todos nosotros en un mismo lugar, no podrá resistirse al cebo. —Miró su reloj—. Estoy perdiendo el tiempo aquí. Tengo que llegar a Maine.

—¿Qué esperas de nosotros? —preguntó Jane.

—Que os mantengáis al margen.

—Teddy Clock es *mi* responsabilidad. Además, estás fuera de tu jurisdicción.

—Lo último que necesito son policías despistados disparando a sus propias sombras. —Bajó la mirada cuando sonó su móvil. Se dio la vuelta y contestó con un brusco—: Habla.

Aunque Jane no podía ver el rostro de la mujer, vio que su columna vertebral se tensaba de repente y sus hombros se enderezaban.

—Vamos para allá —dijo, y cortó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jane.

—Tenía un agente en el lugar. En el colegio.

—¿Tenías?

—Acaban de encontrar su cadáver. —Carole miró a Jane—. Parece que hemos llegado al acto final.

# VEINTINUEVE

—Deberíamos evacuar —dijo Sansone, mientras abría la caja fuerte del salón de curiosidades. En el interior había una pistola. Maura lo observó cargar rápidamente balas de nueve milímetros en el cargador y se sorprendió por su evidente familiaridad con el arma. Nunca lo había visto empuñar una pistola; estaba claro que no solo se sentía cómodo con el arma, sino que, además, estaba preparado para usarla—. Si despertamos a los niños ahora —dijo—, podríamos estar en la carretera en diez minutos.

—¿Y adónde los llevaríamos? —preguntó Maura—. Fuera de ese portón, somos vulnerables. Has convertido este castillo en una fortaleza, Anthony. Tienes un sistema de seguridad, puertas infranqueables. —«*Y una pistola*», pensó, viéndole deslizar el cargador en su sitio—. Jane nos ha dicho que nos atrincheremos y esperemos a que ella llegue. Es lo que deberíamos hacer.

—Por muy seguro que sea este castillo, seguimos siendo un blanco fijo.

—Estamos más seguros dentro que fuera. Jane fue muy clara por teléfono. «*Permaneced juntos. Permaneced en el edificio. No confiéis en nadie*».

Él guardó la pistola en el cinturón.

—Vamos a hacer una última comprobación del perímetro —dijo Anthony, y salió del salón de curiosidades.

El anochecer había refrescado el ambiente y, mientras ella lo seguía al vestíbulo, la temperatura pareció bajar aún más. Se abrazó a sí misma mientras lo observaba comprobar la puerta principal, inspeccionar el panel electrónico de seguridad y confirmar que el sistema estaba activado y todas las zonas aseguradas.

—La detective Rizzoli podría habernos dado más información por teléfono —dijo Sansone mientras avanzaba hacia el comedor, donde inspeccionó ventanas y comprobó cerraduras—. No sabemos contra qué demonios estamos luchando.

—Ha dicho que no podía decirnos más. Tenemos que hacer exactamente lo que nos ha dicho.

—Su juicio no es infalible.

—Bueno, yo confío en ella.

—Y no confías en mí. —No era una pregunta, sino una afirmación, una que ambos sabían que era cierta. Él se volvió hacia Maura y ella sintió una inquietante atracción. Pero veía demasiadas sombras en sus ojos, demasiados secretos. Y pensó en la sorprendente facilidad con la que había manejado la pistola, otro detalle más que desconocía de él.

—Ni siquiera sé quién eres, Anthony —dijo.

—Algún día —dijo él con una leve sonrisa—, quizá quieras averiguarlo.

Abandonaron el comedor y se dirigieron a la biblioteca. Con la mayoría de los estudiantes y profesores fuera, el castillo estaba inquietantemente silencioso, y a esas horas de la noche era fácil creer que estaban solos por completo. Los últimos habitantes de una ciudadela abandonada.

—¿Crees que alguna vez podrás aprender a confiar en mí, Maura? —preguntó él mientras caminaba de ventana en ventana, un sombrío guardián moviéndose a través de la penumbra—.

¿O siempre habrá esta tensión entre nosotros?

—Podrías empezar por ser más abierto conmigo —respondió Maura.

—Los dos podríamos seguir ese consejo. —Hizo una pausa—. Tú y Daniel Brophy. ¿Seguís juntos?

Al oír el nombre de Daniel, Maura se detuvo en seco.

—¿Por qué lo preguntas?

—Debes tener una respuesta. —Se volvió hacia ella; las sombras del hueco que sobresalía le ocultaban los ojos.

—El amor no es claro y sencillo, Anthony. Es complicado y desgarrador. A veces, no hay finales.

En la penumbra, pudo distinguir su sonrisa cómplice.

—Otra razón más por la que tú y yo nos parecemos. Más allá de nuestras tragedias personales, más allá del trabajo que hacemos, los dos nos sentimos solos —dijo Anthony en voz baja.

En el silencio de la biblioteca, el repentino timbre del teléfono fue aún más sorprendente. Cuando él cruzó la habitación para responder, ella se quedó clavada en el sitio, desconcertada por lo que él acababa de decir. Y estremecida por la verdad. «*Sí, nos sentimos solos. Los dos*».

—La doctora Isles está aquí conmigo —lo oyó decir al teléfono.

«La que llama es Jane», fue lo primero que pensó Maura. Pero, cuando cogió el auricular, era la forense de Maine la que estaba al teléfono.

—Me preguntaba si había recibido mi mensaje, ya que no he tenido noticias suyas —dijo la doctora Emma Owen.

—¿Ha llamado? ¿Cuándo?

—Alrededor de la hora de la cena. Hablé con uno de los profesores. Un tipo que sonaba gruñón.

—Ese sería el doctor Pasquantonio.

—Sí, él. Supongo que olvidó decírselo. Estoy a punto de meterme en la cama, y pensé en llamarla de nuevo, ya que me pidió que acelerara esto.

—¿Se trata del análisis toxicológico?

—Sí. Ahora, tengo que preguntarle. ¿La doctora Welliver era psiquiatra de verdad?

—Era psicóloga clínica.

—Bueno, estaba haciendo un poco de magia mental por su cuenta. El análisis toxicológico mostró dietilamida de ácido lisérgico.

Maura se volvió y miró a Sansone mientras decía:

—No puede ser.

—Todavía tenemos que confirmarlo por medio de fluorescencia HPLC, pero parece que la doctora Welliver estaba alucinando con LSD. Sé que algunos psiquiatras lo consideran terapéutico. Una forma de abrir la mente a experiencias espirituales y blablabá. Pero ella trabajaba en un colegio, por el amor de Dios. Tomar drogas no es un comportamiento ejemplar que digamos.

Maura se quedó muy quieta, con el teléfono tan pegado a la oreja que podía oír su propio pulso.

—Esa caída desde el tejado…

—Muy posiblemente fue el resultado de alucinaciones. O psicosis aguda. ¿Recuerda aquel experimento de la CIA hace años, cuando le dieron LSD a un pobre tipo y saltó por la ventana? No se puede predecir cómo reaccionará un sujeto con la droga.

Maura pensó en los restos de partículas en el suelo del baño, esparcidos cuando alguien había vaciado el azucarero en el retrete. «Para d*eshacerse de las pruebas*».

—… Voy a tener que reclasificar esta muerte como accidente. No suicidio —dijo la doctora Owen—. Caída desde altura después de la ingestión de alucinógenos.

—El LSD se puede sintetizar —atajó Maura.

—Hum, sí. Supongo que sí. ¿No fue aislado por primera vez de un hongo cultivado en plantas de centeno?

*«¿Y quién sabe más de plantas que el profesor David Pasquantonio?»*.

—Dios mío —susurró Maura.

—¿Hay algún problema?

—Tengo que dejarte. —Colgó y se volvió hacia Sansone, que estaba a su lado, con los ojos llenos de preguntas—. No podemos quedarnos —dijo—. Tenemos que coger a los niños y marcharnos *ya*.

—¿Por qué? Maura, ¿qué ha cambiado?

—El asesino —dijo—. Ya está dentro del castillo.

# TREINTA

—¿Dónde están los demás? —preguntó Maura.

Julian los miró desde la puerta de su habitación, con los ojos aún nublados por el sueño. Estaba con el torso desnudo, solo llevaba calzoncillos y tenía el pelo erizado en todas direcciones. Un adolescente somnoliento que lo único que quería era volver a meterse en la cama. Bostezó y se frotó la barbilla, donde habían brotado los primeros vestigios de una barba oscura.

—¿No están en la cama?

—Will, Teddy y Claire no están en sus habitaciones —dijo Sansone.

—Estaban allí cuando lo revisé.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé. A las diez y media, quizá.

Julian se fijó de pronto en la pistola que Sansone llevaba en la cintura y se enderezó, alarmado.

—¿Qué está pasando?

—Julian —dijo Maura—, tenemos que encontrarlos *ahora*. Y necesitamos ser discretos al respecto.

—Espera —dijo él, y se metió en su habitación. Un momento después volvió a salir, vestido con vaqueros y zapatillas. Con Oso pisándole los talones, se dirigió al vestíbulo y entró en la habitación de Will y Teddy.

—No lo entiendo —dijo, frunciendo el ceño ante las camas vacías—. Los chicos estaban aquí, ya en pijama.

—¿No dijeron nada de salir?

—S*aben que* deben quedarse dentro esta noche. Sobre todo esta noche. —Julian dio media vuelta y cruzó el pasillo. Maura y Sansone lo siguieron hasta la habitación de Claire, donde todos se quedaron mirando los libros esparcidos desordenadamente sobre el escritorio, la sudadera y los calcetines sucios amontonados en un rincón. Nada alarmante, solo el típico desorden de la habitación de una adolescente—. No tiene sentido que se hayan ido —dijo Julian—. No son estúpidos.

De repente, Maura tomó conciencia de lo profundo que era el silencio. Tan profundo como la tierra, tan profundo como una tumba. Si había otras almas en el castillo, ella no podía oírlas. La aterraba la idea de buscar en cada habitación, en cada rincón y en cada escalera de una fortaleza en la que ya había penetrado un asesino.

El quejido del perro la sobresaltó. Miró a Oso, que le devolvió la mirada con un inquietante brillo de inteligencia en los ojos.

—Puede ayudarnos a buscarlos —dijo Maura—. Solo necesita su olor.

—No es un sabueso —señaló Julián.

—Pero es un perro, con el olfato de un perro. Puede rastrearlos si le hacemos entender lo que buscamos. —Miró el montón de ropa desechada de Claire—. Dale a oler eso —dijo—. A ver adónde nos lleva.

Julián sacó una correa del bolsillo, la enganchó al collar de Oso y lo condujo hasta el montón de ropa sucia.

—Ven, amigo —lo instó—. Huele bien. Así huele Claire. Conoces a Claire, ¿verdad? —Tomó la enorme cabeza del perro entre sus manos y miró fijamente a Oso a los ojos. La conexión entre ellos era algo profundo, incluso sagrado. Se había forjado en las montañas de Wyoming, donde chico y perro habían aprendido a confiar el uno en el otro, donde la supervivencia había supuesto una confianza total entre ambos. Maura observó con asombro cómo la comprensión parecía iluminar los ojos del perro. Oso se volvió hacia la puerta y ladró.

—Vamos —dijo Julian—. Vamos a buscar a Claire.

Oso tiró de la correa y sacó al chico de la habitación. Pero, en lugar de dirigirse hacia la escalera principal, el perro avanzó por el pasillo, hacia el ala desierta del edificio donde las sombras eran más profundas, donde las puertas se abrían de par en par, revelando habitaciones vacías con muebles envueltos en sábanas. Pasaron junto a un retrato al óleo de una mujer vestida de rojo, una mujer con unos ojos que parecían mirar a Maura con un brillo extrañamente metálico, como si estuvieran iluminados desde dentro por algún conocimiento secreto.

—Se dirige hacia la antigua escalera de servicio —dijo Sansone.

Oso se detuvo y se quedó mirando los escalones, como si reflexionara sobre la conveniencia de descender a aquella penumbra. Miró a Julian, que asintió. Oso empezó a bajar la estrecha escalera; sus garras chasqueaban sobre la madera. A diferencia de la barandilla de la gran escalera, esa barandilla de roble no estaba adornada con tallas elaboradas, sino que la madera había sido pulida durante décadas por las manos de muchos criados que habían mantenido el castillo ordenado y habían alimentado a sus huéspedes. Un escalofrío parecía aferrarse al aire, como si los fantasmas de aquellos sirvientes muertos hacía tiempo aún permanecieran en ese pasadizo, revoloteando siempre arriba y abajo con escobas y bandejas de desayuno. Maura casi pudo sentir a uno de aquellos fantasmas susurrar a su lado como una brisa fría y miró por encima del hombro, pero solo vio unas escaleras desiertas que descendían en la penumbra.

Bajaron dos pisos y siguieron descendiendo hacia el sótano. Maura nunca había bajado tanto, a lo más profundo de Evensong. Los escalones parecían conducir al corazón de la propia montaña, a espacios cerrados. Podía olerlo en el aire, podía sentirlo en la humedad.

Llegaron al final de la escalera y entraron en la cavernosa cocina, donde Maura vio enormes hornillos de acero inoxidable, un frigorífico y estanterías en el techo donde colgaban ollas y sartenes. Así que ahí era donde se freían los huevos por la mañana y se horneaba el pan. A esas horas la cocina estaba desierta; la vajilla y los utensilios, guardados hasta la mañana siguiente.

De repente, Oso se quedó inmóvil mirando la puerta del sótano. Se le erizó el pelo del cuello y gruñó, un sonido que hizo que a Maura le subiera el miedo por la espalda. Había algo detrás de aquella puerta, algo que alarmó al perro y lo hizo agazaparse, como si se preparara para atacar.

Se oyó un ruido metálico, sonoro como el estruendo de un platillo.

Maura dio un respingo, con el corazón desbocado, cuando el eco se desvaneció en la cocina. Sintió que Sansone la tenía sujeta del brazo, pero no recordaba cuándo había puesto su mano allí. Era como si siempre hubiera estado ahí para sostenerla.

—Creo que lo veo —dijo Sansone en voz baja y serena. Soltó el brazo de Maura y cruzó la cocina.

—Anthony…

—No pasa nada. No pasa nada. —Rodeó la isla de la cocina y se arrodilló, desapareciendo de su vista. Aunque no podía verlo, oyó su voz, murmurando suavemente—. Oye, estás a salvo. Estamos aquí, hijo.

Maura y Julian se miraron con inquietud y luego siguieron a Sansone hasta la esquina de la isla. Allí lo encontraron agachado junto a un tembloroso Teddy Clock. El niño estaba hecho un ovillo, con las rodillas pegadas al pecho, abrazándose a sí mismo.

—Parece estar bien —dijo Sansone, dirigiéndole una mirada a Maura.

—No está bien —dijo ella. Se dejó caer junto a Teddy, lo estrechó entre sus brazos y lo acunó contra su pecho. Estaba helado, con la piel como el hielo, y temblaba tan fuerte que ella podía oír el castañeo de sus dientes—. Tranquilo, tranquilo —murmuró—. Te tengo, Teddy.

—Él estuvo aquí —susurró el chico.

—¿Quién?

—Lo siento, lo siento mucho —gimió—. No debería haberlos dejado allí, pero tenía miedo. Así que corrí…

—¿Dónde están los demás, Teddy? —dijo Julian—. ¿Dónde están Claire y Will?

El niño apretó la cara contra el hombro de Maura, como si intentara escarbar en algún lugar seguro donde nadie pudiera encontrarlo.

—Teddy, tienes que hablar con nosotros —dijo Maura, y lo separó de ella—. ¿Dónde están los demás?

—Los puso a todos en la habitación… —Los dedos del chico eran como garras que se clavaban desesperadamente en sus brazos.

Maura le apartó los dedos y lo obligó a mirarla.

—Teddy, ¿dónde están?

—¡No quiero volver a esa habitación!

—Tienes que enseñárnoslo. Nos quedaremos a tu lado. Solo indícanos el lugar, es todo lo que tienes que hacer.

El niño respiró entrecortadamente.

—¿Puedo coger al perro? Quiero que el perro se quede conmigo.

—Claro, chico —dijo Julian. Arrodillándose, le dio la correa a Teddy—. Agárrate a él y te protegerá. Oso no le tiene miedo a nada.

Aquello pareció darle a Teddy la dosis de valor que necesitaba. Se levantó tambaleándose, agarrando la correa del perro como si fuera un salvavidas, y cruzó la cocina hasta una puerta. Respiró hondo y corrió el pestillo. La puerta se abrió de golpe.

—Es la antigua bodega —dijo Sansone.

—Es allí abajo —susurró Teddy, mirando fijamente a la penumbra—. No quiero ir.

—Está bien, Teddy. Puedes esperar aquí —dijo Sansone. Miró a Maura y luego bajó las escaleras.

A cada paso que daban, el aire se hacía más denso y húmedo. Unas bombillas desnudas colgaban del techo, proyectando un resplandor amarillento sobre hileras y más hileras de botelleros vacíos que en otro tiempo debieron albergar miles de botellas, sin duda solo las mejores cosechas francesas para un magnate del ferrocarril y sus invitados. El vino hacía tiempo que se había consumido y los estantes permanecían abandonados, como un silencioso monumento a una época dorada de extravagancia.

Llegaron a una puerta pesada, con las bisagras sólidamente atornilladas a la piedra. Un viejo almacén. Maura miró a Julian.

—¿Por qué no subes a la cocina y esperas con Teddy?

—Oso está con él. Estará bien.

—No quiero que veas esto. Por favor.

Pero Julian permaneció con obstinación a su lado mientras Sansone levantaba el pestillo. En la cocina de arriba, Oso empezó a aullar, un sonido agudo y desesperado que hizo que el pavor subiera por la espalda de Maura mientras Sansone abría la puerta. Fue entonces cuando Maura percibió el olor del interior de aquella oscura habitación. El olor a sudor. El hedor del terror. Lo que más temía estaba ante ella en la penumbra. Cuatro cuerpos, apoyados contra la pared.

*«Los niños. Dios mío, son los niños»*.

Sansone encontró el interruptor de la luz y lo encendió.

Uno de los cuerpos levantó la cabeza. Claire los miró con los ojos muy abiertos y emitió un gemido frenético, amortiguado por la cinta adhesiva. Los demás se movieron: Will, la cocinera y el doctor Pasquantonio, todos atados con cinta adhesiva y luchando por hablar.

*«Están vivos. ¡Están todos vivos!»*.

Maura se dejó caer junto a la chica.

—Julian, ¿tienes tu cuchillo?

Los aullidos del perro eran más salvajes, más frenéticos, como suplicándoles que *se dieran prisa.*

Con un eficaz chasquido, Julian abrió la navaja y se arrodilló.

—Quédate quieta, Claire, o no podré liberarte —le ordenó, pero la chica se retorcía, con los ojos muy abiertos por el pánico, como si luchara por respirar. Maura le quitó la cinta de la boca.

—¡Es una trampa! —gritó Claire—. ¡No se ha ido! Tiene razón… —Su voz se apagó y su mirada se fijó en algo, alguien, que estaba detrás de Maura.

Con la sangre rugiéndole en los oídos, Maura se volvió y vio a un hombre en la puerta. Vio unos hombros anchos y unos ojos brillantes en un rostro embadurnado de pintura negra, pero en lo que se centró fue en la pistola que tenía en la mano. El silenciador. Cuando disparara, no habría una explosión ensordecedora; la muerte llegaría con un ruido sordo, que solo se oiría en esa habitación de piedra enterrada en las profundidades de la montaña.

—Suelte el arma, señor Sansone —ordenó el hombre—. Hágalo *ahora*.

*«Conoce nuestros nombres»*.

Sansone no tuvo elección: sacó la pistola de la cintura y la dejó caer al suelo.

Julian, que ya estaba arrodillado junto a Maura, alargó la mano y cogió la de Maura. «Solo

tiene dieciséis años, es muy joven», pensó ella, apretándole la mano con fuerza.

Oso aulló de nuevo, un aullido de rabia. De frustración.

Julian levantó la vista de repente y ella vio su expresión de desconcierto. Se dio cuenta, igual que él, de que aquello no tenía sentido. «*Si Oso sigue vivo, ¿por qué no nos defiende?*».

—Empújala hacia mí —dijo el hombre.

Sansone empujó la pistola con el zapato y esta se deslizó por el suelo. Se detuvo junto a la puerta donde estaba el hombre.

—Ahora de rodillas.

«Así es como se termina todo para nosotros —pensó Maura—. Todos de rodillas. Una bala en cada cabeza».

—*¡Hazlo!* —Sansone bajó la cabeza en señal de rendición y cayó al suelo. Pero solo era el preámbulo de un último movimiento desesperado. Como un velocista que sale disparado de la línea de salida, Sansone se lanzó hacia el hombre.

Ambos se precipitaron por la puerta, forcejeando desesperadamente en la penumbra de la bodega.

El arma de Sansone seguía en el suelo.

Maura se puso de pie, pero, antes de que pudiera coger el arma, otra mano se cerró en torno a la empuñadura. Y levantó el cañón hacia la cabeza de Maura.

—¡Atrás! *¡Atrás!* —gritó Teddy a Maura. Le temblaban las manos, pero ya tenía el dedo en el gatillo mientras apuntaba a la cabeza de Maura. Gritó por encima del hombro—: Le dispararé, señor Sansone. Le juro que lo haré.

Maura volvió a caer al suelo. Se quedó allí, atónita, mientras empujaban a Sansone de nuevo a la habitación y lo obligaban a arrodillarse junto a ella.

—¿Está asegurado el perro, Teddy? —preguntó el hombre.

—Lo he atado al armario de la cocina. No puede soltarse.

—Átales las manos. Hazlo rápido —dijo el hombre—. Llegarán en cualquier momento y tenemos que estar preparados.

—¡Traidor! —escupió Claire, mientras Teddy despegaba tiras de cinta adhesiva y ataba las muñecas de Sansone detrás de su espalda—. Éramos tus *amigos.* ¿Cómo puedes hacernos esto?

El chico la ignoró mientras se ocupaba de las manos de Julian.

—Teddy nos engañó para que viniéramos aquí —le dijo Claire a Maura—. Nos dijo que nos estabais esperando, pero todo era una trampa. —Miró fijamente al chico, con voz espesa de disgusto. Condenada como estaba, la chica era intrépida, incluso temeraria—. Eras tú. *Siempre* fuiste tú. Tú fuiste el que colgó esos *estúpidos* muñecos.

Teddy despegó otra tira de cinta adhesiva y la enrolló con fuerza alrededor de las muñecas de Julian.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Para asustarnos. Para que enloqueciéramos de miedo.

Teddy la miró con franca sorpresa.

—Yo no he hecho eso, Claire. Esos muñecos eran para asustarme a mí. Para obligarme *a* pedir

ayuda.

—Y la doctora Welliver, ¿cómo pudiste hacerle eso?

Un destello de arrepentimiento se reflejó en los ojos de Teddy.

—¡Se suponía que no iba a matarla! Solo debía confundirla. Ella trabajaba para *ellos*. Siempre vigilándome, esperando a ver cuándo…

—Teddy —intervino el hombre—. ¿Recuerdas lo que te enseñé? Lo hecho, hecho está, y tenemos que seguir adelante. Así que termina el trabajo.

—Sí —respondió el chico, cortando otra tira de cinta. La envolvió con tanta fuerza alrededor de las muñecas de Maura que, por mucho que se retorciera o forcejeara, no podría liberarse.

—Buen chico. —El hombre entregó a Teddy un par de prismáticos de visión nocturna—. Ahora sube y vigila el patio. Dime cuándo llegan y cuántos son.

—Quiero quedarme contigo.

—Te necesito fuera de la línea de fuego, Teddy.

—¡Pero quiero ayudar!

—Ya me has ayudado bastante. —El hombre puso la mano sobre la cabeza del chico—. Tu trabajo está en el tejado. Eres mis ojos. —Se miró el cinturón cuando una alarma sonó allí—. Ella ha llegado a la puerta. Ponte los auriculares, Teddy. Anda. —Empujó al chico fuera de la habitación y lo siguió.

—Yo era tu *amiga* —gritó Claire, cuando la puerta se cerró—. ¡Confié en ti, Teddy!

Oyeron cómo el candado encajaba en su sitio. Arriba, en la cocina, Oso seguía ladrando, aullando, pero la puerta amortiguaba el sonido, lo hacía parecer tan lejano como el grito de un coyote.

Maura se quedó mirando la puerta cerrada.

—Era *Teddy* —murmuró—. En todo este tiempo, nunca imaginé…

—¿Porque es solo un crío? —fue la amarga observación de Claire—. Nadie nos presta atención. Nadie nos reconoce el mérito de nada. Hasta que los sorprendemos. —Miró hacia el techo—. Van a matar a la detective Rizzoli.

—No viene sola —dijo Maura—. Me dijo que traería gente. Gente que sabe cómo defenderse.

—Pero no conocen el castillo como ese hombre. Teddy lo ha estado dejando entrar cuando oscurecía. Conoce cada habitación, cada escalera. Y está listo para ellos.

En la cocina, Oso había dejado de aullar. Incluso él debía haberse dado cuenta de la inutilidad de su situación.

*«Jane. Todo depende de ti».*

# TREINTA Y UNO

El castillo parecía abandonado.

Jane y Frost entraron en el aparcamiento de Evensong y se quedaron mirando las ventanas oscuras, el tejado irregular que se perfilaba contra el cielo estrellado. Nadie los había recibido en la puerta y nadie había contestado al teléfono cuando ella había llamado desde la carretera hacía media hora, aprovechando la débil señal de su móvil. Un todoterreno negro se detuvo junto a ellos y, a través de las ventanillas, Jane vio las siluetas de Carole y sus dos compañeros. Uno era Denzel; el otro, un hombre musculoso y silencioso con la cabeza rapada. Cuando habían parado a repostar una hora antes, ninguno de los dos había dicho una palabra; estaba claro que Carole estaba al mando.

—Algo está mal —dijo Jane—. Han de haberse disparado los sensores en la carretera, así que Maura tiene que saber que hemos llegado. ¿Dónde está todo el mundo?

Frost echó un vistazo al todoterreno de Carole.

—Me sentiría mucho mejor si tuviéramos refuerzos de la Policía Estatal de Maine. Deberíamos haberlos llamado de todos modos. Al demonio con la CIA.

Las puertas del coche se cerraron y Carole y sus hombres salieron. Jane notó con preocupación que todos llevaban armas. Denzel ya se dirigía hacia el edificio.

Jane salió corriendo de su coche.

—¿Qué creéis que estáis haciendo?

—Es hora de que nos lleves al interior del edificio, detective —dijo Carole, mientras se colocaba un auricular de comunicaciones—. Ahora dirígete a la puerta principal y habla por el intercomunicador. Que oigan tu voz, así sabrán que pueden dejarnos entrar.

—Hemos venido solo para recoger a los niños y llevarlos a un lugar seguro. Eso es lo que acordamos. ¿Por qué tenéis todo este equipo de Rambo?

—Cambio de planes.

—¿Desde cuándo?

—Desde que decidí que necesitamos registrar el edificio primero. Una vez que estemos en la puerta principal, espera en tu vehículo hasta que te demos el visto bueno.

—Dijiste que esto solo era una evacuación. Esa es la única razón por la que accedimos a ayudaros a entrar. Ahora parece que estás lanzando un asalto.

—Una precaución necesaria.

—Al diablo con eso. Hay *niños* ahí dentro. No voy a dejar que disparéis.

—La puerta principal, detective. *Ahora.*

—No está cerrado —dijo Denzel, que volvía del edificio—. No los necesitamos.

Carole se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Acabo de comprobarlo. Podemos entrar.

—Ahora *sé que* algo va mal —dijo Jane. Se volvió hacia el edificio.

Carole instantáneamente le bloqueó el paso.

—Vuelve a tu vehículo, detective.

—Mi amiga está ahí dentro. Voy a entrar.

—No lo creo. —Carole levantó su arma—. Quitadles las armas.

—*¡Eh!* —exclamó Frost, cuando Denzel los obligó a él y a Jane a arrodillarse—. ¿Podemos tranquilizarnos un poco?

—Ya sabes qué hacer con ellos —dijo Carole a Denzel—. Si te necesito dentro, me comunicaré contigo.

Jane levantó la vista cuando Carole y el hombre de la cabeza rapada se alejaron hacia el edificio.

—¡Estás *muy* jodida! —le gritó.

—Como si le importara —rio Denzel. Le plantó el pie en la espalda y le dio un empujón. Jane aterrizó bocabajo sobre los adoquines. El hombre le cogió las manos y tiró hasta llevarlas a su espalda; Jane sintió que unas esposas de plástico le mordían las muñecas.

—Gilipollas —le espetó Jane.

—Ay, dime más cosas dulces. —Fue hacia Frost y aseguró sus muñecas con sorprendente eficiencia.

—¿Es así como actuáis siempre? —dijo Frost.

—Es como *ella* trabaja. La Reina de Hielo.

—¿Y no tienes ningún problema con eso?

—Hace el trabajo. Y todos contentos. —Se enderezó y se alejó unos pasos mientras decía por su radiotransmisor—. Todo seguro aquí. Sí, recibido. Dime cuándo.

Jane rodó sobre un costado para mirar el edificio, pero Carole y el otro hombre ya habían desaparecido en su interior. Ahora vagaban por aquellos oscuros pasillos, con la adrenalina a flor de piel y preparados para dispararle a cualquier sombra. En esa misión no se trataba de salvar vidas; los niños no eran más que peones en una guerra librada por una mujer con un único objetivo en mente. Una mujer con hielo en las venas.

Los pasos de Denzel volvieron hacia ella y Jane levantó la vista para verlo de pie justo por encima de ella. Recortado contra el cielo estrellado, su arma parecía una extensión de su mano, una varita negra de muerte. Pensó en lo que Carole le había dicho: «*Ya sabes lo que tienes que hacer*», y aquellas palabras cobraron de pronto un significado nuevo y aterrador. Entonces Denzel dio otro paso y se alejó de ella. No la miraba en absoluto. Su cabeza giró a la izquierda, luego a la derecha, buscando en la oscuridad, y ella lo oyó susurrar:

—¿Qué demonios?

Algo silbó en el viento, como un cuchillo que corta la seda.

Denzel se desplomó sobre el pecho de Jane y aterrizó con tanta fuerza que el aire se le escapó de los pulmones. Aplastada por su peso, Jane luchaba por respirar. Sintió cómo el cuerpo de Denzel se retorcía en agonía mientras algo cálido y húmedo le empapaba la blusa. Oyó que Frost gritaba su nombre, pero ella no podía moverse bajo ese peso muerto, no podía hacer otra cosa que mirar mientras se acercaban unos pasos. Lentos, deliberados.

Miró el cielo nocturno. Estrellas, muchas estrellas. La Vía Láctea estaba más brillante que nunca.

Los pasos se detuvieron. Un hombre se cernía sobre ella, con los ojos brillantes en un rostro embadurnado de negro. Jane sabía lo que ocurriría a continuación. El cadáver de Denzel, goteando sangre sobre el suyo, le dijo todo lo que necesitaba saber.

*«Ícaro está aquí»*.

# TREINTA Y DOS

Fue el perro el que los alertó. A través de la puerta de su celda, Claire oyó a Oso aullar de nuevo, lo bastante fuerte como para que resonara en la bodega y bajara por las escaleras. No sabía qué lo había alterado. Tal vez comprendía que se les había acabado el tiempo, que la Muerte ya estaba bajando las escaleras para reclamarlos.

—Volverá —dijo Claire.

En aquella habitación sin aire, podía oler el miedo, agudo y eléctrico, el olor de los animales que esperan la matanza. Will se acercó más a ella, con la piel húmeda de sudor. Por fin se había quitado la cinta de la boca, y se inclinó hacia ella y le susurró:

—Ponte detrás de mí y quédate agachada, Claire. Pase lo que pase, hazte la muerta.

—¿Qué estás haciendo?

—Intento protegerte.

—¿Por qué?

—¿No sabes por qué? —Él la miró, y aunque era el mismo Will regordete y con granitos que ella conocía tan bien, vio algo nuevo en sus ojos, algo que no había notado antes. Brillaba con tanta intensidad que no podía pasar desapercibido—. No tendré otra oportunidad de decir esto —susurró—. Pero quiero que sepas que…

El candado resonó. Ambos se quedaron paralizados cuando la puerta se abrió de golpe y vieron el cañón de una pistola, empuñado por unas manos enguantadas. El arma trazó un arco alrededor de la habitación, como si buscara un objetivo y no lo encontrara.

Un hombre con la cabeza rapada entró en la habitación y gritó:

—¡No está aquí! Pero los demás, sí.

Ahora entró una mujer, elegante y grácil, con el pelo oculto bajo una gorra.

—Ese perro tenía que estar aullando por algo aquí abajo —dijo. Estaban uno junto al otro, dos invasores vestidos de negro, observando la sala de prisioneros atados. La mirada de la mujer se posó en Claire.

—Ya nos conocemos —dijo—. ¿Lo recuerdas, Claire?

Mientras miraba a la mujer, Claire pensó de pronto en unos faros que se acercaban a toda velocidad. Recordó la noche al revés y el ruido de cristales rotos y de disparos. Y recordó al ángel de la guarda que había aparecido mágicamente para sacarla de aquel coche destrozado.

*«Toma mi mano, Claire. Si es que quieres vivir»*.

La mujer se volvió hacia Will, que la miraba boquiabierto.

—Y también nos conocemos, Will.

—Tú estabas allí —murmuró—. Tú eres la que…

—Alguien tenía que salvarte. —Sacó un cuchillo—. Ahora necesito saber dónde está ese hombre. —Levantó el cuchillo, como si lo ofreciera como recompensa por su cooperación.

—Libéreme —dijo Sansone—, y la ayudaré a acabar con él.

—Lo siento, pero este juego no es para civiles —dijo la mujer. Miró a su alrededor—. ¿Y

Teddy? ¿Alguien sabe dónde está?

—A la mierda con Teddy —dijo Claire—. Es un traidor. Nos condujo a esta trampa.

—Teddy no sabe lo que hace —dijo la mujer—. Le han mentido, lo han corrompido. Ayúdame a salvarlo.

—No saldrá. Está escondido.

—¿Sabes dónde?

—En el tejado —dijo Claire—. Ahí es donde se supone que debe esperar.

La mujer miró a su compañero.

—Entonces, tendremos que subir a por él. —En lugar de liberar a Sansone, la mujer se arrodilló detrás de Claire y cortó sus ataduras—. Puedes ayudarnos, Claire.

Con un grito de alivio, Claire se frotó las muñecas y sintió el bienvenido torrente de sangre en las manos.

—¿Cómo?

—Eres su compañera de clase. Te escuchará.

—No nos escuchará a ninguno de nosotros —dijo Will—. Está ayudando a ese hombre.

—*Ese hombre —dijo* la mujer, dirigiéndose a Will— está aquí para matarte. Para matarnos a todos. Me he pasado tres años intentando atraparlo. —Miró a Claire—. ¿Cómo llegamos a la azotea?

—Hay una puerta. En la torre.

—Llévanos allí. —La mujer levantó a Claire de un tirón.

—¿Qué pasa con ellos? —dijo Claire, señalando a los demás.

La mujer tiró el cuchillo al suelo.

—Pueden liberarse. Pero tienen que quedarse aquí. Es más seguro.

—¿Qué? —protestó Claire, cuando la mujer la sacó de la habitación.

—No puedo permitir que estorben. —La mujer cerró la puerta.

Dentro de la habitación, Sansone maldecía y gritaba:

—*¡Abra la puerta!*

—No está bien dejarlos encerrados —insistió Claire.

—Es lo que tengo que hacer. Es lo mejor para ellos, lo mejor para todos. Incluyendo a Teddy.

—No me importa Teddy.

—Pero a mí sí. —La mujer dio a Claire una fuerte sacudida—. Ahora llévanos a la torre.

Salieron de la bodega y entraron en la cocina, donde Oso ladraba de nuevo, con aspecto lastimero y medio estrangulado mientras luchaba por liberarse de la correa. Claire quiso desatarlo, pero la mujer la arrastró hacia la escalera de servicio. El hombre tomó la delantera, recorriendo con la mirada los escalones por encima de ellos mientras subía. Claire nunca había conocido a personas que pudieran moverse tan silenciosamente como esos dos. Eran como gatos: sus pasos, silenciosos; sus ojos, siempre en movimiento. Atrapada entre ambos, Claire no tenía visibilidad hacia delante ni hacia atrás, así que se concentró en los escalones, en moverse tan silenciosamente como ellos dos. Pensó que debían ser una especie de agentes secretos que habían venido a salvarlos. Incluso a salvar a Teddy, el traidor. Había tenido mucho tiempo para pensar

en ello mientras estaba sentada en esa habitación con las manos atadas, escuchando los gemidos de la cocinera y los silbidos nasales del doctor Pasquantonio al respirar. Pensó en todas las pistas que había pasado por alto. Cómo Teddy nunca dejaba que nadie viera la pantalla de su ordenador, sino que siempre pulsaba «ESCAPE» en cuanto ella entraba en la habitación. «Estaba enviando mensajes al hombre», pensó. Todo ese tiempo, había estado ayudando al hombre que había ido a matarlos.

Pero Claire no sabía por qué.

Ahora estaban en la segunda planta. El hombre hizo una pausa y miró a Claire en busca de orientación.

—Allí —susurró, señalando la escalera de caracol que conducía a la torre. A la oficina de la doctora Welliver.

El hombre subió los escalones de piedra y Claire se arrastró tras él. Las escaleras eran empinadas y lo único que podía ver de él era la parte posterior de sus caderas y el cuchillo de comando que colgaba de su cinturón. Había tanto silencio que Claire podía oír el suave roce de sus ropas al avanzar paso a paso.

La puerta de la torre estaba entreabierta.

El hombre le dio un empujón y metió la mano para encender el interruptor de luz. Vieron el escritorio de la doctora Welliver, su archivador. El sofá con la tapicería floreada y los mullidos cojines. Era una habitación que Claire conocía bien. ¿Cuántas horas había pasado sentada en ese mismo sofá, contándole a Welliver sus noches de insomnio, sus dolores de cabeza, sus pesadillas? En aquella habitación que olía a incienso, decorada con suaves tonos pastel y cristales mágicos, Claire se había sentido lo bastante segura como para revelar sus secretos. Y la doctora Welliver había escuchado pacientemente, asintiendo con su cabeza de pelo plateado encrespado, con una taza de té de hierbas siempre a su lado.

Claire se quedó cerca de la puerta mientras el hombre y la mujer registraban con rapidez el despacho y el cuarto de baño contiguo. Miraron detrás del escritorio, abrieron el armario. Teddy no estaba.

La mujer se volvió hacia la puerta que daba al exterior, al pasadizo de la azotea. La misma puerta por la que Welliver se había precipitado fatalmente. Cuando la mujer salió, entró un soplo de viento de verano, cálido y dulce por el aroma de los pinos. Claire oyó pasos y luego un grito. Segundos después, la mujer volvió a entrar, arrastrando a Teddy por la camisa, y el chico se desplomó en el suelo.

Teddy miró a Claire.

—¡Tú se lo has dicho! Me has delatado.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —respondió Claire—. Después de lo que nos hiciste.

—¡No entiendes quiénes son estas personas!

—Sé lo que eres tú, Teddy Clock. —Claire le propinó una patada, pero la mujer la agarró del hombro y la arrastró hasta una esquina.

—Quédate ahí —le ordenó, y luego se volvió hacia Teddy—. ¿Dónde está?

Teddy se hizo un ovillo y sacudió la cabeza.

—¿Cuál es su plan? Dímelo, Teddy.

—No lo sé —gimió el chico.

—Claro que lo sabes. Lo sabes mejor que nadie. Dímelo y todo irá bien.

—Lo matarás. Por eso estás aquí.

—Y a ti no te gusta que maten a la gente, ¿verdad?

—No —susurró Teddy.

—Entonces, tampoco querrás ver esto. —La mujer giró sobre sí misma y apuntó con su pistola a la frente de Claire. Claire se quedó paralizada, demasiado sorprendida para decir una palabra. Teddy se quedó igual de pasmado, con los ojos muy abiertos por el horror—. Dímelo, Teddy —dijo la mujer—. O tendré que salpicar los sesos de tu amiga por todo este bonito sofá.

El compañero de la mujer parecía igual de sorprendido por el giro de los acontecimientos.

—¿Qué coño estás haciendo, Justine?

—Tratando de conseguir algo de cooperación. Entonces, Teddy, ¿qué piensas? ¿Quieres ver morir a tu amiga?

—¡No sé dónde está!

—Contaré hasta tres. —La pistola se clavó con más fuerza en la frente de Claire—. Uno…

—¿Por qué haces esto? —gritó Claire—. ¡Se supone que sois los buenos!

—Dos.

—¡Dijiste que estabas aquí para ayudarnos!

—Tres. —La mujer levantó el arma y disparó contra la pared, enviando una llovizna de yeso sobre la cabeza de Claire. Con un bufido de disgusto, la mujer se volvió hacia Teddy.

Al instante, Claire se escabulló y se dejó caer detrás del escritorio, temblando. «*¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué se han vuelto contra nosotros?*».

—En vista de que eso no ha funcionado —dijo la mujer—, tal vez de verdad no sepas dónde está. Así que pasaremos al plan B. —Cogió a Teddy del brazo y lo arrastró hacia la azotea.

Su compañero dijo:

—Esto es una mierda. Solo son niños.

—Hay que hacerlo.

—Vinimos a por Ícaro.

—Nuestro *objetivo* es quien yo diga. —Le quitó a Teddy los auriculares de comunicación y lo arrastró fuera de la puerta, hacia el tejado expuesto—. Ahora pondremos un cebo —dijo, y lo balanceó sobre la barandilla.

Teddy gritó y luchó frenéticamente por asirse al empinado tejado de pizarra. Lo único que le impedía caer en picado era la mujer, que lo sujetaba del brazo.

Habló a los auriculares del chico.

—No, no es Teddy quien te habla. ¿Adivina a quién tengo colgado del tejado? Un chico muy dulce también. Solo tengo que soltarlo y no será más que una mancha en el suelo.

—El niño no es parte de esto —protestó su compañero.

La mujer lo ignoró y siguió hablando por los auriculares de Teddy.

—Sé que estás en esta frecuencia. Y que sabes lo que está pasando. También sabes cómo

ponerle fin. Nunca me gustaron los niños de todos modos, así que no es gran cosa para mí. Y se está poniendo pesado.

—Esto es pasarse de la raya —dijo el hombre, acercándose a ella—. Haz retroceder al chico.

—Retírate —le ordenó la mujer. Y gritó por el auricular de Teddy—: ¡Treinta segundos! ¡Es todo lo que tienes! ¡Muéstrate o lo suelto!

—Justine —dijo el hombre—. Retira al chico. *Ahora.*

—Ay, por Dios. —La mujer tiró de Teddy, lo hizo pasar por encima de la barandilla y lo dejó en el suelo. Luego apuntó a su compañero y disparó.

La fuerza de la bala lo hizo volar hacia atrás. Se desplomó contra el escritorio y se deslizó, hasta quedar en el suelo justo al lado de donde Claire estaba hecha un ovillo. Claire miró el agujero sobre su ojo izquierdo. Vio cómo la sangre salía a borbotones, empapando la alfombra rosa de la doctora Welliver.

*«Ella lo ha matado. Ha matado a su propio compañero».*

Justine se agachó, cogió el arma de su colega muerto y se la metió en la cintura. Luego arrojó a un lado los auriculares de Teddy y habló por su propio comunicador.

—¿Dónde coño estás? El objetivo está subiendo a la torre. Te necesito aquí *ahora*.

Unos pasos subían las escaleras.

Al instante, la mujer levantó a Teddy y lo sostuvo frente a ella, como un escudo humano contra el hombre que cruzaba la puerta. El mismo hombre que Claire había pensado antes que era el enemigo. Pero ya nada tenía sentido, porque Claire había pensado que esa mujer era su salvadora. Y había pensado que el hombre que la había atado, con la cara manchada de negro y ropa de camuflaje, había venido a matarlos. «*¿Cuál de ellos es mi amigo?*».

El hombre avanzó despacio, apuntando a la mujer con el arma. Pero Teddy estaba en la línea de fuego, con la cara pálida y temblando en manos de la mujer.

—Déjalo ir, Justine. Esto es entre tú y yo —dijo el hombre.

—Sabía que podía hacer que finalmente salieras a la superficie.

—Estos chicos no tienen nada que ver.

—Son mi carta de triunfo, y aquí estás. Veo que sigues en forma. Aunque me gustaba más tu antigua cara. —Apretó con más fuerza el cañón de su pistola contra la sien de Teddy—. Ahora ya sabes qué hacer, Nick.

—Lo matarás de todos modos.

—Pero siempre existe la posibilidad de que no lo haga. O que lo haga, y tendrías que mirar. —Disparó y Teddy gritó; de su oreja destrozada por la bala brotaba sangre—. La próxima vez —dijo ella—, será su barbilla. Así que suelta el arma.

Teddy sollozó:

—Lo siento, papá. Lo siento mucho.

*«¿Papá?».*

El hombre soltó el arma y se quedó desarmado ante ella.

—¿De verdad crees que me metería en esto sin cubrirme las espaldas, Justine? Mátame y te estallará en la cara.

Claire se quedó mirando al hombre, buscando cualquier parecido con el Nicholas Clock que había visto en la foto con su padre. Tenía los mismos hombros anchos, el mismo pelo rubio, pero la nariz y la barbilla de ese hombre eran diferentes. Cirugía plástica. ¿No lo había dicho Justine? «*Me gustaba más tu antigua cara*».

—Se supone que estás muerto —murmuró Claire.

—Pensé con certeza que aparecerías después de Ithaca —dijo Justine—. Que harías *algún movimiento* para salvar al hijo de Olivia. Pero, al final, supongo que todo se redujo a salvar solo a la sangre de tu sangre.

Claire comprendió de pronto que esa mujer había ordenado los asesinatos de Bob y Barbara. Había matado a los tíos de Will para que Nicholas Clock volviera de entre los muertos. Ahora lo enviaría de vuelta a la muerte. Los enviaría a todos.

*«Haz algo»*.

Claire miró al hombre al que Justine acababa de dispararle. La mujer le había quitado la pistola, pero él también llevaba un cuchillo. Claire lo recordaba colgando de su cinturón mientras lo seguía escaleras arriba. Justine no la miraba; estaba totalmente concentrada en Clock.

Claire se inclinó sobre el cinturón del muerto. Metió la mano bajo su cuerpo, buscando el cuchillo.

—Si me matas —dijo Clock—, te garantizo que caerás. Todas las agencias de noticias encontrarán un archivo de vídeo en su bandeja de entrada. Todas las pruebas que he estado reuniendo contra ti en estos últimos años, Justine. Todo lo que Erskine, Olivia y yo conseguimos reunir. La CIA te encerrará en un agujero negro tan profundo que olvidarás cómo es el cielo.

Justine seguía sujetando a Teddy y apretando la pistola contra su mandíbula, pero la incertidumbre la hacía dudar. Al matarlo, ¿desencadenaría una desastrosa cadena de acontecimientos?

Claire cerró los dedos alrededor del mango del cuchillo. Intentó sacarlo del cinturón, pero el peso del muerto lo inmovilizaba contra el suelo.

Nicholas Clock dijo en voz baja, con tono razonable:

—No tienes que hacer esto. Deja que me lleve a mi hijo. Que desaparezcamos los dos.

—Y pasaré el resto de mi vida preguntándome cuándo aparecerás y empezarás a hablar.

—La verdad sin duda saldrá a la luz si estoy muerto —dijo Clock—. Cómo ayudaste a Ícaro a escapar de prisión. Cómo saqueaste sus cuentas. La única pregunta sin respuesta es: ¿dónde tiraste su cuerpo después de torturarlo para conseguir sus códigos de acceso?

—No tienes pruebas.

—Tengo suficientes pruebas para hundirte. Al final, los tres pudimos reunirlo todo. Mataste a tu propia gente, Justine, y todo por dinero. Ya sabes lo que pasará después.

Desde el hueco de la escalera llegaba el sonido de pasos que corrían.

*«Hazlo ahora. Es tu última oportunidad»*.

Claire tiró del cuchillo y se lanzó. Apuntó al objetivo más cercano que pudo alcanzar: la parte posterior del muslo de Justine. La hoja atravesó la tela y se hundió en la carne, casi hasta la empuñadura.

Justine chilló y se tambaleó hacia un lado, soltando a Teddy. En un instante, Nicholas Clock se lanzó al suelo en busca de su arma caída.

Justine disparó primero. Tres estallidos. La sangre empañó la pared detrás de Clock, un chorro rojo brillante que estalló de un disparo que le hizo caer de espaldas. Se desplomó sobre su espalda, con la conciencia ya desvaneciéndose de sus ojos.

—¡Papá! —gritó Teddy—. *¡Papá!*

Con el rostro blanco de dolor y furia, Justine se volvió hacia Claire, la chica que se había atrevido a luchar. La chica que había engañado dos veces a la Muerte, solo para encontrarse con ella ahora. Claire vio cómo el silenciador se elevaba hasta su cabeza. Vio los brazos de Justine extenderse mientras estabilizaba el arma para disparar. Fue la última imagen que Claire vio antes de cerrar los ojos.

La explosión la sacudió contra el escritorio. Esa vez no fue un simple estallido, sino un trueno que le hizo zumbar los oídos. Esperó el dolor. A que algo le doliera, pero lo único que sintió fue su propia respiración frenética.

Y la voz de Teddy gritando desesperada:

—¡Ayudadlo! Por favor, ¡ayudad a mi padre!

Abrió los ojos y vio a la detective Rizzoli agazapada junto a Nicholas Clock. Vio a Justine tumbada bocarriba, con los ojos abiertos y la mirada fija; un charco de sangre se extendía bajo su cabeza.

—¡Frost! —gritó Rizzoli—. ¡Trae a Maura aquí arriba! Tenemos un hombre herido.

—¡Papá! —suplicó Teddy, tirando del brazo de Clock, ajeno a su propio dolor, a su propia sangre, que aún goteaba de su oreja desgarrada—. No puedes morir. Por favor, no te mueras.

La sangre de Justine seguía extendiéndose, avanzando como una ameba hacia Claire, amenazando con engullirla. Con un escalofrío, Claire se puso de pie y se tambaleó hacia un rincón, lejos de todos los cadáveres. Lejos de los muertos.

Más pasos subieron corriendo las escaleras y la doctora Isles entró en la habitación.

—Es el padre de Teddy —dijo Rizzoli en voz baja.

La doctora Isles se arrodilló y presionó con los dedos el cuello del hombre. Le abrió la camisa de un tirón, revelando el chaleco de Kevlar que llevaba debajo. Pero la bala había cortado la carne justo por encima del chaleco, y Claire vio que un río de sangre manaba de la herida, formando un lago donde la doctora Isles estaba arrodillada.

—¡Sálvalo! —gritó Teddy—. Por favor. Por favor…

Seguía sollozando esas palabras cuando el último destello de conciencia se desvaneció de los ojos de su padre.

# TREINTA Y TRES

Nicholas Clock no recobró el conocimiento.

Los cirujanos vasculares del Centro Médico Eastern Maine repararon su vena subclavia desgarrada, drenaron el neumotórax de su pulmón y consideraron que la operación había sido un éxito, pero Clock no despertó de la anestesia. Respiraba por sí solo y sus signos vitales permanecían estables, pero, cada día que pasaba en coma, Jane oía aumentar el pesimismo en las voces de los médicos. «*Grave pérdida de sangre con hipoperfusión cerebral. Déficit neurológico permanente*». Ya no hablaban de recuperación, sino de cuidados a largo plazo y traslado a una residencia, de catéteres Foley y sondas de alimentación y otros productos que Jane había ojeado en el falso catálogo de Suministros Hospitalarios Leidecker.

A pesar de su estado comatoso, Nicholas Clock encontró la manera de contarle la verdad al mundo.

Siete días después del tiroteo, el vídeo salió a la luz. Al Jazeera fue la primera en difundirlo, lanzándolo al éter donde nunca más pudo ser contenido. Al cabo de otras cuarenta y ocho horas, Nicholas Clock estaba en las pantallas de ordenadores y televisores de todo el mundo, relatando con calma y método los hechos ocurridos dieciséis años antes en Italia. Describió la vigilancia y captura de un terrorista financiero cuyo nombre en clave era Ícaro en un caso de entrega extraordinaria. Reveló los detalles del encarcelamiento de Ícaro y los métodos de interrogatorio violentos que habían utilizado contra él. Y habló de la fuga de Ícaro del centro clandestino de alta seguridad en el norte de África, una fuga en la que lo ayudó una agente de la CIA renegada llamada Justine McClellan. Nada de eso debería haber sorprendido o impresionado a un mundo que hacía tiempo que se había vuelto cínico.

Pero el asesinato de familias estadounidenses, en suelo estadounidense, hizo que el país prestara atención.

En la sala de conferencias de la policía de Boston, los seis detectives que habían investigado los asesinatos de los Ackerman estaban sentados viendo las noticias vespertinas de la CNN, una emisión que explicaba en gran medida lo que les había ocurrido en realidad a los Ackerman. La familia no había sido asesinada por un inmigrante colombiano llamado Andres Zapata; habían sido ejecutados por la misma razón que las otras dos familias de acogida: para hacer creer a Nicholas Clock que su hijo, Teddy, estaba en peligro inminente. Para obligar a Clock a salir de su escondite.

*—Mientras Justine creyera que yo estaba muerto, Teddy estaba a salvo. Ella no tenía ninguna razón para atacarlo. Si me lo llevaba y huíamos, Justine nunca dejaría de perseguirnos. Siempre estaríamos mirando por encima del hombro. Teddy sabe que estoy vivo. Él entiende por qué he elegido permanecer invisible. Es por él; todo es por él.*

*»Pero ahora todo ha cambiado. Justine debe haber interceptado uno de nuestros mensajes y sabe que estoy vivo. No tengo mucho tiempo. Esta puede ser mi única oportunidad de compartir las pruebas que he estado reuniendo estos dos últimos años. Pruebas de que Justine Elizabeth*

*McClellan ayudó a escapar al terrorista conocido como Ícaro. Que es casi seguro que lo asesinó, después de obtener sus números de cuenta y contraseñas. Que ella, o sus agentes a sueldo, fueron responsables de los asesinatos de los Ward, los Yablonski y de mi propia familia. Porque estábamos haciendo preguntas sobre su repentina riqueza. Habíamos empezado una investigación, y ella tuvo que detenernos.*

*»Nuestras familias eran meros espectadores inocentes.*

*»Estos tres niños supervivientes —Claire, Will y Teddy— son ahora peones en la cacería. Justine ha reunido a estos niños como cebo, para atraerme. Está utilizando todos sus recursos, tanto oficiales como extraoficiales, y ha hecho creer a la CIA que Ícaro sigue vivo. Que él es su objetivo.*

*»Pero es a mí a quien quiere.*

*»Si alguien está viendo este vídeo, significa que Justine ha tenido éxito. Significa que les estoy hablando desde la tumba. Pero la verdad no muere conmigo. Y yo, Nicholas Clock, juro que todo lo que he dicho aquí es la verdad…*

Jane miró a los otros detectives sentados a la mesa. Crowe estaba callado y con el ceño fruncido, y no era para menos: su triunfo público como investigador principal del caso Ackerman acababa de ser destrozado a mazazos, y todos los periodistas de sucesos de Boston lo sabían. Aquel juicio precipitado contra Andres Zapata siempre mancharía su historial. Crowe la sorprendió mirándolo, y la mirada que le devolvió podía vaporizar el agua.

Para Jane, debería haber sido un momento de victoria, una reivindicación de su intuición, pero aquello no la hizo sonreír. Nicholas Clock yacía ahora en un coma que bien podría ser permanente, y Teddy volvía a ser huérfano de padre. Pensó en cuánta gente había muerto: los Clock, los Yablonski, los Ward. Los Ackerman, los Temple y los Buckley. Muertos, todos muertos, porque una mujer no pudo resistirse al atractivo de una riqueza inconmensurable.

La emisión terminó. Mientras los demás detectives se levantaban para abandonar la sala, Jane permaneció en su silla, pensando en la justicia, en cómo los muertos nunca se beneficiaban de ella. «*Para ellos, siempre llega demasiado tarde*».

—Buen trabajo, Rizzoli —dijo el teniente Marquette.

Levantó la vista y lo vio de pie en la puerta.

—Gracias.

—¿Por qué parece como si tu mejor amigo acabara de morir?

—Simplemente esto no me produce satisfacción ¿sabe?

—Tú eres la que derribó a Justine McClellan. ¿Cuánta más satisfacción quieres?

—Quizá si pudiera resucitar a los muertos…

—Eso está por encima de nuestro nivel salarial. Solo somos el equipo de limpieza. —Frunció el ceño ante el timbre de su móvil—. Parece que la prensa se está volviendo loca. Lo cual es un problema, porque esta historia es muy delicada.

—¿Una agente corrupta? ¿Estadounidenses muertos? —Jane resopló con sarcasmo—. No me diga.

—Los federales nos han puesto bozal. Así que, de momento, *sin comentarios,* ¿de acuerdo? —

Ladeó la cabeza—. Ahora vete de aquí. Vete a casa y tómate una cerveza. Te la mereces.

Era lo más bonito que Marquette le había dicho nunca. Una cerveza sonaba bien. Y se la merecía. Recogió sus expedientes, los dejó sobre su mesa y salió de la comisaría.

Pero no se fue a casa.

En lugar de eso, condujo hasta Brookline, a casa de alguien que estaría igual de deprimida por esa emisión televisiva. Alguien que no tenía a nadie más a quien recurrir. Cuando llegó a la casa, se sintió aliviada al ver que aún no había llegado ninguna furgoneta de televisión, pero sin duda la prensa no tardaría en llegar. Todos los periodistas de Boston sabían dónde vivía la doctora Maura Isles.

Las luces estaban encendidas y Jane oyó música clásica, los quejumbrosos acordes de un violín. Tuvo que llamar al timbre dos veces antes de que la puerta se abriera.

—Hola —dijo Jane—. ¿Lo has visto en la tele? Está por todo Internet.

Maura asintió, cansada.

—La diversión acaba de empezar.

—Por eso he venido. Pensé que necesitarías compañía.

—Me temo que mi compañía no va a ser muy entretenida. Pero me alegro de que estés aquí.

Jane siguió a Maura hasta el salón, donde vio una botella de vino tinto abierta y una copa casi vacía sobre la mesita.

—Cuando sacas la botella entera, se avecina una buena borrachera.

—¿Quieres una copa?

—¿Puedo coger una cerveza de tu nevera en su lugar?

—Adelante. Todavía debería haber una ahí de tu última visita.

Jane entró en la cocina y vio unas encimeras inmaculadas, sin un solo plato sucio a la vista. Parecía lo bastante limpio como para hacer una operación, pero así era Maura. Cada cosa en su sitio. De repente, Jane se dio cuenta de lo lúgubre que parecía todo tan pulcro, sin ni siquiera una pizca de desorden. Como si allí no viviera ningún ser humano. Como si Maura hubiera limpiado tanto su vida que la había esterilizado de alegría.

Encontró el botellín de cerveza Adam, probablemente de hacía meses, y lo destapó. Volvió a la sala de estar.

La música del violín seguía sonando, pero con el volumen bajo. Se sentaron en el sofá. Maura bebió un sorbo de vino y Jane tomó un trago de cerveza, con cuidado de no derramar ni una gota sobre la impecable tapicería de Maura ni sobre la costosa alfombra persa.

—Debes sentirte totalmente reivindicada después de esto —dijo Maura.

—Sí. Parezco un verdadero genio. Lo mejor fue bajar a Crowe diez peldaños. —Tomó otro sorbo de cerveza—. Pero no es suficiente, ¿verdad?

—¿El qué?

—Cerrar un caso. Saber que lo hicimos bien. No cambia el hecho de que Nicholas Clock tal vez no despierte nunca.

—Pero los niños están a salvo —dijo Maura—. Eso es lo que importa. Hablé con Julian esta mañana y dice que Claire y Will están bien.

—Pero Teddy, no. No estoy segura de que se recupere —dijo Jane, mirando su cerveza—. Anoche lo vi en su casa de acogida. Lo llevamos a casa de los Inigo, la familia que lo cuidaba antes. No me dijo ni una palabra. Creo que me culpa a mí. —Miró a Maura—. Nos culpa a todos. A ti, a mí. A Sansone.

—Sin embargo, Teddy siempre tendrá la puerta abierta en Evensong.

—¿Has hablado con Sansone al respecto?

—Esta tarde. —Maura cogió la copa de vino, como si necesitara fortalecerse para hablar—. Me ha hecho una oferta interesante, Jane.

—¿Qué tipo de oferta?

—Trabajar para la Sociedad Mefisto como consultora forense. Y formar parte de Evensong, donde podría «formar mentes jóvenes», como dijo él.

Jane enarcó una ceja.

—¿No crees que en realidad te está ofreciendo algo más personal?

—No, eso es lo que dijo. Tengo que juzgarlo por sus palabras, no por mi interpretación de las mismas.

—Ay, por Dios. —Jane suspiró—. Los dos estáis bailando el uno alrededor del otro como si estuvierais ciegos.

—Si no estuviera ciega, ¿qué vería exactamente?

—Que Sansone es una opción mucho mejor para ti que Daniel.

Maura negó con la cabeza.

—No creo que deba elegir a *ningún* hombre en este momento. Pero estoy considerando su oferta.

—¿Quieres decir, dejar la oficina del forense? ¿Dejar Boston?

—Sí. Eso es lo que significaría.

La música del violín alcanzó una nota aguda y triste. Una nota que pareció atravesar el pecho de Jane.

—¿Lo estás pensando en serio?

Maura cogió el control remoto del CD y apagó bruscamente la música. Se hizo un silencio entre ellas, pesado como una cortina de terciopelo. Maura miró el sofá de cuero blanco y la caoba lustrada del salón.

—No sé qué me espera ahora, Jane.

Se encendieron luces a través de la ventana y Jane se levantó para mirar a través de las cortinas.

—Por desgracia, sé lo que te espera —le dijo a Maura.

—¿Qué?

—Una furgoneta de la televisión acaba de llegar. Las malditas hienas ni siquiera pueden esperar a la rueda de prensa. Tienen que aparecer en tu puerta.

—Me han dicho que no hable con ellos.

Jane se volvió con el ceño fruncido.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Recibí una llamada hace media hora. De la oficina del gobernador. Les están presionando

desde Washington para mantener esto en secreto.

—Demasiado tarde. Ya está en la CNN.

—Eso es lo que les he dicho.

—¿Así que no vas a hablar con la prensa en absoluto?

—¿Tenemos otra opción?

—Siempre podemos elegir —dijo Jane—. ¿*Qué quieres* hacer?

Maura se levantó del sofá y se ubicó junto a Jane en la ventana. Ambas vieron cómo un cámara empezaba a sacar el equipo de la furgoneta y se preparaba para invadir el jardín de Maura.

—La opción fácil —dijo Maura— es decirles «*sin comentarios*».

—Nadie puede obligarnos a hablar.

Maura se lo pensó mientras veían llegar una segunda furgoneta de televisión.

—Pero ¿no fue así como ocurrió todo esto? —preguntó—. Demasiados secretos. Demasiada gente que no dice la verdad. Cuando lo iluminas con una luz brillante, un secreto pierde todo su poder.

«Como hizo Nicholas Clock con su vídeo», pensó Jane. Hacer brillar la luz de la verdad le había costado la vida. Pero había salvado a su hijo.

—¿Sabes, Maura?, eso es exactamente para lo que eres tan buena. Iluminas y haces que los muertos revelen sus secretos.

—El problema es que *los muertos* son las únicas relaciones que parezco tener. Necesito alguien cuya temperatura corporal sea un poco más cálida que la del ambiente. No creo que lo encuentre en esta ciudad.

—Odiaría que te fueras de Boston.

—Tú tienes una familia aquí, Jane. Yo no.

—Si quieres una familia, te daré a mis padres. Que te vuelvan loca a ti. E incluso te daré a Frankie, para que puedas compartir la alegría.

Maura se rio.

—Esa alegría en particular es tuya y solo tuya.

—La cuestión es que una familia no nos hace automáticamente felices. ¿No importa también tu trabajo? Y… —Hizo una pausa—. ¿Y tus amigos? —añadió en voz baja.

En la calle, otra furgoneta de la televisión se detuvo y se escucharon portazos.

—Maura —dijo Jane—, no he sido buena amiga. Lo sé. Te juro que la próxima vez lo haré mejor. —Fue a la mesa de café en busca de la copa de vino de Maura y de su botellín de cerveza —. Así que brindemos por que las amigas sean amigas.

Sonriendo, chocaron copa contra botellín y bebieron sendos sorbos.

El móvil de Jane sonó. Lo sacó del bolso y vio un prefijo de Maine en la pantalla.

—Rizzoli —contestó.

—Detective, soy el doctor Stein, del Centro Médico Eastern Maine. Soy el neurólogo que atiende al señor Clock.

—Sí, hablamos el otro día.

—No estoy muy seguro de cómo decirle esto, pero…

—Ha muerto —dijo Jane, adivinando ya el propósito de esa llamada.

—¡No! Quiero decir… *Creo que* no.

—¿Cómo puede no saberlo?

Al otro lado se oyó un suspiro tímido.

—No sabemos cómo ha ocurrido, pero, cuando la enfermera entró en su habitación esta tarde para comprobar sus signos vitales, su cama estaba vacía y la vía intravenosa desconectada. Llevamos cuatro horas registrando el hospital, pero no lo encontramos.

—¿Cuatro *horas*? ¿Tanto tiempo lleva desaparecido?

—Tal vez más. No sabemos exactamente cuándo salió de la habitación.

—Doctor, ahora lo llamo —interrumpió Jane, y cortó. Enseguida marcó el número de la residencia de los Inigo. Sonó una vez. Dos veces.

—¿Qué está pasando, Jane? —preguntó Maura.

—Nicholas Clock ha desaparecido.

—*¿Qué?* —Maura se quedó mirándola—. Pensé que estaba en coma.

Nancy Inigo contestó al teléfono:

—¿Hola?

—¿Está Teddy ahí? —dijo Jane.

—Detective Rizzoli, ¿es usted?

—Sí. Y estoy preocupada por Teddy. ¿Dónde está?

—Está en su habitación. Llegó a casa después del colegio y subió directamente. Estaba a punto de llamarlo para cenar.

—Por favor, compruébelo. Ahora mismo.

Los pasos de Nancy Inigo crujieron escaleras arriba mientras le preguntaba a Jane por teléfono:

—¿Puede decirme qué está pasando?

—No lo sé todavía.

Jane oyó a Nancy llamar a la puerta y gritar:

—Teddy, ¿puedo entrar? ¿Teddy? —Una pausa. Luego un alarmado—: ¡No está!

—Registre la casa —ordenó Jane.

—Espere, espere, hay una nota aquí, en la cama. Es la letra de Teddy.

—¿Qué dice?

A través del teléfono, Jane oyó el susurro de un papel.

—Está dirigida a usted, detective —dijo Nancy—. Dice: «*Gracias. Ahora estaremos bien*». Eso es todo.

*«Gracias. Ahora estaremos bien».*

Jane imaginó a Nicholas Clock levantándose milagrosamente del coma, desconectándose la vía intravenosa y saliendo del hospital. Imaginó a Teddy colocando la nota sobre su cama antes de escabullirse de la casa de los Inigo y desaparecer en la noche. Ambos sabían a dónde iban, pues se dirigían al mismo destino: un futuro juntos, como padre e hijo.

—¿Tiene idea de lo que significa esta nota? —preguntó Nancy.

—Sí. Creo que sé lo que significa —dijo Jane en voz baja, y cortó.

—Así que Nicholas Clock está vivo —dijo Maura.

—No solo vivo. Por fin tiene a su hijo. —Jane miró por la ventanilla las furgonetas de los informativos de televisión y el creciente grupo de periodistas y cámaras. Y, aunque sonreía, las luces de todos esos vehículos se difuminaron de repente entre sus lágrimas. Inclinó el botellín de cerveza en un brindis y susurró—: Por ti, Nicholas Clock.

*«Se acabó el juego».*

# TREINTA Y CUATRO

«La sangre se lava más fácilmente que los recuerdos», pensó Claire. Estaba en el despacho de la doctora Welliver, observando las alfombras y los muebles nuevos. La luz del sol brillaba sobre las superficies inmaculadas y la habitación olía a aire fresco y a limones. A través de la ventana abierta oyó las risas de los estudiantes que remaban en el lago. Sonidos de sábado. Mirando alrededor de la habitación, resultaba difícil creer que algo terrible hubiera ocurrido alguna vez allí, de todo lo que el colegio la había transformado. Pero, por mucho que fregara, Claire no podría borrar las imágenes grabadas a fuego en su mente. Miró la alfombra verde pálido y, superpuesto al diseño de enredaderas y bayas, vio a un hombre muerto que la miraba fijamente. Se volvió hacia la pared, y allí estaba la sangre de Nicholas Clock salpicándola. Miró hacia el escritorio y aún podía imaginarse el cuerpo de Justine, abatido por los disparos de la detective Rizzoli. Mirara donde mirara, veía cadáveres. El fantasma de la doctora Welliver seguía rondando por allí, sonriendo desde su escritorio, sorbiendo sus interminables tazas de té.

Muchos fantasmas. ¿Dejaría algún día de verlos?

—Claire, ¿vienes?

Se volvió hacia Will, que estaba en la puerta. Ya no veía al Will regordete y con acné; ahora veía *a su* Will, el chico cuyo último impulso cuando creía que iban a morir fue protegerla. No estaba segura de si eso era amor exactamente; ni siquiera estaba segura de lo que sentía por *él*. Lo único que sabía era que él había hecho algo que ningún otro chico había hecho por ella y que eso significaba algo. Tal vez lo significaba todo.

Y que tenía unos ojos preciosos.

Echó un último vistazo a la habitación, se despidió en silencio de los fantasmas y asintió.

—Voy.

Bajaron juntos las escaleras y salieron al exterior, donde sus compañeros de clase disfrutaban de aquel luminoso sábado chapoteando en el lago, tumbados en la hierba o disparando flechas a las dianas que el señor Roman había colocado aquella mañana. Claire y Will subieron por el sendero que ambos conocían bien, un sendero que los llevaba por la ladera de la colina, serpenteando entre los árboles a través de rocas cubiertas de líquenes, entre matorrales de enebro. Llegaron a los escalones de piedra y subieron a la terraza y al círculo de trece rocas.

Los demás estaban esperando. Vio las caras de siempre: Julian y Bruno, Arthur y Lester. Aquella hermosa mañana, un coro de pájaros cantaba en los árboles y Oso dormitaba sobre una roca calentada por el sol. Claire se acercó al borde de la terraza y contempló el tejado irregular del castillo. Parecía surgir del valle como una antigua cordillera. Evensong. «*Mi hogar*».

Julian dijo:

—Doy por iniciada esta reunión de los Jackales.

Claire se volvió y se unió al círculo.

# AGRADECIMIENTOS

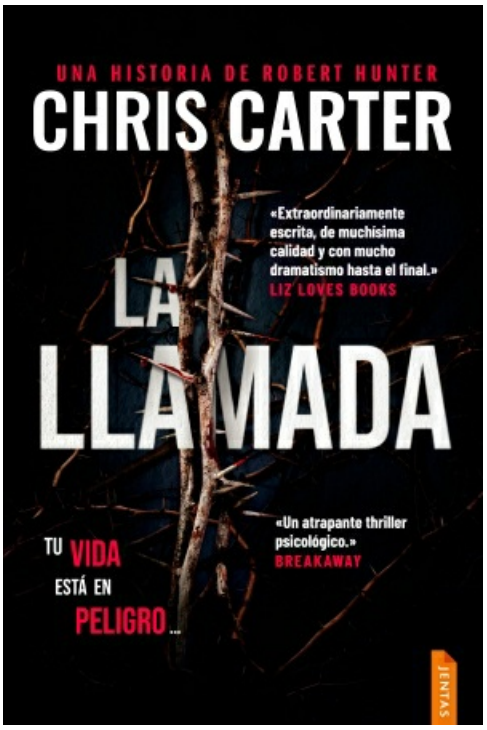
Después de más de dos décadas como escritora, lo que más valoro son las amistades duraderas que he hecho en este negocio, y ningún escritor puede tener mejores amigas que mi estupenda agente literaria, Meg Ruley, y mi magnífica editora, Linda Marrow. En las buenas y en las malas, habéis estado ahí para mí, ¡y os dedico mi copa de Martini a las dos! Gracias también a Gina Centrello, a Libby McGuire y a Larry Finlay por creer en mí a lo largo de los años, a Sharon Propson por hacer que las giras literarias fueran un placer, a Jane Berkey y Peggy Gordijn por su infalible orientación y a Angie Horejsi por su ingenio y sabiduría.

A la hora de investigar sobre *El último en morir, recurrí* a fuentes de información de confianza. Gracias a mi hijo Adam por sus conocimientos sobre armas de fuego, a Peggy Maher, a Enidia Santiago-Arce y a sus maravillosos colegas del Centro Goddard de Vuelo Espacial de la NASA por responder pacientemente a las preguntas de esta vieja *trekkie*, y a Bob Gleason y Tom Doherty por incluirme tan generosamente en aquella espectacular y divertida excursión.

Sobre todo, doy las gracias a mi marido, Jacob. Después de todos estos años, sigues siendo el elegido.

# SOBRE EL AUTOR

Tess Gerritsen es médico y autora de superventas internacionales. Fue aclamada en todo el país por su primera novela de suspense *Harvest*, superventas del *New York Times*. También es autora de los superventas *La chica silenciosa, Frío glacial, Reliquia mortal, El jardín de huesos, El club Mefisto, Desaparecidas, Doble de cuerpo, El pecador, El aprendiz, El cirujano, Soporte vital, Torrente sanguíneo* y *Gravedad*. Tess Gerritsen vive en Maine.




# La llamada

Carter, Chris

9788742812556

350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

TU VIDA ESTÁ EN PELIGRO… Ten cuidado antes de responder la próxima llamada. Podría ser el principio de tu peor pesadilla. Luego de una ardua semana, Tanya Kaitlin anhela pasar una noche tranquila en su casa, pero al salir de la ducha oye sonar su teléfono. Es un pedido para aceptar una videollamada de su mejor amiga, Karen Ward. Tanya coge la llamada y la pesadilla comienza. Karen está amordazada y atada a una silla en su propia sala de estar. Si Tanya corta la llamada, si aparta la vista de la cámara, él a continuación irá a por ella, le promete la voz grave, rasposa y demoníaca que se oye del otro lado de la línea. Mientras los detectives Robert Hunter y Carlos Garcia investigan las amenazas, se ven envueltos en una montaña rusa de maldad, persiguiendo a un brutal homicida que patrulla las calles y las redes sociales en busca de sus víctimas, provocándolas con mensajes secretos y alimentándose de su miedo.

Cómpralo y empieza a leer




# La pareja en la cabaña

Hurst, Daniel

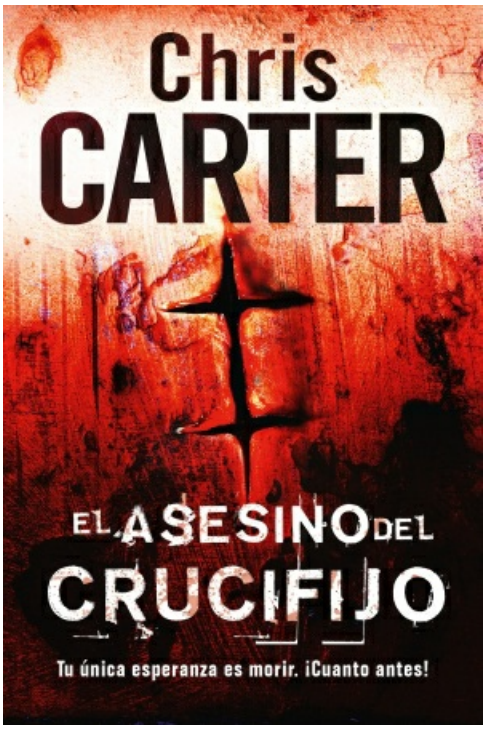
9788742812655

249 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ellos harán lo que sea para salir. Ella hará lo imposible por mantenerlos dentro. Grace y Dominic están felizmente casados; por lo menos, eso es lo que piensa Grace. Pero una noche, cuando vuelve temprano a casa después de un evento de trabajo, descubre a su marido con otra mujer en la cabaña en el fondo de su jardín. Conmocionada, enfadada y con ganas de venganza, Grace actúa rápidamente, encerrando a la pareja desnuda en la cabaña hasta decidir qué hacer con ellos. Mientras Dominic y su amante tratan desesperadamente de liberarse, Grace traza un plan en el exterior, un plan que se basa en la experiencia. Porque no es la primera vez que encierra a alguien… ¿Quién es el verdadero villano? ¿El marido infiel? ¿O la mujer vengativa?

Cómpralo y empieza a leer




# El asesino del crucifijo

Carter, Chris

9788771075779

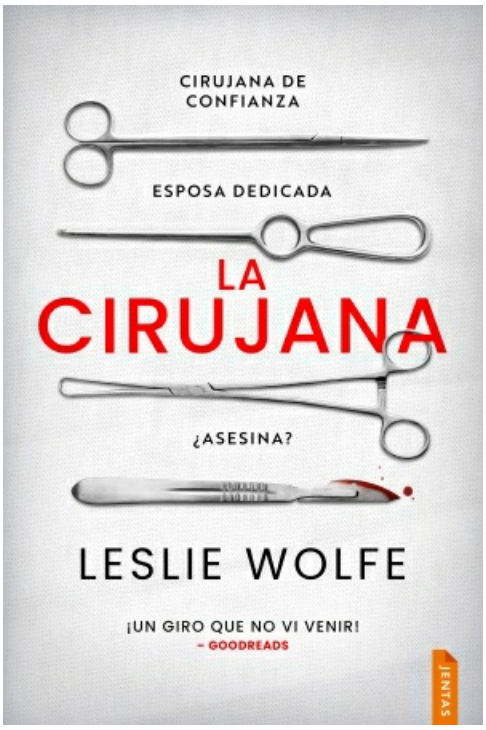
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tu única esperanza es morir. ¡Cuanto antes! El cuerpo de una mujer brutalmente asesinada es hallado en una cabaña abandonada en el Parque Nacional de los Los Angeles. Desnuda, atada a dos postes de madera y con la piel de la cara desollada – cuando aún seguía con vida. En la nuca tiene grabado un extraño símbolo, un crucifijo doble: la firma de un psicópata conocido como el Asesino del Crucifijo. Pero no es posible porque el Asesino del Crucifijo fue arrestado y ejecutado dos años atrás. ¿Podría tratarse de un imitador? ¿Alguien con acceso a los detalles de los primeros asesinatos, detalles complejos que nunca se habían hecho públicos? ¿O acaso el detective Robert Hunter tendrá que hacer frente a lo inconcebible? ¿Andará aún suelto el auténtico Asesino del Crucifijo, dispuesto a embarcarse en una nueva matanza indiscriminada y sádica? ¿Seguirá eligiendo a sus víctimas al azar y provocando al

detective Hunter, incapaz de atraparle? Robert Hunter y su novato compañero están a punto de adentrarse en una pesadilla que supera toda imaginación y donde el concepto de una muerte rápida no existe. _____ « Un espeluznante y compulsivo retrato de un psicópata que sitúa a Carter al nivel de Jeffery Deaver. » - Daily Mail

Cómpralo y empieza a leer




# La cirujana

Wolfe, Leslie

9788742812631

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina? Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura. Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados. Nunca he perdido a un paciente hasta hoy. Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho. Nunca he odiado a un paciente hasta hoy. Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido? ¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad? Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el

sorprendente giro final.

Cómpralo y empieza a leer




# Una mentira piadosa

Blædel, Sara

9788742812310

350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una mujer es perseguida por una lamentable decisión que tomó en los primeros años de su adolescencia y, ahora, se ve envuelta en una trama profundamente emocional y de tenebrosa atmósfera. Esto es lo nuevo que nos trae Sara Blædel, la gran estrella internacional de los superventas. La detective Louise Rick descansa en una playa de Tailandia cuando su padre, lleno de espanto, la llama por teléfono. Mikkel, el muy querido hermano de Louise, ha intentado suicidarse. Está desolado. Su esposa se ha ido sin decirle una sola palabra. Louise vuelve de inmediato a casa, a Osted, el pequeño y aislado pueblo danés donde creció y donde Mikkel sigue viviendo. Pero, mientras averigua más cosas de Trine —devota esposa y madre de dos pequeños— y su estado de ánimo durante los días previos a su partida, más se inclina a preguntarse si verdaderamente tenía intenciones de abandonar a su hermano. O si ha sucedido

algo mucho más tenebroso. La policía local apunta a Mikkel como el principal sospechoso de la desaparición de Trine; entretanto, Louise se esfuerza por limpiar el nombre de su hermano. Sin embargo, se enfrentará a verdades incómodas: los pueblos siempre esconden secretos; el pasado te persigue eternamente. Y las mentiras nunca son inofensivas.

Cómpralo y empieza a leer